Tránsito Amaguaña

Heroína India



Cecilia Miño Grijalva

Biografías Ecuatorianas 4

SIB-UCE LABORATORIO DE DIGITALIZACIÓN
Campus Central, calle Jerónimo Leyton y Gatto Sobral
+593 2230757 ext: 808 biblioteca.general@uce.edu.ec
©2022-2024

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta de este.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** "(…) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (…) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y **literal vii** "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad".

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en

Biblioteca:

Centro de Información Integral

Piso:	**Estante:**	**Bandeja:**
02	26	16

Convenio interinstitucional:

Enlace al catálogo:



Cecilia Miño Grijalva

Quiteña. Dedica su quehacer profesional al avance de sectores sociales menos favorecidos y a la defensa del ambiente. Mediadora en conflictos ambientales entre comunidades indígenas y empresas extractivas, ha contribuido con propuestas y métodos relacionados con el manejo local de la riqueza mineral. Producto de estas experiencias es su libro *Lo que pasó..., sí pasó*, así como *Minería y comunidades locales*, del cual es coautora. Ex Subsecretaria de Medio Ambiente del Ministerio de Energía y Minas (1993-1994) y Consultora para el primer Plan Ambiental Ecuatoriano (PAE), en la Comisión Asesora Ambiental de la Presidencia de la República (1994-1995), ha contribuido con la formulación de políticas sobre ambiente y desarrollo sostenible para la OPS/OMS (1996). Tiene a su haber otras publicaciones como *Un poco de mi alma*, *El niño y su educación integral* y artículos sobre temas diversos.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Para Fernando:

Como un homenaje
al solsticio de verano

Cecilia
Quito, 2006

Tránsito Amaguaña

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM BONARUM SCIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO



BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

Eduardo Cabezas Molina
Presidente del Directorio

Fernando Uzcátegui Altamirano
Presidente subrogante del Directorio

Leopoldo Báez Carrera
Jorge Dávalos Fernández Salvador
Marcos López Narváez
Miembros del Directorio

Mauricio Pareja Canelos
Gerente General

Francisco Grijalva Muñoz
Subgerente General

Carlos Landázuri Camacho
Director Cultural, Quito

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST QUI MINUS SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Tránsito Amaguaña

Heroína India

Cecilia Miño Grijalva

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

Oxfam América

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR
EDICIONES

Adriana Grijalva de Dávila
Editora

Foto portada: Tránsito Amaguaña, Valle de Cayambe, Danzantes en Olmedo.
Archivo privado
Revisión de texto: Andrés Landázuri S.
Ilustraciones: Cecilia A. Reyes M.
Diseño y Diagramación: Carlos Orejuela
Impresión: Nuevo Arte

Fotos archivo privado: p. 39, 153, 191, 206, 269.
Fotos tomadas del Audiovisual "Recuperando nuestra historia: Tránsito Amaguaña" de Raquel Rodas Morales: p. 17, 23, 27, 45, 55, 57, 61, 67, 73, 79, 83, 85, 93, 99, 103, 125, 139, 148, 161, 177, 187, 201, 211, 219, 235, 239, 243, 246, 250, 251.
Foto Benjamín Inuca: p. 195.

©Banco Central del Ecuador. Quito, abril 2006
Telf.: 222 0905
E–mail: editorial@.bce.ec
Quito, Ecuador
ISBN– 9978-72-415-X
ISBN– 978-9978-72-415-6
Tiraje: 1000 ejemplares

www.museobibliotecabce.com

Para Alfredo

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Reconocimientos:

A Ximena Ortiz Crespo,
Antropóloga y amiga.
Leyó el texto, anotó sugerencias oportunas y me regaló su tiempo.

A Wilson Miño Grijalva,
Economista e Investigador.
Contribuyó con opiniones que reafirmaron diversos lineamientos.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POST TENEBRAS LUX
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

Presentación 15
Introducción 17
Prólogo 23

Capítulo 1 27
I Pesillo 29
II El poder 32

Capítulo 2 39
I La memoria colectiva y el traspaso de la hacienda al Estado 41
II La intervención armada 45
III La ruptura 47
IV Otros actores 50

Capítulo 3 57
I Ella... 59
II Las marchas 62
III La conspiración 66
IV ¿Por qué lo hicieron? 69
V Las primicias pagábamos al cura... 75
VI Las haciendas 79
VII Ana Quilla, Ama Llulla, Ama Shua. 82

Capítulo 4 85
I La huelga de Pesillo 87
II Y entonces, viendo yo esas cosas..., yo no lloré 90
III El día de la destrucciónde las casas 99

Capítulo 5 103
I El Congreso Campesino 105
II El fracaso 110
III Los subterfugios 115
IV La gestión pública 119
V Las mañas 121

Capítulo 6 125
I La vida 127
II El entierro 128
III La Viñachi 132
IV El ritual del adiós 136

Capítulo 7 139
I La izquierda en el Ecuador 141
II Las primeras cosechas 147
III Militante comunista 149
IV En la comunidad 156

Capítulo 8 161
I Hacia La Gloriosa 163
II El triunfo 166
III La Confederación de Trabajadores del Ecuador 169
IV El fervor patrio 171
V El triunfo del pueblo 175

Capítulo 9 177
I La institucionalidad india 179
II Las políticas 181
III Educación para los indios 186
IV En el ambiente nacional 189

Capítulo 10 ... 191
I San Juan ... 193
II Presidente propio ... 198
III En el campo... ... 202
IV Un momento cumbre ... 209

Capítulo 11 ... 211
I El mundo ... 213
II Reacciones en el Ecuador ... 217

Capítulo 12 ... 219
I La Reforma Agraria ... 221
II Los hilos de la política ... 228
III Otra vez el dolor ... 231
IV La prisión ... 235

Capítulo 13 ... 239
I La leña encendida ... 241
II El amor ... 242
III La tierra prometida ... 244

Capítulo 14 ... 251
I Se acabaron muriendo ... 253
II El ocaso ... 259
III Su proyección política ... 264

Referencias ... 271
Glosario de términos ... 275
Índice de nombres ... 279

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Presentación

En apenas dos años, el Banco Central del Ecuador ha publicado cuatro tomos de su nueva colección de "Biografías Ecuatorianas", dedicados a rescatar las figuras de otros tantos ecuatorianos: Juana Miranda, quiteña, fundadora de la Maternidad de Quito; Óscar Efrén Reyes, historiador y maestro, originario de Baños de Agua Santa, y Dolores Cacuango y Tránsito Amaguaña, líderes indígenas del cantón Cayambe, en la Provincia de Pichincha. De todas esas figuras, Tránsito Amaguaña, nacida en Pesillo en 1909, es la única que todavía vive, cercana ya a los cien años. Y las dos últimas, Dolores y Tránsito, tienen vidas en cierta forma paralelas: ambas son mujeres, indígenas, analfabetas y pertenecen a la misma comarca. Ambas lucharon incansablemente por su pueblo, Dolores (1881-1971), de alguna manera la pionera y maestra, enfatizando el derecho a la educación y denunciando la pobreza y miseria de su pueblo; y Tránsito, la discípula y continuadora, a la justicia, llegando a concretar en su propio lugar medidas transformadoras de la condición social y humana del pueblo indio.

Si bien el nombre de Tránsito Amaguaña no es precisamente desconocido, ella ha experimentado en su propia vida, como tantos otros hombres y mujeres de bien, los rigores del olvido, no sólo del público, sino, hasta cierto punto, de su propia comunidad. Por ello, creemos que era necesario rescatar su figura y su lucha para que pudieran ser comprendidas y valoradas, especialmente por las nuevas generaciones, que no las conocieron de primera mano.

En este esfuerzo para comprender a "Mama Tránsito", Cecilia Miño compartió largas jornadas con ella y su gente, y contó con el apoyo del

Organismo Oxfam América, que nos es placentero reconocer. Gracias a las extensas entrevistas que entonces se dieron, este libro recrea páginas enteras de las expresiones orales de la protagonista. Para señalar tipográficamente dichas expresiones, hemos creído necesario resaltarlas mediante el empleo de *cursivas*. En cambio, hemos utilizado la **negrita** para señalar las palabras quichuas (**kichwas**) que aparecen en el texto.

Muchas de las fotografías que se reproducen en este libro han sido tomadas del audiovisual "Recuperando nuestra historia: Tránsito Amaguaña" de Raquel Rodas Morales, que desde hace años forma parte del Fondo Audiovisual del Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador. Al agradecer a doña Raquel Rodas por el permiso para reproducirlas, cabe notar que la preocupación institucional por rescatar estas figuras emblemáticas de los movimientos sociales no se inicia con la publicación de esta serie de "Biografías Ecuatorianas" sino que, por el contrario, esta colección se enmarca dentro de la política del Banco de servir a la cultura ecuatoriana con profundo respeto y aprecio de su diversidad.

Por último, cabe señalar que esta biografía pinta descarnadamente las inhumanas condiciones de injusticia que existieron en algunas regiones del agro ecuatoriano hasta mediados del siglo XX. Y aunque la sociedad ecuatoriana sigue siendo inequitativa, es necesario reconocer que las condiciones que aquí se describen han cambiado radicalmente, en buena parte, gracias a la lucha de los pueblos indios y de sus líderes, como Tránsito Amaguaña. Eso hace que, con todo derecho, esos líderes sean considerados héroes indios. Pero queremos destacar que, en realidad, son más que eso, pues quien lucha por la justicia termina por liberar no sólo a la víctima, sino también al victimario, de las inicuas ataduras de la injusticia. Así, Tránsito Amaguaña, junto con muchos otros hombres y mujeres, son los creadores de una nueva ecuatorianidad que, no sin dificultades, ha aprendido a verse a sí misma como pluricultural.

Introducción




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

De las luchas campesinas de los años treinta y del dinamismo social y político que viviera el Ecuador a lo largo del siglo XX, nacieron leyes fundamentales, institucionalidad indígena y reformas en el agro. La presencia de Tránsito Amaguaña, inscrita en aquel proceso, dejó una fascinante huella en la historia del país, pues a la vanguardia de la lucha propuesta por la población indígena subyugada al Estado ecuatoriano, ella se entregó a un peligroso liderazgo. Tenaz, insistente y guiada por una fe ciega y desesperada, mostró que se pueden lograr cambios a partir del esfuerzo endógeno de las bases sociales; y por una sola razón: porque la injusticia es políticamente inaceptable y moralmente intolerable.

Me afilié al Partido Comunista por pobreza, por maltrato, dijo una vez. *Comunista he de morir, dije tan...*, afirmó otra vez, Tránsito, en alusión a la frase que pronunciara Fidel Castro en su discurso al recibir a la delegación ecuatoriana en el viaje que hiciera al Congreso Mundial de Moscú en 1962. El Partido Comunista representó para ella la vía a través de la que canalizó su potencia política y sus ideales de justicia, aunque fue la consecución de la tierra y la liberación de los indios del yugo de los amos el motivo absoluto sobre el que se jugó la vida.

Tránsito Amaguaña necesitaba que los indios poseyeran la tierra, pues subsistía en su íntima conciencia la base de una cosmovisión indígena expresada en prácticas rituales, a propósito de su vida

íntima, y en la percepción espiritual de haber sido despojada. Y, por eso, Tránsito aseguraba que un profundo llamado *desde adentro*, la impulsaba a pelear por la tierra, *porque se debe luchar por ella siempre, porque es la vida misma*... decía; porque la humanidad está intrínsicamente vinculada a la **pachamama** en una suerte de panteísmo sagrado y profano a la vez; porque de ella se viene y a ella se vuelve, en el marco de una vital correspondencia, punto de partida de la religiosidad ancestral.

Para recoger la vida de Tránsito Amaguaña había que desafiar las ventiscas de montaña, identificar la parcela precisa, encontrar el corazón de una mujer y hablarle, robar a su tiempo horas de luz. Al saber que se iba a escribir la historia de su vida, dijo: ¡***Jarillas***! (¡Valientes!) Ahora sus días transcurren a los pies del Cayambe; es pobre y vive arrimada. A los recuerdos se arrima. A los extensos sentimientos que van desde la dulzura andina hasta la actitud belicosa de quien tuvo que marcar un territorio, día a día, en la historia. Las entrevistas concedidas en el ámbito de su realidad interior, de su entorno familiar y de los recuerdos relacionados con su presencia en las luchas indígenas correspondientes a las primeras décadas del siglo XX representan un acervo invalorable.

Había que rescatar, además, a los personajes que rodearon el escenario de su lucha y, mediante el efecto de una cámara cinematográfica, permitirles resucitar. A los que aun viven, había que dejarles hablar. Ellos protagonizaron una historia que nació desde profundas reminiscencias y que, por tanto, se inició en las certezas configuradas por un pueblo acerca de sí mismo. Ese grupo de líderes, hombres y mujeres, se destacó no porque cayó en el descontrol moral —base de la descomposición de los pueblos—, sino porque decidió, a partir de una rebelión a prueba de tormentos diversos, reconstruir su identidad sicológica y social.

El aporte de los testimonios indígenas recogidos por Mercedes Prieto (1978) y José Yánez del Pozo (1986), así como el material gráfico proporcionado por Raquel Rodas Morales dio soporte a la propuesta. Gracias por haber sembrado la oportunidad.

Las noticias recogidas en el periódico *El Comercio* sustentaron el interés de convocar a los actores que tuvieron en su poder las decisiones del Estado en la época aludida. De esta manera, la presencia de la prensa —junto al soporte bibliográfico—, desempeñó un rol preponderante en la descripción cronológica de los acontecimientos históricos en los que se hallaba inscrita la presencia de Tránsito Amaguaña y que forman el hilo conductor de su biografía; acontecimientos que, por cierto, enmarcaron el objetivo sin que mediara la intención de interpretar la historia *per se*.

El Banco Central del Ecuador, a través de su colección *Biografías*, se ha propuesto difundir la obra de personajes ilustres aún desconocidos. La vida de Tránsito Amaguaña representa, en el marco del objetivo planteado, una perspectiva sugerente, porque, a través de ella, se pueden interpelar algunos aspectos del comportamiento social y político del siglo XX, hecho que permitirá delinear nuevos horizontes del porvenir ciudadano. Además, porque abre las puertas a renovadas ilusiones, atadas siempre a la intención de construir lo andino gracias al aporte antropológico de lo indio, en el afán de alcanzar identidad. Gracias a la Dirección Cultural del Banco Central del Ecuador por tan significativa intención.

Cecilia Miño Grijalva


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Prólogo


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

¡*Carajo*! ¿*Viene por escuchar, viene por murmurar a una pobre india, a una pobre vieja*? ¿*Viene de parte del Gobierno*? *Pero aunque sea vieja, aunque sea india, india llorando de hambre, aquí estoy*... Sorprende. Al fondo de la mísera habitación, en la que transcurren sus días, Tránsito Amaguaña mira frontalmente y golpea con entereza el piso con su bastón de madera. En su conciencia se juntan los tiempos.

¡*Ah*! *Es amiga, entonces, acérquese mamita, venga, venga, siéntese. Aunque sea un pan me ha de haber traído*, dice, con ojos interrogadores. Cruza los brazos sobre su regazo y, bajo la manta que la abriga, improvisa una fuente para recibir la golosina con la que usualmente se inicia una visita campesina. *Bueno ha de estar y por eso me ha de haber traído*, afirma. Luego, junta las manos y entorna sus ojos húmedos hacia arriba y dice: *agradecimiento, agradecimiento; gracias Taiticu del cielo; gracias Mamita del cielo; yo sabía que no me iban a dejar morir de hambre. Solita soy, y asisita no más soy. Mi nuerita, Dios le pay, me da cocinando. Ella es mamá, ella es hermana, ella es hija, es propia sangre... Ella trabaja como hombre, ella cansa como hombre, ella sufre; si ella muere, como matita de lechuga ahorcada en huasca he de morir yo tan...*

Se queja. Su rodilla izquierda se ve deforme. La ha descubierto para frotarla. ¿Pomadita?, ¡*qué pomadita*!, *mañana he de buscar un manojo de ortiga negra para limpiarme y quedarme templada*, dice, segura de su fortaleza y totalmente confiada en la bondad de la me-

dicina natural que, como el cerro, nunca le ha fallado. Estira sus brazos, levanta el rostro y, con expresión rebelde, comenta: *la rodilla quedó así por una pedrada que me lanzaron al entrar al panóptico; cuatro meses y tres semanas estuve ahí ca, después me largaron...*

¿Escribir la historia de mi vida? De joven no me quería nadie diciendo que soy socialista. Me odiaban por india, comunista, ladrona. De nadie he robado yo. Yo ca solita soy. Mis hijos casados se murieron. De repente me entran sentimientos... Y ahora quieren mi historia. Ésa es una historia vieja como yo. Lo que le puedo decir es que no fui ignoranta, boca callada siempre, portada bonitamente. ***Machca*** *que he molido, he convidado. No repetí palabra grande, no dije palabra gruesa. Lo que hice fue porque las cosas estaban mal. Andábamos una lástima. A las señoras de hacienda les decíamos: a tu señora, a tu caballera, a tu amamía, a recibir servicio huasicama venimos. ¡Largo! ¡A trabajar en los potreros!, nos decían. ¡Cómo era* ***Taita*** *Diosito! Algunas regalaban a guaguas* ***janchis****. ¿Escobitas habrán aprendido? ¿Habrán comido? ¡Ques pes! Yo lloraba, yo pedía misericordia cuando estaban latigueando a mi papá y a mamá. Un día ha pedido permiso mi papá, de eso ca, se había muerto una vaca. De noche llegaron mayorales, entre seis, con perros, para que laman la sangre que salía de la cabeza o de las piernas. De noche entraron y pegaron a mi papá. Medio muerto quedó. Nunca olvido esa noche. ¡Desgraciados, carajo!*

Capítulo 1

Pesillo




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

Pesillo

Albaran era el nombre de la tierra que poblaban los **bulus quitus–caras** y **ayllus** cuzqueños. *Llactayos* fueron sus señores y dedicaron su heredad a las pasturas y chacras de pan sembrar; páramos enormes rodearon el valle recostado a los pies del sagrado Cayambi. Pero un día, la profética maldición de Viracocha debía cumplirse: hombres blancos frente a nativos cobrizos se encontrarán en sangriento enfrentamiento, porque los dioses ya se habían ido por el costado derecho del Sol... Así fue, justamente: los pálidos y barbados, entraron por el poniente y encontraron a los naturales solos. Y por eso, a caballo y con espadas, la Conquista española despojó a los amos de sus tierras y, sin más, de un manotazo, les arrancó el rostro. Tembló la tierra negra y húmeda de Pesillo; tan antigua y viva, había estado siempre tendida bajo el sol serrano de las doce del día o envuelta en los brazos del viento que bajaba desde la montaña para mover, en rítmico balanceo, las cañas verdes en que se asentaban las mazorcas tiernas.

No pudieron defenderse los nativos y de nada sirvieron los Pucarás de **Pambamarca** que habían sido edificados por los pueblos cayambi, cochasqui y caranqui, para enfrentar las conquistas incaicas previas, no muchos años antes de aquel fatídico 1492. Don Juan Rodríguez Parrales, natural de los reinos de España, llegó al valle de Pesillo, sometió a la población nativa por medio de las armas y se denominó conquistador de la tierra de las **Lachas**, Lita y **Cahuasquí**. Pero, lo que jamás imaginó es que, allí mismo, iba a ser sorprendido



por la dueña de esas tierras, Isabel, a quien hizo suya convirtiéndola en una de las primeras **huaynas** de negros cabellos y piel color de maíz. Más tarde, Rodríguez Parrales murió pobre, pero su hijo reclamó como merced, al Comendador de la región, seis caballerías por ser hijo de conquistador en **Atalpamba**, y porque aquella **aya** de la historia fue su madre.[1]

La Conquista conformó una nueva sociedad cuyo fin fundamental residía en el enriquecimiento de los invasores. Ellos, inicialmente, buscaban oro. Fue de tal magnitud su ambición, que se derivó en crueldad y paranoia, y, como tal, no tuvo límites. La fórmula propuesta se redujo a una sola premisa: Dios y oro. Porque, supuestamente, se usó un ideal subliminal para poder justificar ante el mundo la Conquista: evangelizar a seres salvajes, según ellos. Por eso, los soldados vinieron acompañados de sacerdotes católicos, pues ellos traían un evangelio considerado por extensas poblaciones como el único capaz de conducir la humanidad a Dios. Esa fue la justificación que les permitió avasallar a un mundo nuevo y apoderarse de sus posesiones, entendiéndose éstas como conciencia, imperio y religión. Apropiarse y constituirse en señores fue la meta siguiente, porque habían conseguido tierra y vasallos. Planteada así la Conquista, resulta casi una leyenda más de las que muestran la reproducción del sistemático apoderamiento de unos pueblos por otros mediante el poder de las armas.

Llegó, por ejemplo, Sebastián de Benalcázar, y fundó, el 6 de diciembre de 1534, una nueva ciudad para orgullo de la Corona de Castilla: Quito, conventual y hospitalaria. Quito fundada en la mitad del tiempo; Quito, sol derecho vertical; Quito, paloma torcaz;[2] Qui-

1. Costales, 1987.
2. Alusión a las definiciones de la palabra Quito publicadas en la novela *El Palacio del Diablo*, de Modesto Ponce Maldonado, 2005.

to, adorada, incendiada y destruida por Rumiñahui, el más noble, porque era preferible verla consumida antes que hollada. El mítico guerrero indio escondió los tesoros quiteños y dejó su ilusión y su recuerdo a la memoria de los siglos. Benalcázar no iba a olvidar su objetivo fundamental: enriquecerse, pero no precisamente con canela, sino con metal. En este afán, viajó hasta el valle del Quinche y encontró que los indios varones habían escapado, y que en la comarca solo quedaban mujeres y niños. Preguntó por el oro; nadie dio razón y, loco de rabia, ordenó pasar por las armas a todos.[3]

Se buscaron mil y una formas de presionar a los nativos. "A unos quemaban a fuego lento, a otros les cortaban las orejas o los mutilaban cruelmente, cortándoles no solo las orejas, sino las narices, las manos y los pies. Amarraron a muchos de dos en dos por la espalda y, así amarrados, los ahogaron en el Machángara, precipitándolos desde las peñas, por donde se complacían en verlos bajar, dando botes, rodando, hasta el agua. Por dos ocasiones encerraron a muchos en casas y les pegaron fuego, haciéndolos morir dentro, abrasados".[4] Las indias dejaban de amamantar a sus hijos para ser nodrizas de los hijos de los amos blancos; muchos de los varones indígenas habían muerto en los combates o se habían suicidado, presas de inaudita desesperación al ver destruida su heredad, violado el cuerpo de sus afectos y ultrajados sus dioses.

Por supuesto que encontraron oro y plata, y en tal cantidad que ciento ochenta y cinco mil kilos de oro y diez y seis millones de kilos de plata llegaron al Puerto de San Lucas de Barrameda, entre 1503 y 1660, desde América. Fue tan enorme el tesoro que, en poco más de un siglo y medio, excedía tres veces al total de las re-

3. Benites Vinueza, 2002.
4. Ibid, p. 68.



servas de Europa.[5] La codicia por la posesión de los metales aparecía cegadora, y el anhelo por poseer la tierra iba en aumento, porque los yacimientos minerales finalmente se agotan —pensaban los invasores—, la tierra no. Por eso, entre curas y soldados habrían de repartírsela. La Real Audiencia de Quito se encargó de organizar la distribución: las chacras que habían sido de propiedad de los indígenas, así como las grandes extensiones sin cultivar, que más tarde tomaron el nombre de realengas, formaron las mercedes o cabidas que la Real Audiencia iba repartiendo...[6] Así, el valle de Pesillo fue dado como estancia a los padres mercedarios de la Redención de Cautivos, una de las órdenes religiosas encargada de evangelizar y socorrer a la recién descubierta población hereje a través del rito bautismal. En la práctica, las órdenes de jesuitas, dominicos y mercedarios consolidaron sus mercedes hasta ocupar casi todo el valle de Cayambe.[7] Los indios fueron, en realidad, bautizados como mitayos y conciertos para la Colonia y conciertos fueron para la República. El tráfago de la historia redujo a la servidumbre a la gran mayoría de ellos.

II

El poder

Resulta alucinante observar cómo se construyó la escalera del poder. De acuerdo a la organización social y política, se creó la encomienda: a la par se entregaba la tierra y un gran número de indios para que los nuevos propietarios se responsabilizaran por ellos, les

5. Cañizares, 2000.
6. Costales, 1987.
7. Ibid.

dieran abrigo, pan y paz, idealmente. Pero la realidad se dio justamente a la inversa: fueron convertidos en obreros dedicados a explotar las minas, fabricar los textiles, cultivar las tierras, abrir los caminos, hacerse cargo de las comunicaciones, construir las ciudades y edificar los templos. Ellos estaban para todas las labores: tarea en el día, faena en la noche. De acuerdo a la nueva estructura, se instituyó un sistema de tributación, el mismo que debía proveer un porcentaje para la Corona Española, un diezmo para la Curia y otro para la Real Audiencia. Así quedó instaurada la Época Colonial.

Para mantener un sistema económico que sostuviera a la colonia y a la metrópoli, a sus reverencias y la nobleza criolla, se imponían jornadas de trabajo textil que empezaban al amanecer y terminaban con el crepúsculo. Sendas leguas caminaban los indios mitayos para llegar a sus chozas. Llegaban extenuados. Pobre era el alimento que ingerían; la tuberculosis y otras epidemias los diezmaban, pues se convertían en presas fáciles de la desnutrición; a menudo se veía que a muchos los sacaban muertos de los obrajes, aun cuando los cadáveres eran, hace muchas lunas ya, esqueletos que traqueteaban por los caminos polvorientos. Y, aún así, de la exigua ganancia se les descontaba el tributo para mantener el culto a Dios, porque debían retribuir con su trabajo el beneficio de la evangelización.[8] Los indígenas desertaban de los pueblos, huían dejando a mujeres e hijos para despeñarse en las quebradas o escapar a la selva amazónica. Fue tal el horror al obraje, que muchos preferían ser sentenciados a muerte. Pero la Real Audiencia se jactaba de la capacidad que había generado para colectar ingentes sumas de dinero, extraídas de la miseria india, para enviar al rey de España.[8]

Astuta fue la Colonia para sacar el mayor provecho de los vencidos. Si las mitas y los obrajes fueron la expresión inhumana de la

8. Cañizares, 2000.

Colonia en el área urbana, el drama rural no fue menor, porque los terratenientes, sacerdotes o seculares, enclaustraron hábilmente a los indígenas para que fueran permanentes siervos a través del llamado concertaje de indios, cuya cotidianidad aparecía, casi naturalmente, ubicada en la serranía, donde **gañanes** y **yanacondas** intentaban una vida bajo la omnímoda presencia del patrón, siempre seguido por el mayoral. Un día cualquiera, se enteraba la hacienda de que había venido al mundo un hijo de huasipunguero. Entonces cumplía con el protocolo: entraba en la choza el mayoral para visitar al recién nacido y, a nombre de la hacienda, entregaba un costal de maíz a la familia, tres metros de tela de hilo para el primer **capisayo**, unas cuantas monedas y, con un **jaica runa**, celebraba el nacimiento.[9] Su padre era indio concierto, pertenecía a la hacienda, cinco centavos ganaba por raya, lo cual correspondía a un día completo de trabajo. En el pedazo de tierra asignado, construía la choza y abría la chacra. Cuatro paredes de bahareque, una ventana justa y un techo de paja tendido desde la cumbrera formaban la arquitectura ancestral incrustada en los Andes. La vivienda constaba de una sola pieza y, con cuatro piedras, la madre conformaba el fogón para encender la leña... Llamas rojas abrazaban durante el día la caldera negra y quedaban, para abrigar la noche, brasas agónicas, tendidas sobre un lecho de ceniza que hablaba de pobrezas. Muy cerca estaba la tradicional estera, sin nada que pudiera separarla de los roedores domésticos y de la humedad del suelo. Colgaban, del cielo raso, mazorcas de maíz que recordaban el único día de esperanza, el día de San Juan.

El indio concierto debía desempeñarse en todos los oficios. El **chagracama** cuidaba los sembríos. El **huagracama** cuidaba del ganado. Eran de su incumbencia las bestias y, si alguna de ellas moría, el libro de cuentas estaba listo para registrar la deuda, porque debía descontarla y, además, recibir los latigazos del acial en sus espaldas.

9. Moncayo Andrade, 1983.

Puesto que no le alcanzaba el salario para cubrir sus necesidades y las de su familia, pedía socorro a la hacienda para pagarlo en tiempo. Indio endeudado de por vida: tal era su cédula de identidad. Su mujer trabajaba en el ordeño y era cargadora; era obligación de los hijos el cuidado del ganado menor. La familia no percibía ninguna remuneración por su trabajo, todo estaba incluido en los centavos diarios que ganaba el padre. Si se perdían objetos de la casa —porque, además, él y la esposa eran huasicamas, es decir, atendían el trabajo doméstico, acarreaban el agua y la leña, cebaban los cerdos, se ocupaban de las gallinas, etc.— o alguno de los animalitos moría, allí estaba el libro para guardar la memoria de las deudas, instrumento que poco a poco iba transformándolos en gente de hacienda. Es decir, el endeudamiento subía de tal manera que a veces no alcanzaba la vida del padre para descontarlo y la familia heredaba la deuda a su muerte. **Taita runa** nacía endeudado y, lentamente, descubría que pertenecía a la hacienda por siempre, junto al conjunto de familias indígenas vecinas que expresaban su melancolía a través del sonido del churo nocturno, cuya melodía se llevaba el viento. A todo esto se sumaban flagelaciones diarias, envilecimiento de las mujeres y maltrato pertinaz.

Abundante literatura social se hizo cargo de tratar el tema del concertaje de indios a lo largo del tiempo, puesto que fue la Corona Española la que lo instituyó como ley, y la Audiencia de Quito la que lo institucionalizó como práctica.[10] Para 1805, la mitad de la población indígena, más o menos, estaba vinculada al esquema feudal. Así se halló a sí misma durante la República instaurada en 1822. Casi un siglo después, fue promulgada la Ley de Jornaleros, la cual pretendió abolir el concertaje de indios. Sin embargo, dicho esquema agrario se mantuvo intacto hasta que fue expedida, en 1964, la Ley de Reforma Agraria en el Ecuador.

10. Moreno Yánez, 1986.



El concertaje fue patriarcal para la época de los terratenientes tradicionales —dueños de voluntades y haciendas, decía la definición común—, porque el feudo era un pequeño estado que giraba alrededor del señor, según valores instituidos y un sistema económico de reproducción. "El mitayo que trabajaba en las tierras de un terrateniente encontraba provecho en quedarse a vivir en la hacienda del señor; que así tenía amo propio que mirase por él y le tratase más benignamente".[11] "El patrón era el depositario de la autoridad local tradicional y el protector de sus trabajadores, los que, desvinculados de sus grupos étnicos y tierras comunales, vivían dentro de los límites de la hacienda".[12]

Dada su gigantesca extensión, la Hacienda Pesillo fue dividida en tres partes: Chimba, Pesillo y Muyurco. Así sería más fácil arrendarla a particulares, tod[illegible]ez que fue retirada por el gobierno liberal de manos de la Orden [illegible]ercedaria, de acuerdo a la Ley de Manos Muertas, expedida en 1906. La Ley de Beneficencia, promulgada en 1908, trasladó las tierras al Estado y creó la Junta de Beneficencia para administrarlas. Gestión cómoda y miope, por cierto, fue la de este organismo, porque no reguló la tenencia de la tierra de una manera más equitativa y, sobre todo, no mostró una lógica que buscara formas de dar acceso a los indígenas a la propiedad agrícola. Que se restituyera al pueblo indio, al menos una parte de la propiedad ancestral, era en realidad el postulado...

Mediante la limitada gestión que mostró la Junta de Beneficencia al no extender el beneficio de las propiedades al campesinado, la hacienda dejó de ser el micro estado feudal. Los nuevos amos la tomaron a cargo a cambio de un canon de arrendamiento, hecho que dio lugar a una nueva fase en la historia de la hacienda en el Ecuador. Porque los arrendatarios, por lo general, al menos en el caso de

11. Tobar, 2000, p. 161.
12. Moreno Yánez, 1986, p. 107.

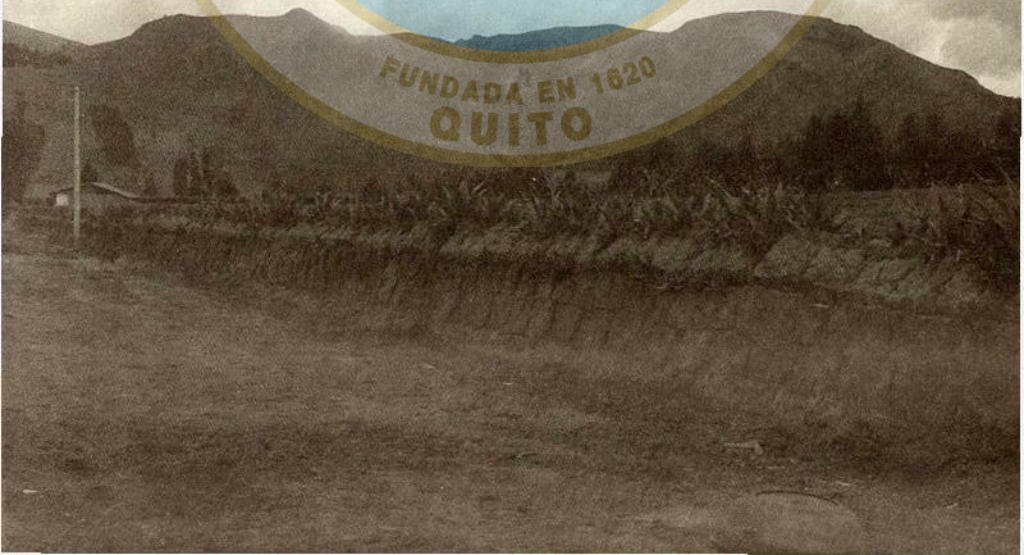
las haciendas del cantón Cayambe, en esa época, no fueron personas de raigambre bucólica. Explotaron la tierra para cumplir el acuerdo pactado, así como para comprar la suya propia. Las nuevas actitudes fomentaron la ruptura del sistema configurado y, de esta manera, se generó una nueva realidad para el pueblo campesino, puesto que a mayor necesidad de rendimiento de la tierra, mayor explotación se dio de la fuerza de trabajo, amén de las formas de maltrato ejercidas sobre las familias indígenas que fueron distribuidas en el marco de la división de la propiedad de la misma manera que los enseres y los semovientes de hacienda.

Sin embargo, en el caso de las haciendas Chimba, Pesillo y Muyurco, ubicadas en la Sierra norte del Ecuador, algunos grupos indígenas mantienen hasta la actualidad su cohesión por lazos de sangre y parentesco que se expresan con fortaleza y altivez. Este es el caso de Tránsito Amaguaña Alba, quien apenas había escuchado sobre la historia de la Conquista española. Su madre comentó alguna vez que Pesillo pertenecía a la Orden Mercedaria. Pero ella siempre supo que los Amaguaña y Alba eran indios de Pesillo, que las cosas estaban mal y que había que cambiarlas. Ya libre de pena y libre de chanza, dice, así fueron las cosas; así pasó, sufrimos mucho: siempre insultados, siempre perseguidos. Sin embargo, comprende que tomó de la mano al hijo abandonado de la historia para mostrarle el camino de reencuentro con la imagen de sí mismo. Su conciencia da lectura y repasa, una y otra vez, las acciones realizadas; todavía lucha desde su pasión política para explicarse la extensión de su propia vida, porque, en relación a su actividad guerrera, ella sabe que triunfó la lucha indígena en la que empeñó su esfuerzo, que Pesillo ya no es de sus mercedes, que los indios de ese sector ya no son mitayos ni conciertos: muchos son dueños de sus granjas y viven con lo que da la tierra. El acentuado dolor que entonaba el churo nocturno ha desaparecido.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Capítulo 2

La memoria colectiva y el traspaso de la hacienda al Estado



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La memoria colectiva y el traspaso de la hacienda al Estado

De La Chimba a Santa Rosa y desde Pucará a Cascatola, entre San Francisco y Puente Viejo,[1] se hallaba localizado el gran valle de Pesillo, según la memoria de los límites que aún guardan los descendientes del inolvidable Andón Guatemal, heredero de los incas y dueño de esas tierras. Él y doña María Segovia, su esposa, al no tener hijos, afanosos formaron campamentos para su gente y a la comunidad nativa le dieron su nombre. Labraba libre el pueblo indio un monte lleno de moras y mortiños y le ganaba la batalla al cerro desbrozando el pajonal. Instrumentos de piedra, rejas de madera y **huashmos** eran las herramientas con las que el grupo de naturales trabajaba el campo, antes de 1600, según dicen los propios del lugar.

Cuentan los lugareños que llegaron los padres mercedarios a los campos indios, bendijeron tierras y personas, y al jefe Andón Guatemal bautizaron y le entregaron el crucifijo cristiano. Inmediatamente se hicieron sus amigos, jugaron con él a la pelota, rieron con él y luego formaron un grupo para viajar a Guayaquil. En ese tiempo se necesitaba muchos días para trasladarse de ciudad en ciudad y no dejaba de ser peligroso el viaje: cruzar la cordillera serrana, desafiar las alturas, soportar los vientos helados, el cansancio de las mulas, las

1. Yánez del Pozo, 1986.

fiebres extrañas del trópico, el torbellino del mosquito amenazante, las picaduras de insectos, las bestias feroces. Sin embargo, pronto se inició el viaje, porque Andón, según ellos, debía saber que allá había oro, conocer el mar y alabar a Dios.

"De regreso, los padres ya eran dueños de la tierra, porque el mismo dueño, Andón Guatemal, las entregó, dio a conocer los márgenes y así fue que formaron las escrituras en pergamino. Los padres prepararon el título, porque Andón no sabía escribir ni leer... En libro grande está el título; dizque está archivada en Otavalo la firma de Andón Guatemal".[2] "De misa en misa los padres fueron apropiándose de la tierrita. Fueron seis los que la manejaron y un omotico era el que ordenaba a los cinco. De Quito venía, tres días o cuatro diítas venía, y, cuando venía, no paraba de ordenar: ¡Que lleven el ganado! ¡Que lleven los borregos! ¡Que lleven los puercos! ¡Que hagan poner fierro a todo el ganado!"[3]

Los padres que llegaron a Pesillo fueron ecuatorianos, algunos, y otros españoles. Hicieron una choza del mismo estilo que las viviendas ancestrales y se instalaron en ella. Pero su labor evangélica debía pagarse y así se lo advirtieron al prójimo: "Bueno, paguen en terreno, y así... primero misa, después bendición y otra vez misa, y como pago, la tierra del natural. Ya con la estadía de los padres se nombraron priostes y comenzaron las fiestas... el 19 de marzo San José, en junio San Juan, en septiembre la Virgen de las Mercedes y en diciembre el nacimiento de Jesús. Al principio, la gente vivía a lo largo de un callejón hacia el cerro, entonces los padres, con engaños, les dijeron: ¡Vamos a la hacienda! ¡Vivan en la hacienda! ¡Qué han de vivir aquí hombres! ¡Vamos a la hacienda!"[4]

2. Entrevista a ErnestoValladares, citada en: Yánez del Pozo, p. 71.
3. Entrevista a Pablo Andrango, citada en: Yánez del Pozo, p. 73.
4. Entrevista a Juan José Perugachi, citada en: Yánez del Pozo, p. 76.

Así cuenta Pablo Andrango. Juan José Perugachi añade, además, que, convencidos, los indios se pasaron al lugar indicado por los padres. Cada cual armó su vivienda, se formó la hacienda Pesillo, ellos se transformaron en gañanes y la Virgen de las Mercedes fue, a partir de entonces, la patrona santa. Casi todos los indígenas que habitaban Pesillo eran gañanes. Algunos huían de la hacienda por temor al castigo que impartían los frailes, pero ellos los buscaban y los traían de regreso; primero les ponían una corona de guanto en la cabeza para que desfilaran frente al público, avergonzados; luego eran azotados y encerrados.

"Grillos les ponían y andaban chilín, chilín, los naturales castigados, y así... uno llucho, llucho, daban cuerazos; como animal dizque burlaban... A esos arrendatarios y padres no les importaba quebrar la cabeza, no les importaba hacer matar brazo. Ya digo, con palos, con fuetes, yo sí he visto eso. ¡Ah... padres brutos eran!"[5]

"Y a las mujeres también castigaban los padres. A la otra mujercita tan, no aceptando a los padres, quisieron crucificar, quisieron ahogar, ahí en una casota que decía que había. Palo, como palo encebado, así... Ahí había ido bruto padre a crucificar. Le mataron a la doña, elé. Con esto ca se fueron ante el gobierno y entonces ya vinieron a quitar la hacienda. Elé. Eso mismo yo aclaro todo, porque yo ví lo que alcancé. ¡Esos cojudos!"[6]

"Sí, habían padres santos y buenos como el padre Santos Cervantes, pero otros, ¡qué bravos! Había uno que jugaba a la pelota hasta decir: ¡basta! Y otro era alto, buen mozo, se alimentaba de carne de zorra y de raposas. Los soldados se los llevaron a los conventos de Ibarra o de Quito porque llegó a la presidencia el general Alfaro.

5. Entrevista a Pablo Andrango, citada en: Yánez del Pozo, p. 174.
6. Ibid.



Eloy Alfaro había sido un runa que quería que todos trabajemos igual. No como ahora, que solo los blancos ordenan todo. Alfaro había decretado que las haciendas que son adquiridas por manos negras, tenían que ser de campesinos..." [7] "Entonces ya dizque oyeron ese decreto, de que las haciendas que son adquiridas de manos negras sean pasadas al Estado... Cuando salieron los padres dizque dijeron: escrituras irán a buscar. Esta hacienda es de ustedes porque trabajaron ustedes. En Quito dizque está asentada en cuero de borrego la escritura; así, advirtiendo una y otra vez dizque iban los padres. No dejen que lleven lo que no es de ellos, sino que es de ustedes. Las tierras son de ustedes y no dejen que entren los masones".[8]

Luego de pronunciar frases que representaron un legado para los indígenas de la zona, los padres mercedarios dijeron misa, montaron sus caballos y se fueron. Al saber los campesinos que ellos abandonaban la hacienda, se suscitaron reacciones diversas: algunos lloraron al sentir que perdían la doctrina y la liturgia de la religión católica, otros se manifestaron en su contra, porque, además de maltratarlos, los padres no mostraban caridad ni compasión cristianas. El castigo quedó en el recuerdo, aseguraban muchos, así como las paredes que ha hecho la gente indígena para poner las campanas de bronce en la Iglesia.

Así registraron los acontecimientos en sus mentes Ofelia Almeida, María Rosario Alba y aquellos que, por ser de allí, se quedaron.

7. Entrevista a Manuel Catucuamba, citada en: Yánez del Pozo, p. 77.
8. Entrevista a Ofelia Almeida, citada en: Yánez del Pozo, p. 78.

II

La intervención armada



Llegó el nuevo patrón a recibir la hacienda: fue el colombiano Enrique Fierro. Él trajo como administrador al señor Pancho Portillo, al que algunas versiones lo han presentado como militar. En todo caso, los indígenas se negaron a trabajar en la hacienda. Portillo les presionó para que obedecieran, pero no tuvo éxito. Ante tan tirante situación, solicitó al Estado el envío de un pelotón armado.

El solemne sonido del churo se escuchó en todas partes y, en un abrir y cerrar de ojos, las faldas del cerro se vistieron de rojo, porque encendido fue el color de los sombreros de los naturales. Hombres y mujeres con palos y piedras se enfrentaron a cincuenta soldados que acompañaban a Portillo. ¡No los necesitamos! ¡Que se vayan! Ésta es nuestra tierra que nos han dejado Andón Guatemal y María Segovia, dijeron enfurecidos los indígenas, y lanzaron palos y piedras.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO



Juancho Albacura, de Santa Rosa, con un armamento **madero miquillo**, disparó a Portillo, el cual cayó mal herido del caballo, vomitó sangre y ordenó: ¡Maten! Treinta personas cayeron muertas y otras tantas heridas. Portillo también cayó muerto y enseguida la tropa mandó avisar a la familia. Le sacaron los intestinos y lo enterraron en el altar mayor de la capilla. Otros dicen que no quedó enterrado allí, que lo sacaron de la capilla, que lo sacó el gringo Anderson, "porque el hombre era salvaje, como animal mismo, dizque era rabudo, así con rabo... ¡Salvaje!".[9]

Muchos hombres y mujeres fueron los que se armaron de piedras, garrotes y machetes para enfrentarse a semejante tropa armada. ¡Misericordia!, habían dicho las mujeres, porque los soldados vencieron en el patio de La Chimba. Por cierto, fue un pelotón armado el que atacó inmisericorde a los indios de hacienda. ¡Misericordia!, habían dicho de nuevo las mujeres, porque perdieron la vida no se sabe cuántos. "¿Qué sería? Un capitán a caballo blanco, ¡semejante! brincando al Albacura, al Albito Albacura, runita, jarilla, jarita, botó con todo caballo por esa ladera. Él también murió, a él también le mataron. Albito Albacura murió".[10]

Algunas mujeres murieron, comentaron las indias aldeanas, como Juana Calcán, que dejó una huérfana. Se llamaba Lucía y a diario se la encontraba en las calles. Vivió hasta viejita, afirmaban ellas, y siempre relataba a su manera la tragedia: "¡No vayas!, había advertido mi papacito. ¡Cuidado! Alboroto parece que hay en la hacienda. Elé, mamita no haciendo caso ha venido a la hacienda. Otros también habían estado yendo como el taita Carlos de mi vida, así como ahora, cabecilla ha sido. Pero no ha llegado. Cuando dizque ha empezado alboroto, mi hermanita ha dicho: ¡ya se acaba la gente, ya se aca-

9. Entrevista a María Rosario Albacolcha, citada en: Yánez del Pozo, p. 93.
10 Ibid. p. 83.

ba la gente! Elé, papacito ha llegado con leña. Leña botando ligero dizque se ha ido a la hacienda. A las seis de la tarde dizque ha muerto mamita. Ya se ha muerto tu mujer, le dijeron algunos que encontró en el camino... Mi madrecita, la que ha dado a luz ca, en guerra dizque ha muerto. El pecho dizque ha estado así cargadita. Mi madrecita, así que ha entrado a la hacienda dizque ha recibido la bala. Yo ca en ese tiempo guagüita, gateaba no más. De ahí ca, en Pucará vivía, en Pucará, guambrita, recién chiquita. Y donde mi tía me fui a encargar atrás, a Santa Rosa. Y ahí estaban militares andando. Yo ca en corralito de ovejitas amanecía. Así llorando amanecía..." [11]

III

La ruptura

La hija de Juana Calcán vivió hasta edad avanzada. Apareció a lo largo de casi todo el siglo XX como un testimonio vivo de la intervención armada, mediante la que se impuso la posesión del Estado sobre las tierras de Cayambe. No fue inmediatamente después que se arrendó la hacienda Pesillo: tiempo le tomó a la Asistencia Pública dividir la hacienda para que tal cometido fuera más fácil. Por tal motivo, entre 1908 y 1912, el pueblo indio estuvo solo. Nada podía ser más coherente: los padres de la Orden Mercedaria, al marcharse, les devolvieron su heredad. Libertad para cultivar la tierra y propiedad para todos, fue la verdad que quedó grabada en su conciencia, porque ellos eran los herederos de Andón Guatemal. Primero porque los padres, una y otra vez, así lo ratificaron, y, luego, porque insistentemente se fueron recomendándoles que no depositaran la tierra en las manos de los masones.

11. Entrevista a Lucía Lechón, citada en: Yánez del Pozo, p. 80, 81.

La llegada del primer arrendatario a posesionarse de la hacienda, alrededor de 1912, representó para la mente y la realidad de los indígenas ser despojados una vez más de la tierra de sus mayores y de la palabra sagrada, porque en su espiritualidad ya estaban mimetizados Taita Dios del cielo y sus dioses. De esta manera, se destrozó su mundo interior, el de las verdades profundas, así como el exterior, aquel en el que se proyectaba su propia identidad, la esencia misma de su poder social y simbólico. La figura del arrendatario y su esquema de explotación de la tierra representó para ellos el ejercicio monumental de la violencia. Su conciencia registró una nueva usurpación, un renovado sometimiento y, otra vez, se hizo añicos el mundo para dejar desmantelado nuevamente el astro de sus sentimientos.

Sobre esta base habría de urdirse la lucha, pocos años más tarde, porque quedó una convicción de propiedad que les asistía como derecho, y un motivo imperdonable de rebeldía en razón de la barbarie cometida sobre su propia integridad humana. Había que tomar en cuenta, además, que el grupo pasó a ser "sujeto" de explotación en una época que prometía transformaciones radicales a favor del pueblo. Muchos de los y las líderes que iniciaron la reacción indígena en las haciendas de Cayambe a partir de 1926, como Jesús Gualavisí, Dolores Cacuango, Juan Albamocho, Neptalí Ulcuango, Mercedes Alba y Mercedes Cachipuenda, fueron personas que nacieron alrededor de 1880, es decir, que estuvieron inmersas en la época de la Revolución Liberal (1895) y que posteriormente conformaron la primera generación de cabecillas. Nunca se rebelaron contra el orden patriarcal instituido que fue la Orden Mercedaria, pese a las quejas que guardaban sobre el trato de los clérigos. Sin embargo, no soportaron la presencia de nuevos amos, ajenos a su historia y a la tierra, pues nada los unía a ella y su interés radicaba en la prisa por extraer el lucro de sus semillas. Evidentemente, para lograr tal objetivo, había que explotar, al mismo tiempo, la fuerza de los siervos. A esa condición estaban reducidos los comuneros indios.

Fue la época del fuete y el acial. Fue una época más de crueldad en la que aquellos que se inauguraban como señores creían que tenían derecho no solo de maltratar, sino incluso de matar. Despiadados verdugos tomaron, al arbitrio de su mano y su locura, la vida de aquellos a quienes consideraban infelices, y que lo fueron, desde luego, porque cayeron muertos a los pies de amos sanguinarios. Ejemplos existen y la prensa da cuenta de ellos, como el que se encuentra en el boletín del diario *El Universo* número doce, correspondiente al mes de abril de 1930, en una crónica que fue trasmitida por telégrafo desde Cuenca, ciudad situada en la Sierra sur del Ecuador.

"Un arrendatario de una de las haciendas de la Asistencia Pública flagelaba, acaso por una falta insignificante, bárbaramente a un indígena con sus propias manos. Otro peón de la misma hacienda, compañero del flagelado, ardiendo de indignación ante tan cobarde espectáculo, lleno de afecto por su amigo y confiado en su robustez, pues era un gallardísimo mozo de cincuenta años, se abalanzó y contuvo con fuerza hercúlea el latigazo con el que el patrón desgarraba las carnes de su compañero. Tras corta lucha el patrón requirió su pistola y arrojó tres tiros. El noble y robusto indígena cayó muerto instantáneamente a sus pies. ¡Honor al vencido victimado cobardemente, al amigo real!"[12]

Por eso es muy particular el caso de las haciendas de la Junta de Asistencia Pública localizadas en Cayambe: porque solamente en ese sector brotó la rebeldía incontenible, y fue de tal magnitud, que se trasmitió generacionalmente. A los cabecillas de la primera generación les sucedieron sus hijos e hijas a partir de la década de los cuarenta, porque la intención no fue únicamente rebelarse contra el concertaje de indios, sino porque se sintieron saqueados, vilipendiados y envilecidos —porque hasta ese extremo los condujeron— y, sobre todo, porque llevaban una verdad interior...

12. Mención a una crónica del Diario *El Universo* por un articulista de *El Comercio*, 19 de abril de 1930.

IV

Otros actores

En el escenario de la capital, se alzó de manera enérgica la voz del clero al sentirse despojado de sus tierras. Personajes representativos tomaron la palabra para mostrar su posición frente al Estado laico, especialmente en lo que se refirió a la Ley de Manos Muertas, expedida por el gobierno liberal de Leonidas Plaza Gutiérrez en 1908.

"¡Protestamos contra esa ley!", había exclamado Monseñor Federico González Suárez, "porque la autoridad temporal ha extendido su mano sobre bienes sagrados, se ha apropiado de ellos sacrílegamente y ha dispuesto de los mismos templos en que se da culto a Dios. Vuestra cuchilla va, vuestra cuchilla viene; corta, taja... ¿Dónde está el mal? ¿Cuál es la víscera enferma? ¿No echáis de menos el corazón? ¿No advertís que se ha convertido en estómago?..."[13]

Y no solamente fue su voz la que se dejó escuchar, porque presas, igualmente, de gran indignación, las comunidades religiosas de la capital nombraron a un grupo de representantes y, en un boletín dirigido a la Honorable Cámara de Senadores, los suscriptores del comunicado afirmaron que el general Alfaro, remontándose al origen de sus propiedades, dio por hecho que estas vinieron en su totalidad de la munificencia del pueblo. De haber sido así, afirmaron, es evidentemente legítima la propiedad, "puesto que la misma Constitución garantiza a todas las personas, naturales o jurídicas, el derecho de propiedad como una de las bases de la existencia misma del Estado".[14] Firmaron un comunicado en el que manifestaron sentirse ampliamente desvalorizados, puesto que la Cámara de Diputados había asignado para su manutención —la de ca-

13. González Suárez, *Federico*, p. 194.
14. Comunidades Religiosas de la Capital, p. 189.

da religioso profeso— la misma suma que se pagaba a un albañil al mes, cantidad que equivalía a la mitad de la que se pagaba a un sargento en el mismo tiempo. "¡Muy agradecidos estamos", afirmaban, "por no habérsenos privado del agua y del fuego, ni escatimado el aire, que podemos respirar libremente en las calles y plazas!"[15]

Fueron cuatro los que firmaron el comunicado; entre las firmas se encontró la del Padre Santos Cervantes, capellán de Pesillo, Prior del Convento Mercedario. El Padre Rencoret afirmó que el reverendo Andrés Sola había sido quien inmediatamente después de haber llegado de España, se dedicó a comprar las tierras. Ese sector del clero, refiriéndose a la hacienda Pesillo, justificaba que no todas las tierras que estaban en manos de la Iglesia habían sido adquiridas por la munificencia del pueblo, tal como aseguró Eloy Alfaro alguna vez, sino que dicha propiedad había sido adquirida por la Orden Mercedaria mediante compra legal a lo largo de los siglos.

"Antes de él, Pesillo no era más que un miserable hato. Ya en 1614 se inició la primera adquisición y, para el 21 de diciembre de 1626, el reverendo Sola compró de contado a Gabriel Garcés, de Ibarra, 311 vacas y diez y seis caballos a cinco patacones cada una, 1836 ovejas a cinco reales con cuatro indios de apareamiento del pueblo de San Pablo. Todo, con cuatro indios incluidos, sumó dos mil quinientos treinta y un patacones y cuatro reales... Le vendió, además, diez caballerías con sus casas que lindaban con el valle de Pesillo y con tierras del Convento por la celebración de 200 misas que le mandaría aplicar en el término de seis meses".[16]

Sin duda, el país experimentó un profundo remezón con el triunfo de la Revolución Liberal en 1895. Eloy Alfaro, caudillo costeño, después de diez y siete años de lucha, derrotó al conservaduris-

15. Ibid, p. 192.
16. Landázuri, [1976].

mo que había concentrado en sus manos el poder omnímodo. Cortó la unidad Iglesia–Estado, instauró el Estado laico y, por primera vez, el Ecuador asumió la gestión pública. Libertad para todos, tal era el postulado básico, pues consideraba que Dios era una vivencia y cada cual podía honrarlo en el paisaje hondo de su intimidad. Rendirle culto, sí, en el contexto racional de una integridad personal y no de una dependencia de la conciencia patriarcal que, durante cuatro siglos, se había afirmado en la mente de los pueblos en medio de un juego de extraños abalorios. En el nombre de Dios se peleaba por la tierra, en su propio nombre se accedía al poder político y, sobre todo, la homilía del domingo insistía en mantener en sus feligreses una conciencia incapaz de independizar lo sagrado de lo profano. Maquiavélico, sin duda, aparece el asunto, porque no había inocencia. Por ello, el culto a Dios debía situarse independientemente de la estructura del Estado y, una vez que la jerarquía de valores estaba clara, había que proceder a realizar las transformaciones sociales urgentes, es decir, expedir leyes que permitieran terminar con la servidumbre y la pobreza.

Si, para 1908, la reacción del clero fue enérgica, la Ley de Jornaleros, expedida en 1916 en el marco del Gobierno liberal, causó ásperas reacciones del sector terrateniente: diversas proclamas, alegatos y solicitudes, se presentaron por parte de los hacendados serranos ante el Congreso del Ecuador y otras instancias públicas, y muchos fueron difundidos a través de los medios de comunicación. Luis Felipe Borja, por ejemplo, afirmó, en su alegato dirigido al Congreso en 1918 y que luego fuera publicado en la prensa a instancias de los agricultores, opiniones que buscaban la permanencia del concertaje de indios:

"Es preciso reconocer que, en realidad, de verdad no existe el Concertaje. Hemos inventado un nombre para una institución que no existe y este error en la apreciación nos conduce a otros mayores en

el terreno de los hechos... Por lo mismo, los agricultores que tantas trabas encuentran para sus benéficas labores merecen entusiasta apoyo, y no que, con leyes inconsultas, se les coloque en la imposibilidad de dar al pueblo paz, pan y el trabajo que fortifica los músculos y purifica las conciencias".[17]

Igualmente, en el seno de la Cámara de Agricultores surgían intervenciones que argumentaban a favor de la necesidad de mantener el concertaje a través del apremio personal. Tal fue la propuesta que expuso J. Virgilio Ontaneda frente al Senado. El defensor justificaba no solamente la explotación al trabajador agrícola, sino la capacidad de oprimirlo al amparo de las leyes, puesto que en su defensa sostenía que el indio era inferior, incapaz de cumplir ordenadamente sus obligaciones, y que solamente el amparo jurídico al sistema de "apremio personal" podía someterlo a una responsabilidad laboral.

"El indio se mueve casi siempre por el temor, nunca por el estímulo. Está acostumbrado a mirar en la persona del patrón algo así como a un adversario, casi un enemigo; y de aquí que, cada vez que le es posible, se permite contra éste toda clase de abusos. Por eso es que el legislador excogitó el apremio personal como el único medio capaz de obligarle al cumplimiento de sus obligaciones, ya que con la degenerada raza indígena no pueden mucho que digamos los estímulos ni las exhortaciones que producen efectos saludables en la raza blanca".[18]

Fueron tantas las contradicciones y tan diversos los intereses que, en la práctica, la situación del indio se mantuvo inamovible a pesar de las leyes expedidas. Sin embargo, la conciencia colectiva se

17. Borja, p. 226.
18. Ontaneda, p. 264.

manifestó a través de innumerables artículos que aparecieron en el escenario político de la época: el pensamiento de Belisario Peña, la vehemente defensa del indio que hizo el liberal Abelardo Moncayo y otros. La dinámica ciudadana se expresó a través de organizaciones populares, sumada ella a la participación de algunos de los medios de comunicación interesados en el tema, dada la influencia del pensamiento socialista y de otras corrientes políticas que abonaron el campo para que el sector indígena —cuya población convulsionaba ya, ante la opresión y el maltrato— empezara a tomar parte en la vida de la nación.

La tensión social iba acrecentándose. Las familias poderosas colocaban a sus miembros en cada uno de los partidos que ejercían funciones preponderantes para mantener la armonía del sistema. La armonía del sistema significaba: aunque usted sea conservador y yo sea liberal, el problema no es ideológico. En realidad, a su grupo como a mi grupo nos interesa salvaguardar la herencia, la clase y la raza. Y como ésa fue la construcción integral de la identidad, se aceptaba, en la misma perspectiva, el mismo credo. Y la ley funcionaba de acuerdo al criterio de *todos nosotros.*

Al finalizar la segunda década del siglo veinte, las piezas comenzaron a ocupar sus lugares estratégicos. Los verdaderamente interesados en el avance social —liberales que no estaban de acuerdo con el rumbo que posteriormente había tomado el Partido y juventudes que buscaban nuevas propuestas ideológicas— asumieron el socialismo como el camino consecuente. Empezó a gestarse la literatura de vanguardia, que hizo su impacto en la década de los treinta, en torno al poblador suburbano: el montubio de la Costa y el indígena de la Sierra ecuatoriana. El arte plástico trajo, mediante luz, color y sombra, las espaldas magulladas de los indios por el acial del hosco mayoral, pintó bocas abiertas en expresión de grito y manos casi fan-

tasmagóricas se extendieron como tunas al cielo, quién sabe si en actitud de oración.

Desde sus propios espacios, los indígenas clamaban por justicia. No se trataba únicamente de la pobreza y la explotación de hombres, mujeres y familias. En el horizonte de los derechos, se inscribía la cultura, subjetividad y conciencia del inmenso colectivo legendario. Así es como se forjaron líderes: hombres, mujeres, comunas que inscribieron su rúbrica histórica porque lograron que se superaran las elementales formas de actuación que impuso la Conquista en la arena social de los tiempos.



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Capítulo 3

Ella...




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

Ella...

Me llamo Tránsito Amaguaña Alba. Yo ya tengo cien años entrando... Soy de Pesillo y dicen que nací en 1909. Mi papacito se llamó Vicente Amaguaña y mi mamacita Mercedes Alba. Desde chiquitica con ellos he vivido y con mis hermanos. Eloisa fue la mayor, después Venancio y José. Mi hermana Cruz, estaba antes que yo y después la Angelita. Viviendo, viviendo no más, bastantes hijos tengo, decía mamita...

Mi papá era gañán, vivía donde quiera, sin arado, por cerros, por campos, por rastrojos; los gañanes no tenían nada. Yo andaba juntos, juntos, con mamita. Fue doce años ***guaguacama****. Mil trescientos borregos cuidaba, no pagaban nada. Mamita cogiendo abogado, tanto pelear, tanto lidiar, hizo cambiar. Pero ella me tenía arregladita. Desde chiquitica me ha hecho bailar mamita para San Juan.* ***Mishi niabe*** *longa, longa ojos de gato, en idioma de blancos, decía y me hacía cantar: aquí estoy, qué me han de hacer,* ***mapa shamungui****. Cantaremos, bailaremos, sanjuanito corazón.* ***¡Juyayay!***

Pero una mañana pasó un vecino cerca y vio que el corral estaba cerrado y dizque dijo: ¡Ve... no ha sacado la guagua el borrego! En ese momento sepultábamos a la Crucita... Verá, así pasó: –toma mis manos entre las suyas y empieza el relato– *una tarde, donde lavaba mi mamita, le habían dado una cabeza de gente, una calavera, y ella ha estado jugando. ¡****Ayayay*** *guambra, carajo! ¿Qué estás haciendo?, le*



ha dicho Paulita Guaján Noboa, la mujer de Venancio, mi hermano, viendo que la Crucita jugaba con la calavera. De ahí ca, le ha dicho: ¡bota eso, estás jugando con cabeza de hombre! Ella lanzó la calavera, pero esa noche murió. Después la Angelita; principiando a caminar murió. Y así... todos se acabaron muriendo...[1]

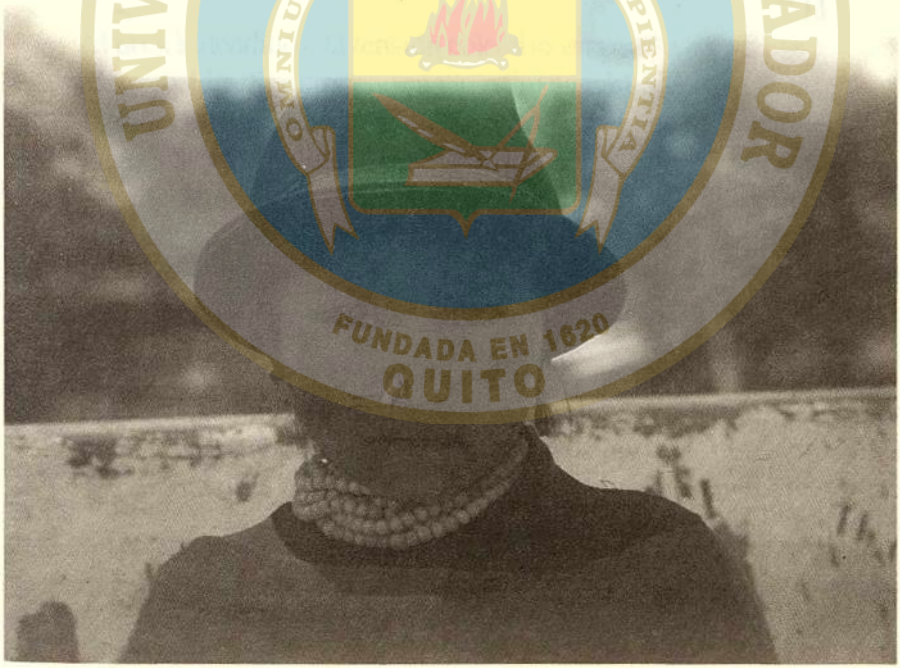
De edad de siete años ca, la guambra ya es grandecita para barrer cuarto, para lavar platos, para ya no más traer hierba, para ya no más atajar puercos, eso ya para tirar almuerzo para mayordomos, para ayudantes... De nueve años me llevaron a la escuela... yo me acuerdo. En año nuevo me llevaron. Elé. Y la señorita decía que dé buenos días. El escribiente decía: longa pendeja, longa verduga, por qué das buenos días; bendito alabado tienes que dar. Y me iba a quejar a mi mamá, y me iba a quejar a la profesora. Y pelearon, pelearon. Y así seguimos ya luchando, luchando en la escuela también. Di examen en la escuela y seguí ese camino de servicia dos a tres meses. Con todo, todos los trastos de la mujer ca, pero limpio para servir a ellos. Pueda o no pueda. Venía yo por estos rincones a la leña, longa chiquita, llorando, llorando. Nos mandaban con quesos a San Pablo Urco a **unguillar** *ocas, papas, sin poder cargar. En ese tiempo no había ninguna justicia, ninguna cosa. A gusto de ellos maltrataban, a gusto de ellos pisoteaban a nosotros.*[2]

Mamita andadora era. Yo guambrita. Ella y yo fuimos a la Iglesia de las Lajas en Colombia como caminantes; no había carretera en ese tiempo ni tren para allá. A esas horas que fuimos, chiquitica era la iglesia. Había un cuadro donde estaba pintada la tentación. La Madre de las Lajas en la peña estaba. La Virgen mismo ha nacido ahí. De ahí ca, pasamos para atrás, quebrada adentro. Allí amarrado dizque estaba el diablo. En el camino hilábamos hasta llegar a Ipiales...

1. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, octubre 2004.
2. Prieto, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 14.

De ahí ca, ya me hicieron casar a los trece años porque gente de hacienda —arrendadores, ayudantes—, violando a las indias jóvenes andaban. Me hicieron casar con un runa de veinte y cinco años. Esa noche se tocaba bombo y así la gente sabía que había boda. Había padrino, madrina. La boda era para la gente. Vienen botella trayendo agarradita, y una responde con la comida. Yo llorando estaba. En el matrimonio mismo marido pegó. Él de veinte y cinco años y yo de trece. Allí defendió mi hermano y mi papá. Él les respondió pegando, semejante jodido que era ca...

Una vez fuimos a Pesillo el último día de San Juan. Él bailando, él cantando, él maravilla. ¡Cómo comía! ¡Cómo tomaba! Se fue y vino al día siguiente a la casa. Mamita estaba haciendo tortillas en tiesto. Está mal anochado hijo, cómase una tortillita, le dijo. A mí también hágame bailar, le dije yo, porque siguiendo fui. ¿A vos ca,



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM ATENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO



quién te dijo vamos?, me contestó y después me pegó y me pateó. Así mismo es la vida de matrimonio, decía mamita. Así he sufrido yo con tu taita ignorante tan...

Pegada a la choza de mamita vivía. Yo era ***chagracama****: cuidaba los potreros, los sembríos: cebada, trigo, maíz, papas, ocas, habas de hacienda. Nada me pagaban, yo era una lástima. Me daba modos para sembrar por aquí tres maticas de habas, por acá tres maticas de maíz. Cuatro años estuve así. Por allí vivía gente, me acercaba para pedir un plato de comida, unas papitas calientes. Una mujer me dijo una tarde: a tu linda, a tu amamía, baja del cerro mamita, vamos a recibir servicio huasicama, trayendo escobita cualquier cosa has de hacer. Entré a la casa de hacienda como servicia de los patrones. Jodidos eran ca.*[3]

II

Las marchas

En las chozas indígenas situadas en el valle de Pesillo, algunas mujeres alumbraron nuevas visiones y, por eso, dejaron la chacra, el cuidado de los animales y, con los hijos, unos de la mano y otros a la espalda, emprendieron sendas marchas a Quito para buscar la justicia. Entre ellas se encontraba Tránsito Amaguaña.

Veces a pie limpio, veces con alpargatas, veinte y seis viajes hice a Quito, dice ella. Caminábamos por ***chaquiñanes****;* ***machca*** *con dulce raspado era nuestro* ***cucayo*** *y Guayllabamba era el primer tambo. Acompañaban los hombres, a veces ellos chumaban, pero llegábamos a la Junta de Beneficencia.*[4]

---

3. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, noviembre 2004.
4. Ibid.

Mercedes Alba, su madre, marchaba a la cabeza con una hija que apenas contaba con quince años de edad, pero que ya tenía el mapa social organizado en su mente: trabajo remunerado para las mujeres, no al maltrato, jornada de trabajo justa, pago a todos los trabajadores. *No podíamos trabajar en balde*, ratifica Tránsito.

No eran consideradas importantes las quejas de los indios en el contexto de la preocupación pública, a pesar de que ellos conformaban casi la mitad de la población ecuatoriana. Pacíficamente, ellos reclamaban porque confiaban en una autoridad justa, porque sus iniciativas nacían del profundo sentimiento de inequidad que padecían. Pero aún en las oficinas del Gobierno se consideraba que debían estar sometidos al amo. Sin ser atendidos, la mayor parte de veces volvían, y siempre decepcionados. Ellos eran nacionales, pero no eran ciudadanos. No estaban inscritos en la conciencia de las autoridades del Estado.

Al no ser atendidos, la tensión colectiva empezó a tomar carácter de inminente rebeldía. Se autodenominaron "reclamantes"; la marcha apareció como una estrategia de lucha, creció la urgencia de la conspiración y el encuentro con los líderes socialistas estaba próximo. Si bien es cierto que, inicialmente, el brote conspirativo surgió desde la propia comprensión indígena, pues ellos consideraban que la injusticia a la que estaban sometidos era intolerable, los insatisfechos necesitaban identificar el amparo legal sobre el que podían fundamentar sus actos y tomar decisiones. Desvinculados del mundo, la mayoría analfabetos y sin acceso a medios de comunicación, imaginaron estrategias originales con el afán de informarse. *Se anda y se oye*, decía Tránsito, después, porque sus mayores le enseñaron que se aprende al escuchar a los viejos, a los doctores. Importantes iniciativas habían desarrollado los indígenas, desde tiempos atrás, para enfrentarse con las dificultades que otra cultura y otro pensamiento les planteaban. La convivencia con los mestizos, siempre conflictiva, fomentó en ellos la necesidad de conformar actitudes que les ayudaran a



conseguir, en un marco social amplio, las metas propuestas. Desde la Época Colonial aprendieron a disfrazarse para practicar clandestinamente el culto a sus dioses, para reproducir su señorío, para desacralizar lo español y para representar, ante sí mismos, en inversión simbólica, una crítica a la Conquista y una idealización de lo andino.

"Olvidan la tristeza del vencido y recurren a la risa durante las fiestas rituales para burlarse de la historia de una absurda conquista. Invierten incluso la historia durante sus representaciones rituales: hacen aparecer a los españoles como gente de menor rango y castigados por sus vicios. La utopía durante este siglo es vivida como una alegría colectiva desacralizadora de lo que significa lo español y el sistema colonial".[5]

Fue, en síntesis, una manera de resolver la derrota al interior de su conciencia y, para el tiempo de la reivindicación, fue la forma de iniciar la adquisición de instrumentos políticos. Disfrazados, podían acercarse serenos al lugar propicio, enterarse, sorprenderse y, al mismo tiempo, forjar una vía de comunicación con el mundo oponente. Actualmente, aparece muy arraigada la costumbre entre los indígenas de disfrazarse para esconderse, para desaparecer: porque es la estrategia que evita entregarse o dejarse capturar. Por eso, asegura Tránsito Amaguaña, desde allí surgió la acción conspirativa.

Así reunían de noche en las casas. Estamos bien. Estamos bien. Sí ha habido ley, decía un tal Alabamocho que era bien valeroso el viejo. Él dizque se había dejado criar la barba y de ahí ca, con zapatos de pastuso, sombrero de petate, él sentado, sentado a la puerta de un ***quilca*** *pidiendo caridad, habiendo oído todo a los doctores, venía después aquí, venía a regar las palabras a las familias, a los vecinos, a los hijos, y así...*[6]

5. Burga, p. 82.
6. Prieto, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 15.

Siempre atenta, Tránsito mantuvo y mantiene atesoradas en su memoria las imágenes del encuentro con los primeros líderes socialistas. Ellos, entregados a la causa, dejaron sentir su presencia, porque consideraban que el sector indígena era justamente el terreno fértil para conformar el sector proletario que había de cambiar los ejes sociales y económicos del país. La familia indígena: padres, hijos e hijas, siempre estaban presentes en la acción comunitaria y, en esa práctica, Tránsito no aparecía como una mujer totalmente sometida al maltrato del esposo. Lo sufría, pero, al mismo tiempo, la presencia de las vecinas, cuya voz tomaba cuerpo en el acontecer de la comunidad, representaba para ella un espacio de crecimiento humano y formación política. En la vida de Tránsito la presencia de la madre fue constante. Mercedes Alba alimentó su espiritualidad. De allí su preocupación por el bien común. De allí su transparente liderazgo.

La movilización de los grupos indígenas empezó desde la cotidianidad de sus vidas. Al finalizar la jornada, la mayor parte de veces exhaustos, asistían a las reuniones, disimuladas al principio, pero continuas, persistentes y acompañadas por una decisión irrevocable. Después de haber compaginado, en la primera reunión, sus aspiraciones con la propuesta socialista, en un grupo integrado por todos los *compañeros*, visitaron cada una de las casas de los campesinos para instruirlos sobre los derechos de los trabajadores y, especialmente, para llamarlos a la unidad en pro de formar un sindicato agrario de los indios.



III

La conspiración

De ahí ca ya empezamos la lucha, relata Tránsito. *Nos juntábamos entre varios para ir a Quito como reclamantes. ¡Jarillas! Al llegar a Cayambe compraba alpargatas que yo cargaba a la espalda.* ***Taiticu*** *vendedor decía: esta* ***huarmi****, que laya de mujer, compra zapatos y no se pone, y así caminábamos hasta Guayllabamba. Yo tocando rondín caminaba. En Guayllabamba, cucayo comiendo ponía alpargatas. Allí durmiendo, madrugadito a Quito. ¡Ay ay ay, caraju! Mamita como cabecilla era. A veces con cinco, a veces con diez, otras con quince; de todos lados se juntaban para caminar a Quito. No quiero que venga toda la gente, basta es una, basta es dos, decía el señor de la Junta de Beneficencia. Yo adelantaba con palabras. Vente, vente guambrita, me dijo, vos parecés viva ¿Qué quieren reclamar? Conciertos en balde andan trabajando, chagrando en balde, mujeres nada ganamos ca, dije yo. Ya vamos a ver qué se puede hacer. Tienes que andar con compañero o compañera. Vienen con guaguas. A veces vienen a enfermar, eso no quisiera. Reclamamos por maltrato tan, le dije, por salario diario. Pago a los* ***huagracamas****, a los* ***chagradores****...*[7]

Así estando mismo yo, ya me acuerdo que señores entraron escondido, que no llegue a saber nadie nada. ¿Cómo sabrían venir? ¿De dónde sabrían venir? A pie o... a pies pes, ¡qué carro! Ya cuando yo era de 15 años se empezó a trabajar carretera de Ibarra a Quito, de Quito a Ibarra.[8] *Y resultaron cuatro jóvenes: uno había sido hijo de Dr. Luis F. Chávez. Él, chiquito, alhajito, bonito... organizando. Yo me acuerdo. Al doctor Chávez la gente preocupada lo vistió*

7. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, octubre 2004.
8. Prieto, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 15.



de runa: vestido de indio, bufanda de indio, sentado en suelo, flautita agarrando, agachado estaba. En casa de Florencio Catucuamba, de Ascencio Lechón que se murió..., él, sentado. Vinieron los soldados, buscaban al blanco, a ese chulla. Él todavía con la guitarra o con la flauta: ***maqui chaqui, maqui chaqui****... elé, no lo encontraron y se fueron. La gente llenecita estaba para sesión. Mi marido bien jodido era ca. ¿Es tu mozo, es tu amigo?, preguntaba. ¿Por eso vais a sesión? Preguntaba otra vez y pegaba. De ahí ca la gente bailaba. ¡Como bailaba! Yo ca miraba no más...*[9]

Después ya vino en ese sentir mismo el Dr. Ricardo Paredes con el difunto taita Jesús Gualavisí de Llano. Allí ya juntaron los de Pesillo, de todos lados. Aquí Florencio Catucuamba, Juan Albamocho, Venancio Amaguaña; de acá, de este lado, Francisco Nepas; de San

9. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, noviembre 2004.



Pablo Urco, la compañera Dolores Cacuango. El Dr. Ricardo Paredes venía jovencito a organizar, pero secretamente, secretamente...[10] *De ahí ca, por el callejón bajando, visitábamos a las familias y a los vecinos para organizar el sindicato. Fuimos a la casa de taita Neptalí Ulcuango, en Cangahual, así, en secretico, con guitarras y rondadores para que en casa de hacienda piensen que era fiesta de naturales... porque era noche de luna llena...*[11]

"...Fue una noche de plenilunio, había dicho Neptalí, dijéramos en plena luna, que llegó a mi casa... Yo estaba jugando en el patio entre mis hermanos mayores y los perritos, así... Llegó un grupo numeroso de gente. Primeramente oí el sonido de la guitarra, del rondador, de la flauta, del rondín... conformando una música hacia arriba, por el callejón. Vivíamos en Cangahual. Entonces este grupo había integrado entre otros, de los que yo recuerdo, primero al doctor Ricardo Paredes y al señor Luis Felipe Chávez como miembros de la clase obrera organizada en Quito. Como campesinos... dirigentes del movimiento sindical: mi papá, Neptalí Ulcuango, Ignacio Alba, Víctor Calcán, Segundo Lechón, Venancio Amaguaña, Tránsito Amaguaña y unos tantos más que ya no recuerdo. Llegaron entonando la música de San Juan; llegaron al patio de mi casa. Yo oí que gritaban:

¡Viva el Sindicato Agrícola El Inca! ¡Vivan los campesinos organizados! ¡Abajo los gamonales hacendados! ¡Abajo los patrones terratenientes! ¡Viva la lucha de los trabajadores del campo! Reclamando mejores salarios y mejores tratos llegaron a la casa y se pusieron a bailar.

Entonces, después de una hora de estarse ahí, ahí en mi casa, en la casa de mis padres, partieron esa misma noche en dirección

10. Prieto, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 15.
11. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, noviembre 2004.

de otra casa que era de Segundo Lechón, que la tenía en el sector llamado Santa Rosa. Entonces allá partieron y yo con mis hermanos mayores nos quedamos en la casa y nos preguntamos: ¿Quiénes son esta gente, a qué vienen? ¿Qué es lo que están haciendo? Entonces mis hermanos mayores, ya con mayores razones, decían: se está organizando la gente de Pesillo en el Sindicato Agrícola de El Inca. ¿Para qué es eso? Preguntaba yo. Y mis hermanos mayores respondían: se organizan en sindicatos para así hacer respetar sus derechos. Dizque van a hacer una huelga para paralizar el trabajo y exigir que les paguen un mayor salario, exigir que cambien a los mayordomos, a los mayorales, a todos ellos, y que no sigan maltratando a los trabajadores".[12]

IV

¿Por qué lo hicieron?

En Juan Montalvo, al sur de la ciudad de Cayambe, en la Sierra ecuatoriana, alrededor de 1926 los indígenas demandaron a la hacienda Changalá por haberse apropiado de tierras que, según ellos, ancestralmente les pertenecían. Gabriel García Alcázar, el dueño, ignoró las demandas, ridiculizándolas, por cierto, puesto que él las había heredado de una familia de larga data terrateniente en el país. Liderados por Jesús Gualavisí, los indígenas ocuparon las tierras en disputa y García Alcázar acudió a la Junta de Gobierno para demandar protección. Estaba seguro de que esa acción estaba motivada por los socialistas. Inmediatamente llegaron dos batallones para sofocar el alzamiento y la prensa informó a la comunidad que setenta soldados armados con metralletas sofocaron a un gran número de campesinos desarmados. Ellos no se intimidaron por la represión y, en ese

12. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio de Neptalí Ulcuango, p. 220.



mismo año, el seis de noviembre, el diario *El Comercio* del Ecuador informó que un grupo de lugareños atacó a la policía de Changalá al grito de ¡Viva el socialismo! Al influjo del naciente partido se formaron los primeros sindicatos agrarios. Los indígenas habían decidido reclamar unidos justicia y ley. Jesús Gualavisí, nacido en 1867, allí mismo, en la hacienda, asumió el liderazgo popular y empezó a organizar a los compañeros de las haciendas vecinas.

Fue una larga tarea subterránea, clandestina, conspirativa; se simularon fiestas, se reunieron los trabajadores en cerros y quebradas para hablar sobre una situación que era la misma para todos y sobre la cual había el acuerdo tácito de contravenirla. "En la noche hay boda, en casa de mi comadre hay boda".[13] Esta invitación circulaba boca a boca y de esta manera se convocaba a las sesiones nocturnas para formar los sindicatos. Los primeros fueron conformados en la zona: Pan y Tierra en la Chimba, Tierra Libre en Muyurco y El Inca en Pesillo. En cada uno de esos sectores surgieron, más que cabecillas, inicialmente, gente valiente y convencida de que la situación de oprobio que vivían los trabajadores indígenas llegaba a límites indignos. Y era tan fuerte el brote de rebeldía que, cada uno de los hijos e hijas aún vivos de cabecillas que iniciaron el movimiento aseguran que fue su padre o madre el punto de partida de la movilización general. Sin embargo, muchas opiniones, inclusive la de Tránsito Amaguaña, mencionan a Juan Albamocho como el primer promotor. Quienes lo conocieron aseguraban que era rebelde, valiente y decidido. No le amedrentó la situación desventajosa y fue en pos de la ley que iba a servirle, como un referente de justicia, para legitimar una lucha que ya largamente había meditado.

"Se pusieron de acuerdo porque mi padre había adquirido enemistad con un mayordomo Valladares, que era un capataz de esos cri-

13. Ibid. p. 51.

minales —afirmaba Neptalí Ulcuango. Ese mayordomo trataba a la gente con garrote, con puñete, con patadas. Entonces mi papá era un hombre que no se aguantaba. ¡Pues no! Había sostenido una pelea con este mayordomo. Éste le había acusado de agresión, asalto, todo eso y se metieron a juicio. Mi papacito y Juan Albamocho, entre los dos, hicieron una reunión para traer al Dr. Ricardo Paredes. Él no era abogado pero sabía cómo ayudar a la gente campesina. Desde Pesillo se trasmitió a las otras haciendas la convocatoria. En esa época, en San Pablo Urco apareció Dolores Cacuango. En La Chimba, Tránsito Amaguaña. Ella era de Pesillo, pero se instaló en La Chimba porque fue a vivir allá. En Chaupi apareció Virgilio Lechón".[14]

Ignacio Alba convocó, igualmente, a una sesión a los de San Pablo Urco, Muyurco, La Chimba y Pesillo. Frontalmente les planteó la necesidad de cambiar las costumbres, por demás humillantes, y exhortó a sus compañeros a formar la organización. Surgió inmediatamente, segura y firme, la voz de Virgilio Lechón, quien, cual férreo interlocutor, ratificó la posición de Ignacio y dio muestras de temple y poder de liderazgo. Los asistentes a la reunión lo nombraron cabecilla inmediatamente, porque hablaba castellano y podía entenderse con otros grupos. Además, aparecía de gran firmeza de carácter y se mostraba valiente y decidido.

"Claro que yo he sido medio corrientito", aseguraba Lechón. "Me plantaba, no hacía caso de lo que decían, peleaba con los empleados. No sabíamos leer; ninguno sabía ni letra ni nada. Sólo el trabajo. ¿Acaso quisieron los ricos? Cuando yo entablé la escuela habían ido a decir al profesor que no enseñe a los longos, que ya después de enseñado la letra no han de hacer caso. Elé. Ese consejo habían dado. Por maltratos hicimos la lucha. Todo era maltratos.

14. Ibid, p. 224.



Si tenía un borrego, por la nada se llevaban; si tenía una gallinita, por la nada se llevaban; si tenía un puerquito, por la nada se llevaban, así, abusivamente; pa la hacienda, pa la hacienda diciendo... poniendo el precio que a ellos les daba la gana. ¡Pero es que por la nada se llevaban! Eso pasaba, casi que no aguantaba... Elé, todas esas cosas ya ninguno aguantábamos. Mucho sufríamos. De cualquier cuenta que entregábamos, siempre salía la deuda. Sobre todo en el cuidado de animales, porque nos entregaban siete borregos, pero en el papel habían sabido apuntar nueve y entonces nos decían: faltan dos borregos y ahora tienen que descontar. Cuando moría algún animal, nos decían: llévense las carnes, cómanse las carnes y paguen el animal vivo...

...A las tres de la mañana levantábamos para ir a la doctrina y a las cuatro el mayoral tomaba lista. El que llegaba atrasado chirlazo, punto y afuera. Así era. Trabajábamos seis días en la hacienda, hasta el sábado y en dos jornadas. Noches de luna seguíamos trabajando en el huasipungo, si no, no teníamos lugar, no teníamos campo. Siendo jóvenes ca, no daba pereza de trabajar en el huasipungo, arar levantando a las cuatro de la mañana o a las tres de la mañana. Buscábamos un aparcerito, **chaquihuasca**, para que ayude el sábado que tocaba a la hacienda. Marido y mujer teníamos que salir. Si no salíamos, nos quitaban la raya de la semana entera. De no ca, pegaban con látigo. Eso era lo más jodido. Bravos eran los mayordomos. Con acial, con acialito pegaban... Si algunos llegaban atrasaditos: ya toma ¡fiac! sonaba cuando mayordomos castigaban".[15]

"A los hombres ca, nos cuereaba ese mayordomo, así, brincando, brincando, cosa que nunca he visto. De ahí ca, los runitas decían: ¡Ayayay, amu de mi vida, '**bastayari, ayayay, ñana ushanica**' [me duele amo de mi vida. Basta, me duele. No puedo más]. A punte fue-

15. Prieto, sección entrevistas, testimonio de Virgilio Lechón, p. 33.

te, de esos fuetes de miembro de toro, envuelto con alambre, entonces hecho secar, parece como palo mismo. Con eso les sabían fuetear o si no les garroteaban como a burro por haber atrasado a la cosecha. Mayordomo bribón reía".[16]



"De ahí ca, si encontraba que estaba chumado el pobre, ahí ca dizque daba –¡Dios no quiera!– meado, nuestra orina, del mismo pai pishi cogiendo. A ese tomador de trago, a ese tomador de chicha, dizque daba pegando por chumado: Elé, '¿**caipas mishquichu**?, ¿**caipas sabrosuchu**?, **caita upiai caimi mishqui**' [¿esto es dulce? ¿esto es sabroso? Toma, esto es dulce]".[17]

"Me duele, amo de mi vida", eran las palabras que decía el azotado, en prueba plena de sometimiento del cuerpo y el alma. "¡Basta! ¡No puedo más!", murmuraba el infeliz, echado boca abajo, sobre el suelo, convertido en presa de brutal sadismo a los pies del verdugo. Y existieron varios de ellos que no dejaron de azotarlos hasta constatar que la carne vibraba desconcertada y dolorida, hasta comprobar que se abría la piel y sangre caliente manaba para alimentar a perros sanguinarios. En los ojos de los torturados aparecían salobres las inicuas lágrimas del esclavo.

16. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio de María Rosario Alba Colcha, p. 194.
17. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio de María Rosario Alba Colcha, p. 192.



María Rosario Alba había recordado las frases con las que mayorales perversos incitaban a sus víctimas a tocar la carne transportada a la inmundicia. "¡Toma esto! ¡Esto también es dulce! ¡Esto también es sabroso!", les decían. Perdida la conciencia y aniquilada la dignidad, arrastrándose, los infelices pasaban al trasfondo del instinto y la demencia. Algunos más frágiles o más puros lloraban y después morían, embriagados de dolor y envilecidos. Carne de carroña los unos; los otros configuraban abismos. Ponchos sin nombre yacían después en chozas sucias y solo el estiércol del gallinero, aventado por el viento, daba cuenta del vendaval de la miseria humana.

"A las mujeres ellos hacían lo que les daba la gana, lo que ellos querían", recordaba igualmente Virgilio Lechón. "Había un Campusano, ¡que malo era! De aquí mismo era. Terrible era. Era el perro más grande que ha habido. Borracho. Éste para las mujeres, dizque no le importaba donde las encontraba. Y no podíamos decir nada, nada. Calladitos. Murió en pecado el bandido".[18]

Virgilio Lechón expresaba un cúmulo de emociones al hablar de la situación en la que se desenvolvía la realidad de los indígenas. La de hombres y mujeres. Sufrían el maltrato a la par, y él no se eximía de continuar con el relato de manera pormenorizada, porque era sórdida la realidad en la que se desenvolvía la familia india.

Porque *ayudantes, mayorales violando a las indias jóvenes andaban*,[19] asegura Tránsito. Las servicias a menudo salían embarazadas desde la casa de hacienda. Esta es la razón por la que, más tarde, en el primer pliego de peticiones presentado por el sindicato indígena ante los poderes públicos, varios numerales se refieren a la supresión absoluta de la violencia y a la regulación del trabajo de las mujeres tanto en las casas de hacienda, como en las de sus colaborado-

18. Ibid, testimonio de Virgilio Lechón, p. 179.
19. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, noviembre 2004.

res en el campo y la ciudad. Los acuerdos deberán partir del consentimiento del sindicato agrario, aseguraron los sindicados.

V

Las primicias pagábamos al cura...

Y no solamente en la hacienda los indígenas padecían situaciones extremas. Igualmente, la Iglesia exigía que, de las limitadas cosechas, ellos pagaran su cuota, para que pudieran recibir los beneficios espirituales que, en cada sermón, el capellán de cada parroquia les recordaba. "Que no iba hacer bautizo, que no iba hacer entierro",[20] les decían, y ellos se atemorizaban porque aprendieron a sentir el característico temor que venía desde la voz patriarcal. Y no sólo fue una cuota espontánea la que debían entregar al sacerdote del lugar. Los diezmos y las primicias, en realidad, fue el nombre de un sistema económico, orquestado por la autoridad eclesiástica, que se desarrolló en el poblado campesino de manera diferente al que se conformó en las altas esferas sociales.

Los sacerdotes vendían anticipadamente el diez por ciento de cada uno de los productos de las cosechas a los primicieros. Éstos, a su vez, vendían a los comerciantes parroquianos un alto porcentaje de los bienes adquiridos y destinaban parte de sus ganancias a la adquisición de ropa y comestibles. Retornaban al campo para realizar un trueque con los campesinos: ellos debían entregar los granos que les habían quedado a cambio de sal, manteca y kerosene. Los peones se sentían contentos porque, en la noche, sus sencillas lámparas alumbraban la choza y un nuevo sabor adquiría el alimento.

20. Prieto, sección entrevistas, testimonio de Virgilio Lechón, p. 21.



"Pagábamos diezmos y primicias. Ese ca yo le quité", aseguraba Virgilio Lechón. "Venían con ironía aquí. Cogían donde que es más bueno... las que compran, eso pagaban al cura. Entonces el cura, por anticipado, vendía toda la extensión a un comprador. Se llamaba primiciero. El tenía que recoger de cada pedacito, contando en cada diez **huachos**, un huacho, un huacho... Lo mismo en trigo: de cada diez almudes, un almud. Así en todos los huasipungos. Quitamos de malas ya, porque ya vino la orden y aquí no les dimos primicia. Nada. ¡Qué diezmo! Pero después el cura decía que quitado el diezmo y la primicia, ya no iba hacer casar, ya no iba hacer entierro".[21]

"En la misa, el cura siempre nos daba el mismo sermón", contaba el hijo de Dolores. "Primero que no sean comunistas, porque hay que acordar de Dios, en Cristo; hay que confesarse, hay que comulgarse. No pensar más en otras cosas. Que hay que estar siempre comulgando, confesándose. Que no cometan pecados para que el alma esté tranquila y libre del Infierno. Porque si no, así, tiene que sufrir el Infierno. Tienen que acordarse del Cielo. ¡Qué vamos a tener miedo solo a estar pensando en el Infierno! ¿Dónde estará el Infierno? Ni se sabe. La vida aquí es como si estuviéramos en el Infierno. Hemos dicho así muchas veces: hemos de ir al Cielo".[22]

"La supresión de los diezmos y primicias, eso ha costado mucho sacrificio, mucha lucha. Yo escapé de ser victimado, no directamente, dijéramos por los patrones, por las autoridades, sino por el hijo de un primiciero", aseguraba Neptalí Ulcuango. "Yo luchaba por la supresión de las primicias y diezmos, entonces éste se convirtió en uno de mis principales enemigos. Tal es así que, en una fiesta de San José, que es el 19 de marzo, este tipo me siguió a caballo para lanzarme, para arrastrarme y matarme. Pero entonces yo logré escapar,

21. Ibid, testimonio de Virgilio Lechón, p. 20.
22. Ibid, testimonio de Luis Catucuamba, p. 3.

pasándome una zanja y una quebrada. Entonces de esto, como la gente alcanzó a ver que me perseguía, la gente inmediatamente hizo bulla, alarma, tocaron el churo, se reunieron y le persiguieron para vengarse; pero como este tipo estaba a caballo, salió corriendo...

Sin embargo, nosotros no hemos cogido temor por la persecución. Más bien, al contrario, nos hemos fortalecido. Y así fue que, por concepto de la supresión de primicias y diezmos, hemos tenido que ir en comisión ante el Cardenal Carlos María de la Torre a pedir que se suprima definitivamente esto de las primicias y diezmos, porque no era más que un sistema de explotación por parte de la Iglesia. Entonces el Cardenal Carlos María de la Torre no aceptó la definitiva supresión, sino una supresión parcial, porque ordenó que no paguen en forma obligatoria, sino en forma voluntaria".[23]

Se consolidaba la organización indígena con el esfuerzo valiente de sus cabecillas. Algunas familias asistieron a cambios fundamentales en el comportamiento de sus integrantes. Uno de los cambios más significativos fue el que hizo la familia de Dolores Cacuango, pues ella asumió el liderazgo en la zona de San Pablo Urcu y otros lugares. Generalmente, la familia indígena se trasladaba de un lugar a otro sin disgregarse, pero, en este caso, el esposo se quedaba en la vivienda y el hijo veía salir a su madre todas las noches. Luis la veía dejar el hogar y desplazarse en medio de las tinieblas, de pueblo en pueblo, a riesgo de ser apresada por la policía que persistentemente rondaba la zona. Dolores se trasladaba de San Pablo Urcu a Muyurco, de éste a Pesillo y luego subía a la Chimba. Rondaba en la noche y recogía las quejas para llevarlas al Comité de Defensa Indígena en Quito; **chasqui** que sorteaba los caminos, solitaria figura que, entre chaquiñán y **chaquiñán**, desafiaba el peligro. "Hundida en agujero de loba **ñuca** metido. Pero no dejé coger",[24] había dicho, después

23. Prieto, testimonio de Neptalí Ulcuango, p. 33.
24. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio de Dolores Cacuango, p. 267.



de relatar cómo, una noche, el patrón y la policía la habían buscado en todas las casas campesinas, "quebrando las sementeras, tronchando las habas..."[25] Y aunque era consciente del peligro, consideraba que alguien debía tomar a su cargo la defensa de los indios.

"A una compañera de Cayambe, a esa pobre, en la noche, tirando acabaron de matar... tirando. Y a mi marido dizque han dicho: ve vos ca, no sigas a tu mujer. A Archipiélago vamos a mandar a tu mujer. A vos ca pararemos en huasipungo para que vivas. Y yo también decía a marido: quédate no más... yo ca donde quiera he de morir. ¡Pero él no! Atrás, atrás... Hasta ahura. ¡Pobrecito!"[26]

Y era ella quien se compadecía... Dolores Cacuango, dotada de una particular capacidad política, asumió, como diversas mujeres indígenas lo hicieron en la época de la Conquista, el liderazgo del pueblo indígena. Juntó un gran sentido común a una innata preocupación social. Se caracterizó, además, por un lenguaje capaz de pulsar los sentimientos de quienes la escucharon y expuso sus ideas a través de hermosas palabras, hermosura que se expresó en su discurso sincero, en la cadencia de la frase kichwa que persuade y encanta, en las imágenes que hablan de las necesidades cotidianas y en el don de llevar la voz de los que fueron y de los que hizo suyos en la lucha. "Yo en toda la nación he luchado. Yo he ido al Congreso, he ido a Bogotá, he ido a Cali, he ido a Guayaquil. Todos los compañeros he cogido yo. Negros y mulatos he cogido yo. Por toditos se ha luchado".[27]

Dolores fue dueña de un gran poder, sobre todo, porque a cualquier costo presentó al mundo su cuerpo como escudo. De espíritu mesiánico, le interesaba rehacer la vida del pueblo indio, desde su propio lugar y desde su propia condición de india y de mujer.

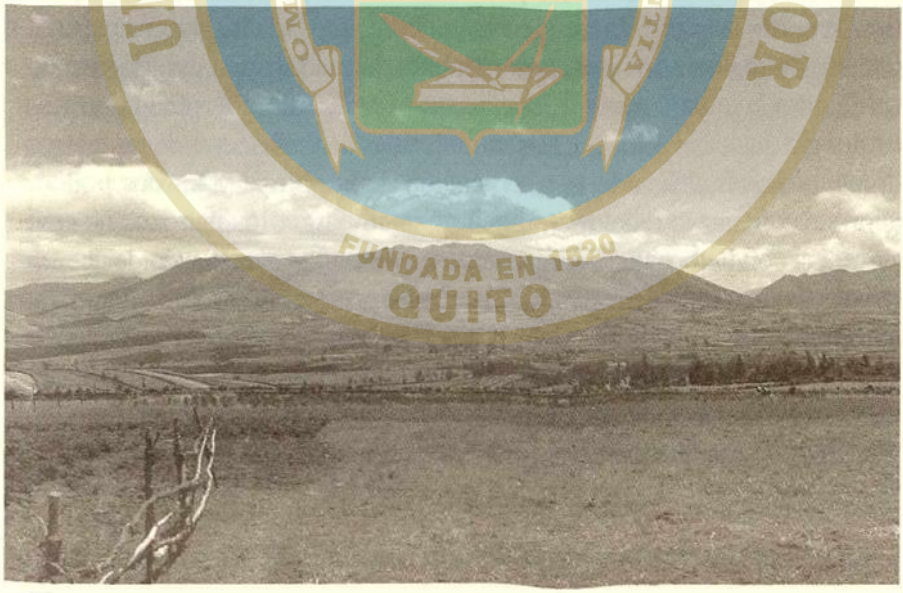
---

25. Ibid. p. 267.
26. Ibid. p. 267.
27. Ibid. p. 271.

VI

Las haciendas

A raíz de las diversas transformaciones sociales ocurridas a lo largo del siglo XX, en las haciendas Chimba, Pesillo y Muyurco, ubicadas al nororiente del cantón Cayambe, en la Sierra norte del Ecuador, la población de hacienda, que en el siglo XIX estuvo integrada por indígenas de clara raigambre histórica, fue ampliándose debido al afincamiento de empleados de hacienda y sus familiares. Al influjo de la nueva población, se inició un renovado discrimen social y étnico que causó aculturación en el pueblo indígena. Posteriormente, se suscitaron problemas relacionados con el tema agrario y la propiedad de la tierra: viejos antagonismos raciales se reavivaron, después de la Reforma Agraria, la cual no contempló en su reglamento el acceso a la propiedad por parte de obreros, maquinistas y otros prestamistas de servicios de la estructura agraria.



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SCIENTIARUM ALMA PARENS
FUNDADA EN 1826
QUITO



Y es que, para manejar haciendas de tal magnitud, se necesitaba del concurso de un gran número de trabajadores agrícolas y de un grupo de técnicos que pusiera en marcha la infraestructura: tractores, riego, cosechadoras y otros. Se requería, además, de un estamento administrativo que se ocupara de cuentas y de gestión agropecuaria global. Se sembraba en extensiones inmensas, se cosechaba en cantidades enormes. Se encuentran testimonios de lugareños que afirman que una cosecha de trigo producía la suma de treinta mil a cuarenta mil quintales del grano dorado. Ni hablar de la cosecha de papas, porque era imposible recogerlas todas. Allí quedaban echadas a la descomposición en los huachos abiertos. El ganado vacuno, igualmente, era un renglón económico importante: sólo en producción de leche se contabilizaba la suma de cuatro mil litros diarios.

En el escenario de las luchas sociales, los dueños de las haciendas, los arrendatarios y su equipo de colaboradores se veían amenazados por los indios que habían organizado sus sindicatos y, desde allí, peleaban por sus reivindicaciones. El sector patronal pensaba que la manera más práctica de cortar la iniciativa campesina era la de apresar a los dirigentes, amenazarlos y maltratarlos para que el miedo detuviera su actividad y se desarticulara la organización. La persecución a los cabecillas fue la primera estrategia que desarrollaron: buscaron formas de deshacerse de los instigadores, pidieron al Estado la intervención de la policía y los dos poderes acordaron frenar la rebeldía indígena. Sin embargo, los patronos no revisaron las condiciones en las que se desenvolvía la subsistencia de sus trabajadores; no pretendieron entablar un diálogo con ellos y, menos aún, llegar a un acuerdo favorable para las partes. Cada uno de los arrendatarios, en su propio terreno, pensaba que la represión era el instrumento adecuado para enfrentar a los soliviantados; así se los nombraba, pues ¿con qué derecho cuestionaban la postura del patrón o la validez del sistema?

Los patrones veían, desde la perspectiva política, que los indígenas iban a convertirse ahora en feligreses del comunismo. Desde una percep-

ción peyorativa, ellos pensaban que el indio, susceptible a influencias externas negativas, incapaz de pensar por sí mismo, humanamente inferior por naturaleza, iba a ser usado como instrumento para fines de los nuevos políticos —los comunistas— que intentaban sembrar el caos en un país digno y pacífico. La mentalidad primitiva de los indios —según se decía en las altas esferas—, los hacía incapaces de cualquier reflexión y diálogo, y susceptibles a ser manipulados hasta el punto de llegar a ejercer la violencia. Esa fue la lógica que igualmente configuró el Estado.

Sin duda, se observaban realidades y realidades. En el mundo del terrateniente, igualmente, surgían incertidumbres como las relacionadas con la escasez de las cosechas: aparecían contratiempos provocados por caprichos de la naturaleza como noches de ventisca y heladas matadoras que terminaban con las sementeras de papas, desazones porque la lluvia no llegaba y el trigo se veía en peligro, aprietos porque estaba pequeño el grano de maíz y las mazorcas ralas se asentaban en las lánguidas cañas de montaña. Éstas eran las más usuales limitaciones que presentaba la actividad agrícola, amén de lo difícil que resultaba, a veces, juntar las monedas para abonar el canon de arriendo a la Junta de Asistencia Pública. ¿De dónde se iba a conseguir dinero para invertirlo en semillas? Ésta era otra de las preocupaciones que asaltaba al hacendado. La rueda de la fortuna giraba ambiguamente y el viento soplaba en varias direcciones, aunque, los testimonios, obtenidos de algunos ex huasipungueros de estas haciendas, afirman que arrendatarios que llegaron sobre suelas de zapatos agujereadas, salieron enriquecidos y dueños de enormes haciendas. Incluso, hablan de aventureros foráneos que generaron estratagemas diversas para apropiarse de la tierra; dan a entender que renovados colonizadores inconscientes, destruyeron nuevamente la cosmovisión que les había sido legada.

"Y me contaba mi papá y mi mamá que ellos les fiaban y eso que la hacienda era de ellos. Y dizque venía el Estado a reclamar los pagos de hacienda y los patrones no tenían con qué pagar. Por eso dizque llevaban el ganado ¡limpio! Entonces, el finado Carlos Ayala, él dizque sacaba la



plata y hacía regresar del carretero de Muyurco el ganado. Él pagaba. El tío de mi mamá era Carlos Ayala. Él dizque pagaba todo y hacía regresar el ganado embargado. Y sobre eso no le dieron nada a Don Carlos Ayala. No le dieron el desahucio. No le dieron nada. Pero así, nada le dieron".[28] El hombrecito murió por hacerles ricos a los patrones. Era un hombrecito antiguo, bien chapado, ¡carajo! Carlos Ayala..."[29]

"En tiempos de Delgado, como administrador, estuvo también el gringo Anderson. Éste vino sin medio, dizque era danés. No fue arrendatario sino administrador. Él, en San Pablo Urco, al dirigente Heriberto Tabango logró comprarle su tierrita dándole primero el trabajo de mayoral, pagándole un mayor sueldo, dándole ayudas en leña cada semana, mayor alimentación. Entonces ese hombre, en ese estado de cosas, se dio al libertinaje, empezó a corromperse, porque le quitaban sus tierritas y los otros indios ya no lo querían".[30]

VII

Ama Quilla, Ama Llulla, Ama Shua.

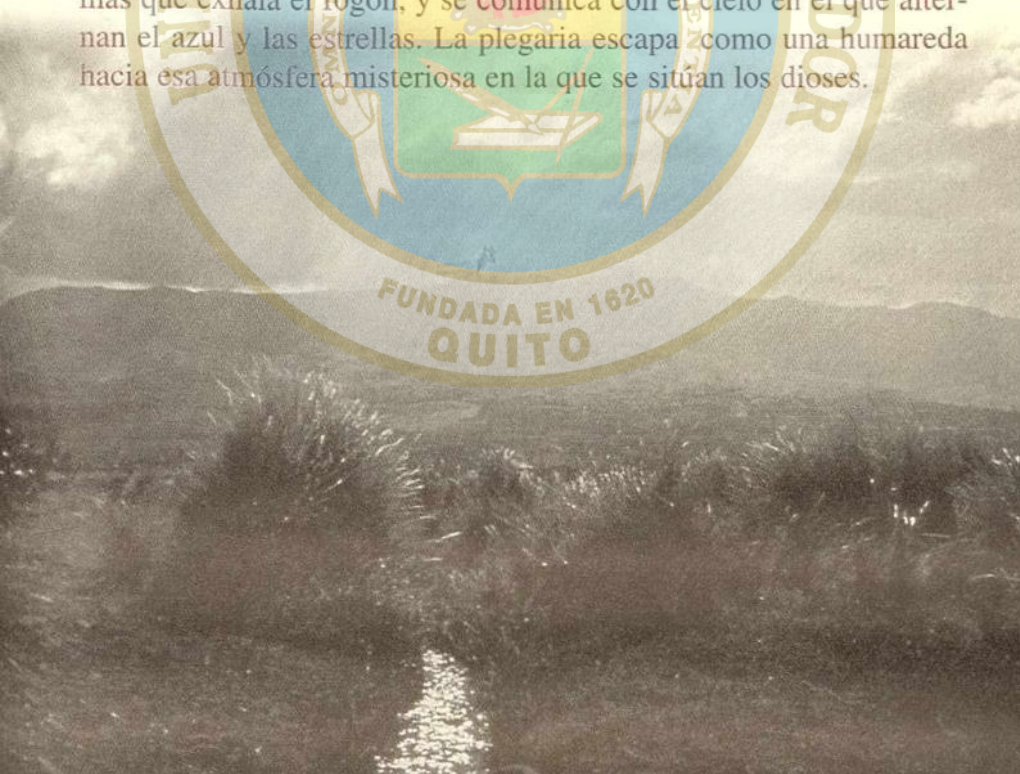
No serás ocioso. No mentirás. No robarás. En estos tres mandamientos inscritos en las tablas ancestrales y grabados, de generación en generación, en la conciencia de los indios se encuentra su evangelio. Heriberto Tabango no era ocioso pero lo dejaron sin espacio para la siembra y fuera del tiempo de cosecha. Él no mentía pero le arrancaron la verdad. Él no robaba pero lo desnudaron. Le arrebataron su tierra, su chacra y su choza. Lo despojaron de su alma. Quedó vacío y ya nadie lo reconoció.

---

28. Ibid. testimonio de Luis Alfredo Granda, p. 97.
29. Ibid, testimonio de Tomás Antonio Ulcuango, p. 97.
30. Ibid, testimonio de Neptalí Ulcuango, p. 95.

Los valores morales que guían la espiritualidad indígena están absolutamente inmersos en el peso del cuerpo que se orienta en el espacio; como si en las expresiones de la carne se asentara el alma; como si en la geometría de la vivienda se asentara la energía del Todo. Sobre estas formas se construyó una arquitectura irrebatible porque, allí dentro, se desenvuelve la gran combustión que llamamos vida.

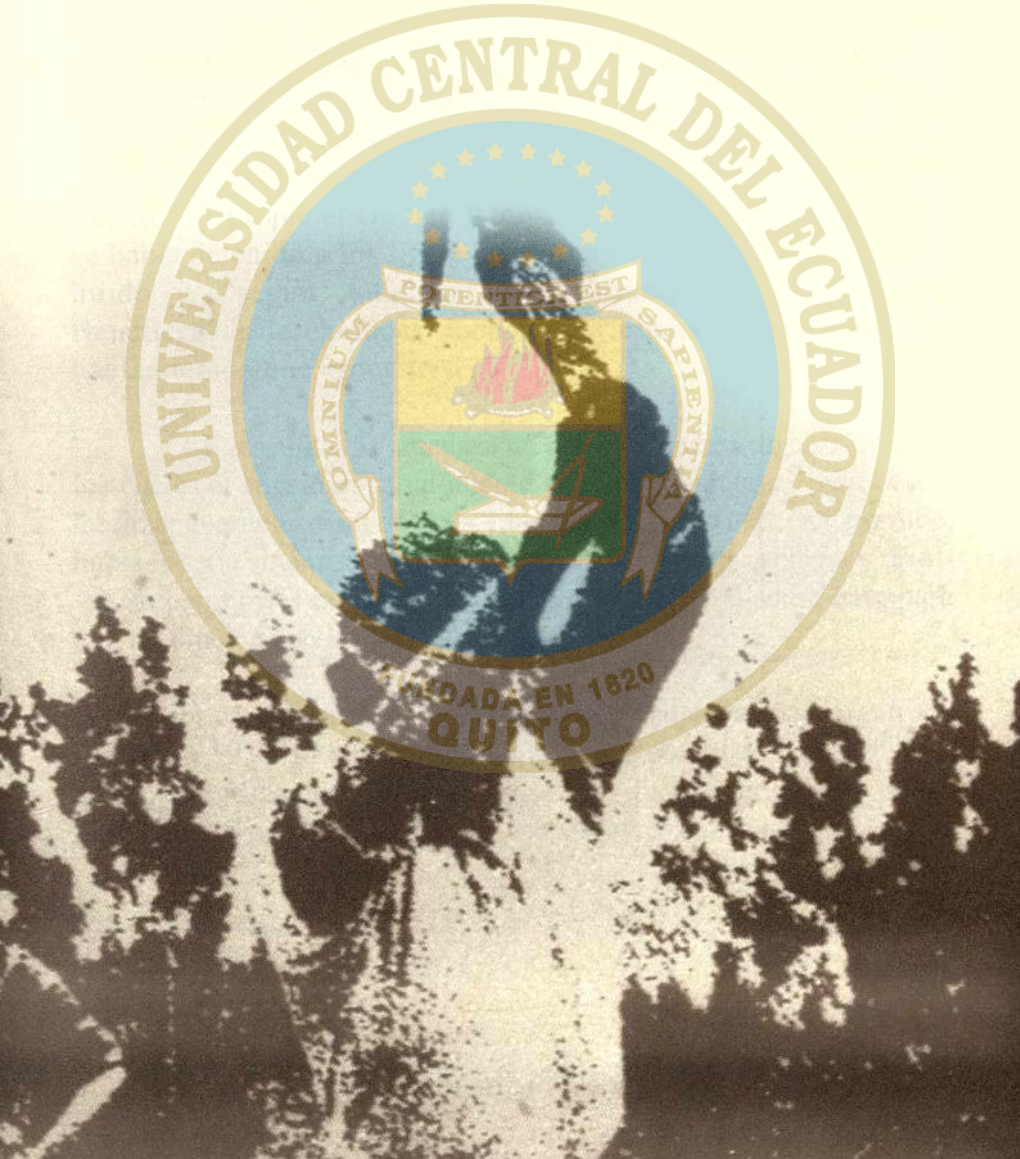
¿Acaso no es circular aun la choza como el globo terrestre y la esfera estelar? En el globo se concentran las simientes del fuego eterno, en la esfera hueca, que todo lo contiene, se desenvuelve la vida. El disco del día, iluminado por el sol vertical, penetra a través del orificio de la choza como un escudo de oro. Las horas giran alrededor del círculo en el que se encarna la fortuna. A la hora vespertina, aparece una clara penumbra que conviene a las apariciones de los espíritus de los que se fueron. En la noche, el humo que sale de la chimenea elemental, participa del movimiento ascendente de las llamas que exhala el fogón, y se comunica con el cielo en el que alternan el azul y las estrellas. La plegaria escapa como una humareda hacia esa atmósfera misteriosa en la que se sitúan los dioses.



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Capítulo 4

La huelga de Pesillo




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La huelga de Pesillo

Los indios de Pesillo y Muyurco dejaron de trabajar, algunos huyeron de las propiedades y otros asaltaron la casa de hacienda en Pesillo. El jefe político de Cayambe envió un telegrama al ministro de gobierno, informándole sobre los acontecimientos para que el Gobierno tomase medidas urgentes, pues no se había detenido a los líderes, los empleados de hacienda habían huido y, "según Augusto Egas, Director de la Junta de Beneficencia de entonces, incluso los funcionarios de gobierno habían tenido que esconderse.

Egas sintió la amenaza de estos esfuerzos organizativos, a los cuales él consideraba un intento de los bolcheviques para desestabilizar el orden social del país. Más tarde admitió que, en Cayambe, había la seria amenaza de una revolución comunista indígena y resolvió no permitirles utilizar esta forma organizacional como base para una revolución social".[1]

En efecto, si para 1926 fue intensa su capacidad organizativa, para 1930, la expresión política indígena llegó a constituirse en una movilización de amplia base popular: los grupos de trabajadores estaban de acuerdo en los objetivos propuestos, habían

1. Becker, 2002.



logrado ubicar las estrategias para alcanzarlos y la unidad de un gran número de familias y comunidades de las diversas haciendas pertenecían a la organización. En los sindicatos se hablaba el mismo idioma y el dinamismo desarrollado para llevar a cabo la oposición permitía el surgimiento de una fuerza social endógena, capaz de presentar la lucha al poder en su conjunto. Resultado de la conjunción de esos factores fue la memorable huelga de Pesillo, la cual, por tan enérgica, causó el nerviosismo de las autoridades en las altas esferas del gobierno, el descontrol del sector patronal y el miedo en los funcionarios locales. En realidad, fueron dos alzamientos: el primero respondía a la huelga propiamente dicha, cuyas demandas se inscribieron en un primer pliego de peticiones; el segundo representó la protesta frente al gobierno y, a la vez, el respaldo de la comunidad a sus cabecillas, porque cinco de ellos habían sido arrestados.

La llamada huelga de Pesillo —junto a la toma de la hacienda Changalá— se constituyó en una de las dos manifestaciones que el siglo XX registró como grave y peligrosa expresión de inconformidad social, al estar inscrita en la óptica del Partido Comunista del Ecuador, justamente cuando el poder bolchevique intentaba extenderse internacionalmente. De cara a esta realidad, fueron dos los actores sociales que expusieron, en el tema agrario, el esquema de la oposición política: poder terrateniente y Estado frente a la alianza de indígenas y comunistas. Desde su propia percepción, el Estado solamente veía una forma de frenar la protesta popular: replegar su acción mediante la intervención armada con la aquiescencia de los patrones de hacienda. Desde la base, la lucha por los derechos era imprescriptible e irrenunciable.

Los sindicatos indígenas declararon una huelga que expresó abiertamente el reclamo a los arrendatarios de las haciendas de

Olmedo a través de un pliego de peticiones escrito en español a cambio del kichwa que era su lengua materna, el mismo que estaba basado en diecisiete demandas que buscaban, en primer lugar, erradicar el maltrato y la violencia expresados cotidianamente en el uso del garrote y el acial. El segundo acápite persiguió un reordenamiento del esquema económico de hacienda para que éste retribuyera, de alguna manera, el desmedido requerimiento del trabajo indígena. En un tercer tema, el pliego de peticiones enfocó la relación laboral, propiamente dicha, entre patronos y trabajadores, cuya finalidad propendía a eliminar el abuso de los primeros, expresado en acuerdos desproporcionados y, como tal, injustos. Tal era el caso, por ejemplo, del acuerdo llamado de la *reposición*, mediante el cual se entregaba al peón las carnes muertas de un animal para que éste devolviera a la hacienda el animal vivo. Un acápite especial estuvo referido a la situación de las mujeres indias que, como servicias en las casa de patronos y mayorales, estaban sometidas al abuso sexual, al maltrato físico y, por ende, a la tortura moral. En esta lógica, las demandas resumieron la búsqueda del respeto a la dignidad de hombres, mujeres y niños. El poner fin a la abusiva práctica tributaria por parte de la Iglesia Católica fue una lucha simultánea que los indígenas libraron frontalmente con el clero local y la autoridad eclesiástica.

En el mismo mes, diciembre de 1930, los arrendatarios, profundamente sorprendidos por la actitud indígena y por las demandas colocadas en el pliego de peticiones, dieron parte inmediata de los hechos al Ministro de Gobierno y a la Junta de Asistencia Publica, en demanda de auxilio. Inmediatamente, un piquete del ejército fue enviado a la zona de Pesillo con la orden de reprimir a los indígenas alzados. La tropa se dividió en grupos y cada pelotón enfrentó violentamente a los indios atropellándolos en sus propias viviendas. El batallón Yaguachi cumplió las



órdenes impartidas: al finalizar el día, los pequeños poblados estaban destruidos. Abrieron y botaron casas, incendiaron viviendas, despojaron a las familias de sus pobres reservas alimenticias, en fin, ultrajaron de mil y una formas los sentimientos de un grupo que reclamaba equidad. Atónitos, los niños y las niñas asistieron al derrumbamiento de su mundo. El ejército se encargó de confiscar los animales mayores; las aves, en vuelo errático, mostraron su propio desconcierto.

II

Y entonces, viendo yo esas cosas..., yo no llaré

Nunca olvidó el atropello Neptalí Ulcuango, hijo del cabecilla del mismo nombre; más bien lo guardó en su memoria, pues a la hora de los hechos apenas contaba con cuatro años de edad. Pero, a partir de entonces, se juró a sí mismo que vengaría, como hombre, los ultrajes infligidos a su padre. Él presenció la crueldad con la que torturaron su cuerpo y atentaron contra su dignidad, y él estuvo presente, además, en el desarrollo escénico de un drama cuyos protagonistas fueron los suyos.

"Yo vi que quemaron la casa de un dirigente de Santa Rosa", relataba Neptalí. "Era Ascencio Lechón, papá de Segundo Lechón; le quemaron la una y la otra le abrieron. Eran dos casitas. A poco rato de eso ya asomaron los soldados a nuestro sector, Cangahual. Subieron encima de la casa de mi abuelita, Rosa Alba, mamá de mi papá. Entonces vi que los soldados y toda esa gente empezaron a despojar la casa de la cubierta y botar al suelo todo... Y mi abuelita, Rosa Alba, gritaba, correteaba, llamaba a la gente que ¡ay! auxilie, que acompañe; y ella con garrote les daba a los

El pliego de peticiones

- Que los patrones prometan despedir a todo mayordomo, empleado o sirviente que maltratase a los trabajadores, aboliendo de este modo el uso del garrote, el acial y demás castigos de manera absoluta.
- Abolición de la costumbre de dar a los patrones servicias indígenas sin remuneración alguna. La hacienda puede contar con dos servicias que se turnarán cada mes, debiendo el sindicato formar la lista del turno en referencia.
- Cada servicia ganará tres sucres mensuales.
- Las mujeres que trabajan en el ordeño y que prestan servicios desde las primeras horas de la mañana ganarán 20 centavos diarios y, después de haber terminado sus faenas en el ordeño y las queseras, quedarán libres, sin que se les pueda obligar a otros trabajos.
- Todos los peones de la hacienda que tuvieren huasipungos trabajarán cinco días a la semana. Los que no tuvieren huasipungos trabajarán como ganaderos y solo cuando a bien tuvieren.
- Se les devolverá el huasipungo a los peones que se les hubiere quitado.
- El jornal diario será de 40 centavos para los peones; el jornalero tendrá las siguientes garantías: el usufructo de su huasipungo, aboliendo el cobro del diezmo, el pasto libre en el páramo y sitio para sus animales. No se hará uso del sistema de faena y tarea para un mismo día; en consecuencia, el día en que se dé tarea, no se obligará al trabajo de faena o viceversa.
- Cualquiera que sea la forma de trabajo, la jornada no será mayor de ocho horas. En caso de que la hacienda necesitare del trabajo de los peones pasadas las ocho horas, se pagará a razón de 10 centavos por hora.



- Los boyeros, cuentayazgos o cuidadores de animales no serán responsables de la muerte de los animales entregados a su cuidado, a menos de ser consecuencia de actos maliciosos o de abandono del peón. Se abolirá la costumbre de cobrar al peón por los abortos de los animales.
- Queda abolida la llamada reposición, por la cual se entrega al peón las carnes de los animales muertos para que le devuelvan uno vivo.
- Los patrones adecuarán los lugares para guardar las cosechas, y hasta tanto quedará abolida la costumbre de entregar las especies en los llanos al jornalero y luego hacerle responsable de las diferencias de peso. Estas diferencias, que son generalmente una consecuencia de haberse secado las especies, constituyen un motivo permanente de deuda para el jornalero.
- Los encargados del cuidado de los animales no serán empleados en otros trabajos, debiéndoles abonar los cincuenta centavos diarios sólo por el cuidado de los animales encargados.
- Las mujeres que fuesen empleadas en trabajos de menor rudeza que los hombres ganarán 30 centavos diarios.
- Cada año se realizarán las cuentas y, con este objeto, el patrón dará aviso diez días antes al secretario del sindicato, a fin de que éste concurra personalmente o por medio de procurador o abogado.
- Se instalará una escuela en un punto llamado Pucará (Pesillo).
- El pago de jornales se efectuará quincenalmente.
- Se prestará asistencia médica gratuita para los peones que se enfermaren.

FUENTE: Mercedes Prieto, Tesis de grado, PUCE, Quito, 1978.



sirvientes, a los mayordomos ahí. Ella no les temía ni a los soldados ni a nada. Sin embargo, claro, como la soldadesca era tan numerosa y los gamonales también, entonces ellos siempre lograron abrir las casas, botar al suelo... Y todas las casitas tienen una especie de tendales que se llaman soberados, entonces allí se ponen las cosechas de papita, cebada, trigo, maíz. Todavía después de botar la cubierta de la casa, todavía acabaron de botar al suelo todos los granos... al suelo. Entonces de ahí, pasaron a la casa de mi papá. Primeramente los jefes de los soldados preguntaron a mi papá que avise dónde están las armas que él tiene. Y mi papá decía que 'no tengo'. Y le decían: '¿Cómo que no? Indio verdugo, sí tienes. ¿Dónde tienes escondido? Y si no avisas, hoy te templamos aquí'. Papá decía: 'Pueden hacer lo que les de la gana, yo no tengo'. Entonces de ver que no avisaba, utilizaron dos fusiles, de los



grandes y le hicieron sentar a mi papá en cuclillas; un fusil, le atravesaron en cruz bajo las rodillas y otro fusil, por entre las rodillas, para atrás. Lo hicieron sentar sobre los dos fusiles y las manos, digamos los dedos pulgares, le amarraron así, con una piola fuerte, y mi papacito chillaba del dolor bien incómodo. Además de eso, lo hacían columpiar sobre los fusiles y le daban fuetazos para que avise dónde están las armas. Y mi papá no avisaba. Esto constaté yo. Y en ese entonces, viendo yo esas cosas, cuando yo tenía cuatro años, yo no lloré.

Al segundo esposo de mi abuelita, que se llamaba Manuel Tulcán, a él, en cambio, le colgaron de la viga, así mismo, amarrándole los dos dedos pulgares para atrás, a la espalda. Con una piola le colgaron de una viga y le hicieron columpiar así mismo, a fuetazos. Él, lo mismo chillaba, lloraba del dolor y chorreaba la sangre de los dedos".[2]

"A traer a los cabecillas vinieron otra vez los soldados, y otra vez abrieron la casa, destruyeron la casa, cosa que a las palomitas que había, palomas ca al aire volando…", recuerda Juan Perugachi. "Los soldados ordenados de los patrones, para que vayan a botar abriendo la casa, destruyendo ¡limpio! todito. De ese miedo, algunos pobres ca se fueron botando, huyendo por otras tierras. Y los trastecitos botados, una lástima, hecho flores, como pluma de gallina, ca. Pobre casa, como casita era de paja, todito hecho flecos. Gente había allí bastante, ahí arrinconada y encima de la paja, así amanecía. Así teníamos que ir la familia entera a arrodillarnos. Con gallina, con borrego donde los señores. Les rogábamos que hagan el favor de regalar palitos, barrito para hacer la chocita. Ni ver ni oír, no querían. Por desobedientes, decían. ¡Vayan y busquen en otra parte! ¡Váyanse de aquí!".[3]

2. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio de Neptalí Ulcuango, p. 222.
3. Ibid, testimonio de Pablo Andrango, p. 176.

Tránsito Amaguaña relata que *desbarataron, quemaron, abrieron con misma gente, con mismos apegados pesillanos. Cuando abrió la casa de mi papá, de mi mamá, a mi hermano José, que fue profesor, y a mi hermano Venancio Amaguaña, a ellos cogieron. Mismos campesinos vecinos hicieron coger cuando vinieron de Quito, ca. Porque allá ya estaba haciéndose bulla para que abran las casas. Y vinieron mis hermanos de noche, pero a las tres de la mañana ya estaban cogiendo presos a mis hermanos. Encerraron en la hacienda, recogieron a la gente, unieron animales de Chimba, de todos lados: sea borrego, sea puerco, sea ganado, sea caballares. Pero limpio unieron. Entonces ahí habían dicho estos soldados a mi mamita: '¿Pierdes la vida de tus hijos o pierdes la casa?'. Entonces ca había contestado mi mamita: 'Pierdo la casa'. '¡Que se carguen, que se coman, que diablo que hagan. ¡Menos mis hijos! ¡Que no les pase nada!'. Elé. A mis hermanos habían hecho agarrar hachas, machete, azadón, barra para tumbar los pilares. Los soldados diciendo: '¿Te sientes? ¿Sientes de tu casa? ¿Lloras de tu casa? Pone hacha bandido, pone hacha, barra... y vamos pateando, vamos paleando'. ¡Tumbaron semejante casa! A mi mamita y a mi encerraron, y a mis hermanos, a ellos, ca, llevando, botando la casa; mi papá se había ido corriendo por cerro de Zuleta. Elé. Nos llevaron a la siete de la noche para abajo ya, sacando pero ¡limpio! las casas. Mi mamá, mi papá... bueno, mi papá era medio cobarde... Mi mamá no hizo caso. Ahí mismo paraba chozón. Ahí mismo con esos palos.*[4]

Ese tiempo ca, toda cosa era cosa escondida, cosa secreta. ¡Dios mío! Llorar... llorábamos. ¿Por qué meteríamos en esta ley? Hacían llorar los enemigos, hacían llorar los patrones, el teniente político, el cura... A mí me ha pegado el cura ca en hacienda de Pesillo. Yo también me fui a la misa. Entonces ¡púchica!, ¡cómo me ha-

4. Prieto, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 16.



bló!, ¡cómo me pegó!... En cada hablada me pegaba, diciendo que soy comunista, negada de fe de Dios. 'Si te mueres, también hemos de botar, dijo, por quebrada; no hemos de enterrar por panteón...' Y venimos; estuvimos ya con la banda bailando donde difunto compañero Raimundo Nepas, cuando llegó la noticia: la iglesia ya se acabó quemando porque ha estado neciando el cura con una india. La india ha de haber pedido a Dios, la india ha de haber llorado. Se había quemado limpio. La madre, digamos la Virgen de Mercedes, negreando no más... no se había quemado.[5]

Ya después de un tiempito vinieron otra vez los soldados. Nos castigaron, nos encerraron en un cuarto como presas. A las once de la noche nos largaron en aguacero. Hasta eso, casa vacía de mamita. No teníamos paila ni ollas, solo caldera grande que dejamos con agua hirviendo en el fogón. Cuyes limpio habían puesto en la caldera, todavía chillando estaban cuando llegamos. Maíz, cebada, mellocos, trigo, papas habían mezclado y habían sacado afuera botando. De ahí ca, recogiendo trastes, en mulada de ellos mismos, nos fueron a botar en Cayambe...[6]

En las luchas conocí a Dolores Cacuango. Ella era de San Pablo Urco. A ella le votaron la casa también. Alhajita, sonreidita era. Ella muriendo, yo guambrita era ca. Juntas andábamos las tres con la Angelita Andrango. Guambras aprendan porque yo ca ya me he de morir nos decía. Porque ella era un poco menor que mamita no más... Años después, con ella y con la compañera Luisa Gómez de la Torre y otras compañeras, organizamos las escuelas para guaguas janchis, en quichua y en español. Por eso me cogieron presa la primera vez. Para que no organice escuelas para los indios, diciendo.[7]

---

5. Ibid, p. 17.
6. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, diciembre 2004.
7. Ibid.

La Dolores hablaba, decía buenas palabras: 'Tenemos que estar unidos como un costal de quinua; tenemos que cuidar que no se haga un hueco en el costal'.[8] Así les explicaba.

"Pero cuando los soldados vinieron", contaba Luis Catucuamba, "mamita, en esos días ya no estaba en la casa porque querían coger presa para matarle, así, o para quemarle. Entonces ella no dejaba verse de nadie; ella estaba fuera de la hacienda. Estaba lejos, retirada para no dejarse coger. Como estaba controlado todo Cayambe, no podía ni regresar ca, no podía ni como salirse a Quito. Entonces nos contaba que ella se había cambiado de vestido, se había tiznado la cara, como que no es de aquí, y por medio de eso se había salido para Quito para denunciar todas estas destrucciones que ocasionó Yaguachi aquí en Cayambe".[9]

"A Quitu fuimos a dar conocimiento al Director de la Asistencia", había comentado después, Dolores Cacuango. "Allí era presidente el Dr. Isidro Ayora, en palacio. El ahí estando, ya va a componer, ya va a componer. Ahí sostiene en Quitu ocho días. Entonces allí había mandado a Yaguachi; había mandado para que queme las casitas. Elé, en casa quemandu ca, como era huasipungu, como tenía animalitus ca, chanchitu, vacunita, vaquita, torete, borreguitu, gallinita, cuicitu, trastecitu, granitu, así ropita que es de coger, limpio quemaron Yaguachi; todo eso limpio quemaron... Ahí sí ca, yo le pregunté a Ayachica: ¿Por qué ha hecho quemar mi casita? ¿Quién mandó? No sé. Mandados somos. Entonces ya quemando casa vino el Director de la Asistencia".[10]

Mamita sufrió bastante, dice Tránsito Amaguaña. *Soldados haciendo subir el cerro, a punte bala diciendo que eran reclamantes.*

8. Rodas Morales, s.f.
9. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio de Luis Catucuamba, p. 249.
10. Ibid, testimonio de Dolores Cacuango, p. 265.



Cuarenta y seis casas votaron desde Pisambillo, San Antonio, San Pablo Urco, San Vicente, Cariacu, Pesillo, Chimba, Sacata, Paquiestancia, Candelaria. Mamita misericordia diciendo, llorando, se encontró en Cayambe votada, sin casa... limpio en pampa. Soldados nos llevaron a todos. Angelita Andrango, Neptalí Ulcuango. No había carro, solo tren. Manuel Otavalo llorando. '¿Por qué viviremos así? ¿Por qué sufriremos así?', decía. Dos viajes nos llevaron. Mamita sufriendo vivía, llorando vivía... 'Por locas, por estar andando, ahora que estén en pampa llorando', decía marido. Por eso yo conocía por Pisambilla, por Cangahua, por Tabacundo, por Alegría..., por ahí, buscando la vida, llorando, llorando, recogiendo desperdicios de las cosechas..."[11] *"A* ***chugchir*** *o a trabajar, ya conocieron la gente, los que comprenden. Por nuestras leyes dizque andan, han dicho. Un mayordomo que se llamaba Enrique Alvear, él era muy racional. Él es que había dicho por Compañía a la gente: 'No le dirán nada a esta gente... Dejarán que cada uno trabaje. Después, yo no sé que pasará con esta gente', había dicho. Elé. Ese mayordomo nos quería. Algo debe haber sido él también: espíritu de él, corazón de él. Algo debe haber sentido. La gente por ahí diciendo que somos socialistas, comunistas, que ladrones, negados de la fe de Dios, que tenemos cacho, que tenemos rabo... Así estuvimos, una lástima. Cuando se arreglaron las cosas subimos a pueblo nuevo".*[12]

"El 7 de enero de 1931, José Delgado y Julio Miguel Páez, arrendatarios de las haciendas de Pesillo y Muyurco, llegaron a un acuerdo con sus trabajadores. El Ministerio de Gobierno junto con Alberto Batallas, comisionado de Asuntos Laborales, arreglaron un acuerdo mediante el cual, Delgado y Páez se comprometían a respetar una jornada laboral de ocho horas, ofrecer a los trabajadores un

11. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, diciembre 2004.
12. Prieto, sección entrevistas, testimonio de Tránsito Amaguaña, p. 16.



día de descanso semanal, remunerar el trabajo que realizaban en las haciendas las esposas e hijos de los trabajadores, abolir la costumbre de obligar a los indígenas a prestar servicios en las casas de los empleados de las haciendas y no despedir a los trabajadores, excepto por mala conducta o insubordinación. Una vez firmado el acuerdo, los trabajadores de las haciendas de Pesillo, Muyurco, así como los indígenas de la hacienda vecina La Chimba, retornaron al trabajo".[13]

III

El día de la destrucción de las casas

Fue el nombre con el que los indígenas y los trabajadores de las haciendas de Asistencia Pública llamaron al brutal episodio que, al mismo tiempo, fue el que representó para los años venideros un pun-

13. Boletín de Prensa de *El Comercio*, 8 de enero de 1931.



to de partida en su quehacer político. A raíz de las consecuencias, los indígenas identificaron una realidad que mostraba su propia invalidez, como sector social, frente a un Estado insensible a sus demandas. Identificaron aliados y enemigos, y recuperaron, desde sus propias raíces, la conciencia de los derechos humanos. Fueron saqueados y torturados, pero, sobre todo, comprobaron que su núcleo social, de clara afirmación étnica, carecía de asidero ciudadano. A partir de aquella experiencia, se prometieron a sí mismos fortalecer sus sindicatos y perseverar en la lucha reivindicativa, porque al costo que tuviere, volverían a reunirse en asambleas y a exigir la devolución de sus haberes materiales y espirituales. El precio pagado por algunos de los y las dirigentes fue largo en el tiempo y cruel en el ancho campo de la pérdida. El grupo indígena disgregado inició un éxodo doloroso porque algunas familias, como la de Dolores Cacuango, enfrentaron la separación forzosa: el padre y los hijos se trasladaron a otros poblados para vivir "arrimados" en las casas de conocidos, temporalmente, hasta encontrar nuevos lugares de trabajo; ella se refugiaba en Cayambe. Algunos fueron desterrados a la Región Amazónica, como Virgilio Lechón. "Me mandaron al Oriente después de la huelga, me fueron desterrando..."[14], y otros se convirtieron en vagabundos. Tal fue el caso de Tránsito Amaguaña y su madre.

Paralelamente, la comunidad integrada por las familias, maestros de escuela, arrieros, aparceros, yanapas y, en general, gente que desempeñaba diversos oficios articulados a la hacienda, realizó una movilización para solicitar al Gobierno de Isidro Ayora la adjudicación de tierras que les permitiera integrarse en un pueblo, pues, esta población, que alcanzaba un número de mil personas y más, carecía de vivienda y ubicación, y vivía apegada a las mínimas viviendas dc los trabajadores de hacienda...

14. Prieto, sección entrevistas, testimonio Virgilio Lechón, p. 19.

Aunque la comunidad de Pesillo había sido inscrita como parroquia Olmedo en 1911, el pueblo, propiamente dicho, se conformó el 21 de abril de 1931. Al fin, una población flotante logró un espacio para echar raíces. Algunas de las familias indígenas que dejaron Pesillo a causa de la represión del Gobierno y de la persecución de los arrendatarios, se radicaron posteriormente en la nueva ciudad conocida entre ellos como Pueblo Nuevo.

Hasta allí llegamos, recordaba Tránsito Amaguaña. *Ahí en Olmedo compró mamita un lotecito y de ahí ca vino arrendatario con soldados y nos sacaron. La casa quedó alhajita y botaron. Vuelta nos fueron a botar en Cayambe mismo. A cada ratico me llamaba el Dr. Ricardo Paredes para decir que va a salir el pago de las casas, que casas de teja van a salir... pero nos perseguían. Para escondernos y no dejarnos trincar de la policía que Gobierno mandaba, andábamos por ríos, montes, quebradas, lomas. Allí nos reuníamos con otros taiticos y otras mamitas en un punto que llamábamos tacín, allí con mis dos guagüitos. Me afilié al Partido Comunista por pobreza, por maltrato, porque había que cambiar las cosas. Yo era cabecilla; como las otras eran tontitas, no se daban cuenta. Yo era viva, movilizaba a la gente, hacía sesión y hablando les hacía ver que éramos una lástima. Después de tanto luchar, tanto lidiar, hice llorar al mismo Gobierno...*"[15]

Pese a la persecución constante, Tránsito se había constituido ya en una de las más importantes agitadoras. Inicialmente, su discurso partía desde el reconocimiento de las necesidades cotidianas, desde el reclamo por salario y trato digno. Lentamente, pasó a convertirlo en arenga política al dirigirse a la asamblea india, mediante palabras que se convertían en el verdadero espejo de una realidad

15. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, diciembre 2004.



carente de seguridad social y ausente de los derechos ciudadanos. Sus pensamientos llegaban hasta la conciencia de los indios y frontalmente asumía un liderazgo enérgico y responsable. Allí estaba ella para mostrarles el camino: la unidad popular. Sabía que iba a ser mejor comprendida si es que expresaba sus ideas a través de referentes que, en realidad, eran la vida misma.

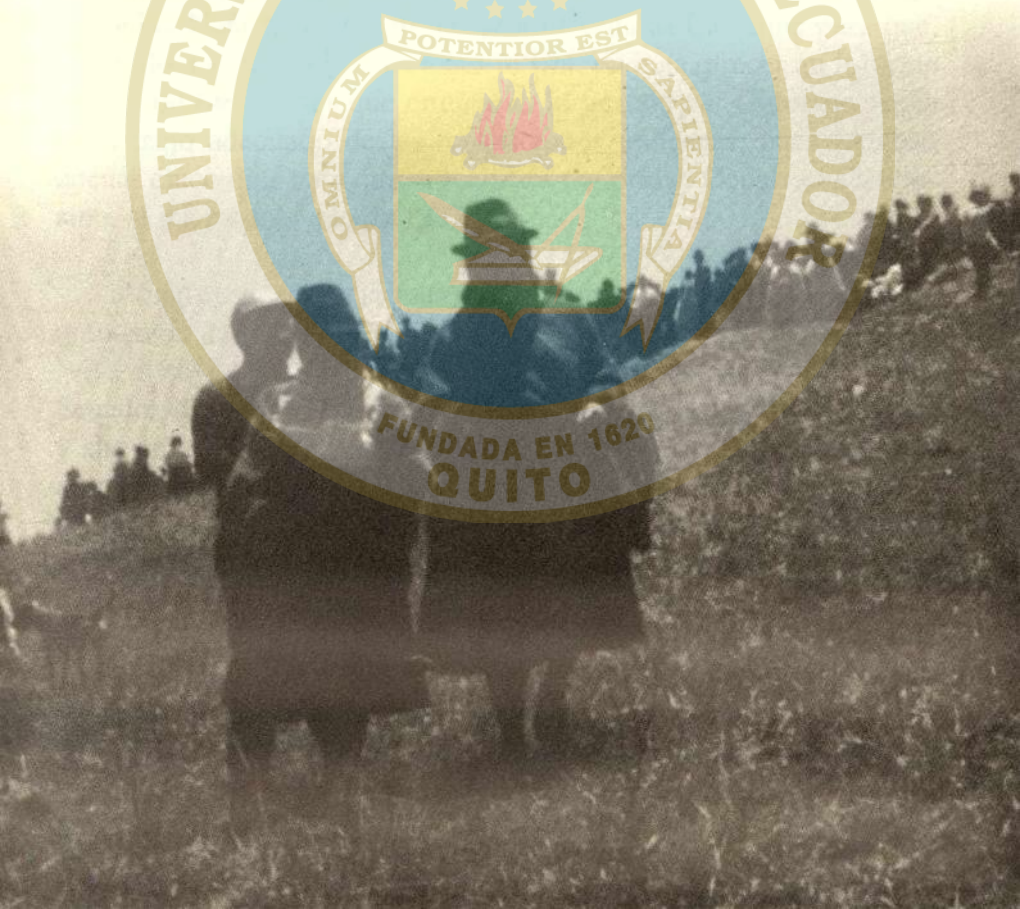
"Los indígenas que hemos llorado, que hemos sufrido, que hemos chupado las cuerizas, las garrotizas, tenemos que estar unidos, porque la unidad es como la mazorca; si se va el grano, se va la fila; si se va la fila, se acaba la mazorca".[16]



16. Rodas, s.f., p. 26.

Capítulo V

El Congreso Campesino



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

El Congreso Campesino

El nerviosismo de las autoridades de Estado no pasaba desapercibido en la escena pública, tanto que el Ministro de Gobierno y Previsión Social, Miguel Ángel Albornoz, exteriorizó su preocupación al solicitar, mediante oficio, al Senador por la Raza India, Dr. Pedro Leopoldo Núñez, se sirviera viajar a la zona de Cayambe para que, habiendo realizado observaciones *in situ*, pudiera ofrecer un informe con recomendaciones que orientaran la gestión del Gobierno hacia un manejo adecuado de las reparticiones indígenas, pues faltaban apenas cinco días para que se realizara del primer Congreso Campesino, al iniciarse el año de 1931.

Viajó el senador a la zona de Cayambe y un grupo integrado por quinientos indígenas lo recibió portando banderas rojas al grito de 'viva el soviet' y 'recaudemos nuestras tierras usurpadas'. Según el Senador, el Jefe Político y el cura azuzaron a un grupo de empleados y sirvientes de las haciendas para que reprimieran violentamente la manifestación. El Jefe Político adujo que los indios habrían matado al cura y a gente de la población de Cayambe para provocar la represión, por lo que apresó y multó a veinte indígenas. Después se disculpó de manera contradictoria: afirmó que los indios y el Senador podían haber sido linchados por los pobladores de la zona, enfurecidos, al percibir la presencia comunista. Estos sucesos provocaron un debate en el Congreso; se formó una comisión especial para estudiar e informar sobre la veracidad de los hechos y aplicar las medidas per-



tinentes; se canceló al Jefe Político y se investigó a los indígenas presos. Si fueran hallados culpables, afirmó la comisión, serían sancionados, de acuerdo a la ley.

El informe emitido por el Senador Pedro Leopoldo Núñez al Ministro de Gobierno, Miguel Ángel Albornoz, el 28 de febrero de 1931, representó un documento certero y veraz, porque señaló que una de las causas del retraso social del sector indígena se debía a intereses de sectores beneficiarios, así como a la ineficacia de los poderes públicos para enfrentar un problema de alcance nacional que, por cierto, encontraba su origen en la propia historia del país. De importancia histórica fue el Informe de Pedro Leopoldo Núñez, Senador por la Raza Indígena, destacado socialista y hombre público, porque permitió, a través de sus reflexiones, percibir el pensamiento de la época sobre el indio, observar la distancia que había entre los poderes públicos y la realidad indígena, y, por cierto, visualizar el imaginario conceptual, formado a lo largo del tiempo, sobre este pueblo, en la mente de los ecuatorianos.



"El atraso, la inferioridad en que se encuentran los indios, el dominio y las injusticias que padecen, son tan grandes y ostensibles que se palpan en todas las manifestaciones de la vida nacional; en lo político y en lo económico; en el patrimonio y en las personas; en la ciudad y en el campo; tan grandes que no es necesario detenerme a describirlos, ni menos hace falta ponderarlos. Sin embargo, muy poco o nada se ha hecho todavía para lograr un adelanto en grado satisfactorio. El mantenimiento de la actual situación lamentable se atribuye de ordinario al interés egoísta de muchos elementos que resultan beneficiados, así como a la deficiencia de las leyes respectivas que se vuelven más ineficaces por la incomprensión o la mala voluntad de los llamados a aplicarlas... Se debe advertir que el problema encierra múltiples y complejas cuestiones y que no se alcanzará una solución pronta y efectiva a favor de los indios sin un plan meditado, con criterio amplio y sereno, que determine el fin concreto y bien definido que se propone y los medios que han de emplearse. Existe cierta unidad en la apreciación de los males, defectos y condiciones adversas en que se desarrolla la vida de los indios, pero hay notables discrepancias aún entre las opiniones más autorizadas al señalar los remedios y las medidas de orden legal y práctico que debieran adoptarse, y más de una vez lo aconsejado por unos como indispensable y salvador, otros rebaten por inconveniente o nugatorio.

La vida del campo, que antes se deslizaba pacífica, comienza poco a poco a agitarse, y los reclamos aislados, casi personales, se convierten en exigencia colectiva con visos de protesta. Y es que el indio abatido, indolente, olvidado, principia a despertarse, a sentir necesidades humanas, se asoma y hace notar su presencia. Su actitud empero no es descabellada, ni de porfiada rebelión. En las conversaciones que tuve con los indios en sus casas y cuando fueron a mi alojamiento pude apreciar, con grata sorpresa, particularidades dignas de



mencionarse. Expresan con claridad sus ideas y deseos. No pretenden concesiones quiméricas ni se aferran a utópicas reivindicaciones. Discurren con juicio, aceptan razones, entienden la necesidad de trabajar y que la riqueza no se improvisa, declaran su respeto al Gobierno y a las autoridades y reconocen derechos de los propietarios y patrones, así como explican y defienden entusiastas la unión y solidaridad de su clase. Esto halaga y convence que no es un sueño ni un imposible el mejoramiento del indio. Varias fuerzas sociales, sin duda, habrán elaborado semejante transformación; más no cabría negar que, en este sentido, ha sido meritoria la obra realizada por los que se llaman o están tildados de comunistas...

Aquellos que trabajan para la hacienda en calidad de huasipungueros se encuentran afectados por los diversos inconvenientes que nacen de las relaciones entre patronos y trabajadores por el salario, por las horas de trabajo, por el trato y demás motivos conocidos. La cuestión de la propiedad de la tierra no es lo principal en este grupo, pues los reclamos relativos a los huasipungos se fundan o nacen como consecuencia de los salarios, y no estrictamente del derecho a la propiedad... Pero, en definitiva, limitan a un mínimo tal sus pedidos, se convienen con tan poco, que francamente sería imperdonable que no se les atienda.

Los de las haciendas en donde se han producido las dificultades —me refiero a Pesillo y Muyurco—, presentan una serie de cargos, desde atentados legalmente punibles hasta minucias de simple cortesía. Los sirvientes y patrones aludidos, a su vez, les acusan de un sin número de maldades y perjuicios. Por las disculpas, las mutuas recriminaciones y lo que confiesan al establecer responsabilidad, no tocaría la mayor porción a los indios. En el fondo, la cuestión se reduce a que los peones exigen alza de salarios, regulación del trabajo, particularmente de las mujeres, y que se modere el poder omnímodo del amo. Los hacendados no opon-

drían reparos si el satisfacerles no redundaría en disminución de sus ganancias y menoscabo de sus antiguos atributos señoriles.

Usted, Señor Ministro, ha conseguido recientemente ponerles de acuerdo en condiciones tolerables; y, sin embargo, el conflicto se renueva porque ambas partes arguyen que no se cumple lo pactado. La intervención transitoria de comisarios de policía y aún del Ministerio, el envío ocasional de comisionados y otras medidas parecidas, indudablemente son necesarias y suavizan asperezas, pero los efectos no perduran. El estado actual de los ánimos y las nuevas obligaciones aceptadas seguirán ocasionando graves incidentes... juzgo inaplazable la creación de comités o patronatos con facultades discrecionales para investigar y dirimir los conflictos y, en general, encargarse de la vigilancia continua de la situación del indio. En cada cantón podría formarse el comité con el Jefe Político o un comisario, un representante de los hacendados y otro de los indios; y si las circunstancias se prestan, por el prestigio de las personas y costumbres, también con el párroco y el maestro de escuela de la respectiva agrupación indígena. El Comité Cantonal estaría en conexión con un Comité Provincial, constituido en forma análoga, y éste con un Comité organizado en la capital.

Motivo de especial complacencia debe ser, Señor Ministro, que el Gobierno se halle empeñado en atender la situación del indio, como lo ha declarado usted públicamente. Por mi parte, para cumplir los deberes que me impone la senaduría y corresponder a la fina invitación que usted se dignara hacerme en el oficio ya citado —por lo que reitero mi agradecimiento—, he meditado con todo afán en el problema indígena; y no será por falta de estudio si la exposición precedente no contiene algún punto aprovechable".[1]

1. Diario *El Comercio*, Quito, febrero de 1931.



El Senador consideró que el movimiento de los indígenas de Cayambe, ofrecía un cuadro de realidades muy diversas y significativas. Habiendo realizado una apreciación *in situ*, Nuñez concluyó que las reparticiones indígenas, como se las llamaba, debían ser clasificadas según cada caso para que las soluciones fueran planteadas de acuerdo a sus afinidades y diferencias. Mencionó a las comunidades indígenas que se hallaban fuera del sistema de hacienda y, sobre ellas, hizo recomendaciones que, de manera general, apuntaban a la expansión de sus pequeños predios, los cuales debían ser protegidos por los poderes públicos.

Pedro Leopoldo Núñez, al referirse a los indígenas inscritos en el sistema "de hacienda", consideró que debía formarse una institucionalidad, de manera escalonada en todo el país, en capacidad de contribuir con el desenvolvimiento social del sector y en la obligación de emitir informes que puedan ser insumos para la creación de nuevas leyes y acciones administrativas a largo plazo. Así se atendería de manera inmediata la problemática. El informe de Núñez dejaba constancia que la situación de la población india ameritaba la preocupación a largo plazo por parte del Estado. Sugería, tácitamente, la creación de un verdadero ministerio indígena, aunque aún no se había llegado a promulgar leyes que reorganizaran su condición social.

II

El fracaso

El 28 de febrero de 1931, el Senador emitió su informe. El Congreso Campesino estaba previsto para el 8 del mes citado. Como nunca antes, el campesinado indígena logró expresarse con tal fuerza y capacidad de convocatoria, que diversos periódicos recogieron la noticia y

manifestaron sus puntos de vista, alarmados en su mayoría. "Los representantes de cien mil indios viajan para el primer Congreso de Campesinos que se reunirá en Cayambe",[2] afirmaba un importante boletín de prensa aparecido en el diario *El Comercio*, en enero de 1931.



LOS REPRESENTANTES DE 100 MIL INDIOS VIAJAN PARA EL 1ER. CONGRESO DE LOS CAMPESINOS QUE SE REUNIRA EN CAYAMBE

SE DICE QUE ES UN DESPERTAR DE LA RAZA INDIGENA PERO QUE DETRAS DE ELLOS ANDAN LOS SOCIALISTAS ULTIMANDO LOS PREPARATIVOS PARA LA REUNION

"Se dice que es un despertar de la raza indígena, pero que detrás de ellos andan los socialistas ultimando los preparativos para la reunión. Ayer se recibieron nuevos telegramas, acerca de los preparativos para la realización del Congreso de Campesinos, en la parroquia Juan Montalvo, del Cantón Cayambe, sede elegida con anterioridad", dice el texto, y continúa: "Se sabe que representaciones de dichos campesinos se han acercado a las autoridades a solicitar garantías para la reunión, que ofrecen hacerla pacíficamente y solo como un despertar de la raza indígena, la cual quiere consignar sus derechos en una reunión de significación. Más, detrás de estos buenos propósitos, se afirma que andan agentes socialistas ultimando todos estos preparativos. Han declarado que la reunión constará de dos mil personas, los cuales tienen la representación de cien mil campesinos comprendidos desde Loja hasta el Carchi... Como el 8 de febrero deben reunirse en Cayambe, se tienen comunicaciones

2. Diario *El Comercio*, Quito, enero de 1931.



de que la mayor parte de los delegados se hallan viajando con la mayor celeridad por senderos. La tropa enviada a la parroquia Juan Montalvo, se informa, se halla recorriendo toda esa zona, hasta el momento sin novedad".[3]

"A pie o a caballo, muchos viajaron varios días o hasta semanas para asistir al Congreso. El comité auspiciante se encargó del alojamiento, para lo cual, incluso construyó muchas chozas. Aunque un buen número de delegados llegó a las conferencias, todos ellos observaron un buen comportamiento y se abstuvieron de ingerir todo tipo de bebidas alcohólicas".[4]

Grande era la expectativa que la realización del Congreso Campesino había despertado en la ciudadanía. La prensa nacional no escatimó esfuerzos para proporcionar al público la información veraz y oportuna. Se dio a conocer que el tiempo de duración del evento sería de cuatro días, de los cuales tres y medio se dedicarían a las discusiones, dejando el medio día, al finalizar la reunión, para realizar el agasajo a los representantes. Los editoriales de los principales periódicos de la capital abundaban en comentarios. Uno de ellos afirmó que "nada bueno o serio puede salir de esa numerosa masa analfabeta de gente reunida en Cayambe".[5] Otro columnista aseguró que "el Congreso no era más que una demostración de fuerza y la influencia que tiene o cree tener el Partido Comunista, que está importando doctrinas de Rusia y constituye un peligro para la sociedad". "Los indios son susceptibles de influencias externas", rezaba otro de los periódicos, "y su capacidad primitiva los hace incapaces de cualquier reflexión o diálogo".[6]

3. Ibid.
4. Becker.
5. Diario *El Comercio*, Quito, 1 de febrero de 1931.
6. Ibid.

Primer Congreso Campesino

Programa a discutirse

1. Informe del Comité Organizador del Congreso;
2. Discusión de los Estatutos de la Confederación de Obreros Agrarios y Campesinos;
3. Aprobación del Acta de la Constitución de la Federación;
4. Programa de Reivindicaciones para los obreros agrarios y campesinos;
5. Lucha contra el incultivo de los campos y sobre el problema de los desocupados campesinos;
6. Tesis de la táctica de la lucha a emprenderse sobre el punto anterior;
7. Cuestiones varias; y
8. Elección del Directorio Ejecutivo de la Federación.

FUENTE: Diario, *El Comercio*, 1 de febrero de 1931.

A pesar de coincidir con la huelga de Pesillo, la Conferencia no fue una consecuencia inmediata de ésta; así lo prueba un artículo aparecido en el diario del Partido Socialista, *La Hoz*, en diciembre del año 1930. Las metas fueron ambiciosas. Se pensaba consolidar una organización nacional y, de hecho, los estatutos estaban listos para constituir la Confederación de Obreros Agrarios y Campesinos.[7] A renglón seguido, debía aprobarse el Acta constitutiva de dicha Confederación y proceder a la elección del Directorio. El segundo gran tema a ser tratado se refería a la elaboración de un programa de reivindicaciones para obreros agrarios y campesinos. Sin llegar a plantear una reforma agraria propiamente dicha, se establecía la necesidad de luchar contra "el incultivo de los campos"[8] frente al problema de "desocupación de campesinos".[9] En un tercer espacio, los representantes al Congreso debían plan-

7. Ibid.
8. Diario *El Comercio*, Quito, 6 de febrero de 1931.
9. Ibid.



tear "tácticas de lucha"[10] sobre el tema de los campos particulares incultos frente a un sector campesino desarticulado de la producción. Mediante un acápite relacionado con cuestiones varias, iban a clausurar el primer Congreso Nacional de Campesinos del Ecuador.

Las altas esferas públicas mostraban una absoluta oposición a la realización del Congreso, porque consideraban que, bajo el pretexto de la búsqueda de soluciones al problema campesino, se iba a consolidar la presencia comunista en el país. El Ministro de Gobierno, Miguel Ángel Albornoz, mediante sendas comunicaciones a los gobernadores de provincias e intendentes de policía, prohibió toda reunión socialista, arguyendo que estas "actividades no encuentran ambiente en nuestra modalidad histórica, no son garantía de ninguna reforma práctica en el proceso de nuestra organización económica y cultural".[11]

Durante varios días del mes de febrero de 1931, tropas militares detuvieron todo movimiento en el cantón: intentaron detener a los líderes del Congreso y la represión a la organización popular empezó a proliferar en el campo y la ciudad. Cayambe estuvo bajo estado de sitio, los ministerios del ramo prohibieron que los delegados ya reunidos emprendieran cualquier acción y cerraron los caminos para evitar que más delegados se unieran al proyecto.

Esta reunión, capaz de aglutinar a campesinos de situaciones económicas y sociales diversas, reconocía que las organizaciones campesinas del norte, encargadas de realizar la conferencia, ofrecían un liderazgo de vanguardia del naciente movimiento de protesta rural en el país. Cayambe se constituyó en el espacio integrador de la lucha popular en

10. Ibid.
11. Ibid.

el Ecuador. Por su parte, la iniciativa ofreció, a los ojos del país, la impresionante imagen de una movilización de obreros agrarios y de las comunidades indias de la Sierra ecuatoriana, la cual quedó para la memoria como una verdadera hazaña política de la época, frustrada por el Gobierno de Isidro Ayora.

Aparentemente, las delegaciones que llegaron hasta la zona regresaron pacíficamente a sus tierras. Por eso, el senador Leopoldo Núñez aseguró en su informe que "la magnitud y alcance del mencionado Congreso han sido objeto de vivos comentarios en el ancho campo hipotético, de planes y consecuencias, envueltos en cierta nebulosidad propicia a las más opuestas deducciones: unos opinan que al realizarse habrían sobrevenido grandes males y otros afirman que se hubieran derivado inmensos beneficios. Por lo tanto, y habiendo impedido dicho Congreso apenas en sus preparativos, no encuadraría en esta exposición emitir opiniones al respecto. Me limitaré a consignar el dato de que toda inquietud, por tal motivo, ha desaparecido en esa zona",[12] afirma el Senador en el mismo documento solicitado por el Ministro de Gobierno del Ecuador.

III

Los subterfugios

Aún cuando los patrones habían llegado a tomar acuerdos con los trabajadores agrícolas y, aparentemente, la problemática estaba medianamente resuelta, pocos días después, los arrendatarios decidieron descontar a los campesinos el usufructo de los huasipungos. Ante estas

12. Ibid.



nuevas y desleales medidas, los indígenas declararon una nueva huelga. Se desplazaron a Cayambe y reclamaron por el descuento de tres sucres por huasipungo. Al no obtener respuesta, viajaron a Quito.

Justamente, un mes después de que el gobierno impidiera la celebración del Congreso Campesino en Juan Montalvo y reprimiera la huelga de Pesillo, el 10 de marzo de 1931, 141 indígenas de Cayambe caminaron hasta Quito para presentar directamente sus peticiones al Gobierno. En este grupo había 57 mujeres y cerca de una docena de niños. Augusto Egas, director de la Junta de Asistencia Pública, acordó arreglar una reunión entre los manifestantes y el Presidente de la República, y pedir a los arrendatarios de las haciendas del Gobierno que elevaran el salario en cinco centavos. Sin embargo, en lugar de cumplir con lo pactado, Egas envió a los indígenas con la policía para que fueran arrestados y obligados a regresar a Cayambe por la fuerza. "En el proceso, la policía hirió a varios indígenas, entre ellos a Virgilio Lechón, Rosa Cachipuenda y el niño José Amaguaña".[13]

El apoyo de los líderes comunistas a los alzados apareció frontalmente en la escena pública. Los funcionarios de gobierno, siempre atemorizados, no enfocaban la realidad que vivía el campesinado: su poder residía en reprimir la acción popular argumentando que el comunismo es una amenaza al orden social y un desafío a la gestión del Estado. La prensa, siempre pendiente de los hechos, informaba a la ciudadanía sobre la nueva movilización indígena y sobre los conflictos entre trabajadores y patrones.

"Han venido a esta ciudad intempestivamente, abandonando sus faenas del campo. Fueron llevados al cuartel de policía. Después de un mes y más de que se creían terminados todos los incidentes susci-

13. Becker Mark. 2002

tados entre patrones y jornaleros de las haciendas de la Beneficencia, Pesillo y Muyurco, arrendadas respectivamente por los señores Delgado y Páez, y que se conexionaron también con la reunión del Congreso de Campesinos, en la parroquia Juan Montalvo, del cantón Cayambe, nuevamente han venido a surgir diferencias y crear un problema al Ministerio de Gobierno. Andando día y noche, se han trasladado a esta ciudad y se han alojado en la propiedad del doctor Luis Felipe Chávez, los 141 peones, entre hombres y mujeres, dejando las haciendas expresadas sin ningún trabajador que se entendiera por lo menos en el ordeño de las vacas. La Policía, ayer en la mañana, recogió a todos los indígenas y los condujo al cuartel del Centro".[14]

Sin duda, los indígenas sumamente receptivos al discurso comunista y en acuerdo con sus líderes declararon la huelga. El llamado vehemente de Luis F. Chávez fomentó la movilización, pues prometió castigar y sacar a los patronos de las haciendas. "A los patrones les vamos hacer rogar, a los patrones les vamos hacer pedir misericordia", había dicho. Efectivamente, los trabajadores: hombres, mujeres y niños fueron alojados durante un mes en una quinta de Chávez situada en el barrio de la Magdalena, en Quito. Las tareas agrícolas fueron abandonadas; se paralizó el ordeño y las faenas del campo. Los dirigentes comunistas no realizaron ninguna gestión a favor de los alzados y a nombre del Gobierno la policía apresó a la mayoría de ellos. pero un grupo quedó en libertad y pidió audiencia al Presidente, quien los recibió. "Cuando, después de mucho fregar y de vuelta al camino, pudimos hablar con el señor Presidente de la República. Él se limitó aconsejarnos que fuéramos humildemente ante los patrones a rogarles que nos permitan regresar a las haciendas".[15]

14. Diario *El Comercio*, 13 de marzo de 1931.
15. Ibid.



141 PEONES DE CAYAMBE HAN VENIDO A ESTA CIUDAD INTEMPESTIVAMENTE ABANDONANDO SUS FAENAS DEL CAMPO

Fueron llevados al Cuartel de Policía

Después de un mes y más que se creían terminados todos los incidentes suscitados entre patrones y jornaleros de las haciendas de la Beneficencia, Pesillo y Moyurco, arrendadas respectivamente por los señores Delgado y Páez, y q' se conexionaron también con la reunión del Congreso de Campesinos en la parroquia Juan Montalvo, del Cantón Cayambe, nuevamente han venido a surgir diferencias y crear un problema al Ministerio de Gobierno.

Intempestivamente y andando día y noche, se han trasladado a esta ciudad y se han alojado en la propiedad del señor doctor Luis Felipe Chávez, 141 peones entre hombres y mujeres, dejando las haciendas expresadas sin ningún trabajador que se entendiera por lo menos en el ordeño de las vacas.

La Policía ayer en la mañana recogió a todos los 141 indígenas y les condujo al Cuartel del Centro.

El Comercio, 13 de marzo de 1931.

IV

La gestión pública

Habían pasado dos meses de la huelga de Pesillo y de la represión sufrida por los grupos indios mediante la acción del Batallón Yaguachi. La situación se había convertido en un problema nacional, pues los medios de comunicación y, por cierto, la opinión pública, se mostraban atentos a la gestión del Gobierno. Los problemas que este debía resolver eran difíciles y se requería de gran capacidad de los funcionarios, sobre todo porque se presentaba el momento de dar un giro cuantitativo a la política agraria desde la Junta de Asistencia Pública y desde los poderes públicos en general.

Desde la Cartera de Gobierno, el Ministro había dado instrucciones al Intendente General de Policía para que se reconociera el salario por el último mes de trabajo a los peones, pese a la insurrección observada. La instrucción fue desatendida por el Director de Asistencia Pública, pues los indígenas abandonaron las haciendas por un mes, afirmó, y, por tanto, no tenían porqué ser sujeto de desahucio. Aseguró, además, el mencionado funcionario, que el valor de las chozas tampoco iba a ser reconocido, puesto que habían sido construidas con materiales de hacienda y tiempo de trabajo de los jornaleros. Estratégicamente, los animales de los precaristas que fueron retenidos habían sido contabilizados para evaluar concretamente la economía de las familias indias. Finalmente, Egas no pagó a los campesinos por las casas destruidas y manifestó a la opinión pública que se hallaba pendiente de conocer las resoluciones sobre los conflictos de Cayambe.

Ante los ojos del país, la situación de los indígenas de Pesillo se había constituido en un verdadero desafío social. Augusto Egas, junto al Jefe del Batallón Yaguachi, realizó una inspección al sector



en conflicto. Aseguró que la situación de los huasipungueros era inmejorable: disponían de un pedazo de tierra y gozaban del usufructo. Además, eran propietarios de animales y recibían un salario diario por su trabajo, afirmó. Estimaba que las quejas relacionadas con maltratos y abusos cometidos en su contra eran por demás exageradas y no dudó en emitir sus comentarios a la opinión pública:

"Cuantas veces vinieron los indios a la oficina de la Asistencia Pública, exigí que me presentaran a los contusos o lesionados para tomar las medidas del caso, y no se presentó sino la víctima de un incidente promovido entre los mismos peones y dos que tenían lesiones de hace ocho o diez años. De esto me formé el criterio de que, favorecidos con la insolencia y la ociosidad, tal vez, alguna vez, se habrán producido rozamientos, pero no mayores, en lo que me he afirmado con la visita a la hacienda".[16]

"Los comunistas son los que les han inculcado a los indios la idea de que la hacienda les pertenece, que nadie puede moverlos de allí, que en estas condiciones pueden trabajar o no y, al trabajar, exigir el jornal que tuvieren a voluntad... El plan no puede ser más inteligente, el cual consiste en abatir la vida de la hacienda. He sabido que les han hecho ofertas de tierras mayores que los huasipungos actuales y que aún se han hecho divisiones imaginarias para mantener latente la codicia y la candorosidad indígena...

Ahora bien, después de todo, puedo asegurarle que el indio de Pesillo es riquísimo, no tiene necesidad de trabajar para otro, porque el huasipungo y los animales les dan para todas las necesidades de la vida... Los comunistas, para ser lógicos, debían haber empezado por afirmar el comunismo entre los indios... Concebimos entonces el propósi-

16. Ibid.

to de despedir de la hacienda a quienes no quisieran estar en ella. Y así que reunidos los de la comisión en la hacienda y estando presentes el Dr. Pedro Leopoldo Núñez, Senador por la raza indígena y el Sr. Ricardo Jaramillo, Director del periódico *El Día*, y teniendo a la vista los animales que custodian los indios, se les expuso con toda claridad que eran libres, que si querían trabajar en la hacienda, así lo hicieran de buena voluntad, sujetándose a las normas económicas del predio, y que los que no querían, podían desocuparla y llevarse el ganado inmediatamente. Los indios que venían en grupos pequeños se negaron rotundamente y aún en forma suplicante, manifestando decididamente el deseo de seguir trabajando en la hacienda y no separarse de ésta, aduciendo que allí habían nacido y que no tenían a dónde llevar su ganado. A medida que los indios fueron expresando su resolución en forma de despertar la conmiseración, se les fueron entregando los animales".[17]

V

Las mañas

Simultáneamente, la demanda había sido presentada desde el sector indígena al Ministerio de Previsión Social y Trabajo. Sus delegados, después de haber realizado una inspección en la zona, citaron a las partes. La parte patronal desconoció el nuevo pliego de peticiones, negó las acusaciones y aseguró que el salario era justo. Están bien pagados, dijeron los patrones, no hay ningún problema y todo lo que reclaman los indios es absolutamente falso. A su vez, los indígenas habían comentado que, para no ceder a las peticiones de los campesinos, los patrones pagaban a las autoridades para que se pronunciaran a su favor. Al ser desatendidos por las dos partes, nacía

17. Diario *El Comercio*, 24 de marzo de 1931.



la mayor venganza, comentaban los peones, y se trabajaba más fuertemente para fortalecer la organización. Mediante el churo, los y las cabecillas llamaban a la huelga e inmediatamente todos, hombres, mujeres, incluso niños, paralizaban las actividades agrícolas.

A veces los patrones no se presentaban, ha comentado Tránsito Amaguaña, *porque la mayor parte de veces hasta se burlaban de las autoridades y, sobre todo*, afirmaba, *se ponían de acuerdo entre autoridades y patrones y las cosas quedaban ahí, estancadas. A pesar de estas mañas*, asegura, *se logró conseguir el aumento del salario, la supresión obligatoria del trabajo de la mujer, la rebaja del número de ovejas que cuidaba el ovejero, aumento de alimentos para la subsistencia del cuentayo y su familia. Se consiguió, además*, dice ella, *que la Asistencia Pública y los patronos doten de las herramientas a los trabajadores, porque las que usábamos*, afirma, *no eran de hacienda; las herramientas eran de los huasipungueros, el arado, la pala, la hoz, la barra; todo era de propiedad de los peones. Los trastos que usaban las servicias, en casa de hacienda, eran propios de mujeres campesinas. Eran propios nuestros…*[18]

La consecución de estos logros aparecía como un triunfo pírrico en el marco global de los hechos, porque varias familias indígenas, especialmente las de los cabecillas, se disgregaron y soportaron estoicamente la mendicidad, se alimentaron de residuos y soportaron la agresión de gente que los señalaba como un mal ejemplo social, sin llegar a entender que su lucha era más bien una expresión de moral cívica. La organización perdió a sus líderes y los arrendatarios imaginaron que se podía garantizar nuevamente el orden en la hacienda, librándose de los que conducían la movilización. Mercedes Alba y su hija, Tránsito, por ejemplo, fueron acosadas por Delgado, aún después de haber dejado Pesillo. Habiendo edificado la madre una casa en Olmedo, volvieron a perder su casa, en manos de Delgado, y nuevamente las dos mujeres salieron a Cayambe a pedir

18. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, abril 2005.

caridad. Pero los campesinos habían adquirido conciencia sobre su situación verdaderamente huérfana de derechos y la formación política recibida fue su mayor bandera de lucha. El sindicato era el método y la huelga el instrumento ágil y directo. Después de aquella breve parálisis, la organización se fortaleció, pues sus integrantes identificaron objetivos concretos. El Partido Comunista era su principal aliado, y se habían afirmado como grupo social. Para ellos, la autoridad parroquial y cantonal se convirtió en una prolongación del terrateniente. La Asistencia Publica dejó de ser autoridad, porque no fue receptiva a sus demandas. El Partido Socialista articuló a obreros, estudiantes, maestros y artesanos en el esquema de la organización popular que poco a poco fue consolidándose hasta convertirse en un puntal de acción nacional.

Las familias de los cabecillas despedidos de las haciendas, se trasladaron a vivir a Olmedo, Ayora, *Yanawuayco*. Tal fue el caso de las familias Cacuango, Amaguaña, Ulcuango, Lechón y algunas otras. Desde su espacio, la Asistencia Pública no imaginó que los indígenas que fueron expulsados de las haciendas, y que se ubicaron en Yanawuayco, iban a instalar allí un verdadero centro de operaciones. El Partido Comunista se responsabilizó por los campesinos de la zona. Se reactivó la lucha en base a reivindicaciones concretas: debían ser indemnizados por las casas que fueron destruidas por el ejército; debía castigarse a quienes los torturaron moral y físicamente; debía removerse al Director de Asistencia Pública porque jamás prestó atención a la solicitud indígena y, al contrario, apareció en la escena pública como defensor de la causa patronal. Esta actitud se constituía en un riesgo para la población indígena, cuya estabilidad social dependía del entendimiento entre la autoridad del Estado, los patrones y los trabajadores.

Paralelamente, se creó la Unión Sindical de Pichincha, con sede en Quito. En 1936, se reunió en dicha ciudad el Primer Congreso de Cabecillas. En el campo, el trabajo clandestino crecía: se reunían,



discutían, se organizaban... El Partido Comunista instruía a la organización indígena sobre nuevas formas de mirar el mundo. En estos años asumieron las mujeres el liderazgo de los sindicatos: movilizaron, convocaron; fueron enérgicas y, por lo general, fueron las principales cabecillas.

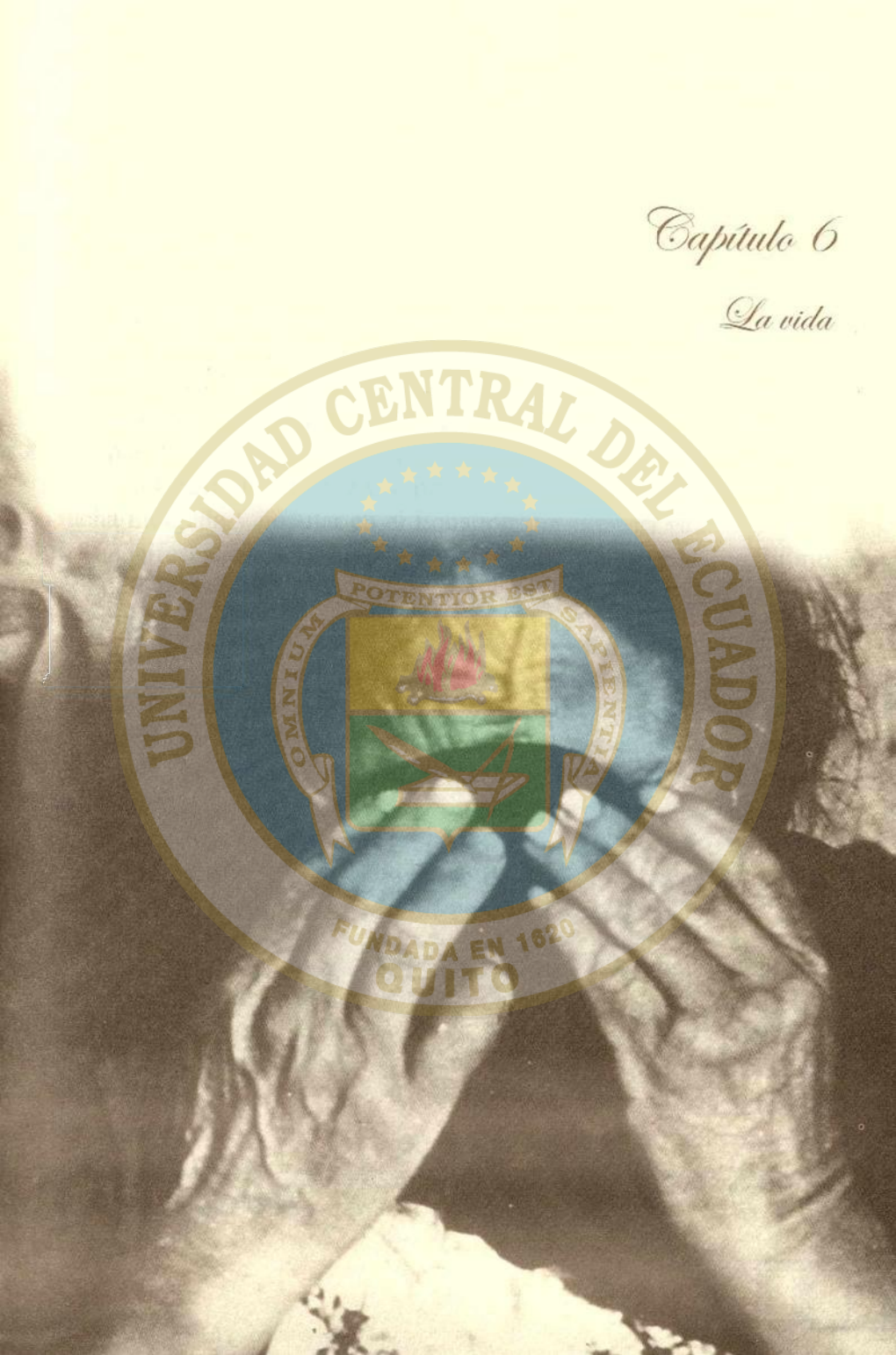
Y se explica que hayan extendido su quehacer desde lo privado a lo público porque su mundo doméstico adquiría unidad en la producción de alimento y en la conciencia de la carestía; porque cada uno de sus días llegaba cargado de ofensas para sí mismas y sin la menor oportunidad para los hijos y las hijas; porque, paso a paso, iban configurando horizontes nuevos brotados de la más íntima rebelión que, por cierto, se tradujo en el dinamismo con el que encaraban una revolución interior que las condujo a replantearse formas distintas de enfrentar la realidad juntas. Que por otra parte siempre lo hicieron en relación a los temas de la vida. Allí estaban las mujeres mayores para ofrecer atención, consejo y compañía a las hijas, hermanas, comadres y vecinas. Por eso siempre se han llamado a sí mismas madres. Mamita, madrecita, amamía...

Entonces madrugaron para el quehacer político y al anochecer conspiraron. Volvieron sus ojos a la tierra y comprendieron que profundas sensaciones, casi telúricas, empezaron a expresarse, desde su cuerpo, en la ferocidad de la lucha. Fundamentaron su discurso en un lenguaje vívido y gráfico. La quinua y la mazorca de maíz se transformaron en metáfora, revolvieron el mundo y los conceptos. Una sola frase puede medir la extensión de sus conquistas en la primera época de participación política: ellas desarrollaron poderes cívicos.

El Partido Socialista reclamó al Gobierno por haber impedido que se cumplieran preceptos constitucionales al haber suprimido la realización del primer Congreso Campesino en Cayambe. El Ministro de Gobierno respondió que los indios fingen un despertar que no existe...

Capítulo 6

La vida




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La vida

Se abre la puerta y, al fondo, instalada sobre un improvisado asiento, Tránsito Amaguaña se incorpora y aparece alerta. El frío del cerro cala los huesos, pero en la pared se muestra una placa que rinde homenaje al valor de la ciudadana india, cuya presencia marcó el compás de las marchas populares indígenas que, en las primeras décadas del siglo XX, fueron una presencia decisiva en la historia de la lucha indígena y popular en el Ecuador; por primera vez en el país, las manifestaciones de amplia base popular alteraban el equilibrio político y social; por primera vez, tambaleaba el poder.

Ahora, en la primera mitad de la década del siglo XXI, la lucha para ella continúa, porque se la encuentra presa una vez más. Apresada por un mundo de sentimientos y experiencias vívidas que han marcado el compás de su vida de mujer. No solamente los recuerdos se han quedado instalados, imágenes trajinan su memoria y sensaciones le caminan por la piel. Tránsito Amaguaña, en voz alta, como para sí misma, repite las palabras ofensivas. Arrastra las frases como si la lengua le pesara. Revive el turbio fondeadero del miasma de los celos y recuerda que un viento de mal agüero envolvió a la humilde choza. ¡Pesadumbre!

Espérese, dice, sujetándome las manos y mirándome al mismo tiempo desde la hondura de su alma adolorida. Las palabras brotan agitadas de su boca, como si ese pasado remoto estuviera concentrado en estupor y esencias amargas. No se observa temblor en sus manos y su voz se convierte en murmullo que, con ardor, llega a mis oídos, porque casi es un secreto aquello que va a revelar. Sin embargo, quiere hacerlo, desea gritarlo al mundo, quiere confesarlo. *Una tarde así pasó*, prosigue…



Recién habíamos bautizado a mi longuito José Luis y la ***marqui*** *mama haciendo bailar en la mañana. Vino taita y dijo: Desgracia la mía, la mujer ya encontró otro novio, blanco es guagua. No he conocido cuerpo de blanco, dije, Taiticu, de marido mismo es. Yo ca negro, yo ca prieto soy, dijo, y salió de la choza.*

¿Por qué vas a las huelgas, porqué vas a las asambleas? Gran puta, marido entró chumando y vamos pegando y vamos pateando. Oscura estaba la noche ¿Vas para revolcarte con esos runas? ¿Vas a buscar mozo? Este longo que tienes aquí no es mío, diciendo. ¡José Luis!, mi hijito, varoncito. Taita Dios del cielo, guagüito, longuito, sanito, bautizadito, dormidito en cama estaba. Taita Dios, yo no conocía nada, incada en tierra llorando le dije. ¡Juro por Taita Dios que nunca conocí un cuerpo de hombre blanco!

Al día siguiente llegó padrino y madrina y encontraron que guagua había muerto. Ayer estaba sanito y ahora está muerto, algo le han de haber hecho, dijeron padrinos. Llorando amanecí, contesté; al amanecer se acabó..."[1]

Sus dedos formaron una cruz a la que besó. Después, sus ojos llenos de lágrimas se alzaron hacia lo alto y exclamó: *Taiticu del cielo, yo sé que ha de estar a tu lado, mi hijito, mi longuito, José Luis...*[2]

II

El entierro

Los padrinos se encargaron de amortajar al ahijado. Alzaron el altar blanco y allí instalaron al pequeño cuerpo inerme, lo rodearon

1. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, marzo 2005.
2. Ibid.

de flores, ramas de romero y laurel, y contrataron a los músicos para que acompañaran las pompas del velorio. Las melodías nacidas del acordeón y del violín aparecían como las plañideras nocturnas que oficiaban el duelo, en medio de la cena ofrecida por los compadres para que el niño se despidiera de esta vidá y el alma se fuera sin lamentos.

Después de la merienda, se arrodillaron todos los presentes y rogaron a Dios para que recibiera en su seno al hijo que retornaba después de su breve tránsito por la Tierra. Pero largo y solitario era el viaje del espíritu por los senderos helados en cuyas brumas podía perderse; aún necesitaba impulso y compañía de los suyos para que las vibraciones de todos nutrieran el aura transparente, para que la sustancia alada vuele hasta alcanzar, en íntimo regocijo, las manos del Creador. Y entonces venía la expresión de los sentidos para, en mística sensual, enamorar a la eternidad. Música para que los dioses andinos aparezcan y danza para alejar a los duendes; que solsticios y equinoccios se junten en el cielo y que la aurora refleje al Sol —Taita Inti—, padre de luz.

Al ritmo del sanjuanito serrano empezaron la danza padres, compadres, vecinos y parientes. Mujeres con hijos en brazos —niños de mirada ausente— se habían congregado para acompañar a los deudos. Todo el vecindario se incorporó al baile. Golpeaban las palmas de las manos y marcaban el compás, cada uno de los pies imponía el acento, a tiempo que soltaban el brazo en leve inclinación a la derecha, para inclinarse, todos en círculo, con paso insistente; percusión del cuerpo sobre la tierra, cuya intensidad emitía ondas al aire para que se abriera el camino al difunto, para que el muertito los recomiende a la divinidad cuando llegue, para que los espíritus de los antepasados lo ayuden, para que los consejos de los sabios desaparecidos lo guíen.



Antes de la medianoche interrumpieron el baile y una de las ancianas curanderas desarmó un atado de ortigas que había preparado para ortigar a la madre, al padre y a los padrinos. Les frotó la hierba ardiente en las piernas, en el pecho y en la espalda, precisamente para que llegue el ardor a la sangre y el escozor posterior les cambie la piel. Para que la pareja tenga otro hijo, para que se aleje el peligro, clamaba ella, al tiempo que se escuchaba el golpe seco de las ramas en los cuerpos. La luz del día llegó y con ella el momento del entierro. Los deudos cargaron el féretro, se dirigieron al cementerio, lo enterraron y allí quedó en la fosa para siempre. Una cruz de madera presidió la tumba, y algún compadecido puso una rama de malva olorosa florecida que rodeó los brazos del madero como una señal que expresaba el deseo de todos por un nuevo reverdecer de la vida. Se retiraron a paso lento, conmovidos por las lágrimas de Tránsito que, apoyada en su madre, alcanzó las puertas del camposanto. Inmediatamente, la curandera volvió a ortigar a padres y padrinos para que adentro dejen el mal aire, y para que el aire **huaco** —aire impregnado de cobre y amoniaco que conforma el halito mortal—, no vuelva a respirar más cerca de un infante.

Volvió el séquito a la casa para alimentarse: colada de maíz con mote, sopa de trigo con fréjol, canelazo, chicha y trago ofrecieron los padrinos a los acompañantes para que se diera continuidad al ritual y para que recobrara la gente las energías perdidas. Había que llegar al tercer día, el cual daría lugar a la última ceremonia: la limpieza de la casa para alejar definitivamente a la intrusa eterna.

Al amanecer del día tercero, se divisó desde el patio la llegada del guitarrero que iba a acompañar el último ceremonial con aires nuevos. Junto a él venía el encargado de la recolección de las plantas sagradas; traía la preciada carga sobre la espalda, porque con ellas se iban a formar escobillas para realizar la limpia de la casa. La madri-

na había contratado, además, un escobero —experto en la barrida ritual—, un flagelador del suelo, un cargador de la basura, cuatro mujeres para que ortiguen a todos los asistentes, un niño para hacer mandados imprevistos y un juez que iba a verificar el orden de los procedimientos.

Con la aquiescencia de la autoridad se desarmó el altar mortuorio y se recogieron las sábanas blancas olor a romero. La madrina las dobló y guardó en un canasto decorado con flores moradas olorosas y motilones negros. Los muchachos retiraron las mesas. Los pétalos de los claveles ya marchitos yacían en el suelo, así como las ramas de laurel que habían rodeado el cuerpo del querido y ahora difunto que ya pudo atravesar el tránsito hacia el más allá índigo. "Taiticu del cielo, yo sé que ha de estar a tu lado, mi longuito, mi hijito, mi José Luis", repetía en la mente Tránsito, la madre anonadada. Lloraba a su lado Mercedes Alba.

El escobero empezó a barrer la vivienda en presencia de todos los participantes que le hacían compañía con velas encendidas para solemnizar el ritual. Escobilló el techo, barrió la pared de barro y bahareque de la choza, barrió el piso, lentamente, paso a paso, para que la respiración se aflojara en los pechos de los que se habían entregado a la tarea de eliminar las fuerzas extrañas. Empujaba la basura el escobero, con la escobilla de las plantas adecuadas, hasta convertirla, poco a poco, en un amontonamiento lóbrego. Allí se concentraban las energías malas. Todos debían situarse alrededor y sacudir los brazos, golpear el piso y, por fin, escupir, sobre el parduzco montón simbólico, la saliva impregnada de muerte. Terminada la tarea, uno de los muchachos del grupo recogió la basura en un costal y luego se encaminó a depositarla en la quebrada más distante. Inmediatamente, tomó a su cargo la faena el flagelador del suelo. Con fuete debía flagelarlo, porque se tragaba la vida. Para que



no vuelva a hacerlo, le decía, y lo azotaba fuertemente, para que se aquiete; para que el monstruoso movimiento de su lomo de tierra repose y duerma sumergido en las entrañas eternales de arcilla, limo y polvo lunar.

En buena parte ya se habían purificado todos, al percibir la frescura del ambiente, pero ahora había que proceder a la limpia de los cuerpos. Las cuatro mujeres prepararon sendos ramos de la hierba quemante del monte y, en turno solemne, cada uno de los y las participantes se acercaba para ser golpeado por la mano fuerte del monte. En los brazos caía el ramalazo, en el pecho y en los pechos, en el abdomen, en las piernas, atrás, en la nuca y en los hombros, en las espaldas y las caderas. En los muslos y tobillos caía el golpe de la ortiga negra; para que Dios Todopoderoso perdone, para que las oraciones se eleven hasta su divina majestad, para que se compadezca y se apiade... Limpios los cuerpos y las almas, limpia la casa, los padrinos la entregaron a los padres; ellos agradecieron con un canasto de "mediano"[3] y luego todos se retiraron.

III

La Viñachi

Mamita y yo llorando, llorando fuimos a recoger a la sobrina que mi hermana murió botando. Corre y corre por los llanos ¡Qué frío! ¡Qué viento ca! Solitas... Solitas, ¡silencio!... Nació ella y la mamá se acabó. Seis semanas tenía cuando fui a traerla. Asisita me entregaron. Abierto estaba el pecho. Puse cabecita en el ***chuquito****. La*

3. Mediano: conjunto de alimentos básicos de la familia india: cuy, gallina, maíz cosido, papas y otros.

boquita pasada de hambre estaba. Una lástima. Se prendió enseguidita del pecho y el corazón se fue aquietando... A la Viñachi la crié yo. Viñachi es sobrina y es hija, porque mamó leche de mis pechos. Rosa, así le puse, es mi propia hija.[4]

El vértigo del recuerdo conmociona su cuerpo y el amor por la hija que le entregó la vida baña de luz su rostro. Sus manos son ricas en expresiones gestuales. Da la impresión que retornan a esos momentos en los que arreglaban las ropitas tibias porque se mueven agenciosas como si aún reposara en su regazo el cuerpo de la niña.

Rosa fue hija de Eloísa Amaguaña y de Miguel Alba, hermano del esposo de Tránsito. Su padre no la reconoció. *¿Por qué niega a esta criatura, Miguel* ?,[5] le había dicho el teniente político, pero él se negó a firmar la paternidad en el Registro Civil. Rosa nació alrededor de 1932, en Pesillo, y pasó a integrar la familia de José Manuel Alba y Tránsito. Para aquel entonces, ya habían nacido Daniel, Mesías y José Luis Alba Amaguaña.

Tuve cuatro hijos con José Manuel Alba, asegura Tránsito. *Dos ca murieron casados, dos ca, tiernitos murieron. Daniel, así se llamó mi primer hijo. Mi hermano con mi cuñada me ayudaron, casi solita estuve. Lloró guagua. Le habían oído viniendo de noche mi mamita y mi papacito. En ese tiempo no había ni carro ni camino; por la montaña arriba caminando. Después vino mi Mesías, mi segundo hijo. Que había sido un arrojo, el tercero y el cuarto, ya ve lo que pasó, me lo negó...*[6]

4. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio 2005.
5. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, abril 2005.
6. Ibid.



Yo andaba una lástima, por quebradas, por ríos. Cargada guaguito y otro tirado de la mano, escondida de los soldados, perseguida siempre. El papá dónde sabría estar. Una noche escondida yo en un socavón, parada sobre agua estaba. El corazón en la boca. Por encima pasaban los soldados. Al fin se fueron ca. Continúa con el relato y comenta: *Algunos se habían ido corridos al cerro para no volver más. Treinta dizque eran. De la montaña bajando habían arrancado el puente. Mi papacito decía que vaya a ver; una tía tan había ido allá. Puente ca limpio se había ido. Ya no querían volver porque los patrones querían coger prisioneros. Así pasó, sufríamos y sufríamos... Iba a Quito, venía de Quito, cogía mensajes y hacía sesión para informar la noticia. Veces tenía que trabajar como racionera. Sementeras de granos habían para cavar más allacito del penal García Moreno. A veces plata no salía con gracia y me daban una ración de granos. Vendía en Quito para comer y juntar el pasaje a Cayambe. Veces se quedaba mamita con mis hijos. Él con una mujer revolcando en el cerro. Cansados de revolcar traen taxos y piñuelas, me dijo una vecina. Él jugando con la* ***huarmi*** *como soltero, después botan adentro entre los sigses, vino a contarme otra vecina. Una noche yo creí que me había dejado la choza botada. Allí dentro han estado durmiendo ambos.*

Chiquitos eran mis hijos todavía cuando marido se fue botando. Yo lo quería y lloraba, llorando vivía. Marido casi me mató pegando. ¿Cuántos mozos habrás encontrado?, decía. *En ese tiempo no conocía lo que es* ***huayno****. Marido seguía pegando, pateando. ¿Por qué tienes miedo? De aconsejar, me aconsejaron las vecinas. Mercedes Cachipuenda, una tarde, me tomó las manos y me dijo: ¿Por qué te dejais pegar así? ¿Qué motivo teneis?* ***Guaguayashca*** *sin provecho. Dale vos también en la cabeza. Entonces yo le dije a la siguiente vez que él me pegó: ¿Sois marido o no sois marido? ¿Soy tu mujer o no soy tu mujer? ¡Me matas o te mato! ¡Carajo! Me pegó, alcé la mano y le di un*

chirlazo en la cara. Dos días de pelea fueron. Si mueres, mueres en mis manos. Si me matas, en tus manos he de morir, le dije yo. Nos golpeamos dos días, sólo descansando para tomar agüita; hinchados los ojos tenía, moretones en el cuerpo tenía. Él me pellizcaba, yo lo pellizcaba, revolcándonos por el suelo. Vino toda la gente de la vecindad. La está matando a mama Tránsito, diciendo. Lo agarraron, lo metieron con llave en un cuarto. Al otro día largó. Se fue acarreando limpio, botando se fue. ¡Misericordia! De eso mi marido, un platito de maíz crudo donde mi comadre haciendo tostar y se ha ido. Se fue con la guanguda. El señor Teniente Político de Cayambe preguntó: yo guambra, nada no le dije. Tres habían nacido después. Una hembra y dos más. Joven era todavía, veinte cinco años tenía cuando marido se fue...

Duro aguanté, porque mamita decía: Así mismo era tu taita bandido, déjale que esté andando por ahí, déjale que esté con mujeres por ahí. ¡Ay, la vida del hombre!... He vivido sola sin marido, afirma. Marido se fue botando. No he cogido un blanco para estar durmiendo. Mamita decía: marido se fue. Si tienes guagua asisita, yo lo he de matar y te he de matar a vos tan... Así me amenazaba; dura era mamita. Después yo era cabecilla, respeto tenían, mucho respeto. En la organización hacía callar, hacía llorar yo. ¿Para qué molestosos pícaros, borrachos? Yo no necesito. Ninguna cosa no he dado falta de joven. Me porté como una madre propia.

De ahí ca, él perdió treinta años, comenta, y un día han estado regresando de Ambugán. Ya cerca de Otavalo ha muerto mi marido. Cerca de sesenta y siete años ya tenía. ¿Cómo así iría a Otavalo yo? Allí me encontré con gente **runa**. *Mi papá dizque era Pesillano, dijo un guambra. ¿Cierto?, le dije yo. Murió cerca de llegar a Otavalo mi papá. ¿Ah sí? contesté. Un runa viejo lo agarró y se lo llevó. ¿Qué estás diciendo guambra pendejo?, le dijo. La hembra dizque ha muerto tan... Quedaron dos hijos y la guanguda.*



Así supe yo que cerca de Otavalo se acabó mi marido. ¿Cómo moriría? ¿Chumando moriría? ¿Peleando moriría...? Esa noche bailando estuve. Espíritu de mi marido voy a mandar al cielo, dije. Rondín tocando, solita cantando. ***Kari, kari, cantayari****. Sí, sí, canta. Solita bailando, solita diciendo:* ***Kari kari canta shun****.* ***Kari kari, baila shun****. ¡Ayayay, qué vida mía!... ¡Que espíritu de mi marido,* ***Taiticu*** *Dios, Mamita Santa, llegue al cielo!...*"[7]

IV

El ritual del adiós

¡Como si se pudiera medir la infinidad de vívidas sensaciones que luego dan lugar a nuevas composiciones de existencia! Al fondo está el sagrado Cayambe, la noche va tragándose las formas y la tierra húmeda ha recibido ya el cuerpo inerme de José Manuel Alba. Tránsito había dicho tantas veces que ya no iba a llorar más por el verdugo, pero ahora volvió a encontrarlo sembrado en las parcelas más íntimas de su cuerpo. Le había dicho mil veces que no volverá a maltratarla. ¡Nunca más! Pero la terquedad de aquellas sustancias de carne y de alma ya lo había perdonado. Y llegó más lejos: rogó a Dios que lo perdonara para toda la eternidad. Ella, que se había portado como una madre propia —que para la espiritualidad indígena significa brote vivo de la **pachamama** en figura de mujer—, fue la sacerdotisa del ritual expresado en una danza primigenia que buscaba articular las fuerzas vivas en paz junto a las de la naturaleza, en un solo ritmo que hablara de una manera equidistante de vivir y de morir.

Mediante un ritmo cuasi guerrero, el cántico ceremonial, en la voz de Tránsito, imprime el compás a la danza que busca la resolu-

7. Ibid.

ción entre los atributos de la vida y de la muerte. ***Kari, kari kantashun. Kari, kari bailashun.*** Cantemos y bailemos sin miedo, con la frente en alto; bailemos con elegancia. No le tememos a la muerte —es solamente una máscara—; aquí estamos mirándonos, frontalmente, en tanto que giramos entregados con los brazos abiertos. Tal es el alma del texto.

Entonces, Tránsito baila en medio de la oscuridad para tejer un hilo de luz entre lo perecedero y lo eterno. Visión plástica de una Quilago de los Andes, mujer que con los brazos abiertos y confiados, los pechos encendidos al viento, se entrega de lo humano a lo divino en un vuelo sagrado. Sola y poseída por la insondable noche, se desgarra. La sostienen los astros.



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Capítulo 7

La izquierda en el Ecuador




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La izquierda en el Ecuador

Al otro lado de la Sierra y bajo el mismo sol, en el año de 1922, se había formado en el puerto principal, Guayaquil, la Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana, la cual rápidamente se constituyó en un movimiento de vanguardia social. Bajo este paraguas, los trabajadores realizaban reuniones para plantear objetivos que incluyeran las demandas de las mayorías, como aumento del salario, respeto a la jornada laboral de ocho horas diarias y otras reivindicaciones. Algunas de estas metas ya habían sido alcanzadas por diversos grupos obreros, pero no servían de mucho las conquistas dada la devaluación de la moneda: el dólar había subido bruscamente de dos a cinco sucres, aproximadamente. En las reuniones convocadas por los obreros y trabajadores no se encontraba unidad en los objetivos. Sin embargo, la efervescencia popular se acrecentaba. Por aquí se aseguraba que el tema del dólar interesaba a los banqueros, por acá se reafirmaba la necesidad de luchar por la economía del pueblo. Además, los diversos barrios ya estaban notificados sobre la marcha que se iba a realizar, mediante una amplia concentración, en la plaza de San Agustín, en el centro de Guayaquil.

En el mismo año, en octubre de 1922, los obreros del ferrocarril presentaron un pliego de peticiones a la empresa relacionado con el aumento del salario. Esta demanda fue satisfecha en gran parte, pero el conflicto dio lugar para que otros sectores elevaran sus protestas tanto en Guayaquil como en otros lugares del país. En pocos días, estas acciones se transformaron en un movimiento soli-



dario que incluía a obreros, artesanos y empleados. El 10 de noviembre de ese año, se vivía un clima de gran agitación social. Muchos comités de acción popular se habían conformado en el puerto: Eloy Alfaro, Acción Monterista, Rosa Luxemburgo —comité de mujeres que participaba activamente haciendo colectas para las familias de los huelguistas, fabricando banderas rojas y otros menesteres—. Las mujeres asistían a las reuniones y acudían a los desfiles sin importarles ser abucheadas por la insulsa actitud de hombres que consideraban impropia su participación.

La manifestación estaba prevista para el 15 de noviembre del año que transcurría y la Federación Regional pedía cuidado y prudencia al pueblo. Sin embargo, ese día, una oleada de gente salió a la calle Nueve de Octubre. La Plaza de San Francisco empezaba a llenarse; por doquier se veían hombres, mujeres recogidas las faldas, muchachos que rondaban alrededor de sus madres blandiendo palos inocentes. En un acto multitudinario, que no pudo ser detenido a pesar de la reserva que guardaron algunos de los dirigentes, el pueblo salió a las calles. Pero el ejército y la policía ya habían recibido la orden de reprimir la manifestación a fuego vivo. Se veían sacar desde los parques las ametralladoras. Filas largas de soldados con sables al hombro se formaban y, de a poco, se escuchaba el rítmico taconeo de botas crueles sobre el pavimento. Sin duda, algunos oficiales y soldados habían manifestado su inconformidad al recibir las órdenes gubernamentales, pues estas implicaban atacar a sangre y fuego a la inerme marea humana, pero, en las altas esferas del Gobierno de Tamayo, se pensaba que reprimir la manifestación con armas de fuego era una manera radical de cortar la expresión de descontento popular. Por tanto, la orden fue inexorable.

De los diversos barrios populares salía la gente y promovía el encuentro: "¡Al centro, al centro! ¡Vamos a hacer roncha al blancaje

ñaño!",[1] decían los moradores de los barrios suburbanos. Pensaban que podían ser reprimidos por sablazos, jamás atacados por sus propios hermanos. De pronto, se escuchó el sonido de las balas. La policía y los soldados se habían organizado para dar encuentro a los manifestantes en las bocacalles. Huir era imposible. Fueron cazados como en una enorme ratonera. Algunos de los manifestantes portaban armas y dispararon para al menos "comerse a unos cuantos".[2] Este heroísmo fustigó aún más la fiereza instintiva de los adiestrados, que se complacían en hacer uso de las armas. Las calles olían a sangre. Algunos corrían ya abrazados por la muerte, a otros se los veía caer como hechuras de espanto —sangrando los ojos—, otros trepaban a los postes. Los soldados esperaban a que alcancen el más alto punto para disparar y mostrar su puntería bajándolos agonizantes. De todas las calles surgían soldados que arrinconaban al pueblo hacia el malecón; lo empujaban hacia atrás, hacia el anchuroso río, hacia el lecho plateado que en las mañanas más bien era luz y en la noche inspiración para el amor guayaquileño, y ahora iba asemejándose a grotesca presunción de agua sanguinolenta. Al anochecer y finalizar la truculenta jornada, las volquetas transportaban cadáveres amontonados para sepultarlos en una fosa común; algunos fueron sepultados medio vivos, medio muertos. A una inmensa cantidad, a bayonetazo macabro, se les abrió el abdomen para extraer las vísceras y de una vez echarlos al río Guayas para que allí se hundan y no refloten, y así, en alguna medida, ocultar la barbarie humana. El número de víctimas fue incontable.

Los uniformados intentaron disimular su crimen de tan dantesca proporción. Fue imposible, porque el puerto de Guayaquil estaba bañado en sangre. Fue imposible, además, ocultar el holocausto y menos aún olvidarlo. En el aniversario, los deudos iban a llorar a sus

1. Gallegos Lara, 1993.
2. Ibid.



víctimas. Para consolarse, aquellos que se acordaban, construían cruces que, instaladas sobre mínimos flotadores y adornadas por hermosas rosas blancas, eran observadas, en rítmico movimiento, por los guayaquileños desde el malecón. Cada año se repetía esta danza macabra y, en los libros, había que citar de manera suscinta este vergonzoso episodio ecuatoriano, porque, así como la FTRE decretó la continuidad del paro general como señal de protesta y duelo por el atropello cometido contra el pueblo inerme, el 15 de noviembre de 1922, el calendario político bautizó al siglo XX como aquel que alumbró las luchas populares en el Ecuador.

Desde las altas esferas, el presidente Tamayo, respecto de la masacre, se expresó así: "sedición extranjerizante y agitación extremista [...] de los impreparados cholos que creen que eso es socialismo".[3] A su vez, Carlos Arroyo del Río, llamado el as de oro del liberalismo, opinó frente a la marcha del 15 de noviembre de 1922: "si la chusma hoy se levantó riendo, mañana se recogerá llorando"[4]. Así mismo, José María Velasco Ibarra subestimó los hechos del mencionado noviembre y sentenció: "no hay tal masacre, lo que hay es unos cuantos ladrones que han asaltado los almacenes para robar"[5]. Los hombres públicos distorsionaron la realidad, respondieron con balas a la solicitud de pan.

En la época comprendida entre 1920 y 1945, el sector trabajador, urbano y agrícola logró integrar al campesinado, así como a la población de la periferia urbana de un solo estrato social. Fue la organización, sin duda, la forma; pero la esencia se conformó en la conciencia de clase que el sector popular había alcanzado. Llamándose asalaria-

3. Icaza, p. 22.
4. Ibid, p. 56.
5. Ibid, p. 57.

dos, explotados, oprimidos o pobres simplemente, en una identidad definida y en capacidad de confrontar su situación con el poder económico del país. "Estamos vinculados por un gran imperativo, el hambre, y no toleraremos que el déspota capitalista quiera pisotear nuestros derechos".[6] Así es como se llamó al paro de la Gran Asamblea de Trabajadores, previsto para el 13 de Noviembre de 1922, en Guayaquil, dos días antes del fatídico 15 de noviembre de aquel año inolvidable.

Sin embargo, la movilización popular se inició en el período liberal, cuando Tomás Briones fundó la Cosmopolita de Cacahueros, en el Puerto principal, y fue, él mismo, el gestor de la Confederación Obrera del Guayas. Apareció posteriormente la Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana, la cual perseguía la abolición de la propiedad privada y la supresión del capital. Después de la masacre de 1922, se dio pie atrás a estas concepciones y, en mayo de 1926, se fundó el Partido Socialista. La revista Antorcha fue su precursora, publicación que ya había proclamado en 1924 que nacía "para prender una hoguera de rebeldía, de reivindicación nacional".[7] Dos años después, en 1926, reunida la Asamblea Nacional Socialista, se proclamó que el Partido nacía para buscar "el gobierno del pueblo, por el pueblo",[8] y afirmó, aún más, un pueblo "armado de pujanza para combatir por los derechos del proletariado".[9] El Partido se fundó con la confluencia de diversos sectores: liberal con inquietud social, socialistas propiamente dichos y comunistas.

Dos fueron los temas que predominaron y dos los líderes que mantuvieron la discusión. El primero fue Juan Manuel Lasso, que abogaba por la "socialización de los medios de producción,

6. Ibid, p. 55.
7. Ibid, p. 63.
8. Ibid, p. 63.
9. Ibid, p. 61.



distribución y cambio debidamente controlados por el Estado socialista en interés de la comunidad".[10] El segundo tema se refirió a la afiliación del naciente partido a la Internacional Comunista, propuesta hecha por el médico Ricardo Paredes, quien se encontraba vinculado al movimiento comunista internacional, el mismo que pretendía importar el modelo ruso a Latinoamérica. En fin, se trabajaba intensamente por extender la revolución internacionalmente. Hacerla desde el campesinado se constituyó en una meta perspicaz.

Las posiciones fueron antagónicas entre las dos fracciones socialistas y la ruptura se profundizó a lo largo de 1930, para ser definitiva en 1931, fecha en la que el inicial Partido Socialista cambió su nombre al de Partido Comunista del Ecuador, reafirmó su compromiso con la Internacional Comunista y se articuló a sus organismos regionales. Por su parte, el Partido Socialista Ecuatoriano se reconstituyó en 1933 y proclamó la reivindicación del pueblo indígena. Desde la base, los socialistas propusieron una reforma agraria que redistribuyera las tierras y las aguas a sus antiguos dueños, los indios, habiendo establecido que el Estado debía dar atención a los problemas de los trabajadores mediante una legislación que reconociera sus derechos y favoreciera su organización.

Más allá de esas declaraciones, el Partido Socialista rechazó la subordinación ideológica a la Internacional Comunista y, por tanto, al objetivo de trasladar la Revolución al resto del mundo. Aunque fue crítico con la institucionalidad democrática del Ecuador, el Partido Socialista no pretendió subvertirla. Por su parte, el sindicalismo campesino de la Sierra luchaba por justicia social y respeto, y en esa perspectiva encuadró su presencia al interior del Partido Comunista.

10. Páez, p. 136.

La movilización del campesinado indígena a favor de su organización y su carácter combativo mantenía en alerta a los organismos públicos. Su participación en las concentraciones del Partido Comunista en Ambato, Riobamba y Guayaquil contribuyó al avance organizativo, pues mantuvo un espíritu de lucha inquebrantable, pese a las represiones y persecuciones constantes. El sindicalismo, además, fue una teoría y una práctica cuya capacidad de discurso y acción logró que fueran expedidas leyes que fomentaran el avance campesino y obrero. Tuvo fuerte presencia a través de sus líderes, los cuales, desde el Congreso Nacional, lograron influir tanto en la promulgación de Leyes como en la conciencia de los gobernantes. El pueblo apareció en el escenario nacional convencido de su lucha a favor de sus aspiraciones. Su presencia representó para el sindicalismo el trayecto hacia la creación de la institucionalidad obrera e indígena en el Ecuador.

II

Las primeras cosechas

La obra lograda por el sindicalismo indígena, gracias al influjo de su actividad inscrita en la acción política global del país, entre 1926 y 1938, dio lugar a un proceso que impulsó el desarrollo de la legislación social y laboral, pues se conformaron bases sociales que sustentaron la expedición de la Ley de Comunas en 1937 y el Código del Trabajo en 1938, durante el gobierno del general Alberto Enríquez Gallo.

Los cuerpos legales expedidos en este régimen fomentaron el aumento considerable de sindicatos campesinos, así como de comunas jurídicas. En esta perspectiva, la organización de base fue, además, una alternativa concreta mediante la que se vieron representados campesinos, indígenas y otros sectores, puesto que permitió la le-

galización de una serie de organizaciones populares, de servidores públicos, de campesinos y de trabajadores. Por su parte, los partidos de izquierda no hicieron mayor caso de las medidas legales y el sindicalismo se constituyó en su afán primordial.

Tránsito Amaguaña se destacaba ya como una cabecilla enérgica. En su mente, la necesidad de justicia era urgente, y entendía que el Partido Comunista era el medio adecuado para la consecución de dicho fin. Siempre estuvo en contacto con los dirigentes y actuaba como interlocutora entre ellos y el Sindicato Indígena de Cayambe. Simultáneamente, el Dr. Ricardo Paredes se había constituido en un referente fundamental, pues atendía los intereses indígenas en las instancias públicas. Más allá de dicha gestión, él había contribuido a cimentar una conciencia de clase en el campesinado y a reafirmar el sentido positivo y justo de la lucha indígena.



A lo largo de la década, el temor al comunismo marcaba la gestión pública. Los medios de comunicación habían patentado una caracterización por demás pobre de la identidad de los indios y los partidos políticos de izquierda se constituyeron en el seno por antonomasia de sus aspiraciones. Más que eso, vislumbraban el poder en manos de un proletariado imaginado por ellos mismos, porque la base de la lucha indígena no descansaba en la búsqueda del poder, ni pretendía subvertir el orden establecido, sino que se basaba en la necesidad de verse tratados de manera más digna y equitativa. Por lo general, la respuesta desde los diversos estamentos sociales y estatales fue la violencia tradicionalmente ejercida en contra de los indios. Sin embargo, hay que destacar que fue tan importante la movilización indígena que tanto la conciencia pública como la social sintieron que tambaleaba el equilibrio estructural del poder y la nación.

El resultado concreto del esfuerzo realizado en las primeras décadas del siglo XX —en el que, juntos, indígenas y campesinos alzaron su voz para reclamar por reivindicaciones afines—, fue cimentar la pauta que daría lugar al proceso de modernización de la sociedad ecuatoriana. El resultado tiene que ver, evidentemente, con objetivos clasistas. En el tema relativo a la estructura de la nación, décadas más tarde la organización india tomaría su propia contextura, etnicista, al plantearse una re–conceptualización de la nación ecuatoriana en base a su concepción sobre las nacionalidades indígenas.

III

Militante comunista

Me afilié al partido comunista por hambre y por maltrato,[11] dice Tránsito, y en ese ámbito desarrolló un modelo particular de liderato fe-

11. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo de 2005.



menino. Tuvo instalada su vivienda en La Chimba, pero su actividad política fue intensa y la repartió entre el campo y la ciudad. Se la encontraba presente en las reuniones del Partido Comunista en Quito, frecuentemente, y siempre lista para movilizar, mediante asambleas, al pueblo indígena de Cayambe. Debía sustentar su vida cotidiana: en su tierra iba a **chugchir**, como lo hizo siempre, en el tiempo de cosechas. En la capital se dedicaba a la siembra, con azadón y barra, en los campos adyacentes a Quito como los que se encontraban a un lado del Penal García Moreno. Estaba presente en todas las faenas del ciclo agrícola: siembra, desnave y cosecha. Recogía una milla de granos por su trabajo diario; al atardecer, cargada de hierba y leña, retornaba a la Casa del Obrero. Vendía la ración obtenida para viajar a Cayambe y alimentar a sus hijos, aunque ya eran crecidos y trabajaban como aparceros; sin embargo, iba la madre a vigilar y contribuir. Y, aparentemente, desarrolló esta práctica porque, además de haber sido una interlocutora entre la ciudad y el campo, ella fue perseguida constantemente por la Policía de Cayambe a instancias de los arrendatarios y del propio Gobierno.

Los padres de Tránsito vivían en Olmedo y, en ese tiempo, Rosa vivía con sus abuelos. Mercedes Alba sentía un profundo cariño por su nieta. "Ella me hizo criar. Yo daba sabanitas y pañales; el seno no más es rogado para que le haga criar",[12] había comentado Mercedes Alba. Ellos no disponían de tierra y vivían de raciones que cualquier familia les daba a cambio de mandados puntuales.

"Vivíamos en Olmedo, pidiendo, acomodándonos, ayudando, comidiendo, ganando ración. No teníamos terreno propio",[13] asegura Rosa.

12. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, la Chimba, junio de 2005.
13. Ibid.

Tránsito formó pareja con Manuel Túquerres. Junto a él y sus hijos fue a vivir en la hacienda La Chimba. Más tarde, ella edificó una choza para sus padres en el mismo huasipungo, pues Vicente Amaguaña mostraba un delicado estado de salud. "Mamita Tránsito nos recogió, una lástima...",[14] asegura Rosa.

Aunque bastante larga fue la unión entre Tránsito y Manuel Túquerres, no resultó del todo satisfactoria; los hijos de ella fueron indiferentes a la presencia de un hombre que en nada contribuyó como integrante de la familia. Su carácter era poco amable y los problemas se sucedían unos a otros. Mercedes Alba sufría por sus nietos, especialmente, por Rosa, porque la presencia de un hombre desagradable se constituía en una amenaza para ella. Había crecido, se insinuaban sus formas de mujer, se notaba que la mirada lasciva del hombre caía en su cuerpo. Inmediatamente, la abuela buscó ayuda en el hogar de Angélica Chulca, su hermana, que vivía en Turucucho, donde creció, relata Tránsito. Poco tiempo después, Túquerres la abandonó y se casó con una mujer blanca de Ayora, recuerda. Emprendieron un nuevo camino. Cada miembro de la familia hizo un atado con sus trapos y se lo echó a la espalda. Desde La Chimba, situada a tres mil metros de altura, más o menos, decidieron que la única alternativa viable era ascender aún más, hacia el solitario y helado pajonal donde libremente podían armar un techo. Se instalaron en Cerro Blanco, el que debe su nombre a las ventiscas nevadas que caen del cielo. Sin embargo, los indios no podían quedarse a sus anchas para delimitar un territorio fuera de los límites de la hacienda, en el páramo. Pronto fueron localizados por el mayoral y obligados a prestar su concurso en el monte, porque cerca de allí, en un llano, estaba localizado el Cuentadero. Allá llevaban el ganado, el rebaño de corderos, los caba-

14. Ibid.



llos, se procedía a realizar el conteo y, además, con hierro candente, se fijaba en los muslos de los animales la marca del patrón.

Como yo era solita, cogí un hombre, relata Tránsito. *Se llamaba Manuel Túquerres. Él era chimbano y por eso fui a vivir a La Chimba. Mis guaguas cogieron huasipungo. Él, malo me resultó. Se fue botando, dejó a mis guaguas y se fue a casar con una blanca en Ayora. Hablador era. Mis guaguas ya grandes no hicieron caso. Mandé a mi hija Rosa a Turucucho a acabar de criar. No era bueno que esté con nosotros en estos tiempos. De ahí ca nos fuimos a la parte alta del cerro, a Cuentadero. Así se llamaba ese llano, porque allí se taladraba a los animales, sea ganado o caballares; se les ponía con un fierro ardiendo la marca del patrón. Por miles bajaban los animales al cercado, y a nosotros también nos hacían bajar a punte fuete formando huachos, huachos de gente. Sudando bajábamos para que no nos alcance el látigo. Pero yo seguía en la lucha…*"[15]

La adolescencia de Rosa se deslizó serena, al lado de su tía Angélica Chulca, en la comunidad india de Turucucho. En el transcurso de esos años poco o nada se vio con su madre adoptiva y, al llegar a la edad de veinte años, se casó con uno de sus parientes.

"En Turucucho encontré matrimonio", dice Rosa. "Me casé de veinte años con Toribio Chulca y tuvimos un varón y dos hembritas. Él era aguatero, limpiaba la acequia de la hacienda. Un día salió a trabajar y ya no regresó; tanto buscar, tanto averiguar encontramos", recuerda Rosa. "Autopsia le hicieron. Doctorcito: ¿Qué ha tenido mi compañero? ¿Por qué se va así botando?, le pregunté. Ha sido muy chapista me dijo el doctor. Duro tomaba. Había caído en la acequia, como desaguado chochos estaba el cuerpo. Vecinos acompañaron. Una nochecita no más amanecimos velando. Me quedé viuda de treinta años. Jovencito se

15. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo de 2005.



fue botando; el hijo fue siguiendo. De doce años murió. Cayó enfermo y no avanzamos a curar: hospitales, médico, remedios y nada; al fin murió. Se llamó César Julio Chulca Amaguaña".[16]

"He criado sola y sola he andado", dice Rosa. "Sola con animales por los potreros. Breve, breve, criaron las hembras y terreno que quedó de marido se repartieron. Vivo apegada conforme he vivido siempre... No puedo saber cuántos años tengo, no avancé a la escuela. Como un perrito no más soy criada. Vivir por vivir, andar por andar. Nada acuerdo, nada he tenido..."[17]

La voz de Rosa impresiona porque suena a flauta natural. Brotan las palabras desde los registros cóncavos de su garganta a través de sonidos melancólicos que, más que confidencias, son quejas antiguas, lastimeras, de aquellas que quisieran ser lloradas, de aquellas que quisieran ser consoladas por la mano amiga. Sola y solitaria medía potreros —estos sin frontera y ella sin memoria—, y pastaba animales para encontrar un sustento que ni siquiera alimentaba el recuerdo. Vivía cerca de su suegra, quien no le permitía estrechar la relación con Tránsito Amaguaña por considerarla demasiado enérgica, "politiquera, pobre",[18] y sin capacidad de aportar a los suyos.

16. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Rosa Amaguaña, La Chimba, junio de 2005.
17. Ibid.
18. Ibid.



La familia de Tránsito, entonces, estuvo integrada por sus padres y sus hijos. Mercedes Alba, que para esta fecha rondaba los sesenta y cuatro años de edad, se desempeñaba en las mismas labores que su hija, junto a otras mujeres que participaban en la política de la ciudad. No solamente viajaban a la capital para enfrentar las gestiones relacionadas con el pago de la deuda que tenían los arrendatarios de las haciendas de Cayambe debido a la destrucción de las casas, sino que al mismo tiempo, la actividad del Partido Comunista requería de su presencia. La Casa del Obrero acogía a las provincianas constantemente. Los líderes, como Ricardo Paredes y Luis F. Chávez, asumieron la responsabilidad sobre la seguridad de las campesinas. *En la noche venían a rodear y preguntaban: ¿Dónde está la Tránsito*? [19] En realidad, su vida no reprodujo el modelo de las mujeres indígenas del campo. No estuvo preocupada por acumular los granos que le ofrecerían subsistencia de cosecha a cosecha, ni tampoco lo estuvo para criar animales domésticos. No podía. El tiempo le faltaba. Tampoco le preocupaba su apariencia personal —una sola mudada le bastaba; prescindía de zarcillos, manillas y gargantillas, que eran parte fundamental del atuendo y de la vanidad de las mujeres indias. Concientemente renunció al arte de lucir, pues temía que la acusaran de recibir *agrados: ni de los patrones ni de nadie podía yo aceptar*, afirma. *Tenía recelo, mucho recelo...*[20] Las habladurías hacían parte de la resistencia no solo de los enemigos, sino de los indios que no plegaban a la lucha del campesinado agrario. *Por hambre dizque está andando...*,[21] era un comentario que, al ser escuchado, le dolía. Pero se abstenía de pensar en sí misma, porque su entrega a la causa apenas le daba tiempo para preocuparse por deseos propios. Su propio deseo era alcanzar la justicia, ilusión tan largamente construida en una conciencia adelantada. Su identidad como cabecilla y su presencia en la acción del Partido colmaban sus esfuerzos.

19. Ibid.
20. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo de 2002.
21. Ibid.

Los cabecillas que iniciaron la movilización indígena, en su mayoría, se desempeñaban en el campo, a excepción de Jesús Gualavisí y Dolores Cacuango, quienes, además, estuvieron pendientes de la gestión en el escenario público. Tránsito Amaguaña perteneció a una segunda generación. Mercedes Alba, su madre, fue quien la inició en la actividad política, al igual que a muchos de los jóvenes, hombres y mujeres indígenas. En las asambleas siempre estaba presente la familia y la acción conspirativa se realizaba al amparo de la fiesta: flautas, guitarras, cencerros y rondadores acompañaban el discurso reivindicativo. La conciencia atrajo a la cultura para conformar la unidad social. *San Juan viene para traer gusto y gloria*,[22] dice la copla con la que se inicia la danza en las festividades únicas; parecía que San Juan llegaba, igualmente, para traer justicia. El baile y la conspiración se hicieron un cuerpo para movilizar las energías de los indios, si se quiere hablar en términos de ritual.

La actividad de Tránsito Amaguaña a partir de 1931, así como su capacidad de hacer política, tomaba relevancia a nivel nacional. Se ganó el rol de interlocutora con los dirigentes comunistas dada su presencia en gran número de reuniones en la capital, en otras ciudades y en asambleas en el campo. Estuvo pendiente de las gestiones frente a la Junta de Asistencia Pública, en el afán de reclamar mejores días. A menudo permanecía en la Casa del Obrero y daba cuenta de la acción proselitista que se llevaba adelante en el contexto amplio de la acción partidaria. En el pueblo, el grupo de líderes de la segunda generación —Neptalí Ulcuango, hijo del dirigente del mismo nombre, Ignacio y Lino Alba, hijos de Mercedes Cachipuenda, Miguel Albamocho, hijo de Juan Albamocho, y Miguel Lechón, hijo de Segundo Lechón— se consolidaba, gracias al influjo de los mayores y a la influencia del proceso político desencadenado en sus pueblos a partir del atropello que sufriera la comunidad india desde la acción gubernamental.

22. Ibid.



No fueron los padres solamente los que guiaron su acción, excepto en el caso de Tránsito Amaguaña, cuya madre permanentemente la estimuló hacia la educación y la defensa de la libertad de los indios. En la comprensión de Mercedes Alba y de Tránsito, los indígenas debían ser liberados del yugo del amo blanco. Algunos, como Neptalí Ulcuango, sostenían que "los padres no trasmitieron la obligatoriedad, sino que fue la conciencia de cada cual".[23] La huella de la represión que sufrieron en 1930 fue la que marcó el porvenir de la segunda generación y, aunque los padres consideraron que el sindicalismo y la militancia comunista representaban una posición peligrosa para sus hijos y se oponían a que ellos la continuaran, la nueva generación construyó nuevos procedimientos políticos y su discurso fue mejor elaborado en términos de propuesta.

IV

En la comunidad

En otro escenario, y a inicios de la década de los cuarenta, la población indígena que no hacía parte del sindicalismo dejaba notar que percibía, quizá, el influjo del sector indígena entregado a la militancia partidaria. Al amparo de la Ley de Comunas, su capacidad organizativa apareció frontalmente, así como la comprensión de su propia institucionalidad a partir de la defensa de derechos fundamentados en su organización tradicional. Recuperaron sus nociones sobre los ***ayllus***, y la comuna se revitalizó en el marco de la organización social autóctona. Integradas por la familia nuclear, la familia ampliada y los diversos niveles de parentesco, las comunidades rescataron formas de gobierno y administración sobre una base de reciprocidad. Así se resolvían internamente los problemas planteados por los comuneros. "El Cabildo,

23. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Neptalí Ulcuango, p. 245.

su ente ejecutivo, promovía la gobernabilidad equitativa y justa, de tal manera que hombres, mujeres y familias tenían la oportunidad de presentar sus demandas y defender sus derechos sobre preceptos de justicia y protección. El Cabildo se constituyó, además, en el organismo interlocutor entre el pueblo indio y el Estado".[24]

La organización andina ha impreso en la comprensión social indígena, un sentido de independencia étnica. En febrero de 1940, por ejemplo, los indígenas pertenecientes a la comunidad de Cotacachi resolvieron reorganizar su propio cabildo con el objeto de defender sus tierras y oponerse a un posible embargo. Se les había anunciado, desde el poder público, la obligación de pagar impuestos establecidos por las leyes del país, pero ellos desconocieron esta obligatoriedad y expresaron que las tierras eran de ellos, que no tenían por qué pagar nada a nadie, y que no iban a pagar ahora, porque esas tierras eran sus herencias. "El Estado, por su parte, determinó que el teniente político, acompañado por un piquete del cuartel de carabineros, debía obligar a los indígenas a que cumplieran la ley".[25]

Igualmente, indígenas de Chimborazo se presentaron en Quito con el objeto de oponerse a la inscripción de sus propiedades en los catastros municipales, medida que les obligaría a pagar impuestos. Aseguraron que la medida era injusta, porque sus pequeños lotes de terreno apenas producían "alguna cosita".[26] Así mismo, diversas comisiones, integradas por hombres y mujeres, se presentaron una y otra vez y anotaron que sus propiedades tenían poco valor. Al lado de expresiones pacíficas, en cuyo diálogo podía apreciarse la postura indígena, surgían manifestaciones agresivas en clara defensa de su identidad y formas de conducirse socialmente.

24. Miño, 2000, p. 37.
25. Diario *El Comercio*, Quito, abril de 1940.
26. Ibid.



En la Comuna Simiatug, provincia de Bolívar, por ejemplo, los indígenas se rebelaron contra las autoridades oponiéndose a nuevas leyes y a la justicia impartida desde los organismos del Estado. Conformaron su cabildo y, lejos de buscar la armonía con las autoridades locales, presentaban, frecuentemente, oposición a las medidas públicas. En esta década, el tema de impuestos y catastros fue el motivo de reacciones agresivas, pues el temor al embargo de sus pequeños predios les causaba zozobra. En enormes grupos, los indígenas atacaban a alguaciles y funcionarios de gobierno. En el caso de Simiatug, el Alguacil del cantón y sus acompañantes fueron sorpresivamente asaltados por cien y más indios de una comunidad, encabezada por sus jefes.

"Maltrataron al Alguacil, quien salió con fuertes contusiones, desarmaron al carabinero y otros miembros de la comisión de cobro de impuestos tuvieron que huir. Un teniente logró apresar a tres de los insurrectos".[27]

Otro episodio violento surgió cuando sangrientos sucesos se produjeron en Pilacoto, una parroquia de Guaytacama, ubicada en la provincia de Cotopaxi, en la Sierra central del Ecuador. Grupos de indígenas atacaron al teniente político y a un piquete de carabineros, porque el Congreso Nacional, de acuerdo con el representante legislativo de Cotopaxi y el comité cantonizador, procedió a declarar cantón a Saquisilí, sin contar con la opinión indígena, en 1940.

La "cuestión indígena", tal como empezaron a llamar a la presencia india en el escenario nacional desde los medios de comunicación, había logrado suscitar el interés de la opinión pública. Ya no se veía su acción como la de un grupo revoltoso instigado por agitadores. El pensamiento social frente al tema inició una comprensión más

27. Ibid.

amplia y realista. "Nos encontramos frente a un tema que toca las entrañas de la nacionalidad", afirmó un agudo comentarista. "Este es el problema más complejo de la patria", opinó, "puesto que su solución, exige el concurso de todas las fuerzas sociales del país".[28] La base filosófica para la formulación de una política pública empezó a brotar desde la reflexión ciudadana a partir de la comprensión nacional del problema. Muchas opiniones estimaban que solamente la educación sería capaz de proporcionar a los indígenas la solución a sus problemas sociales y económicos. Surgió, además, la idea de la seguridad social para el indio.



28. Ibid.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Capítulo 8

Hacia La Gloriosa



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

Hacia La Gloriosa

Corría el año de 1941 y el prestigio del gobierno de Arroyo del Río había decaído definitivamente. Se afirmaba en todas partes, especialmente en Guayaquil, que el Presidente era el abogado de empresas extranjeras y, en tal virtud, seguía la política que éstas formulaban. "En las paredes del puerto, pintadas con tiza, se veían las dos letras VV, que significaban ¡Viva Velasco!"[1] Las acusaciones al Presidente de la República conllevaban un mensaje muy grave, porque la Segunda Guerra Mundial asolaba Europa. El eje conformado por Italia, Alemania y Japón, representantes del fascismo, se batía frente a la propuesta democrática de los Aliados: Estados Unidos, Rusia y Francia. Las consecuencias derivadas de ella iban a recaer en todas las naciones del mundo y el Ecuador sentía claramente sus efectos: el comercio exterior con los países europeos iba a llegar a su fin y se avizoraba nítidamente la subordinación del país a los mercados de Norteamérica en lo que a comercio exterior se refiere.

En esa perspectiva, la misión de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), en el afán de fomentar garantías para el sector obrero y campesino de estos países, desplegó actividades de sustantiva diplomacia. Precisamente, la presencia de Vicente Lombardo Toledano, Presidente de la CTAL, quien visitó el país en

1. Diario *El Comercio*, Quito, 15 de septiembre de 2005.



1942 y representó un estímulo de alto voltaje político para la organización popular.

Lombardo Toledano encontró que el pueblo ecuatoriano, sumido en un estado de postración moral a raíz de la guerra con el Perú y el Tratado de Río de Janeiro, veía su presencia como un signo de esperanza para las clases obreras. "En Ecuador, mi peregrinación fue un viaje a través del río inagotable e ininterrumpido del pueblo", había afirmado. "Danos tierra, compañero Lombardo", habían gritado los campesinos. "¡Queremos Libertad!", vociferaron algunos. "¡Ayúdanos!",[2] habían dicho otros. Efectivamente, Dolores Cacuango, en la zona de Cayambe, organizó la recepción al líder latinoamericano. Para ese entonces, el sector ya había consolidado la organización popular a través del sindicalismo indígena. Lombardo Toledano respondió a la demanda popular y fijó para marzo de 1943 la fecha en la que iba a realizarse el Congreso de Trabajadores. Ante tal perspectiva, la Iglesia, junto a la CEDOC, quienes tildaron al dirigente latinoamericano de comunista, exigió al gobierno de Arroyo su expulsión del país. Arroyo del Río emitió un decreto mediante el cual prohibió toda futura reunión obrera, además de desencadenar la persecución al movimiento popular mediante acciones violentas que incluso fueron dirigidas contra conservadores opuestos al régimen. En realidad, Lombardo Toledano, movilizaba a los trabajadores de América Latina hacia la búsqueda de formas sociales, políticas y económicas que les ofrecieran alguna estabilidad, toda vez que los efectos de la Segunda Guerra Mundial iban a repercutir significativamente en el sector popular.

En el escenario de la política nacional, José María Velasco Ibarra, considerado el político de mayor prestigio en el país, hombre cabal, recto, antiimperialista, según el criterio de algunos sectores po-

2. Páez, p. 147.

líticos, aparecía ya como el próximo mandatario. En el Ecuador se conspiraba contra el Gobierno de Arroyo del Río, y el movimiento sindical de base preparó prolijamente el trayecto político. Nacía, además, el populismo velasquista. Se tejían las alianzas entre los más disímiles sectores en los que se insertaban, incluso, militares contrarios al régimen. "La fracción velasquista no cesa en ningún instante de alborotar el avispero y se encuentra conspirando activamente...",[3] notificaba la prensa. Se formó el Frente Popular del Ecuador, desde el cual se convocó, casi en un llamamiento cívico, a todos los ciudadanos: "¡Todos los hombres libres del país tienen su puesto en el Frente Popular", decía un comunicado. "Liberales y demócratas, socialistas y comunistas, anarquistas y sin partido, organizados y no organizados, católicos y protestantes, evangelistas, masones y ateos. Sin diferencias políticas ni religiosas, de nacionalidad ni clase, de profesión ni oficio, venid a ocuparlo!"[4]

El Gobierno seguía la pista a conspiradores que, según informes oficiales, habían tratado de subvertir el orden constituido en el país. Las noticias proliferaban a través de los medios de comunicación en esos días:

"'Se ordenó levantar sumario para desvanecer cualquier intento de revuelta', se dice en los pasillos del Ministerio de Gobierno [...] Se asegura que algunos elementos de izquierda se hallan implicados en el movimiento; se está siguiendo los pasos a los principales conspiradores para detenerlos, por lo que no sería raro que pronto veamos una nueva lista de confinados al exilio".[5]

3. Diario *El Comercio*, Quito 5 de julio de 1944.
4. Páez, p. 145.
5. Diario *El Comercio*, Quito, 5 de julio de 1944.



II

El triunfo

Hicimos de a buenas socialistas y comunistas, comenta Tránsito. *Estuvimos trabajando primero en Pichincha, con machete, azadón y barra. ¡Carajo! Los soldados, ¡cómo buscaban! Soldados montados a caballo, ¡cómo correteaban! Mis compañeras decían, mamita decía, yo decía: hasta que llegue el día de la justicia. Me encontró el Dr. José María Velasco Ibarra que venía montado a caballo con veintiocho jinetes. Nosotros somos parte de ustedes, me dijo. Apoyábamos a Doctor José María Velasco Ibarra porque él quería a toda la gente: blancos, indios, pobres, ricos. En Casa Obrera hacía cocinar ollas grandes. ¡Al que pase, que le den!, ordenaba. A los señores también les daban. Linda comida, bonita comida hacían.*[6]

La insurrección armada que concluyó el 28 de mayo de 1944, fue conocida como "La Gloriosa". El pueblo del Ecuador, aglutinado en un solo frente nacional llamado Alianza Democrática Ecuatoriana, derrocó al Gobierno de Carlos Arroyo del Río. Diversas fueron las causas que llevaron al país a la insurrección. Consideraban al Gobierno opuesto a los intereses populares, ya que la fluctuación del capitalismo internacional, al que apoyó su Gobierno, dio lugar a que el flujo de exportaciones disminuyera y el empobrecimiento general no encontrara derroteros. En 1941 se desmembró el territorio nacional, una vez firmado el Protocolo de Río de Janeiro, y el espíritu patrio, profundamente afectado, no encontraba sustento social y político para enfrentar la grave crisis económica y moral en la que se hallaba sumido el país. Además, el Gobierno de Arroyo fue inca-

6. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo 2005.

paz de controlar un capitalismo centralizado en dos frentes: la banca y el poder terrateniente, poder frente al que la inmensa población ecuatoriana —integrada por trabajadores urbano marginales en la Costa que, venidos del campo, buscaban acomodo en la empresa exportadora de Guayaquil, artesanos y obreros de los polos más importantes de desarrollo, la capital y el puerto, campesinos ubicados en las haciendas del litoral o campesinos arrimados al aparcero en la serranía, prestamistas de servicios agrarios, pueblo indígena de la Sierra, debatiéndose en la miseria—, aparecía como una marea humana sin asidero social y fuera del interés del Gobierno.

Sin capacidad de solucionar la crisis económica, política y territorial de un país identificado en la diversidad étnica, de estratificación social compleja, ausente del oficio y la técnica, en gran medida analfabeto, debatiéndose en las morbilidades, dada la insalubridad del medio y la transmisión de enfermedades contagiosas y con alto índice de mortalidad, el Presidente Arroyo del Río tuvo que enfrentar una sublevación de casi todo el Ecuador en su contra, porque, aunque en 1943 las exportaciones se habían recuperado significativamente, el rechazo al régimen fue incontrolable. En mayo de 1944, con la toma del Cuartel de Carabineros de Guayaquil, el Gobierno cayó en medio de una efervescencia popular aglutinada en la Alianza Democrática Ecuatoriana, la cual colocó en la Presidencia de la República a José María Velasco Ibarra.

Desde sus propios espacios, la izquierda ecuatoriana —bajo la conducción de los Partidos Socialista y Comunista—, había logrado un gran avance organizativo. Por eso no fue improvisada la movilización popular; más bien fue minuciosamente preparada desde 1942, lo cual contribuyó notablemente para que dichas organizaciones pudieran soportar los embates de la persecución gubernamental y para que, más tarde, se constituyeran en uno de los pilares de la insurrección que coadyuvó eficazmente a la caída de Arroyo del Río.



Toda vez que a nivel mundial se promovía la alianza multi–clasista con el afán de derrotar al fascismo internacional y promover la victoria de los Aliados, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, y que, en el ámbito de la política nacional, se veía a José María Velasco Ibarra como el líder que resumía las condiciones para conducir al Ecuador y sacarlo de un estado de postración, la izquierda comprometió, entonces, el apoyo a su candidatura a cambio de consolidar su institucionalidad a través de la conformación de la Confederación de Trabajadores del Ecuador. En el contexto de su participación política, Nela Martínez, de amplia trayectoria comunista, comandó al grupo de mujeres que se tomó el Palacio de Gobierno el día de "La Gloriosa" y estuvo encargada del poder hasta la llegada de José María Velasco Ibarra (mayo–junio del 44). El mismo día, el 28 de mayo de 1944, algunos documentos rescatan la toma del Cuartel de Carabineros de Cayambe, liderada por Dolores Cacuango.[7]

La presencia del sector indio para llevar a la presidencia al Dr. José M. Velasco Ibarra, en el seno de la Alianza Democrática Ecuatoriana, representó un gran paso en el quehacer político de los hombres y las mujeres indígenas. Ellos, que siempre estuvieron al margen de la vida pública, adquirieron identidad ciudadana y se sumaron por primera vez a un Proyecto Nacional.

Estábamos reunidos en la casa del obrero, dice Tránsito Amaguaña. *A los indígenas nos hicieron poner la ropa de indios. El verdugo se ha ido, gritaron los soldados. Enseguidita nos pusimos a bailar. Maqui chaqui, maqui chaqui*, dice, y sus manos tamborilean el recuerdo. *Fuimos a Palacio de la mano del Presidente. Solamente las mujeres: difunta mama Dolores Cacuango, Mercedes Cachipuendo, Mercedes Alba, Dolores Quilo, Angelita Andrango y yo. Con*

7. Rodas, s.f.

banda fuimos. El servicio en Palacio es de cuatro años. Casimiro Otavalo, Juan Albamocho, y otros ya vinieron después. Dejamos a José María Velasco Ibarra en la Presidencia de la República.[8]

III

La Confederación de Trabajadores del Ecuador

El 4 de julio de 1944, a un mes y una semana de haber llevado al poder a José María Velasco Ibarra mediante el triunfo de "La Gloriosa", la Unión Sindical de Pichincha organizó un programa que dio lugar a la celebración del Congreso de Trabajadores del Ecuador en la ciudad de Quito. Más o menos veinte mil personas, en magnífico desfile, se presentaron por las calles. Era tal el ambiente de triunfo, que se declaró fiesta cívica local. Dependencias públicas y privadas cancelaron sus actividades para que todos los obreros pudieran dar la bienvenida a las delegaciones que, de todo el país, acudían a la reunión cuyo objetivo era conformar La Confederación de Trabajadores del Ecuador y apoyar un sólido proceso de reconstrucción nacional.

En medio del fervor patriótico, se abría el programa con un apoteósico desfile. Masas compactas de trabajadores, obreros, campesinos e indígenas que portaban cartelones que aludían al sentido del congreso y a los objetivos propuestos en beneficio de las clases trabajadoras dieron vivas al Presidente de la República y saludaron a un Ecuador nuevo y democrático. Las delegaciones de varias comunidades indígenas de la Sierra ecuatoriana provocaron la emoción del mandatario y de los asistentes, quienes los aplaudieron vigorosamen-

8. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo 2005.



te, al mismo tiempo que ellos devolvieron sus proclamas a favor del avance social de las clases populares.

Momentos emocionantes vivía la ciudad. Desfile multitudinario y fanfarria inundaban a Quito. Incluso arribó, a la terminal del sur de la ciudad, un tren en el que viajaban delegados al congreso y en cuya parte frontal se veía desplegado el emblema nacional custodiado por la bandera roja, símbolo de las clases proletarias. Subió la emoción a tal punto que, desde las ventanillas de los autos, la gente hacía la V de victoria a la unidad nacional y a la clase trabajadora. La Banda del Batallón Vencedores, acantonada en esta plaza, entonó aires marciales en el momento en que arribaban los delegados obreros de las distintas provincias del país.

Las delegaciones de comunidades indígenas de las provincias de Imbabura, Pichincha, Cotopaxi y Chimborazo expresaron, a través de la radio y la prensa, la emoción que les causaba intervenir por primera vez en una reunión nacional de trabajadores y manifestaron públicamente sus aspiraciones. Al mismo tiempo, extendieron su invitación a todos los trabajadores —Costa y Sierra— a la reunión de cabecillas indígenas a realizarse, esa misma noche, en el Salón Deportivo de la Plaza Arenas de Quito. El nuevo Presidente de la República, Ministros de Estado y varios líderes del sindicalismo nacional aplaudieron la presencia india, la cual demostraba, según opiniones vertidas en aquellos momentos, un esfuerzo por integrarse a la vida nacional. Curiosamente, algunos políticos opinaron, ante los medios de comunicación, que "al fin los indios se preocupan por su adelanto social; ya han aprendido a expresarse en español y van perdiendo el miedo a hablar en público".[9] De hecho, Dolores Cacuango, quien se presentó en el escenario del Teatro Sucre, fue largamente ovacionada.

9. Diario *El Comercio*, Quito, 6 de julio de 1944.

IV

El fervor patrio

El miércoles 5 de julio del año 1944, "un enorme público llenó todas las dependencias de la Plaza Arenas y el Ministro de Previsión Social, Don Alfonso Calderón, pronunció el discurso de inauguración en el que solicitó el apoyo a todos los ecuatorianos para la tarea de Reconstrucción Nacional". Diversos oradores se presentaron y el contexto ofrecía un importante sentimiento de adhesión a los héroes de la Segunda Guerra Mundial. Se notaba gran fervor político como resultado de la victoria de los Aliados. Se ofreció un saludo a las Naciones Unidas por considerarse que participó activamente, en el mundo entero, para promover el triunfo de los principios democráticos. Por su parte, el delegado por la Provincia de Cotopaxi presentó un efusivo saludo a la Unión Soviética:

"Porque la marcha del Ejército Rojo hacia Berlín", dijo, "coincide con la marcha del Ecuador hacia la conquista de su propio destino; porque el Ejército Rojo es un vigía de las conquistas mundiales y su marcha coincide con la del Ejército Ecuatoriano que salvó al Ecuador..." "Trabajadores, dijo, sostengamos este triunfo a sangre y fuego para que siempre triunfe el pueblo ecuatoriano".[10]

Se procedió a elegir un Directorio para conformar la Confederación de Trabajadores del Ecuador y, por unanimidad, se eligió a Pedro Saad Herrería como Presidente y al Dr. Juan Isaac Lovato como Vicepresidente. Dolores Cacuango, representante de las comunidades indígenas, tomó la palabra en el escenario del Teatro Sucre y destacó la capacidad de Saad Herrería en la arena del liderazgo político,

10. Ibid.



al mismo tiempo que dio su voto, a favor de su elección para Presidente, por su irrestricto compromiso con las clases trabajadoras. Tuvo frases de elogio para el Presidente de la República y aseguró que los trabajadores y los indios habían de triunfar con la propia sangre de los indios del Ecuador.

El pensamiento de Pedro Saad, expresado en la sesión inaugural del Congreso de Trabajadores del Ecuador, resumía el pensamiento político de un momento histórico en el que apareció el triunfo del pueblo. Saad fue muy cuidadoso al afirmar que este triunfo no significaba que sobrevendría la revolución social.

> "Un pueblo que fue capaz de batirse con armas para derrocar el totalitarismo de Arroyo del Río, pero, al mismo tiempo, un pueblo que fundamentaba su soberanía en la Paz y la Democracia [...] No es un Congreso de Revolución Social, es un Congreso de Reconstrucción Nacional sobre una base de unidad y patriotismo", aseguró. "No queremos un Congreso de trabajadores comunistas y socialistas; tampoco queremos un congreso de liberales y conservadores. Queremos un congreso de todos los trabajadores del Ecuador y, por eso, hemos traído a todos los trabajadores sin importarnos nada de sus tendencias religiosas, ni de sus tendencias políticas. Nuestro primer objetivo democrático es libertad y democracia... Esa libertad democrática que significa libertad de palabra, libertad de reunión y asociación, y que significa, también, libertad de cultos y libertad completa en este país".
>
> "Que el altar y el púlpito no se conviertan en tribuna de disgregación nacional. Yo declaro, y me atrevo a decirlo en nombre de todos los trabajadores ecuatorianos, que si es preciso vol

10. Ibid.

ver a tomar el fusil como la noche del 28 de mayo para garantizar la libertad religiosa, lo haríamos para que todos los hombres tengáis el acceso al altar que adorareis. Los trabajadores ecuatorianos debemos tomar el fusil para garantizar esa libertad religiosa. Pero entendiéndose bien: la voz del Congreso de Trabajadores pone una condición. Con la condición de que al altar y al púlpito no se los convierta en tribunas de disgregación nacional. Somos la garantía de esa libertad religiosa. Pero exigimos que, así como nosotros respetamos esa libertad religiosa, se respete nuestra libertad política. La libertad es problema de conciencia, no es problema de tribuna política. La tribuna política no puede ser motivo de ataque de parte de la tribuna religiosa. Son dos problemas completamente distintos. Y así también tomaremos el fusil para impedir que la tribuna religiosa impida la libre tribuna política. No se tenga miedo de nuestro Congreso en este terreno religioso. Hay otros terrenos". "Que los hombres de progreso, que los hombres de trabajo se sientan respaldados por esta fuerza organizada, por esta fuerza disciplinada que no quiere otra cosa sino laborar en beneficio de los trabajadores ecuatorianos".

"Tampoco estamos en contra de la inversión extranjera, ni se plantea la expropiación de estas empresas establecidas en el país. No planteamos la expropiación de estas grandes empresas, incluso creemos que es posible un entendimiento entre nuestro país y el capital extranjero como una base de la reconstrucción popular. Lo que no queremos", enfatizó, "es que las empresas extranjeras no tengan límites. Lo que no queremos es que las concesiones solamente tomen en cuenta los intereses del capital extranjero y no de los ecuatorianos que son menos favorecidos. El Congreso de Trabajadores extiende su mano a estos capitales, pero extiende una mano férrea y fuerte, que siente su nacionalidad, que sabrá detener los abusos y hacer respetar sus derechos..."



> "Queremos que vaya forjándose un nuevo ecuatoriano, así como estamos haciendo con la nueva democracia en el Ecuador, una democracia que se pasea en las calles públicas. Así queremos tener un hombre nuevo ecuatoriano... En esto sí vamos a ser implacables", aseguró. "Aquí estamos en todo nuestro derecho. Que se acaben los salarios de treinta centavos para los indios de la Sierra. Que se acaben las viviendas inmundas de nuestros campesinos de la Costa. Que surjan condiciones humanas de asistencia para los tres millones de ecuatorianos. Es en lo único que seremos implacables en nuestro Congreso..."[11]

Finalmente, tomó la palabra el nuevo mandatario: José María Velasco Ibarra. "Me siento feliz de que se cree la Confederación Nacional de los Trabajadores. Vosotros habéis conquistado la libertad, y no la volveréis a perder jamás. Porque no hay nada más grande para un pueblo que conquistar la libertad que vosotros habéis conquistado por las armas del ejército y por las venas de un pueblo soberano y libre. Ayer fue un congreso de Obreros Católicos. El Gobierno lo miró con simpatía, cooperó para su realización. Ahora, en este magnífico congreso de católicos y no católicos, simplemente de obreros ecuatorianos, el Gobierno ha tenido a honra cooperar. Tengo fe en este congreso, porque no hay beneficio más grande para un país que las expresiones de libertad, libertad de derecha o libertad de izquierda. Siempre la libertad es fecunda y aumenta las ideas, estimula sanas reivindicaciones cuando los hombres son honrados y concientes de sus propias convicciones..." Al finalizar su intervención, dijo: "Yo os pido primero confianza, yo no os traicionaré..."[12]

11. Ibid.
12. Ibid.

V

El triunfo del pueblo

En la última reunión realizada por el Congreso de Trabajadores del Ecuador, en el escenario del Teatro Sucre, se presentó al Presidente de la República un informe de los problemas más acuciantes que vivía el campesinado ecuatoriano: problemas de tierras en la provincia de Esmeraldas, dificultades de jornaleros en la provincia de El Oro, agricultores de Manabí agobiados por la falta de crédito y muchos otros. Saltaba a la vista la situación de la población india que, conformada por más de un millón y medio de habitantes del país, se debatía en la miseria como resultado de cuatro siglos de falta de atención por parte de los poderes públicos y que, ahora, estaba presente para apoyar un proyecto de reconstrucción nacional.

"La Confederación de Trabajadores debe imponerse, como misión sagrada e inevitable, la de mejorar progresivamente la condición del indígena de los campos",[13] se dijo en uno de los discursos. Se propuso la formación de granjas colectivas o de cooperativas agrícolas y se solicitó al mandatario establecer normas que obligaran al sector terrateniente a distribuir el cinco por ciento de utilidades anuales. Se propuso, además, que los peones que tuvieren treinta años consecutivos en su poder un huasipungo fueran nombrados propietarios del mismo.

"El vicio básico de la economía de la nación ecuatoriana es el feudalismo", dijo Pedro Saad Herrería. "Hay que declarar guerra im-

13. Ibid.



placable a ese enemigo del pueblo del Ecuador. La batalla que en estos momentos libra el Congreso de Trabajadores y el pueblo está dirigida contra dos enemigos igualmente poderosos: el gamonalismo feudal y el capitalismo extranjero... Hay que acabar con el feudalismo que explota a un millón y medio de indios".[14]

Mujeres comprometidas con las clases populares estuvieron presentes en el escenario político. Nela Martínez, destacada militante del Partido Comunista cuyo esfuerzo fundamental estaba dirigido al adelanto de las mujeres y de los campesinos, se destacaba como una de las comunistas de mayor relevancia, tanto por su aporte teórico, como por su actividad partidaria. Estuvo presente la poetisa Aurora Estrada; en el escenario del Teatro Sucre se declamó su poema "28 de mayo", en el que exaltó, una vez más, el valor de ecuatorianos que arriesgaron sus vidas "para salvar al Ecuador".[15] Tal era el fervor patriótico, que el pueblo se reafirmó en la decisión de repetir la hazaña bélica del 28 de mayo si sectores oponentes atentaren contra el Gobierno del Dr. José María Velasco Ibarra. En honor a los caídos, se guardó un minuto de silencio.

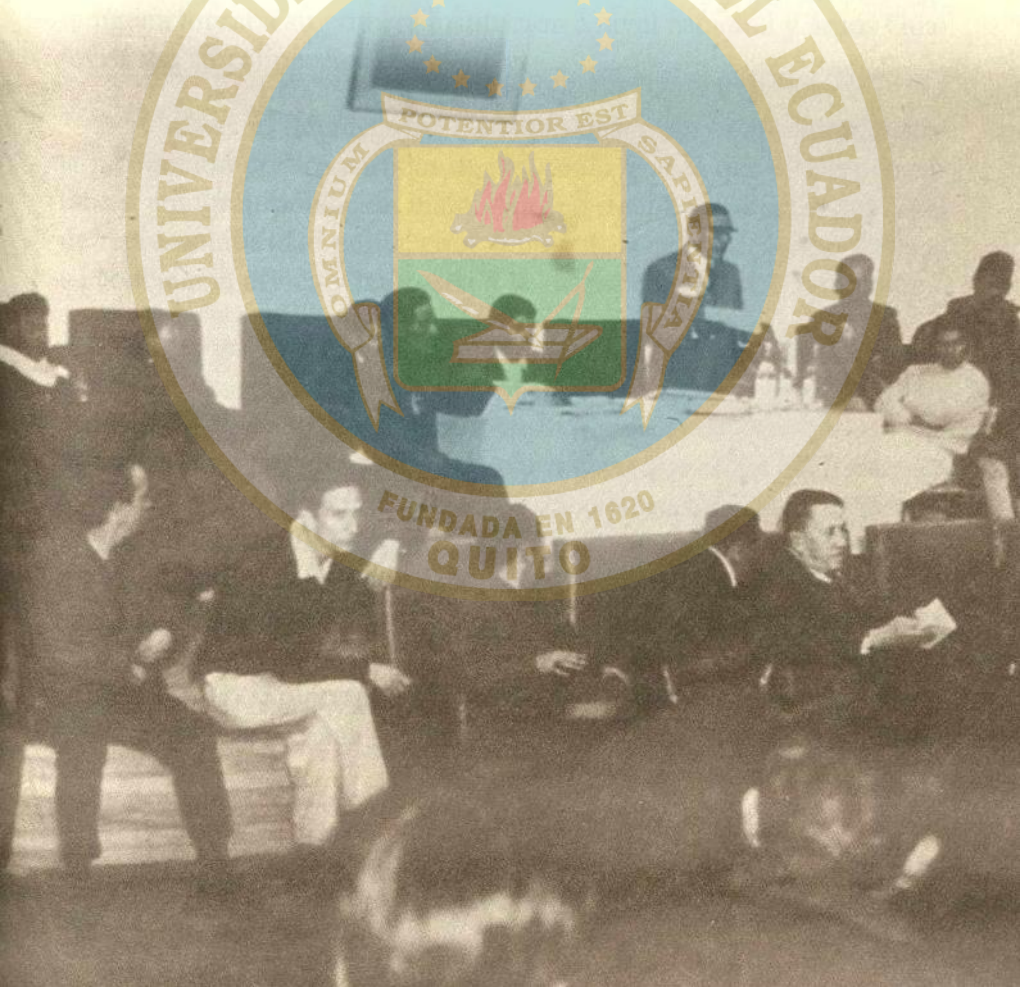
Se dio por concluida la reunión después de haber dedicado su última secuencia a la elección de los representantes del pueblo a la Asamblea Constituyente. Manuel Agustín Aguirre, Pedro Saad Herrería, Neptalí Pacheco, Miguel Ángel Aguirre y V. Briones fueron los que integraron la comisión. La Alianza Democrática Ecuatoriana convocó a la Asamblea Constituyente, entregó oficialmente el poder a Velasco Ibarra y promulgó la Constitución de 1945. Velasco Ibarra cumplió, esta vez, con el gremio trabajador.

---

14. Ibid.
15. Ibid.

Capítulo 9

La institucionalidad india



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La institucionalidad india

En agosto de 1944 se fundó la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI), bajo la conducción del Partido Comunista del Ecuador, y adquirió legalidad mediante la Constitución de 1945. El sindicalismo indígena lograba su primera institución a nivel nacional y Jesús Gualavisí fue su primer Secretario.

A la vez, el liderazgo de Tránsito Amaguaña ya era ampliamente reconocido por los partidos de izquierda, puesto que ella representaba a una gran población india. Aún no estaba consciente del nivel de representatividad política que había alcanzado, pero cumplía con su conciencia cívica y retornaba a la rutina. Cuenta que, una tarde:

Vinieron viernes, un señor de Quito y un runa de Pesillo. Venimos a llevar, dijeron. Sí señores, les dije; yo mismo ya estaba por irme a recibir servicio huasicama en la hacienda de Pesillo. No, me dijo el Señor de Quito, vengo a llevar a Congreso. Toca el churo triste, triste en la loma. Habían oído en Pesillo, en Cariacu, en Muyurco que me iban a llevar. ¡Cómo se juntaba la gente en la noche! ¡Se juntaban de todas partes! ¿Qué irá a pasar?, decían. Pero en Congreso tiene que estar...[1]

Y estuvo. Su presencia en el Congreso para la Fundación de la Federación Ecuatoriana de Indios mostró a los dueños y arrendatarios

1. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo 2005.



de las haciendas, así como a las autoridades civiles, que se destacaba su autoridad moral en el entorno geopolítico que contemplaba su liderazgo. Ella se veía a sí misma dotada de una profunda fortaleza que la impulsaba a responsabilizarse de su pueblo. Cierto es que permanentemente ha recalcado que ella no trabajaba sola: su actividad estaba adscrita a la disciplina comunista, así como a la manera de hacer política del pueblo indígena, siempre en comunidad.

¡Que hable representante Tránsito Amaguaña, guambrita, recién criando, por eso la vamos a escuchar!, dijeron los congresistas, refiere. *Yo he gritado en castellano y luego en quichua: que la ley sea justica para blancos, para ricos, para pobres. Que no pongan a un lado al indio. Que sea igualito el trabajo para todos, que tengamos amistad, que trabajemos cariñosamente para vivir así; comunista es de la comunidad... No revolución. Nunca los indios pensamos en revolución. Yo les digo francamente: entre runas, blancos y mestizos hay que trabajar. ¿Por qué vamos a pelear? Indios arando la tierra, indios cuidando animales. Ustedes señores blancos, ustedes cojan libro, cojan lápiz, cojan tinta. Los indios trabajadores no cogen porque no son leídos. Granos que trabajen los indios han de comer ustedes también. Así hemos de hacer: la mitad para patrones, la mitad para naturales. Los indios: tierra, arado y yunta. Los señores blancos: tinta, lápiz y papel. ¿Digan que no es así? Yo dije en quichua y en castellano el mismo pensamiento. Golpeaban las manos en Quito y no me dejaban seguir. Afuera estaban muchos taiticos y muchas mamitas. Multitud de gente. Eran impulsantes. Estuvimos hombres y mujeres entre doce, sábado, domingo y lunes terminó. Salimos a la una de la mañana, acabando la sesión.*[2]

2. Ibid.

II

Las políticas

No en vano habían transcurrido quince años de la lucha presentada por el campesinado indígena de Cayambe al Estado y al sistema agrario tradicional. Los logros y la experiencia acumulados permitieron a los campesinos indios plantear demandas a partir de la base: el acceso a la tierra. Esta primera resolución estableció que se entregara al indio el huasipungo que tuviera en usufructo como paso previo a la expedición de la Ley de Reforma Agraria. Se conformaba, entonces, un puente, para que el campesinado accediera a la propiedad privada.

Fue considerable el avance político que mostró la FEI a través de sus líneas programáticas. El Documento resumía una posición más moderna del sector popular, pues superaba algunas concepciones feudales y daba lugar a una cierta independencia en la producción del campesino a través del desarrollo de sus propios emprendimientos; se pretendía, además, viabilizar el crédito y mejorar las técnicas de producción artesanal y agrícola. La seguridad social y las garantías establecidas en la Legislación del Trabajo fueron tomadas en cuenta y no se dejaron de lado metas relacionadas con la ejecución de obras de infraestructura y servicio social que velaran por la salud y la calidad de vida de los campesinos.

La defensa de la cultura indígena encontró un espacio preponderante en el documento que iba a regir la vida institucional. El texto afirmaba que se extendería la acción educativa al campo, que la gestión pública impartiría la enseñanza en idioma nativo y que la educación para el indio debería tomar en cuenta aspectos técnicos. Mediante este conjunto de medidas, la Declaración de Principios de



Líneas programáticas de la FEI

- La entrega de la tierra al indio como paso inicial a la Reforma Agraria.
- La inmediata concesión de los huasipungos en propiedad a sus actuales usufructuarios.
- La inmediata elevación del salario de los indios y la lucha por el salario mínimo vital.
- El pago mensual de tales salarios y la prohibición del pago en especies.
- La remuneración en dinero de los servicios que prestan los "ayudas" y los yanaperos.
- El mejoramiento de las condiciones de los aparceros, mediante la dotación obligatoria, por parte de la hacienda, de semillas e instrumentos de labranza.
- El establecimiento de trabajadores especiales y exclusivos para las labores de huasicamía y ovejería remunerados con salarios especiales, y la prohibición de las huasicamías en las ciudades.
- El pastoreo gratuito de los ganados de los indios en los terrenos de la hacienda y la prohibición de la ocupación de dichos ganados sin la correspondiente remuneración por concepto de alquiler en la misma medida que a terceros.
- La rebaja de las jornadas y tareas de trabajo y la prohibición del trabajo de los familiares del peón en beneficio de la hacienda sin la correspondiente remuneración de acuerdo con el mínimo legal.
- El desarrollo de la pequeña propiedad, de la artesanía y la pequeña industria indígenas mediante la concesión de crédito fácil y efectivo y la tecnificación de las formas de producción.
- El inmediato mejoramiento de la vivienda indígena y el establecimiento de servicios de salubridad e higiene como medio de defender la vida del indio, todo por cuenta de la hacienda y de las instituciones respectivas.
- La ampliación del seguro social y de todas las garantías establecidas en la legislación del trabajo.
- La protección del trabajo de las mujeres indígenas sin ninguna discriminación con respecto al hombre y la prohibición absoluta del trabajo de menores de catorce años.
- La eliminación de la prescripción para las acciones provenientes del trabajo indígena.

- La inmediata revisión de las concesiones de tierras baldías y su dotación de indios.
- La parcelación de las haciendas de propiedad de la Asistencia Pública en beneficio de sus trabajadores y de los pueblos vecinos y la inmediata confiscación de todas las tierras de propiedad particular abandonadas por más de treinta años, y su parcelación entre los indios de la región.
- La inmediata devolución de las aguas y tierras comunales particulares que han sido arrebatadas a los indios.
- La prohibición del pago de arrendamiento de la tierra en trabajo y en especies por parte de los indios y la inmediata rebaja del canon de arrendamiento de dicha tierra.
- El aprovechamiento racional de todas las tierras de propiedad particular.
- La introducción de formas técnicas de producción y la ampliación del sistema de riego.
- El desarrollo de la industria nacional impulsando su técnica y la destrucción de las formas feudales que subsisten en nuestra economía.
- La defensa y afirmación cultural indígena mediante la ampliación de la educación al campo y la obligatoriedad de impartir la enseñanza en idioma nativo de los indios con una inclinación preponderantemente técnica.
- La ampliación de la democracia en beneficio de los indios incorporándolos a la ciudadanía mediante el sufragio universal y la elección de las autoridades de las poblaciones indígenas mediante el voto de sus habitantes.
- El establecimiento de un fuero especial a los indios en materia penal.
- La consolidación de la unidad de todos los trabajadores de la ciudad y el campo tendiendo a constituir la Confederación de Campesinos del Ecuador y cooperando con el mantenimiento y ampliación la CTE, la CETAL y de la FSN, organismos de los cuales la FEI se afilia desde el momento de su constitución aceptando sus principios, estatutos y resoluciones.

FUENTE: Raquel Rodas M. *Dolores Cacuango*.



la FEI precautelaba el acceso de los indígenas a la ciudadanía, al sufragio universal y a elegir, mediante su voto, a sus autoridades locales. En materia penal, el Documento estableció un fuero especial para los pueblos indios hasta que se constituyera un organismo específico que pudiera tomar a cargo su defensa, en caso de necesitarla. Grande aparecía el esfuerzo, porque se buscaba consolidar la unidad de los trabajadores de la ciudad y el campo a través de la institución nacional. Simultáneamente, en el caso del sector indígena, la propuesta perfilaba su reconstrucción social, económica y política. En un mundo nuevo, se impulsaba la participación de los pueblos indios en la dinámica popular latinoamericana a través de sus filiaciones internacionales.

La FEI se comprometería a intervenir en la defensa de los indios y los campesinos hasta que se constituyera un organismo específico para solucionar sus conflictos colectivos e individuales. Al mismo tiempo, se establecieron normas para regular la acción de la FEI frente a asuntos religiosos o políticos. Los integrantes de la Asamblea Constitutiva autorizaron a la nueva institución proclamarse en contra de todo adoctrinamiento religioso que tuviera el afán de desorientar y explotar a los indígenas y campesinos. Así mismo, establecieron que la nueva organización lucharía contra todas las tendencias políticas de contenido fascista o imperialista, cualesquiera que sean sus formas y manifestaciones.

En la Declaración se incluyeron, además, políticas de carácter nacional relacionadas con la activa participación popular para conservar y ampliar la democracia ecuatoriana, preservar la paz universal en un ambiente de amistad y cooperación justa entre los pueblos, defender la soberanía nacional contra el imperialismo y las fuerzas que trataren de anularla, mediante la revisión de los tratados y acuerdos internacionales. En este contexto, se planteó la defensa de los derechos territoriales del Ecuador mediante la revisión pacífica del Protocolo de Río de Janeiro.

Para el sector patronal agrícola, la FEI representó un motivo de alarma, porque, a partir de su fundación, profundos cambios se avizoraban en el entorno agrario. Los indígenas habían consolidado una institución nacional aprobada por la nueva Carta de Estado y, por tanto, las resoluciones tomadas en el seno de la misma se inscribían en el marco de la ejecución legítima. Crecía la incertidumbre en el campo, aparecía el peligro sobre la propiedad de la tierra y, en el marco de los derechos, se había terminado la esclavitud para los comuneros indios. Había llegado el momento de hablar de igual a igual entre patrones y sirvientes. Y de actuar, porque, una vez terminado el Congreso, los representantes del gremio trabajador volvieron a las lomas añejas y, sin pérdida de tiempo, asumieron por sí mismos la potestad de las resoluciones: cobro de la deuda de las casas, abolición de huasicamías y servicias, y educación bilingüe para el pueblo indígena.

Entramos en cada una de las haciendas de Cayambe y sacamos servicias y huasicamas. Fui feroz,[3] afirmaba Tránsito. Los patrones y autoridades civiles instalados en las haciendas no cabían de estupor, y en Pesillo se esperaba su llegada para dialogar, para conciliar...

¡*Que viene mi papá, que venga*!, recuerda haber dicho Tránsito Amaguaña. *Que vienen patrones, tenientes políticos, que dentre y que vaya a sentar en la mesa, dijeron. Del Congreso saqué el permiso. Congreso hace respetar la hacienda. A patrones ricos. Pero desde Congreso venimos huasicamas y servicias sacando. Mucha gente vino para ayudar. Sólo hombre para poner la montura quedó. En la hacienda de Pesillo, la señora rogó: yo no sé pelar papas Transitico, dijo, yo no sé pelar papas. Estaba embarazada. Los hijos dijeron: déjela no más que lleve, nosotros sí sabemos pelar papas. Llorando quedó. La raya aumentó. La mitad de gente de hacienda y la mitad*

3. Ibid.

de los que estábamos luchando cambiamos las cosas. Desde Pesillo, Muyurco, San Pablo Urco, Cariacu, San Antonio, Santo Domingo, Sacata, Candelaria, Paquiestancia, Cangagua. Toda la región de Cayambe venimos sacando. Adiós servicias, adiós huasicamas.[4]

Yo acarrié con todo cuando ya era mujer. ¡Eso sí, carajo! ¡Para qué pegaron a mi papá! Después diciendo: ¿Qué dirá la indígena? ¿Qué dirá la Tránsito? ¡Ayayay carajo! Con el gobierno tan he lidiado, no se diga con éstos. Patrón Conrado había salido de la casa corriendo para venir arreglar las cosas, se había dado un tropezón, cayó y golpeó la cabeza, nunca más levantó..."[5]

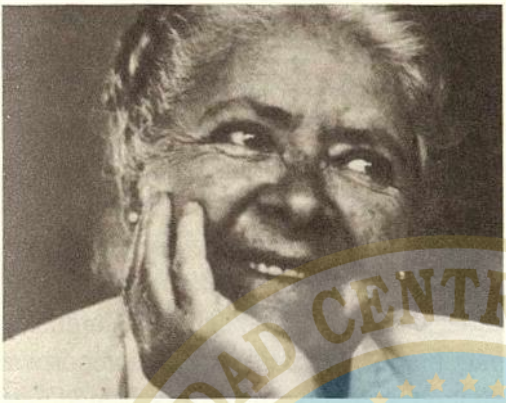
Asegura ella que Conrado Balimer, administrador y cuñado de los arrendatarios de Pesillo, intentaba cancelar la deuda que mantenía pendiente con los indígenas debido a la destrucción de las casas en 1931, pero que salió al encuentro de la muerte.

III

Educación para los indios

Dolores Cacuango y Luisa Gómez de la Torre tuvieron la oportunidad de conocerse, mediante la intervención de Nela Martínez, en un Congreso Comunista realizado en Cali, Colombia. Al influjo del discurso de Dolores, la maestra quiteña visitó la zona por primera vez. Ella, que había sido despedida de la cátedra que mantuviera en el Colegio Mejía por divergencias políticas con el Presidente Velasco Ibarra, encontró que una inmensa población infantil la aguardaba.

4. Ibid.
5. Ibid.



Una multitud de niños y niñas, habiendo formado un callejón y portando banderas del Ecuador, cantaron al verla. Ella cruzó el cerro a caballo sola y el viento helado hizo de las suyas con su cabellera rubia. Por eso la llamaron gringa y la pensaron evangélica.

"En esa zona que estaban politizados, que es la de Cayambe, comprendieron la importancia de las escuelas", había comentado Luisa Gómez, "porque lucharon tenazmente. Si hubiera una estadística bien organizada en el Ministerio de Educación, podría verse la ansiedad del indio porque sus hijos aprendan a leer y a escribir. Ellos se sentían unos infelices... Yo recuerdo que casi siempre me decían: Ve compañerita, si nosotros pobres venimos a la ciudad, tuertos. Nada vemos nosotros, decían. Solo cuando conversamos con compañeros estamos viendo. Pero qué también dirán en esas letras de las tiendas. Y nuestros hijos no deben ser así, decían ellos ¿No? Luchaban con una tenacidad asombrosa."[6]

Se forjaron las primeras escuelas en el mínimo espacio que se asemeja a un vestíbulo en la arquitectura de la vivienda india, la choza. Colocaron ladrillos a cambio de bancos escolares y ladrillos frente a frente simularon mesas de trabajo. ¿Para qué esperar más? Alumnos, alumnas y maestra hacen una escuela. La iniciativa era práctica, pero allá arriba, el clima era un mago que jugaba a su antojo: venía la lluvia a desbaratar el esfuerzo, el viento, de pronto, levantaba polvo, aunque no podía aventar la ilusión. Por su parte, los arrendatarios perseguían el esfuerzo y el deseo de educarse de la población subyugada. Aún después de haberse creado

6. Prieto, sección entrevistas, testimonio de Luisa Gómez de la Torre, p. 6.



la Federación Ecuatoriana de Indios, la lucha continuaba, a casi veinte años de la fundación de los sindicatos agrícolas de la zona. Ellos veían que en las escuelas se cimentaba la amenaza revolucionaria y tenían razón: aprendieron a leer los niños y las niñas, fueron capaces de revisar las cuentas y evitaron que sus padres continuaran explotados. Se armaban y desarmaban las escuelas porque el cura, los mayorales y el teniente político pensaban que educar a los indios era una manera de fomentar la rebelión. Y desde el púlpito, la casa de hacienda y el ayuntamiento, se condenaba la nueva acción emprendida... Pero con gran agilidad alumnos y alumnas soportaron el acosamiento, porque desde la infancia aprendieron a huir. Por eso es que "yo hice un juramento, que mientras yo tenga vida yo les ayudaré",[7] había dicho Luisa, la militante comunista consecuente. Y formó primero a maestros indígenas, "porque entre ellos se entienden mejor",[8] aseguraba.

"Y ya le digo, me dio un resultado tal..., porque yo, bueno, el rato de que mis amigos tenían carro, que sabía que se iban al norte, yo me pegaba y me largaba arriba a las escuelas y siempre les encontré dictando la clase".[9]

"¡Y créase, esta cosita, oiga, esta cosita que era un grano de arena en un desierto dio resultados fantásticos!", aseguró Luisa. "Si bien es cierto que los padres seguían de analfabetos, en cambio los niños, que pasaron tres años en la escuela, leían divinamente y con una letra igualita a la del profesor, magnífica, una linda letra. Entonces, cuando venía la entrega del ganado del padre para que vaya a pastar en los páramos durante un mes o dos meses, entonces los entregaban: tantas cabezas de machos, de hembras, corderos, etc. Y le decían al indio que cuente y él contaba y decía: completo está patrón, bien está, vamos a hacer el papel. 'Primero tiene que firmar usted aquí en libreta de taita,

7. Ibid, p. 12.
8. Ibid, p. 8.
9. Ibid, p. 8.

para que taita ponga huella digital', decían los hijos varones que se habían constituido en guardianes de la honradez de sus padres".[10]

Las primeras escuelas se crearon en 1945 y, según Lucha Gómez, cada una de ellas llegó a albergar entre quince y veinte alumnos. Dolores Cacuango fundó la escuela en San Pablo Urco y Tránsito Amaguaña asumió la tarea en La Chimba, Pesillo y Muyurco. Fueron profesores hijos, hermanos y los propios líderes, excepto en Pesillo, cuyo profesor fue Alberto Tarabata, el único maestro indio capaz de exhibir un título. Los arrendatarios argumentaron, ante el Gobierno, que esta era una nueva estrategia del comunismo para mantenerse en la zona. La persecución a los y las cabecillas persistió. Tránsito Amaguaña fue hecha prisionera, por primera vez, por fomentar la educación bilingüe del pueblo indio. Al mismo tiempo, el Estado se vio obligado a conformar escuelas y a enviar profesores graduados. Una nueva ruptura surgió a propósito: los indígenas que habían realizado un proceso de aprendizaje para ser ellos mismos los profesores debieron abandonar sus puestos, y aquellos que fueron alumnos en edad avanzada —tal fue el caso de Jesús Gualavisí—, que aprendieron a leer y escribir y que disfrutaron de la posibilidad de trasmitir conocimientos, se sintieron una vez más humillados. Solamente quedó Alberto Tarabata, el profesor graduado, que presentó su título y demostró que la educación es un pilar indestructible.

IV

El ambiente nacional

En el ámbito nacional, el Gobierno de Velasco Ibarra no estaba preparado para enfrentar el problema social. Según algunos sectores, su política fue asistencial, pues aseguraba que se debe responder al

10. Ibid, p. 12.



pueblo de acuerdo a las necesidades que éste demandare. Esta afirmación fue la base de un populismo que respondió a las presiones y requerimientos básicos de la población: infraestructura, parcelación de la tierra para los campesinos sin que mediaran ni leyes ni planes. El Partido Socialista no estuvo a favor de tales iniciativas, porque no enfrentaba, desde la base, la falta de tierra para el campesinado en su conjunto y, sobre todo, porque la ideología se contraponía a dicha práctica: el proyecto del comunismo era abolir la propiedad privada global; ellos aspiraban a la propiedad colectiva al estilo bolchevique, tipo koljoses, cooperativas que impulsaron los comunistas soviéticos y que costó la vida de miles de rusos que se desgarraron, porque la entrega de sus fincas representó, para ellos, perder hasta cierto punto el motivo de vivir.

Velasco Ibarra, atacado por no cimentar su política pública en fundamentos ideológicos, aseguraba que la lucha democrática en base al sufragio libre y sistemático , que lograr la libertad de enseñanza y la libertad religiosa y reivindicar los derechos internacionales de los ecuatorianos, eran acciones que sustentaban una doctrina ideológica. Católico practicante y liberal de pensamiento, consideró que responder a la emotividad de la gente era la manera más adecuada de hacer gobierno, y así fundamentó un populismo que jamás concretaría un proyecto de avance social. Finalmente, la Alianza Democrática Ecuatoriana se disolvió. Para decantar el poder de los sectores favorecidos, el Presidente derogó la Constitución progresista del 45 y se declaró dictador. Atrapado en un va y viene de contradicciones que dejaron sin sustancia a la proclama que hiciera ante el Congreso de Trabajadores —"Yo no os traicionaré"—, antes de que cantara el gallo tres veces, el Gobierno desató una fuerte persecución a la izquierda, la cual, habiéndolo considerado el adalid de los pobres, lo encaramó en el poder. Él, a quien el pueblo proclamó "profeta" y "salvador", fue enviado al exilio en medio del clamor ciudadano que gritaba: loco, traidor, tirano…

Capítulo 10

San Juan




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

San Juan

La geometría de las esferas forma la estrella andina con cuatro puntos cardinales que dependen de la salida del astro dorado hacia el oriente y de su caída hacia el poniente. Por eso son cuatro los días sagrados del año para los indios kichwa de los Andes. Ellos aseguran que el mismo padre Sol, con sus rayos, dibujó dos solsticios y dos equinoccios para guiar la siembra, las cosechas y las celebraciones rituales que corresponden a los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre. En los solsticios, el pueblo del Inti dedica las fiestas al Sol y, en los equinoccios, a la Luna.

En el solsticio de verano se celebra la fiesta más importante para el mundo indígena, llamada Inti–Raymi, a la que denominan igualmente San Juan, dada la coincidencia con el día dedicado al santo en el calendario cristiano. La víspera de las festividades, los hijos del sol lavan su cuerpo en vertientes, cascadas, arroyos y riachuelos para recibir la magia poderosa que la **pachamama** trasmite a sus hijos en el marco de un ritual purificador. Así se logra la unidad entre naturaleza y vida humana, en contacto con el silencio, para vaciar aquello que el tiempo ha llevado a la caducidad. Por eso es que, después, los indios, en magnífica coreografía, van a bailar en la plaza.

Y es que en San Juan parece que la realidad queda atrás. Al ritmo del baile aflora un paraíso en el que se abre campo la figura del gran **Haya Huma**. Es el personaje preponderante porque representa



el calendario solar y abre la fiesta. Tiene cubierto el rostro por una máscara de dos caras: una hacia delante y otra hacia atrás. Cuatro ganchos representan las cuatro partes de la tierra localizadas de este a oeste y de norte a sur. Las dos caras se complementan porque la una representa al **hanan**, arriba, que simboliza al hombre, y la otra cara al **urín**, abajo, que representa a la mujer. Coronada aparece la máscara por los trece cuernos que representan a las trece lunas.[1] El Aya Huma viste zamarros de piel de cabra y conquista a la audiencia con su gracia, porque es zalamero y retador. Algunas culturas autóctonas lo toman, además, como un dios. Es el dios de la lluvia, dicen, es el arco iris:[2] por eso algunas máscaras muestran su gama cromática. Él sabe que sobre su cabeza se asienta el Sol.

Frente a él, en osado contrapunto, aparece y deja escuchar el **takidor** las vibraciones sensuales que emite su voz. Recita coplas, gesticula y se hace cargo de impulsar el ánimo de la comitiva integrada, además, por **chinucas**, **aruchicos**, payasos y jinetes que montan briosos caballos. Sorprende el personaje a la audiencia por su audacia y porque comunica al público que trae la presencia de los cuerpos fértiles a la gran fiesta del **Inti–Raymi**. **Takir** es aquel que posee la tierra en el lenguaje kichwua tradicional,[3] y en la fiesta representa al eterno juglar que marca el compás y moviliza la vida. Como si tierra, vida y verso fueran una perenne trilogía.

La plaza del pueblo se convierte en un gran escenario porque los llamativos personajes ingresan poco a poco y se apropian de ella. El hecho es sorprendente, pues ellos no van a representar una obra y no son actores aunque lleven en su cuerpo un disfraz. Se colocan en la cara una máscara de alambre y en la cabeza un sombrero del que se des-

1. Inuca Lechón, 2002.
2. Cabay, et. al, 2000.
3. Cantón Cayambe, bibliografía Internet. www.cayambe.com

prenden cintas de varios colores que caen hasta los hombros y, sobre sus espaldas, exhiben un cencerro o conjunto de doce campanillas de bronce, a manera de conjuro para ahuyentar los espíritus del mal. Se llaman aruchicos y son músicos. Tocan guitarras, pingullos y flautas, al mismo tiempo que cantan, beben y bailan con indias hermosas que danzan en círculo. No actúan, viven. ¡Ha llegado San Juan! "Payaso mismo tiene que ser para que pueda hacer chistes",[4] dice uno de los que describe la fiesta. Aclimatado en América, el personaje de traje multicolor, convoca al público. Se forma una comitiva presidida por el gallo capitán o persona —hombre o mujer— que lleva en sus manos un ave —gallo o paloma— decorado con cintas... Aquel que lo alcanza, mientras gira en el aire se compromete a brindar, el año venidero, alimentos, trago y chicha a los vecinos y compadres.



Un año entero las comunidades se preparan para la fiesta. Sueñan las mujeres en el atuendo seductor y sus propias manos bordan la delantera de la blusa blanca con hermosos colores: verde, azul, rojo carmesí y naranja se exhiben exultantes. Caen desde los hombros mangas que hablan de campanas y se extienden hasta ser besadas por delicados encajes. Se complementa el atuendo con el centro: falda que cae en pliegues perfectos y termina bordeada por una cinta multicolor que refleja destellos de oro y plata. Un hermoso pañolón tejido por las mismas manos hábiles cubre casi todo el

4. Cabay, et. al, 2000.



cuerpo y, para sostenerlo, en ademán sensual, lo anudan a un costado, sobre el hombro izquierdo. Complementan el atuendo alpargatas flamantes y un sombrero negro, decorado por una pluma de pavo real, corrobora la elegancia del señorío cayambi.

Vientos de San Juan, solsticio de verano y ofrendas de maíz; fiesta del Inti Raymi, que con gran esplendor celebraba el incario; síntesis caprichosa de la historia que, al influjo de la Conquista española, se convirtió en la octava de San Juan a San Pedro. Queda intacto el ritual, porque es la única época del año en que se conectan los cuerpos etéreos con los seres humanos. Los indios, vestidos con zamarros de cabra, pañuelos de seda y coronados por espejos, se bañan de magia.

"¡Cuidado hombre, cuidado! ¡Cuidado longo! ¡Cuidado Mishu! ¡Cuidado Indio! ¡Deja que guste, deja que cante! ¡Así! ¡Cuidado, que vuela el diablo!" [5]

Entre varias salíamos, cuenta Tránsito, y se ríe de las bromas que solían hacer a los transeúntes, especialmente mestizos, que visitaban el sector de Cayambe en los días de la fiesta de San Juan. *Largo caminábamos para avanzar a Pesillo, La Merced, Zuleta*, dice, *y en una y otra casa bailábamos y volvíamos.*[6] *Fiera guambra quiéreme que ya me voy, yo ya me voy; ya me voy, ya me estoy yendo... de la tierra en que nací. Nadie va a llorar por mí; menos madre ni mujer; no lloran, no sienten más que me vaya a morir.*[7] *Así cantaba yo regresando de Pesillo, en San Juan*, asegura Tránsito. *Una vez, hacete la chumada, mandó mamita, al ver que se acercaba gente mishu. Yo caminaba volteándome a un lado y a otro y cantaba arrastrando*

5. Ibid.
6. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, marzo de 2005.
7. Canción tradicional de despedida entre las comunidades quichuas.

la voz. La gente al pasar dijo: pobre guambra, dónde irá a caer tan... y era para reírnos de los mestizos. Caminamos un poco más y todas nos reímos a carcajadas.[8] Y vuelve a reír, al recordar la broma, y al traer a la memoria de su corazón a la madre llena de vida.

Otro año me llevaron a tirar gallo en la hacienda de La Merced. Guambra de treinta y cinco años. ¿Cómo vendría? ¿Cantando vendría? ¿Con todo caballo o mula me habré revolcado? No me acuerdo... Esa fue la única vez que he tomado chicha y trago,[9] dice, pero ella revive y entona la copla que alude al cambio de estaciones en el hemisferio, porque la realidad desaparece para que el dios Sol irrumpa. El Inti, que todo lo puede, viene con un viento que levanta tierra y habla del dorado solsticio que inicia el verano. *Para darme gusto, para darme gloria, ya viene San Juan, bulla, bulla, cantayari*,[10] su voz entona la melodía. ¡Cómo ama cantar Tránsito! Y da muestras de una memoria que guarda antiguas canciones de inspirados y sentimentales bardos andinos. "Cantayari", dice; me invita e intento a tropiezos, imitar un kichwa que trae resonancias magnéticas; un kichwa que encanta, porque la rima acaricia y la música transporta. Mediante un ritmo de acento insistente, ella, para enseñarme, con un dejo de añoranza dice los versos:

Todos van a llorar por mí. Blanco y runa van a llorar por mí. Por llorar por mí, pay. Yo solito voy a coger el camino. Ya va anochecer. Ya está anocheciendo... La noche me ha de chupar el shunguito ¡Ayayay, qué corazón! ¡Ayayay, qué vida mía!"[11]

8. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, marzo de 2005.
9. Ibid.
10. Copla popular de la zona a propósito de las fiestas de San Juan.
11. Ibid.



II

Presidente propio

En 1948, había que dejar pasar las fiestas para empezar la campaña. "¿Por qué vamos a meter socialistas en Zuleta? Patrón Galo Plaza no molesta en nada",[12] habían respondido los peones a los sindicalistas en el año de 1926, cuando éstos pretendían extender su acción hasta dicha hacienda que lindaba con Pesillo. Veintiocho años después, Plaza aparecía como candidato a la Presidencia de la República del Ecuador. Tránsito Amaguaña tocaba el churo para llamar a la gente a las reuniones. *¿Por qué vamos a dejar poner un presidente que no sea nuestro*? Argumentaba. *Los indios hemos de poner presidente*, decía, *los ricos no nos van a bajar y, por eso, las organizaciones tienen que apoyar la candidatura, Partido Comunista también apoya.*[13] *Con poncho de indio llegó a Palacio, a él también acompañamos con banda, a él pusimos en la presidencia con poncho de Zuleta,*[14] afirma Tránsito al recordar el fervor político de aquellos tiempos.

Galo Plaza Lasso, hijo del ex presidente Leonidas Plaza Gutiérrez, terció en las elecciones de 1948 como candidato por el Movimiento Cívico Ecuatoriano —alianza que logró canalizar la mayoría de la votación liberal— y el respaldo de un cierto sector tradicional. Plaza, hacendado serrano, guiado por una lógica democrática, realizó un gobierno que llevó adelante un proceso de modernización del país fundamentado en la planificación técnica, en la producción más que en el monetarismo, en planes que fomentaran la producción me-

12. Yánez, sección entrevistas, testimonio de Luis Catucuamba, p. 254.
13. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo de 2005.
14. Ibid.

diante asistencia técnica y crediticia, y en el aprovechamiento de los recursos naturales. Construyó un modelo de desarrollo de la economía nacional que más tarde daría lugar al término "desarrollismo" o "mejoramiento de las condiciones de vida de un pueblo", los cuales, a su vez, se convertirían en enunciados para formular proyectos y estrategias que sirvan al progresos de los sectores menos favorecidos. El país alcanzó plena institucionalidad, pues la administración de Plaza impulsó el desarrollo del aparato estatal y complementó, de manera significativa, la obra de algunos predecesores.

Políticamente, Plaza fue un conciliador: fortaleció a la clase media integrada por prósperos profesionales liberales y comerciantes que ya nada tenían que ver con la incipiente clase media de los años veinte. Contó con el apoyo de los socialistas y los llamó a cooperar en su gobierno, de tal manera que el propio Partido Socialista lo hizo de forma oficial. Promulgó una ley de carrera administrativa que garantizó la estabilidad de los funcionarios públicos y encaminó las actividades hacia la constitución de una sociedad ideal democrática. En el momento mismo en que asumió la Presidencia de la República, Galo Plaza expresó las políticas a ser defendidas durante su administración:

"Las ideas, por eternas que sean, encuentran su realización solamente cuando se definen los problemas".[15] "La trama histórica se ha formado sobre las bases irrenunciables de las libertades individuales; la importancia y el valor de la política estarán en hacer que esta libertad y estos individuos encuentren la fórmula de conveniencia justa, para que desaparezca todo indicio de la antigua separación de clases que impidió la cabal organización de la sociedad sobre las bases del mutuo respeto".[16]

15. Diario *El Comercio*, 11 de diciembre de 2005, palabras de Galo Plaza.
16. Ibid.



Sin embargo, se bautizó al gobierno de Galo Plaza como verdadero aliado de los Estados Unidos de Norte América, en el marco de las relaciones bilaterales que mantuviera el Ecuador, en aquella época, con ese país. Porque, si bien fomentaba el aumento del capital para las arcas del Estado mediante el cultivo y la exportación del banano, fue la Astral–United Fruit Trade Corporation la empresa que se encargó del comercio exterior de la fruta, a la par que se benefició significativamente de esos réditos.

De eso ca, nos burlaban, comentaba Tránsito, *Vendidos a los Estados Unidos, diciendo, pero nosotros respondíamos: sangre es comunista, por aquí no pasan gringos, solo pueblo ecuatoriano.*[17]

Y sin duda, los conflictos en el agro se mantenían; a pesar de la sostenida actividad exportadora, se veía la caducidad de la estructura agraria tradicional, las luchas populares continuaban y la presión más fuerte recayó sobre el latifundismo serrano que aún no estaba dispuesto a dar un salto hacia la modernización, que era la única salida viable. Al finalizar la década de los cincuenta, el camino ya estaba fijado: disolver el monopolio relacionado con la concentración de la tierra en manos de unos pocos mediante la Reforma Agraria. Los esfuerzos de las luchas campesinas enfilaron hacia allá, así como la iniciativa de sectores medios y un segmento terrateniente que veían, en la modernización del agro, la resolución de los conflictos, a la par que el Estado se empeñaba en perfilar un proyecto que diera paso al desarrollo capitalista agrario en la Sierra.

Tradicionalmente, se ha bautizado a la década de los cincuenta como una época de estabilidad social, económica y política. El llamado "boom" bananero generó divisas que, de alguna manera, se

17. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo de 2005.



Ricardo Paredes

sintieron en el sector obrero, puesto que éste dejó de lado el quehacer político para dedicar su esfuerzo a concretar intereses prácticos e inmediatos como la consecución de contratos colectivos. Esta actitud significaba formular un pensamiento sindicalista de corte moderno.

El Partido Comunista, por su parte, pensaba que podía contar con una burguesía reformista que se declarase en contra del imperialismo norteamericano y, a la vez, en contra de los rezagos del feudalismo. Así pues, se podía marchar hacia la consecución de reformas modernizadoras para la sociedad ecuatoriana. Esta posición estuvo influida, previamente, por la tendencia de alianza multi–clasista internacional en contra de Hitler y a favor de Los Aliados.

"Guiado por un excelente buen sentido e inspirado por una sana filosofía democrática, Galo Plaza sostuvo que el pueblo ecuatoriano estaba maduro para el ejercicio de la libertad. Sus cuatro años de gobierno confirmaron su fe",[18] dijo el historiador Alfredo Pareja. Plaza, después de ejercer la Presidencia del Ecuador, se constituyó en un personaje importante en el escenario de la política internacional. Fue Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA), mediador de las Naciones Unidas en los conflictos de Chipre, Líbano y El Congo. Plaza Lasso, personaje carismático, demócrata y amigo de todos, se distinguió, además, por su sensibilidad social. **Mamiticu taiticu**... Así es como se refieren a él, comunas indígenas localizadas en la Sierra norte del Ecuador.

18. Cueva, p. 113.



III

En el campo...

Los representantes indígenas que asistieron a la conformación de la Confederación de Trabajadores del Ecuador y de la Federación Ecuatoriana de Indios, en 1944, fortalecidos por los avances logrados en la arena política y por haber cimentado la organización, una vez que se reconocieron como pueblo digno y sujeto de derecho, no se amedrentaron ante la persecución. El desafío continuaba, la verdad lucía nítida y las formas iban configurándose al andar. "Se anda y se oye", repitió nuevamente Tránsito Amaguaña. Así supo que el cooperativismo agrícola representaba el nuevo paso para acercarse a la meta que su visión tenía ya perfectamente ubicada.

De ahí ca, he venido a organizar las cooperativas de los trabajadores en Cayambe, dice Tránsito. *Miedo no tenía yo, ni a los patrones ni a los soldados. ¡Señores blancos, señores jefes, soldados!*, les decía: *¿Tienen hijas, tienen hijos? Sí tenemos, decían. ¿Tienen mujer? Sí, tenemos, respondían. Verán y acordarán, les contestaba yo: después de mi tiempo, otro tiempo vendrá y ustedes cogerán leña de otro tiempo.*[19]

Veía que la igualdad entre los seres humanos era una condición natural, porque *todos hemos nacido de la madre tierra.*[20] Sin embargo, la utopía de la patria universal no había calado en sus sentidos, pues el hilo conductor de su locura estaba referido a la suerte de los indios. Locura era abandonar el fogón y las papitas calientes en la caldera; locura era prescindir de los cuyes y la hierba; locura era abandonar la verbena y dejar que se le resecaran los labios; locura era quitarse las gargantillas do-

19. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, mayo de 2005.
20. Ibid.

radas del cuello, los zarcillos y las manillas de mullos, desnudarse y ser *asisita no más, caminante*... Distantes aparecían las noches de plenilunio en las que, con flauta, guitarra y cencerros, ella, aún muy joven, *guambrita y recién criando*, venía entre ellos, o se escondía para conspirar al amparo de las moras y mortiños, así, *secretamente, secretamente*... Ahora era una mujer de cuarenta y un años y se había convertido en guerrera. *Yo adelante y la gente atrás*,[21] dice, y mira frontalmente. No le hacía falta ya esconderse ni huir, porque estaba amparada por la ley y por una libertad que en el ir y venir le nació en el cuerpo. *Lo que me dio la gana hice yo tan*, dijo más tarde, *siempre calle arriba y calle abajo*,[22] y perseguida siempre. Sabía que la seguían permanentemente. Y no solamente uno: todos los patrones de las haciendas pagaban a la policía para que encuentre a la india ladrona que quiere quitar al país la tierra.

De nadie he robado yo, afirma, *Taita Diosito no me dio esa orden y mamita bien bragada era... Una tarde una amiga me regaló una gallina*, cuenta, *y mamita dijo: ¿De dónde sacaste la gallina, Tránsito? Me pegó. Anda a devolver al dueño, mandó; llorando fui a llamar a la vecina, vino ella y dijo: No, mamita Mercedes, yo regalé. Mamita puso a cocinar la gallina y después dijo: Sí, sabrosa está hijita, cierto es lo que decís.*[23]

Trabajo, mucho trabajo me ha costado esta lucha, cuenta. *¡Ah, púchica! Yo acordando solita me he puesto a llorar porque he sufrido mucho. Menos pensado venía la policía. Una vez yo adelantaba, iba con la gente hasta la Merced. Habían venido los señores a coger presa. No había dónde correr. Dentro de la acequia estuve parada. Me silbaron cuando ya se había ido la policía, de ahí ca, a Cayambe rapidito, y luego a Quito.*[24]

21. Ibid.
22. Ibid.
23. Ibid.
24. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, junio de 2005.



De la hondura de la loma salía el sonido solemne que repercutía en los llanos, porque grave era la voz del churo que a mitad de la tarde sacudía a los indios. Mamita Tránsito ha regresado y llama a la asamblea, decían los trabajadores, porque así ella difundía el llamado, a través de las ondas del viento. Porque era su aliento el que viajaba hasta encontrarlos, sudorosos y cansados, fatigadas las mujeres y quién sabe cuántos niños enfermos y hambrientos. Se cobijaba bajo un techo enclenque, en la noche; se abrigaba al calor de la **tullpa**, allá arriba; aún cansada del viaje y quizás alimentada por un solo plato de **machca** de cebada, inmediatamente, como la madre que no posterga la tarea, convocaba a la gente, porque el tiempo se va y las batallas no esperan.

Habían transcurrido veinte y cinco años de tarea y faena, y ya las tablas de la vida llevaban la cuenta. Pero ¿quién podría resumir el olor a peligro y a dolor que se acumulaba en todas las hebras de sus sensaciones, siempre de viaje al terminal de sus ojos? *Vas amanecer preguntando*, dice, *y no da gana de conversar, porque de ahí ca, me da gana de llorar*.[25] Grandes fueron las conquistas hasta aquel entonces, pero el precio pagado era un vuelo de águila en el tiempo, era una conciencia adelantada que no tiene precio. Era **runa**, **jarita** y **jarilla**: india dulce y valiente a la vez, enérgica agitadora, de lenguaje seductor y adversaria beligerante. Bien lejos quedaba la conspiración, porque el sindicato indígena condujo a las primeras leyes, y la institucionalidad a la ejecución de la estrategia política. Sin embargo, quedaba tanto por hacer: llevaba, en su más vívida motivación, aquella noche que nunca pudo olvidar: ¡*Para qué pegaron a mi papá, carajo*![26] Llevaba en su fuerza una verdad y un presentimiento: *Ustedes cogerán leña de otro tiempo…*

25. Ibid.
26. Ibid.

Estaba presente en las huelgas que el sector campesino y obrero realizaba en Quito; de fiera prestancia y rostro aguerrido, portaba dos armas infalibles: una botella con agua para lavarse la cara y el manejo de sus brazos para desafiar al enemigo. Guerrera en el combate, daba instrucciones precisas:

Con cuidado, andarán con cuidado, los policías saben lanzar bombas. Ahura puesto agua en botella, breve se lava la cara, así mas que manden bombas, una no se muere. A esos perros, a esos más bandidos, con chalina hay que botar al suelo; chalina hay que pasar duro, duro por la espalda, con fuerza, y mandar a la mierda.[27]

Los dos hijos, ya hombres, y su madre, se juntaban en la choza al retornar —ellos del trabajo y ella de asambleas y huelgas. Daniel y Mesías Alba rondaban los veinte y seis y veinte y cuatro años respectivamente. En esa época, Tránsito conoció a la mujer que iba a convertirse en su nuera, porque Mesías Alba la quiso para él y se la llevó a casa. Guillermina Cerón, aún con los ojos húmedos, recuerda aquellos vívidos instantes:

"Vivía en las faldas del cerro Cayambe, mamita Tránsito, en una chocita muy pobre y le gustaba cocinar borrego... Cuando yo la conocí, ella bien pobrecita era ca. Cariñosa me recibió y me dijo: Serás mi hija. De aquí ya no podrás moverte. Es chocita de pobre, pero aquí, como en Belén".[28]

"Me presentaron de novia y yo ya fui a vivir con mamita Tránsito y con ella he vivido siempre. Yo era huerfanita, y chiquitica estando, mi mamita murió y nos quedamos solitos mi hermano y yo. Nos fuimos donde mi abuelita. Mi mamá había sido rica pero hermanos

27. Ibid.
28. Ibid.



mayores cargaron con todo. Longuita era yo cuando me casé. En diez y seis años estaba. Lo conocí así... andando. En cave de papas, allí nos encontramos. De ahí ca, me llevó a casa de mamita Tránsito. Había sido escuelero mi marido, escribía y leía, pero no fue completo en la escuela, porque mamita Tránsito, en la lucha andando, no pudo estar a lado. Él trabajaba ganando en la hacienda en cave de papas. No pagaban nada mismo. No hemos tenido nada. La familia una lástima, sólo **chugchiendo** en los llanos. Ganábamos ración de cebada, trigo, papas, habas, con eso entreteniendo el hambre vivíamos..."[29]

"Me acostumbré a la persecución. Otra vez vuelta vinieron a buscarla en automóvil. ¿Qué es de la compañera Tránsito?, me preguntaron. Somos compañeros, pero ella no estaba y no se dejaba trincar, yo no sé como sabía, pero cuando soldados venían, ella no estaba. Gente india de parte nuestro tenían miedo y no querían salir a las reuniones. Mamita era brava. ¡Salgan!, les decía, es por nuestro bien. Si algo pasaba en la hacienda, a mamita le achacaban. La india Tránsito ha de haber dado esa orden, diciendo. Ella no paraba en la casa, yo cocinaba y lavaba. Mucho perseguían a mamita. Los soldados mandados por los ricos me dijeron una tarde: Entréganos a tu suegra. Tu suegra quiere quitar el país, diciendo. Ella volvía a la casa; veces venía candela, veces tranquila venía..." [30]

29. Ibid.
30. Ibid.

Según el tiempo, conforme a las costumbres de hacienda, cada año, a veces bajo la lluvia, desde las alturas andinas, en gruesas hileras, huacho a huacho bajaban los indios, hombres y mujeres, seguidos del mayoral a caballo, en cuyas manos serpenteaba el acial, en tanto que gritaba: ¡A Cuentadero! ¡A Cuentadero!..., nombre que fue acuñado del verbo "contar", porque era un cercado de madera en el que se juntaban todos los animales: vacas, caballos y corderos; y eran millares, pero había que contarlos y grabar en sus pieles, con marca indeleble, el nombre del amo patrón. Para eso estaban los indios, para forjar en la brasa las iniciales tan conocidas del dueño y, al rojo vivo, impregnarlas en todos esos cuerpos de animales semisalvajes, medio felices. Había que "taladrar a los animales". Candela, a ella el tiempo la convirtió en candela, carbón encendido, porque ahora ella era quien iba a taladrar a los amos. Porque llegó el tiempo de liquidar las cuentas y se había informado a Tránsito que los pagos llegaban tarde, incompletos, escasos. ¡Imposible! Ya no estaban para tolerar injusticias, abusos ni engaños; había una ley que protegía a los trabajadores. Debían pagarles a tiempo, semana integral y vacaciones, fondos de reserva; ahora eran ellos los que tenían la capacidad de exigir que se cumpliera la ley, poder que, veinte y cinco años después de haber empezado la lucha, aparecía en las manos, al cabo de siglos de oprobio y desesperanza. Los indios de pie conformaban un extenso cuerpo que, desde afuera se veía amenazante. Sus ojos negros y rasgados echaban fuego.

En Cayambe, la tarea justiciera representó para la comunidad indígena una época de lucha, conocida entre ellos como "tiempo de liquidación de cuentas", porque no fue fácil para los amos aprender la ley. Sin embargo, la Asamblea Indígena se había constituido en una institución en cuyo recinto se trataban los asuntos de gobierno de los peones indios. Allí, los y las cabecillas ventilaban temas diversos: eran informados, discutían objetivos, tomaban decisiones y se inte-



graban al proyecto partidario. "Indios politizados" fue el término que se acuñó en aquella época; tal vez el contenido contemplaba una comprensión más amplia: los indios hicieron política y conformaron un cuerpo social íntegro.

Aparte de la institucionalidad espontánea nacida del intrínseco derecho a formar una colectividad organizada, surgieron, desde la originalidad popular, estrategias de confrontación de lógica práctica: contravenir las acciones de interés de la hacienda. Si el perjuicio para los trabajadores era económico, justo era que la reacción vaya en contra del ingreso económico del dueño. En esta lógica, Tránsito Amaguaña, al saber que no se les había pagado lo justo ni a tiempo, instruyó a las mujeres que tenían a su cargo el ordeño que paralizaran la labor. Más tarde, dicha acción quedó localizada como estrategia en el ámbito de la confrontación y se la conoció como el "paro de ordeñadoras". Aquella vez, amos y mayordomos, buscaron la forma de hacer entrar en razón a las mujeres, aduciendo que la leche guardada en las mamas provocaría la enfermedad en las vacas. Tránsito, instigadora feroz, dijo: "¡Ordeñen y boten después la leche al río!", y allí estaba, para mirar como las mujeres echaban baldes de leche caliente al agua, ante el estupor del mayoral. A partir de aquello, ya vería el patrón que, para ellas, las cuentas debían estar claras y al día.

Ésta fue una forma agresiva de exigencia, pues fomentaba la pérdida económica para la hacienda. Un "paro de ordeñadoras" representaba el desperdicio de cuatro mil litros de leche por día. Casi como si se hablara del paro de un pozo petrolero actualmente. Más tarde, se exigiría la entrega de las escrituras de la tierra a favor de los huasipungueros mediante dicha estrategia. El "paro de ordeñadoras" se sumó a la huelga ya no solamente como un mecanismo de resistencia y confrontación, sino casi como un arma de combate, porque la huelga, a través del pliego de negociación, se tendía como un

puente entre los jornaleros y el patrón. Aunque, por lo general, la huelga surgía de improviso ante hechos inaceptables, no mostraba el efecto de la violencia que significaba una medida que atentaba directamente contra la producción.

Así, los indígenas fueron incorporando renovados y nuevos mecanismos a su quehacer político: paro del tránsito en la carretera, paro de actividades de hacienda, huelgas, alzamientos, participación en los diversos eventos de resistencia que los trabajadores realizaban a nivel nacional, presencia en las reuniones interprovinciales del Partido Comunista para planificar actividades o revisar posiciones, participación en los foros internacionales, en fin, metodología política que las movilizaciones populares observaban para golpear al sistema y lograr su proyecto. En la visión de Tránsito Amaguaña, el ideal estaba próximo: del sindicato a la cooperativa agraria para acceder a la tierra, solamente había que dar un paso. ¡Qué cerca aparecía el alma de Andón Guatemal!

IV

Un momento cumbre

Ciertamente, se habían conformado dos bandos oponentes: el sector terrateniente serrano frente al campesinado agrario integrado por unidades campesinas insertadas en la hacienda. La relación entre los dos había degenerado en una situación compulsiva dada la espiral de violencia cotidiana que suscitó actitudes de extremo control por parte de los patrones y una respuesta combativa desde los campesinos afectados. En el marco de las movilizaciones encaminadas a defender sus posiciones, las cuales, a la altura de la mitad del siglo XX, representaban, definitivamente, la lucha por la tierra, por la integridad per-



sonal y la organización social, la lucha indígena había alcanzado un momento cumbre: por primera vez la rebelión étnica lograba inscribirse en un marco histórico como protagonista de un proceso de transformación social, económico y político en el Ecuador. Conocida la época como la del "fuete y acial", fue el momento en que el pueblo indígena tomó contextura étnica y logró independizarse verdaderamente de la imagen que el concepto "amo" había logrado imprimir en su conciencia y en sus actitudes de sometimiento constantes. Para la década de los cincuenta, Tránsito Amaguaña representaba ya el poder en la ejecución sistemática de medidas que, paso a paso, llevaban a la comunidad indígena, a una clara identidad nacional.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO



Capítulo 11

El mundo




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

El mundo

El acontecimiento que inauguró la época contemporánea del mundo fue el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Entre otras razones, porque fue un hito histórico que marcó la transición en las políticas nacionales e internacionales y, especialmente, porque el Gobierno revolucionario confrontó al imperialismo estadounidense a partir de un reconocimiento pleno de su soberanía como país. En 1960, Cuba restableció la relación diplomática con la Unión Soviética —interrumpida por la dictadura de Fulgencio Batista—, y Raúl Castro firmó, con el premier Nikita Kruschev, un extenso programa de apoyo militar. Al mismo tiempo, en julio de 1960, operaciones de sabotaje orquestadas desde Florida y los rumores de una inminente operación de desembarco en Cuba provocaron la advertencia del gobierno ruso: "en caso necesario, las fuerzas armadas soviéticas pueden apoyar al pueblo cubano con misiles de largo alcance".[1]

El Gobierno de Fidel Castro sobrepasó la frontera geopolítica acostumbrada y los acuerdos comerciales con La Unión Soviética y China desconcertaron a los Estados Unidos, pues este país, ufano de haber bloqueado el comercio de azúcar y de haber suspendido los créditos a Cuba, se llevó la sorpresa de la inmediata reacción de los asiáticos: eran ellos los que se harían cargo del producto de la zafra y de apo-

1. Skierka, p. 135.



yar a la revolución. China se comprometió a adquirir, al precio del mercado mundial, quinientas mil toneladas al año de azúcar cubano. A instancias de Estados Unidos, la OEA condenó, en su Declaración de San José, el "intento de las potencias chino–soviéticas de sacar ventaja de la situación política, económica o social de los estados americanos".[2]

Los hechos se sucedieron vertiginosamente. No se le ocultaba a Castro que la CIA trabajaba desde 1960 en una operación encaminada a derrocar al Gobierno revolucionario. El 3 de enero de 1961, a dos años después del triunfo de la revolución cubana y dos semanas y media antes de ser elegido John Kennedy como presidente de los Estados Unidos, se rompieron las relaciones diplomáticas con Cuba y, en los planes de invasión, el asesinato de Fidel Castro formaba parte de la agenda prevista. La mafia estadounidense involucrada manifestó que Castro no tardaría en desaparecer. Se había planeado envenenarlo y fue Marita Lorenz la elegida; pero más pudo el amor, dijo ella, más tarde: no pudo hacerlo. Muchos intentos fallidos se sucedieron y se esperaba que la invasión a la Bahía de Cochinos, prevista para el 17 de abril de 1961, habría de lograr que el líder de la revolución cubana desapareciera, y con él, el comunismo y su influencia para América Latina, así como la injerencia de la Unión Soviética en el continente.

Bajo la luna llena se habían reagrupado las embarcaciones frente a la Bahía de Cochinos. Howard Hunt, de la CIA, emitía por radio la voz de alarma para alertar a los supuestos grupos antirrevolucionarios, pero antes del desembarco, una patrulla motorizada de Cuba avistó luces intermitentes en alta mar. Al principio, pensó que se trataba de alguna embarcación que solicitaba auxilio, pero al ver que tiroteaban a milicias apostadas, supo que se trataba de la invasión ya anunciada. A la madrugada,

2. Ibid, p. 136.

Castró ordenó a uno de sus más famosos pilotos hundir los navíos. A las 6:30, Enrique Carreras había hundido al navío más grande: el Houston, cargado de municiones y combustibles; una segunda embarcación, la Bárbara, huyó a las 9:30 llevándose a gente de la CIA y, nuevamente, el famoso Carreras hundió el carguero Río Escondido que transportaba municiones. La situación llegó a ser dramática para los invasores: el 18 de abril recibieron aviones de refuerzo que igualmente fueron derribados, combate en el que murieron cuatro hombres de la Alabama Air Nacional Guard. Castro presentó más tarde los cadáveres a la opinión pública para probar la injerencia de las fuerzas militares estadounidenses. Sin embargo, algunos aviones, piloteados igualmente por norteamericanos, atacaron a una enorme tropa cubana "situada a lo largo de más de treinta kilómetros de longitud, en Playa Girón. Transcurridas sesenta y cinco horas, los combates terminaron. A las tropas invasoras se les había terminado los refuerzos el 19 de abril de 1961".[3]

La situación internacional ofrecía a los ojos del mundo riesgos gravísimos. El 23 de octubre de 1962, el Presidente John F. Kennedy impuso el bloqueo naval de Cuba, pues se conocía que, desde la Unión Soviética, llegaba armamento nuclear a ese país, hecho que, según advirtió el mandatario norteamericano, significaría la guerra inmediata con los soviéticos. "Explicó Kennedy que había llegado a tomar esas medidas toda vez que armas ofensivas habían transformado a Cuba en una base poderosísima capaz de llevar a la destrucción al corazón mismo de los Estados Unidos".[4]

La confrontación de las dos potencias mundiales, Estados Unidos y Rusia, llegó a provocar la amenaza más seria de conflagración nuclear con la crisis de los misiles, en 1962, y a ejercer influencia en la geopolítica mundial. La ruptura de las relaciones entre Cuba y Es-

3. Ibid, p. 154.
4. Diario *El Comercio*, 23 de octubre de 1962.



tados Unidos, en 1961, definió los nuevos términos de equilibrio bipolar del mundo. Por su parte, el Gobierno norteamericano formuló nuevas estrategias tendientes a menoscabar la injerencia soviética en América. Como resultado de estas acciones, se dio un recrudecimiento de la guerra fría que terminó en 1962 con el acuerdo entre Kennedy y Kruschev, que consistía, básicamente, en que Rusia retiraría los misiles de Cuba a cambio de que el Gobierno norteamericano cesara en sus intentos de liquidar la Revolución Cubana. Este compromiso fue posible toda vez que el país del norte fracasó en sus acciones conspirativas y sufrió la derrota en Playa Girón.

Sin embargo, Estados Unidos no cesó en su empeño de erradicar cualquier proyecto ajeno al capitalismo: expulsó a Cuba de la OEA y propuso un ambicioso programa llamado Alianza para el Progreso, cuyo objetivo central pretendía cambiar la faz de América Latina, sumida en el subdesarrollo, a través de una revolución pacífica. De esta manera, las repúblicas sudamericanas recorrieron un camino que fue de la insurgencia a la represión por parte de gobiernos y dictaduras militares. Nicaragua, Haití y Paraguay vieron afianzarse las tiranías familiares anticomunistas. Los panameños eran objeto de represión armada en su propio territorio a causa del izamiento de la bandera en la zona del canal; en República Dominicana, desembarcaron veinte y dos mil marines, con la insignia de la OEA, para controlar el movimiento popular que pretendía restaurar el eje constitucional, penosamente conseguido tras la muerte del dictador Rafael Trujillo.

Al otro extremo del globo, el pueblo vietnamita dejó su huella en la historia como vivo ejemplo de que ni la guerra ni el genocidio pudieron doblegarlo. Estados Unidos justificó su intervención como inevitable mediante la llamada Teoría del dominó, la cual pretendía impedir el afianzamiento del comunismo en el sudeste asiático, aunque hacía caso omiso del Acuerdo de Ginebra de 1954.

II

Reacciones en el Ecuador

En el Ecuador, y en el ámbito del Partido Comunista, ya desde 1956 se agudizaba la discrepancia política que enfrentaba a dos concepciones opuestas: una liberal colaboracionista y una que consideraba que el partido debía construirse sobre el soporte de las masas sociales. El triunfo de la Revolución Cubana aceleró esa contradicción e influyó, indirectamente, para que, en 1963, se dividiera el Socialismo Ecuatoriano y se fundara el Partido Socialista Ecuatoriano Revolucionario.

En el seno del nuevo Partido se definieron las rutas de las dos décadas próximas: luchar por los intereses de las masas campesinas y por la Reforma Agraria, oponerse a las concesiones petroleras de una vez por todas —puesto que en 1944 se había mostrado una actitud más tolerante a los intereses del capital internacional—, exigir el reconocimiento de las doscientas millas de mar territorial, influir en planes económicos orientados a la destrucción del latifundio y a la realización de una verdadera reforma agraria, sustentar la industrialización del país en beneficio de la economía nacional, recuperar las riquezas entregadas al imperialismo y fomentar la educación y la salud para el pueblo. En el ámbito de la política internacional, el Partido se comprometió a defender la Revolución Cubana, condenar la agresión contra Santo Domingo y solidarizarse con el pueblo vietnamita.

Desde la óptica cristiana, en 1956, siete años antes de la Reforma Agraria, Monseñor Leonidas Proaño, el "Obispo de los Indios", planteó la necesidad de entregar a los comuneros indígenas

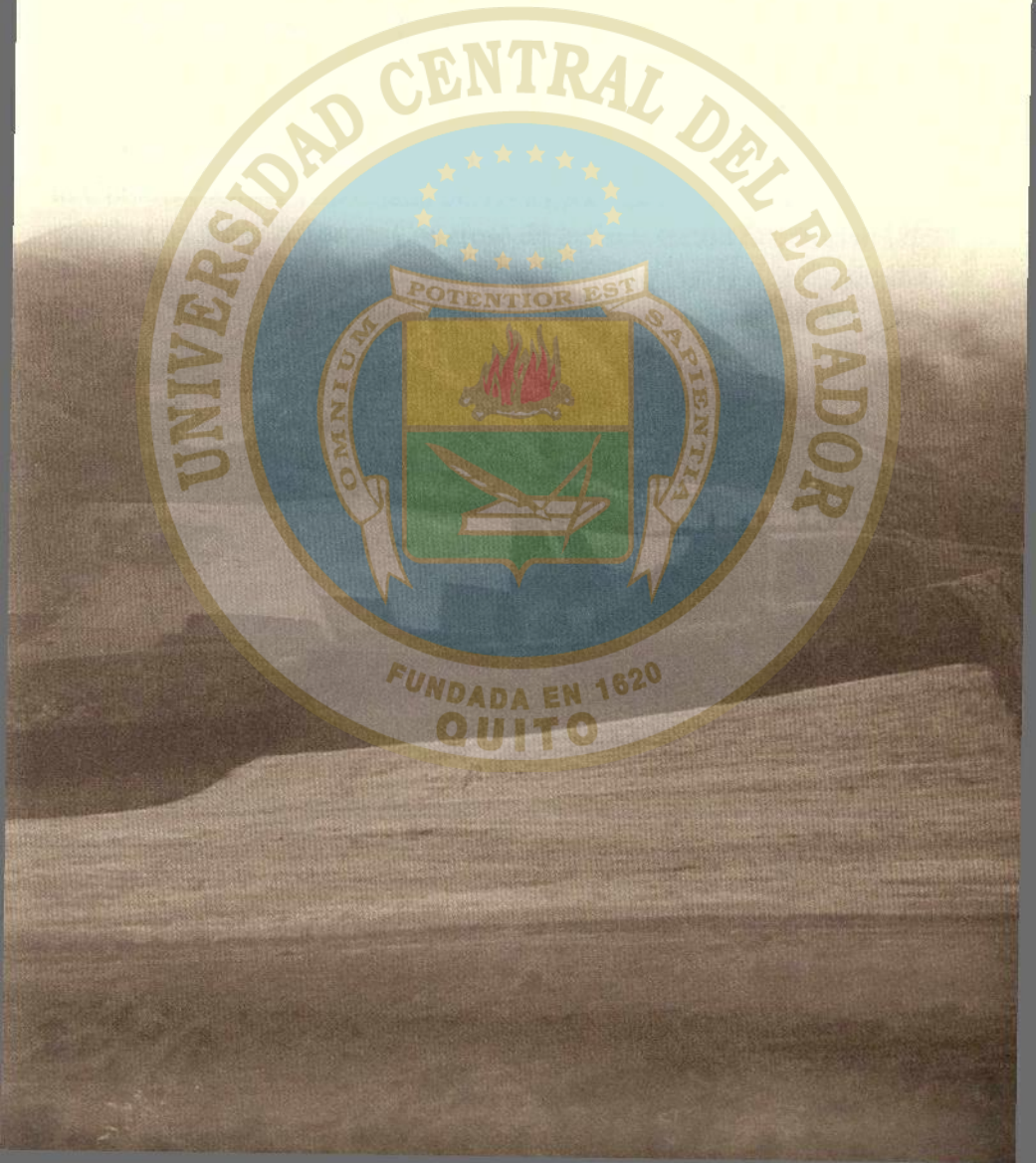
las tierras de las haciendas que pertenecían a la curia de Riobamba y se encontraban arrendadas, hecho que significó un precedente importante para que, más tarde, se expidiera la mencionada ley agraria en el Ecuador.

En el escenario rural, la movilización indígena alcanzaba altos niveles de beligerancia. Los arrendatarios, mayordomos y gente que prestaba servicios técnicos a las haciendas veían que la actitud de los indígenas se había convertido en una amenaza permanente y que ni siquiera la policía, apostada en la zona, lograba frenar la fuerza de la organización y las asambleas se sucedían unas a otras. Los y las cabecillas habían desarrollado diversas estrategias para evadir la persecución de la policía y mantener al pueblo trabajador siempre dispuesto a luchar por sus reivindicaciones.



Capítulo 12

La Reforma Agraria




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La Reforma Agraria

La organización indígena de la Sierra ecuatoriana, apoyada por la Confederación Ecuatoriana de Trabajadores (CTE), realizó, en diciembre de 1961, el Tercer Congreso de la Federación Ecuatoriana de Indios FEI y la llamada Marcha de la Reforma Agraria, a fin de demostrar que la lucha indígena por el acceso a la tierra era irrevocable. Así aseguraba Tránsito Amaguaña:

La lidiadera de nosotros ca era espantosamente formidable: que andábamos chupando, que andábamos sufriendo, que andábamos llorando sangre. Chupar por chupar, se ha chupado; como perro ladrón se ha chupado, ¡carajo! Acordando de todo eso ca pienso: ¿Por qué tan andaré así sueltamente, si con todo ca he lidiado? Porque seguía luchando, ahura ya para quitar las haciendas, formando cooperativas… Ahí estando luchando, luchando mismo, ya vino ya, la lucha de reforma agraria. Yo no comprendía qué es la Reforma Agraria. De tanto preguntar, de tanto oír, entendí qué quiere decir… Allí ya me avisaron…[1]

En la concentración realizada en la Plaza Simón Bolívar, estuvieron presentes el Presidente de la República, Carlos Julio Arosemena Monroy, los Ministros de Gobierno y Previsión Social, y los representantes de la Confederación Ecuatoriana de Trabajadores

1. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 214.



(CTE), organismo que tuvo a su cargo la conducción de la manifestación y que, de manera similar, había organizado el desfile previo a su constitución en 1944. La reunión convocó, además, a importantes dirigentes políticos y se inauguró con un multitudinario desfile.

"Una invasión pacífica sintió la ciudad de Quito, ayer, a medio día, cuando millares de indígenas desfilaron por primera vez por las calles céntricas pidiendo que se haga efectiva la Reforma Agraria y reclamando sus reivindicaciones sociales".[2]

El desfile se inició en Chimbacalle. Millares de indígenas procedentes de las provincias de Chimborazo, Cañar, Tungurahua, Cotopaxi, Imbabura, Pichincha y otras se congregaron en el sector sur de la ciudad y de allí salió la manifestación. Recorrieron a pie pacíficamente las calles hasta llegar a la plaza de Santo Domingo. Durante el trayecto, reclamaron por la Ley de Reforma Agraria y la abolición del huasipungo. Se expresaban en kichwa y portaban carteles en los que se leían proclamas como las siguientes:

"Ya no queremos amos. Queremos ser consumidores. Abajo los gamonales. Viva la Reforma Agraria. Pan y justicia para el indio. Educación y tierra para los indígenas ecuatorianos".[3]

Algunos de los carteles aludían a la política internacional y destacaban la figura de Fidel Castro. Muchos de ellos proclamaban su propia posición frente a la tenencia de la tierra y a la condición laboral. Los indígenas mostraron, a través de sus diversas expresiones, que conformaban un enorme sector social dispuesto a transformar las antiguas formas de gestión agrícola a cualquier precio. Algunos textos que exhibían las pancartas anunciaban sus postulados; otros aparecían beligerantes.

2. Diario *El Comercio*, Quito, miércoles 5 de julio de 1944.
3. Ibid.

"La tierra es para el que la trabaja. No queremos palo, queremos tierras. Que terminen los salarios de ochenta centavos. Tierra o muerte. No somos esclavos. Reforma Agraria es liberación". "...Que tiemblen los poderosos. Ya viene Rumiñahui. El mayordomo nos azota y el Teniente Político nos encarcela. Basta de latifundios. Iremos a la lucha para acabar con los gamonales. Hemos vivido explotados durante cuatro siglos".[4]

Uno de los indígenas de Pesillo, Miguel Lechón, formado en las luchas campesinas de los años treinta, marcado por la experiencia dolorosa de sus padres e integrante del grupo de los cabecillas pertenecientes a la segunda generación, se destacaba en esta reunión como importante líder de las aspiraciones indígenas. Siempre inspirado en el recuerdo de las acciones primeras, mostró que su liderazgo nacía desde profundas motivaciones subjetivas y desde la constatación de realidades sociales por demás adversas.

"Estas luchas no fueron tan fáciles... No eran suaves estas luchas por seguir este camino... Todo eso fue muy amargo: las luchas, como se dice, no eran de llano. Yo alcancé a ver que mis padres lloraban sangre. Mi madre lloraba gotas de lágrimas, compañero, con dolor del alma... Me hice hombrecito de unos catorce años. Entonces, desde ahí, yo seguí descubriendo, descubriendo escondido de mi papá, de mi mamá. Porque ellos no querían que siga esta opinión, porque decían que he de vivir encarcelado, torturado, cuereado, paleado en el penal, en el calabozo. En el calabozo ha de quedar mi hijo, decían, yo no quiero que se meta a socialista decía mi papá. Él era un auténtico socialista pero no se dio cuenta. Yo sí me di cuenta..."[5]

4. Ibid.
5. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Miguel Lechón, p. 258.



Ahora llevaba la voz del pueblo indígena ante el Gobierno y el país en el ámbito de la política popular. Cuba aparecía como adalid de los sectores obreros y campesinos, la Alianza para el Progreso mostraba su propio modelo y la mayoría de los países latinoamericanos revisaba sus formas de conducción social. La posición indígena, a través de su demanda, indicaba aspiraciones relacionadas con los servicios y el manejo de la tierra. "Necesitamos educación, atención médica, huasipungos gratuitos, agua potable, luz eléctrica",[6] dijo Miguel Lechón. Expresó, además, su deseo de vivir acorde con las comodidades que ofrecía el mercado: televisión, teléfonos, automóviles, etc. "El indio también tiene derecho a pasearse", dijo. "Es necesario que se acaben los gamonales y que se publique en la prensa los abusos de éstos... Que se acaben los salarios infelices y que se siga el ejemplo de Cuba...",[7] argumentó.

Concretamente, manifestó al Gobierno que los campesinos necesitaban que se promulgue la Ley de Reforma Agraria y la Reforma Presupuestaria. Así terminó su intervención. La tempestad amenazaba en esos momentos y, efectivamente, un gran aguacero se desató pocos minutos después, justamente cuando el Presidente Arosemena empezaba a dirigir sus palabras al público.

"Desgraciadamente", dijo, "el tiempo inclemente me impedirá deciros todo lo que quiero decir. Estoy agradecido por esta gran concentración de los representantes de los diversos sectores de la patria, de la raza explotada desde el comienzo de la República y desde antes. Estos ecuatorianos, compatriotas nuestros, siguen siendo explotados todavía por individuos a quienes les llegará la hora de la justicia. La Reforma Agraria y la Reforma Tributaria serán hechas en mi administración, porque felizmente forman parte de mi gobierno hom-

6. Diario *El Comercio*, Quito, 5 de Julio de 1944.
7. Ibid.

bres capaces, inteligentes y dinámicos. La reforma está haciéndose por individuos que conocen las técnicas indispensables. Esta Reforma, sin embargo, será aplicada por hombres de corazón".[8]

"Somos un país libre y soberano", dijo, refiriéndose a la política internacional, "y los ecuatorianos no aceptamos imposiciones. Estamos con los Estados Unidos, pero también estamos con la Unión Soviética. Velaremos con todo celo por el imperio absoluto de la Ley y quiero que no sean mal interpretadas mis palabras. Propongo un poco más de justicia. Cumpliré la democracia mientras sea Presidente de la República o moriré en la demanda".[9]

Los aplausos de los asistentes y el golpeteo de la lluvia inundaron la plaza. Las noticias dieron cuenta del tono emocionado con el que se dirigió al público el Presidente de la República, a la vez que prometió a los indígenas, congregados en la Plaza Bolívar, abolir el huasipungo y dar trámite inmediato al proyecto de ley de Reforma Agraria. Manifestó, además, en su discurso, que el Ecuador es un país soberano y que no toleraría "imposiciones de ninguna naturaleza".[10]

Carlos Julio Arosemena intentó un gobierno progresista: fomentó el nacionalismo, formó un gobierno de centro–izquierda y buscó la manera de realizar las reformas que el pueblo reclamaba. Además, respetó a las organizaciones de izquierda, aunque los Estados Unidos, mediante fuerte injerencia, trataba de eliminar todo aquello que suene a Castro y Revolución Cubana. La reacción local lo denunció como un gobierno comunista, los medios de comunicación propendían a la defensa de las tradiciones cristianas y el clero se encargó de organizar verdaderas cruzadas, mediante procesiones, que tenían por objeto desagraviar a Dios

8. Ibid.
9. Ibid.
10. Ibid.



por la ofensa causada por el comunismo a la Iglesia Católica, ya que, aparentemente, se tomaba el país. Apareció la devoción a Jesús del Gran Poder y sendas procesiones, que daban la impresión de contra–marchas, poblaban las calles de Quito. Inmediatamente, se pidió al Presidente que rompiera la relación diplomática con Cuba. En efecto, así lo hizo en 1962, pero el final de su mandato se avizoraba inmisericorde. En razón de inapropiadas actitudes personales, el 11 de Julio de 1963, Arosemena Monroy fue depuesto mediante golpe de estado. Asumió el poder una Junta Militar presidida por el Almirante Ramón Castro Jijón.

La Junta Militar se distinguió por un proyecto modernizante y tecnócrata de cariz neutro en el espectro de la ideología. Dictatorial y represiva, intentó una empresa desarrollista por encima de los conflictos sociales y a pesar de la miseria popular. Consolidó su base política en las clases medias, que se interesaron rápidamente en mantener el orden establecido, y cimentó el programa Alianza para el Progreso.

Su posición frente a la política internacional se mostraba acorde a las expectativas estadounidenses. En un ámbito propicio, diseñó una "modernización planificada" de la sociedad ecuatoriana. Finalmente, se llegaba a la ejecución de un plan gradual sobre la tenencia de la tierra, impulso a la industria, promoción del empleo y fortalecimiento del sector público. Abordó el problema del campo, expidió la Ley de Reforma Agraria el 11 de julio de 1964 y estableció otras disposiciones legales como el Decreto 373 de abolición del trabajo precario. Mediante el Decreto 1001, declaró de utilidad pública, y sujetas a expropiación e inmediata ocupación, las tierras de baja producción arrocera cultivadas por precaristas. Conforme a los planes que el Gobierno de los Estados Unidos propendía, y en respuesta al desafío planteado por la Revolución Cubana, la Junta Militar llevó a cabo un programa de re-

formas como la agraria, la tributaria y la administrativa, para amortiguar, además, las contradicciones del agro y el descontento campesino. Sin embargo, la persecución a la izquierda y al movimiento organizado de masas fue la doble moral con la que actuó la Junta Militar. Reprimió las manifestaciones de trabajadores y estudiantes y, confrontándose con grupos de la oligarquía guayaquileña, vio disminuirse su poder cuando grupos de derecha e izquierda aseguraron que, habiéndose conjurado el peligro comunista, no había necesidad de una actuación militar en la conducción del estado.

Por su parte, grupos de exportadores, sectores oligárquicos, manifestaciones de obreros y estudiantes confluyeron en una posición que consideraba que el Ecuador debía volver a la democracia. La Junta Militar pronto fue sustituida por la presidencia interina de Clemente Yerovi Indaburu, ecuatoriano de altas virtudes cívicas.

"En todos los días de mi presidencia, me encomendaba a Dios en las mañanas pidiéndole equivocarme lo menos posible, llegar a la Constituyente —que era el mandato a cumplir— y no tomarle cariño al poder. Los favores me fueron otorgados".[11] dijo un hombre que se hizo cargo de un país cuyas finanzas exigían la gestión de un experimentado administrador. Ocho meses después de haber logrado estos objetivos —las finanzas razonablemente equilibradas, la república en paz y en marcha un proceso de retorno a la democracia—, Yerovi Indaburu, quien se distinguió por la honradez y preocupación por el bien común, entregó el mando.

11. Revista *Vistazo*, 2005.



II

Los hilos de la política

La Guerra Fría, llamada así porque el equilibrio internacional pendía del tablero de comandos nucleares —Estados Unidos había perdido el monopolio atómico y la URSS acreditaba similar poderío—, hizo que las superpotencias instauraran el equilibrio del terror: en segundos y a través de los hilos telefónicos, cualesquiera de las dos podía desatar la guerra nuclear que daría fin al mundo. Posteriormente se logró anular el chantaje mutuo para dar paso a una libertad en agonía. Cuba, como un ave en pleno vuelo, surcaba aires de transformación, aunque los dos titanes extendían sus manos por ella. Playa Girón se convirtió en leyenda, trova y poesía. Sin embargo, la utopía comunista y el pragmatismo capitalista se disputaban en el escenario, no la supremacía de ideales, sino la grotesca parodia del poder. En el Ecuador, como en otros países de América Latina, las luchas populares habían hecho de Fidel Castro el héroe de las reivindicaciones y del Che Guevara el santo de los pobres. El Partido Comunista Ecuatoriano, de hecho, articulado al activismo internacional, estaba listo para participar en la acción proselitista.

El liderazgo de Tránsito Amaguaña, que había tomado especial relevancia en este escenario, hizo que los altos mandos del Partido Comunista en el Ecuador la identificaran como la persona capaz de representar a los indios en la reunión mundial a realizarse en Moscú. Sin embargo, los indígenas, allá en Cayambe, temían. Muchos de ellos guardaron silencio. ¿Hacia dónde caminaba Tránsito? Si bien, para 1961, muchos de los cabecillas demandaron ante el Gobierno de Arosemena Monroy por tierra para los campesinos, un año después veían que comprometerse en faenas increíbles —trasladarse a otro mundo y afrontar los resultados— les provocaba desasosiego, y sentían recelo al ver que una de las cabecillas iba a cruzar el océano. Ella asumió el re-

to y viajó a la Unión Soviética como representante del campesinado indígena a la Asamblea Mundial del Partido Comunista.

Cuarenta y seis hombres y nueve mujeres, viajamos, asegura. *Primero fuimos a Guayaquil y luego a Cuba. En Playa Girón nos recibió el señor Fidel Castro. Gente estuvo allí esperándonos; nos recibieron con banda y flores. Estuvimos chupando caña, nosotros que alzamos a ver, negriando... Se habían acabado ¡limpio! Allí hubo mucha gente muerta, dijo el Comandante y luego nos hizo ver como fusilaron a los que estaban en contra de Fidel Castro. Aviones volando como a las tórtolas voltearon; los habían tumbado. Ahí ca, había gente muerta, conforme han caído, ahí estaban, un lamento, me daban ganas de llorar. No puedo enterrar dijo él, que los vengan a ver; allí los tienen secándose con líquidos; tengo que entregar, dijo después, pero la igualdad es la igualdad, en los hoteles grandes comen los peones. Gente acompañando dijo: 'ahora con Fidel conocimos comida, antes no teníamos que comer'. Para ver eso, pensé, yo ca, nosotros bien comidos estamos, nosotros estamos mejor.*

En una rama estaba colgado un saco de hombre; en secretico, escondidito le dije a Fidel: compañerito, regáleme ese saquito. No hay como, me contestó. Yo bramaba porque dijo en discurso: ¡comunista he de morir! Allí estuvimos dos días. El señor Fidel Castro, era muy joven todavía; él nos dio alojamiento. Después en barco hicimos veinte y un días a Rusia. Pasamos por un punto llamado Roma, allí Papa Santo, enterrado parecía que estaba. No se lo podía ver. Llegamos a Rusia. Hasta allí siempre me habían dicho compañerita Tránsito; yo callaba. Los que vinieron conmigo decían: ella no habla porque está pensando. Sí, estoy pensando, yo decía, pero era porque me moría de iras. Compañerita Tránsito, dice en voz alta, en tono de burla, como para sí misma, y luego murmura: *cómo si les iba a creer. Hasta que me nombraron en la asamblea con voz muy fuerte: ¡Camarada Tránsito Amaguaña! Eso era otra cosa.*



En Rusia solo papas chinas, uvas verdes y negras comían. En nuestro mundo zapallo, sambo, arvejas, habas, papas, ocas, mellocos. Me cogió dolor de barriga. Me fui a buscar pensando que ha de haber: melloco, raíz de cebada, filigrana para hacer agüita y que me calme el dolor. Vino una señora y dijo: ahora sí, ¡duérmanla! Me amarcaron y me llevaron a un hospital. Me operaron. Vivito me sacaron las tripas. Me dijeron que vea. Yo ca no quise ver, comenta Tránsito, al mismo tiempo que toca con sus dedos la cicatriz que muestra el lugar del apéndice. *Ahora te vas bien sana, dijo el doctor. Irás a luchar duro; tus gamonales no te han de doblar. Has de envejecer. Has de estar viejita llena de visitantes. No vais a hallar dolor. Viejita, viejita te vais a dormir de una vez. Vinieron otros doctores y me llevaron a la casa. Ya vamos a largar a todos mismo, dijeron. No pude ir a ninguna otra reunión más, no pude desfilar. No vaya a ninguna parte, camarada Tránsito, me decían, tenga cuidado, vaya a pasar alguna cosa...*

Ya regresando llegamos a un punto llamado Brasil. Allí le pedí a una señora que se llamaba Rosa que me preste doscientos sucres y ella me dijo: ¿por qué no trajiste? Yo traje veinte y cinco mil sucres y mi marido veinte y cinco mil. Ella tenía una caja de plata llena de billetes. Yo no tenía ni un sucre y moría de sed. Después estuvimos en una sesión en Guayaquil y la señora Rosa dijo: con la compañera Tránsito fuimos a Rusia y volvimos de Rusia, y yo saqué en sesión de partido lo que había pasado. Toda la gente se admiró.[12]

Discurría el año de 1963 y algunos meses habían transcurrido desde su regreso de Rusia. Su actividad política continuaba intensa y audaz. Siempre acudía al churo para llamar a la asamblea, pero ahora

12. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, junio de 2005.

algo había cambiado: ella mantenía reuniones privadas con los dirigentes. "No todos podían saber las cosas que ella sabía, comenta Guillermina... Ella traía papeles que indicaban cómo los campesinos podían alcanzar la tierra".[13] *La mitad de gente nuestra no quería revolución, la otra mitad sí queríamos, pero no queríamos una revolución con armas, sino con nuestros propios brazos, con nuestro propio cuerpo*,[14] asegura Tránsito ...Y es que ella se manejaba a dos niveles: la toma de decisiones en el espacio de los y las líderes para mantenerse integrados a la acción del Partido Comunista en su conjunto, y la tarea local: formar las cooperativas agrarias.

"Sacudida era mamita Tránsito", dice mama Guillermina, la nuera. "Sacudida para todos era. Para hijos, para nietos, para las asambleas era bien fuerte. Hablando hacía aceptar a la gente a organizarse. Mamita Tránsito fundó las cooperativas de trabajadores. Ella salía con la Angelita Andrango de Pesillo. Mamita Tránsito activa, organizó cooperativas en Santo Domingo, Santa Rosa, Candelaria, Sacata, Pesillo, San Pablo Urco, Mapuco, Cariacu, Paquistancia, Cangagua. Toda la zona de Cayambe. Empezó la toma de tierras".[15]

III

Otra vez el dolor

En el Ecuador, la Junta Militar se esforzaba por cumplir su proyecto modernizador, pero, al mismo tiempo, perseguía sin tregua a comunistas infiltrados en el campo, así como a comunistas campesi-

13. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillernima Cerón, La Chimba, junio de 2005.
14. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña. La Chimba, junio de 2005.
15. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillernima Cerón, La Chimba, junio de 2005.



nos adversarios al régimen. El Gobierno estaba muy bien informado de la acción partidaria que desplegaba Tránsito y, por supuesto, del viaje realizado por ella a Rusia. Los arrendatarios de las haciendas en conflicto, en común acuerdo con la policía enviada por el aparato público, estaban siempre al acecho. Ella conocía socavones, escondrijos bajo puentes, hondas acequias, quebradas oscuras y, por eso, generalmente lograba evadirlos. Pero en el año de 1963, la vida midió sus fuerzas. Ella, arrebatada por la pasión justiciera, no cejaba en el empeño y no cesaba en la lucha: le urgía que las cooperativas agrarias estén organizadas y sólidas para cuando llegue el momento de acceder a la tierra. Pero Daniel, su hijo mayor, apareció un buen día quejándose de dolor de cabeza, de molestosas sacudidas del cuerpo por el escalofrío y molestias en las rodillas que le provocaban sensaciones de debilidad. *Mal aire es, espanto parece que es...*, pensó la madre. Para eso estaban sus plantas curativas: chilca, paico, verbena, santa maría, sauco, marco y ortiga negra; son las siete que conforman el manojo de las plantas sagradas para hacerle la limpia y templar otra vez su cuerpo vigoroso que trabajaba hasta la llegada del sol oblicuo de las seis.

Sin embargo, el dolor se expandió de las rodillas a las caderas y crepitante subió por la columna vertebral. Tránsito buscó al **yachac** afamado de Ilumán. *Taiticu, vení a curar a mi hijo, vení a sacarle el mal aire*,[16] le había dicho. Ni **yachac** ni sobadores dieron con la enfermedad. Consideró que debía buscar a los mejores sanadores y emprendió con su hijo el viaje a la Amazonía. Allí el **shamán** se haría cargo de sacarle el mal. Nada se pudo hacer. "Mamita Tránsito, es un cáncer de huesos", le había dicho después el médico de Cayambe. El dedo de la muerte había señalado inexorable el turno de Daniel, el primero de sus hijos. Murió de treinta y cinco años, después de soportar nueve meses el doloroso mal. Daniel Alba Amaguaña falleció y el dolor a la madre le atravesó la garganta.

16. Ibid.

Así pasó, asegura melancólica y muestra cómo el dolor por la pérdida del hijo de sus entrañas cruzó con látigo de fuego su cuerpo recio para el combate y su alma noble se inclinó... Da vueltas un cordón que rodea su muñeca en lugar de las manillas de mullos rojos. Calla, pero no se le pierde la mirada en la distancia. Íntegra y dueña de su propio sino, muestra la capacidad de mirar desde fuera el discurrir de los acontecimientos. Quizás porque ha pasado tanto tiempo; aunque sí, da la impresión que se le hunden los ojos en las fosas ahuecadas que hablan de la nada. Solemne circula el aire y ella retorna mentalmente al pasado para revisar la cronología de los hechos:

La viuda con una hembrita y dos varoncitos nunca más volvieron por aquí, continúa; *mi hijo Daniel si fue de la cooperativa y a ella le tocó después en el sorteo un llano, pero siempre salía a las mingas, a los caves de papas. Mucho trago decían que ella tomaba, tal vez del sufrimiento. Ella murió algunos años después, la gente diciendo: en minga de corte de cebada murió. Mujer ca tomando trago en caneca murió. Así pasó, la hija diciendo: no tome mamita, no tome... y ella le dijo: calla longa, ¡carajo! Y murió expirando.*[17]

Pero la raíz mortífera se había instalado alrededor de la choza. En el mismo año de 1963, y una tarde de esas, pocos meses después de la muerte de Daniel, Tránsito regresaba a su casa al cabo de recoger los últimos granos que dejaba ya el árido erial de la Sierra. Encontró que la esperaba su padre.

Vino de Zuleta, dice, *maletita cargando... Ya no avanzo hijita, me dijo. Ya me voy, ya voy a perder mi vida, cuidarás a tu mamita, darasle un platito de comida, así como me has brindado a mí. Verás a los indios. De ahí ca, me tomó de la mano y me dijo: comerán chapito, harán chapito y cerró los ojos.*[18]

17. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, junio de 2005.
18. Ibid.



Comenta esos momentos, mira fijamente como debe haberla mirado Vicente Amaguaña, imita su voz al decir las palabras y rememora la escena de la despedida; tal vez para resucitarlo en sus fibras y rescatar su calor; para sentir, una vez más, que él continúa con vida en el fluir de su sangre. Un aire solemne la rodea, al recordarlo, porque sabe que del amor a su padre fluye su capacidad guerrera.

Pocos meses habían pasado desde la muerte de Vicente Amaguaña. Anciana ya la madre, y sola, se apoyaba en la hija. *¡Tránsito! No me irás botando!*,[19] le decía. La gente estaba reunida para la sesión y la esperaba. Ella debía mostrar los papeles que trajo de Rusia. Estos hablaban de leyes especialmente favorables para los campesinos. Bien guardados los llevaba en el corpiño. Si mamita, ya vuelvo, le dijo al despedirse y bajó a la hondonada. Allí se conservaba una antigua casa, que fue el molino de harina en la época de los padres mercedarios y que los indígenas conocían por el nombre de **maquina-huayco**. La reunión era secreta porque los papeles lo eran. Ella llegó y empezó la asamblea. *Menos pensado llegó la policía preguntando: ¿Tránsito Amaguaña? Ah... si es usted, ¡está presa!*[20] le dijeron. Esposas le pusieron en las muñecas y a empellones la empujaron al carro policial. Mamita Tránsito no puede irse sola, había dicho la nuera, que con uno de los hijos en brazos se acomodó a su lado. Llegaron las dos al Penal García Moreno. Tránsito en el trayecto se comió los papeles y, al ingresar a la cárcel, lloró.

Delante de mi propio nieto me tiraron una piedra que cayó en la rodilla, delante de mi propio nieto me cayó en la cara mierda. ¡Ah, púchica! yo acordando solita me he puesto a llorar porque he sufrido mucho... Mamita seis semanas había aguantado de lo que me llevaron. Mamita murió de pena...[21]

19. Ibid.
20. Ibid.
21. Ibid.



La voz opaca se trenza con el suspiro que surge desde sus profundas reminiscencias y deja ver que así es como ocurrió la separación entre dos mujeres que fueron madre e hija, pero una sola corriente vital en la perspectiva del quehacer social transformador. A la edad de ochenta y ocho años falleció Mercedes Alba.

IV

La prisión

Por eso, como dirigenta, como cabecilla, porque organizaba los sindicatos indígenas en la zona de Cayambe, al año justito de haber ido a Rusia me llevaron presa al Penal García Moreno. Por haber ido a Rusia, a otro mundo, dijeron. ¿A qué te fuiste? ¿A traer plata? ¿A traer bala?, preguntaban soldados. ¿No conversaste nada?, me

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
FUNDADA EN 1620
QUITO



dijo el policía. Pero ¿qué voy a decir sin hacer nada ni robar nada?, le contesté. Delante de las presas me cayó la piedra en la rodilla. Se hinchó. No avisará, decían ellas, porque la han de amarrar y le han de poner piedra en la barriga. Mas que esté llorando, más que esté chillando, no dirá nada, me aconsejaban. Me aguanté, y, al día siguiente, los policías me preguntaron y yo contesté: ya estoy buenita, un paso, dos pasos ya estoy dando. Después se largaron.

Cuatro meses y tres semanas estuve allá. No he de llorar, decía yo, algún día he de salir. ¡Qué carajo! Dos mares he cruzado. A otro mundo fui. ¡Jarilla! Dos meses sin salir metida en un cuarto. Al tercer mes ya empecé hacer limpieza. Apenas nos daban un plato de comida al día que nos ponían en una ventana. Pero no he de llorar, decía. No he matado gente para llorarme, no he robado nada para temer. Una tarde vinieron soldados a decirme que mamita ha muerto. Mi papacito muerto, mi hijo ya era muerto tan. ¿Cómo sería de llorar?... Y quería llorar, pero dije: ¡No! Ve cómo llora la India han de decir. Llovía, llovía... ¡Semejante aguacero! Algunos cabecillas quedaron en la cárcel presos. Amadeo Alba estuvo un año cuatro meses. Algunos decían: a esta doña no la dejarán salir. Verán y acordarán. Esta mujer va hacer pedazos la hacienda. Vino otro policía y antes de coger el camino me dijo: A vos te vamos a mandar a las Islas Galápagos. Yo le contesté: Y a vos, ¿qué te importa? A dónde tan mandando he de ir.[22]

"Me acuerdo clarito. Era agosto y fui a visitar a mi suegra", dice Guillermina Cerón. "Fui a visitar a mamita Tránsito en Penal y entonces ella me dijo: ¿Por qué no dirigís a patrón Galo Plaza? Ese tiempo había gente buena. Yo cogí un taxi y le dije al chofer que me lleve a la hacienda Zuleta que era de patrón Galito y el taxista me lle-

22. Ibid.

vó. Llegué y pregunté por patrón. Salió. Él me preguntó en kichwa: ¿Qué pasa? Mamita está presa en Penal García Moreno, le dije. ¿Qué pasa con la Tránsito?, me contestó. Vengo a rogar patroncito que me de sacando a mi suegra. **Imata Niju Jatana**. Ya voy a ir a ver qué pasa, dijo. Voy a ir con cobija, dijo. Verdad fue a verla y le llevó avena, mellocos, **machca** y una cobija. En quince días la sacó".[23]

Quince días después vino el Señor Ministro de Gobierno y me encontró llorando, continúa con el relato Tránsito. *¿Por qué lloras así?, me preguntó. No soy ladrona, le contesté. Discúlpeme, no he matado a nadie, y no he de vender la ley de los indios a los ricos. Ya para largar llegaron a querer. Nada no le hicimos. No irá a decir nada, me decían. Después me largaron puerta afuera. Siempre solita, calle para arriba, calle para abajo. Solita no más me vine, cogí carro a Cayambe y solita llegué. Lo que me dio la gana hice yo tan...*

Los patrones me estaban dando plata para que no moleste. Te vamos a hacer la casa siendo en Cayambe, siendo en Ambato, buena casa. Te hemos de mantener. ¿Elé? Gente de Partido me dijo: si querís, coge no más. No cogí la plata y vine a organizar las cooperativas de los trabajadores. Es que yo pensaba: tengo mi hermano, tengo mi hijo y mis nietos, toda la gente, ¿cómo yo solita no más voy a recibir plata? No hice nada. ¡Que voy hacer picardías! Taiticu mío, llevará mi cuerpo limpiecito. Salí de la cárcel, hice flores de la hacienda para la gente. Viven tantos en sus parcelas. Ahora ya no acuerdan, dice, *pero en esos días...*

Vinieron toda la gente desde Cariacu, Muyurco, Chimba, Pesillo a recibirme. ¡Ah, púchica! Yo gritando, yo llorando, yo hablando: un solo cuerpo, un solo corazón, comunista he de morir, dije tan... ¡Ah, púchica! ¡Cómo vino la gente! Porque he venido del extranjero, porque salí de la cárcel. Pidieron sesión para que explique la Ley de

23. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, La Chimba, junio de 2005.

los Indios. Al día siguiente, ¡cómo se reunió la gente! Fuimos con campanilla, flauta, cencerro y guitarras, parte por parte. Fuimos lejos y volvimos dando la vuelta a los potreros. Los patrones ya no pudieron hacer nada. Nosotros gente indígena hicimos fiesta. ¡Que beban los indios! ¡Qué vivan los trabajadores! Ellos son dueños de la hacienda, diciendo. Así como han sufrido antes, ahora ya no han de morir. Ahora somos de otro mundo, de otra parte. ¡A ver, vengan a matar ustedes! ¡Extranjeros vendrán y matarán a ustedes![24]

"Ellos se pararon duro, ¡carajo! Antes esta hacienda era de nosotros los naturales", dice Tomás Antonio Ulcuango. "No tiene que dentrar aquí, ¡carajo!, ninguno. Los pobres cueste lo que cueste hemos lidiado por esta hacienda y ahora el señor IERAC es dueño dicho. Pero yo no avanzo a la Asistencia para decir como estoy conversando. ¡Carajo! Que le quite, ni qué IERAC ni qué nada. ¡Qué carajo!"[25]



24. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, junio de 2005.
25. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Tomas Antonio Ulcuango, p. 84.

Capítulo 13

La leña encendida



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

La leña encendida

Quedaban horas para la vida cotidiana y a veces tiempos que iban a ser destinados para el solaz de la memoria, como aquel que, en un día cualquiera, al atardecer, el viento había amainado al decaer la luz. Sobre el negro denso de las montañas y encima del verde oliva de los llanos, se mostraba la luna como una boca lista para tragarse el único lucero ingenuo aparecido en el firmamento. Quieta estaba la atmósfera y en paz el corazón; no era el momento oportuno, pero era mejor ir por agua ahora mismo, se dijo Tránsito, a sí misma. Atravesó el sendero, que como un ramal serpenteaba entre las chozas e inició el trayecto. Estaba lo bastante cerca de la acequia para escuchar el ruido del agua agitada. Sin embargo, percibió una presencia a sus espaldas. El profesor de la escuela de Pesillo la había seguido hasta allá.

Él había nacido, probablemente, ocho años después que Tránsito, arriba, en el cerro, y de cierta manera, su vida fue harto diferente a la vida de la mayoría de los niños indios que poblaban el valle tendido a los pies del Cayambe. Alberto Tarabata fue a la escuela de Pesillo, terminó su educación primaria e inmediatamente viajó a Uyumbicho, en la Provincia de Pichincha. Allí se encontraba el Normal del mismo nombre y optó por la carrera de profesor normalista. Título bajo el brazo regresó a su comuna y, en 1945, gracias a la fundación de las escuelas indígenas bilingües, tuvo acceso a un puesto de profesor de los niños y las niñas de su pueblo.



Se casó, pero su esposa murió al dar a luz a uno de sus hijos, de la misma manera que a menudo morían las mujeres campesinas. Murió de parto. Aparecía registrada esta forma de morir, en la comprensión popular, como un diagnóstico de enfermedad. Porque ellas se preparaban para el alumbramiento: recogían papas, mellocos, ocas, maíz, cebada para la machca dulce y, serenamente, esperaban la llegada de la hembrita o el varón. Ellas daban a luz a solas, o con la ayuda de alguna vecina. Pero, ¿qué hacer?, salió el hijo, la placenta no; éste era el caso más común. Allí, sudorosa, la madre se desangraba y luego moría. Corría inmediatamente la voz por el vecindario. Murió de parto la madrecita, decía el coro de lloronas indias. Rápidamente, con maderos encontrados al paso, se confeccionaba el ataúd, y un pequeño séquito acompañaba al panteón a la difunta para ofrecerle su último adiós, uno o dos días después. A veces la parturienta sobrevivía unos días más, pero las fiebres no se arrancaban con la limpia ni con las aguas de verbena, y entonces, la madre, igualmente, se iba para siempre... Como se fue Eloísa Amaguaña, dejando huérfana a Rosa. "Mal nacida fui", dijo ella, en una de las visitas que le hicieran las amigas, "porque solita quedé en este mundo, sin mamita..." [1]

II

El amor

Alberto Tarabata, de mediana estatura, cabello negro, tez morena y ojos oscuros, era gentil, de buen carácter, profesor y guitarrero. Gustaba de la lectura y entonaba evocadoras melodías andinas acompañado de su guitarra; ésta era una actividad que, al atardecer, le llenaba el alma y el tiempo. Varios meses habían pasado ya desde el día en que murió la esposa y había que dar por terminado el luto; por ello se in-

1. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Rosa Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.

corporó a la actividad reivindicativa. Comprendía la legitimidad de la lucha indígena y, sin ser un cabecilla, acompañaba a los indígenas en las marchas. Tuvo la oportunidad de intercambiar con Tránsito criterios relacionados con la política. Le gustaba escucharla y, sobre todo, reconocía, en aquella mujer, la persistencia y el coraje. A ella su educación la deslumbraba. Se admiraron mutuamente. Él se había guardado la declaración hasta cuando pudo encontrarla sola y quieta…

Un día de esos, sencillamente recogió las provisiones que abandonadas estaban en la choza y se las llevó a Tránsito. Y él se quedó con ella para vivir juntos; se amaron y juntaron la leña que iba a llevar su fortuna. No siempre estuvo para acompañarla, pero se quedaba a la espera. Él tocaba la guitarra en casa, ella volaba a las asambleas. Él ganaba un modesto salario como profesor, ella no estaba para aceptar agrados. Y no estaba para preocuparse por cuidar animales, tampoco, y para las tareas domésticas no tenía tiempo. Él regresaba de la escuela, se alimentaba de la comida que había preparado la nuera, leía, tocaba la guitarra y pensaba. Tránsito pleiteaba. Necesito dinero para pleitear, decía, para pagar abogado. Recogía firmas. Iba al Congreso, urgía por las escrituras para legalizar la propiedad de la tierra en favor de los indígenas. Parece que Tarabata sonreía ante un vértigo avasallador.

Formé una nueva pareja con Alberto Tarabata, cuenta Tránsito. *Ya tenía cincuenta y cinco años y con él fuimos varias veces a Quito, como caminantes; a golpear las piernas, decía él, pero seguíamos en la lucha. Taita Diosito, sin hacer chasco, él era viudo. Se había muerto la mujer de parto. Había guardado papas, mellocos, menos pensado vino trayendo a mi casa y se quedó. Guitarritas tan llevó. En la pared las colgaba. No peleábamos, bueno era, veces venía a Quito juntos, veces se quedaba; renegado quedaba. ¡Dejarás lavando la ropa, Tránsito!, decía. ¡Qué hombre!, profesor era, preparado era. ¿Acaso era hombre botado? Él había estudiado en el Normal de Quito más allá... Profesor en la escuela de Pesillo era. Un*



día vinieron profesores de otros lugares y sacaron limpio a toditos, a él le dejaron. Él mostró su título y se quedó.[2]

Fue el jefe de familia alguien que solamente acreditaba el perfil de ser amado. Mesías Alba, su esposa y sus hijos e hijas veían con cariño a Tarabata, quien no escatimaba esfuerzos y menos oportunidad de recoger frutos en el camino para obsequiar a los que eran suyos, porque eran de Tránsito, y, en esa ruta, se los dio el amor. Guillermina era una hija política fuerte y voluminosa; con el hijo menor cargado a la espalda y el por venir en el vientre salía a **chugchir** a los llanos. Generosa era la tierra que le permitía recoger las espigas y armar las gavillas que sus brazos robustos transportaban a casa. Ella misma era una **pachamama** fecunda. Mesías era incansable para las cosechas y no faltaba a las mingas. Al caer la tarde, se reunían todos al abrigo de la tullpa. Bendita cebada que nutría a tantas bocas abiertas y esperanzadas.

Tránsito contaba con cincuenta y cinco años para 1964, edad en la que alcanzó la cumbre vital y política. El pueblo indígena accedió a la tierra... Habían recuperado la heredad de sus mayores de acuerdo a la verdad interior que guiaba su lucha reivindicativa. Aún se avizoraban nuevas marchas para que, finalmente, se hiciera la entrega legal de las haciendas de Asistencia Pública a favor de los campesinos, y ella aparecía como la conductora de la expresión popular.

III

La tierra prometida

Gente blanca y natural ya estuvimos andando por la Reforma Agraria, en Quito, desde antes que me llevaran a la cárcel, pero a la

2. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.

mesa ca, no me ponían en la mesa. Naranjitas medio podriditas nos daban. Platanitos medio podriditos nos daban. Los señores se iban a almorzar a comedores elegantes. Después me preguntaron: ¿Y usted ya almorzó? Yo ya me encapriché y dije que sí. Después lancé esto en sesión de Partido y toda la gente protestó.[3]

Aunque admite, en el curso de la conversación, que se daban diferencias en el trato entre comunistas mestizos y comunistas indios, y en diferentes oportunidades ha dejado entrever que existían actitudes racistas entre ellos, sin embargo, los indígenas percibían que los dirigentes empeñaban todo su esfuerzo en la lucha popular para que los trabajadores accedieran a la tierra. Inicialmente, Tránsito no estaba informada sobre el significado preciso de la Reforma Agraria, los conceptos se le hacían difíciles, pero luego se dio cuenta que empataban con sus propios pensamientos y que ella trabajaba justamente para lograr tal objetivo. El proceso organizativo que habían seguido los había fortalecido y, además, el apoyo del Partido Comunista se presentaba como un eje articulador.

Con la toma de la hacienda de Pesillo, las cooperativas de trabajadores indígenas iniciaron un sistema de adjudicación de tierras fundamentado en el apropiamiento espontáneo de las haciendas de la Asistencia Pública, las que, una vez promulgada la Ley de Reforma Agraria, pasaron a ser administradas por el Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC). Las cooperativas se posesionaban y, posteriormente, el organismo mencionado, les entregaba su título de propiedad mediante escritura pública.

A esas horas estaba patrón Galo Plaza en La Chimba como arrendatario, comenta Tránsito Amaguaña. Regáleme un pedacito

3. Ibid.

de terreno, le dije, y él me contestó: coge no más a tu gusto; entonces yo busqué y de ahí ca señalé. Él me dio terrenito arriba en Cerro Blanco, donde ya no era hacienda La Chimba. Me ayudó Municipio de Cayambe para hacer chocita y Taita Padre y madrecitas monjas ayudaron tan… Allí vivíamos todos, ajustaditos. Patrón Galo Plaza era papá, era hijo, era hermano; mamiticu, taiticu.[4]



Tránsito tenía motivos para sentirse profundamente agradecida con Galo Plaza, sin embargo, eran los derechos de los trabajadores indígenas el motivo de su actividad cotidiana. Se quejaron los huasipungueros de La Chimba, porque el administrador no había cancelado, conforme a la ley, las obligaciones salariales y Tránsito, optó por hacer una huelga para reclamar. Organizó e impulsó a todos para que dejaran de trabajar y, en una gran manifestación, se presentaran en la casa de hacienda para exponer sus quejas al patrón. Así lo hicieron y arguyeron que no se les había liquidado la semana integral, las vacaciones, los fondos de reserva y demás derechos contemplados en el Código de Trabajo desde hace mucho tiempo. Solicitaban, además, alza de salarios. Pero Tránsito no estuvo presente, sola se quedó en la choza de Cerro Blanco a la espera de los resultados. Plaza sabía a ciencia cierta que ella era la organizadora y máxima representante de la expresión campesina y, sin más, fue a visitarla en su casa para entablar el proceso ne-

4. Ibid.

gociador. Ella aceptó ser la responsable de la huelga, y él, tranquilamente le dijo: *voy a liquidar a los trabajadores desde el tiempo en el que soy arrendatario de la hacienda, no más, porque no me corresponde y no me pidas tanto sueldo, no puedo pagar tanto al mismo tiempo.*[5] Ella aceptó las condiciones y los trabajadores reiniciaron el trabajo.

No por eso dejaron de incrementar una serie de estrategias que habían imaginado a partir de sus habilidades y costumbres. Su objetivo era intimidar a la gente de hacienda: administradores y mayorales. Los indígenas se juntaban en la noche para fabricar "voladores": fuegos artificiales, que realizaban para las fiestas, ahora eran usados para combatir la presencia, especialmente de los **mishus** que trabajaban para los arrendatarios. Tocaba lidiar con ellos, aunque, para la época, algunos de los cabecillas, especialmente de la segunda generación, como Neptalí Ulcuango o Miguel Lechón, ya eran asistentes o empleados de la Tenencia Política o de la Federación Ecuatoriana de Indios. Ya las tremendas broncas entre indígenas y mayorales habían desaparecido. Cuenta Ulcuango que su organización era fuerte y que el comportamiento de los dirigentes con los empleados de las haciendas se caracterizaba por el buen trato. Simplemente se les decía: "No estamos conformes con su manera, tenga la fineza de retirarse…"[6]

Tocó lidiar con patrón Galo Plaza, dice Tránsito. *Los voladores en la noche volaban como en fiesta para llegar a los mayordomos, a los tractoristas, para amenazarlos y que se vayan. Nos reunimos la comunidad y le dijimos a patrón que La Chimba ya era para naturales. Era gente. Está bien, dijo, dejen acabar el arriendo y yo me voy. Ahí queda la hacienda, dijo. No dejarán coger a nadie, repitió. Aquí queda la hacienda. No aflojarán la hacienda. Se fue él tan…*[7]

5. Ibid.
6. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Neptalí Ulcuango, p. 240.
7. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.



Las cooperativas se formaron como entes legales. Se aprobaban sus objetivos, se elegía al directorio y cada uno de los cooperados abonaba la suma de ciento cincuenta mil sucres para integrarse al proceso de distribución de las parcelas agrícolas que el IERAC iniciaba. Este organismo lotizaba las haciendas de la Asistencia Pública y las cooperativas, mediante sorteo, entregaban a cada una de las familias cooperadas un lote de aproximadamente cinco hectáreas. En el contexto de la distribución, se había previsto contemplar una finca bastante extensa para uso comunitario. Una vez realizada la adjudicación de la parcela, la familia campesina debía entregar, cada año, el producto de las cosechas a la cooperativa, y ésta, a su vez, cancelaba la deuda contraída con el IERAC.

Doloroso aparece el caso de Tránsito Amaguaña, pues ella no pudo ingresar a la cooperativa porque no logró juntar el aporte económico previsto. ¿De dónde iba a sacar ciento cincuenta y cinco mil sucres? Además, contaba ya con un terreno que Galo Plaza le había dado en el cerro. Pero a la tierra cultivable, a la tierra de hacienda, ella no tenía derecho. Ella no fue admitida en la cooperativa y a la hora de la repartición, sencillamente quedó afuera. "Le pedimos que se retire"[8], le habían dicho. Se llevó una gran sorpresa.

Yo creía que me iban a guardar un terrenito, comenta, Tránsito, pero no, quedé sin nada. Por andadora, luchadora, caminante, solita quedé. Yo ca asisita no más soy... asisita no más quedé. He sufrido bastante porque he vivido huyendo de los enemigos. Haciendo sesión, siempre perseguida, siempre trabajando, luchando, caminante...[9]

8. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, La Chimba, julio de 2005.
9. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.

No solamente que le fue negado el derecho a la propiedad en el contexto de la lucha campesina por la tierra y del éxito obtenido a través de la Ley de Reforma Agraria, sino que los cooperados indios no visualizaron ninguna forma de reconocimiento a su labor... Y retornó a las más elementales tareas. De la huasicamía pasó a elaborar chicha para las mingas campesinas o a cocinar la comida para los trabajadores. Hasta el agotamiento, tanto que un día les dijo: *Ya deben jubilarme, deben dejarme.*[10]



UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

10. Ibid.



"Mamita Tránsito no fue de la cooperativa, ella no tenía dinero para dentrar, aseguró mama Guillermina, porque había que dar una suma en plata. Los hijos sí fueron, por eso ahora yo tengo cinco hectáreas de tierra. Ella no puso nada, no gastó nada diciendo. Sacaron mandando. No agradecieron..."[11]

"Los hijos sí fueron socios y yo seguí trabajando. Todo lo que la hacienda producía vendíamos para pagar al IERAC. Cada cual terreno sorteando nos dieron. Marido era socio de la cooperativa, pero murió. Tenía miedo de no poder criar a mis hijos y durante el día iba a **chugchir** para darles de comer. Pero yo tenía que hacer el trabajo de mi marido fallecido; en la noche con yunta yo araba el llano, sembraba hasta el amanecer".[12]

"Y todavía mi suegra diciendo que no llegue a casa de mamita Tránsito", afirma Rosa. "Que ella no ha dado de vestir, ni animalitos, ni nada. No tenía para ella. Sacó terrenos para otras personas, para ella nada. Nadie le reconoció por las tierras que ella sacó. Nadie quiere reconocernos ahora tan... Son ingratos, descariñados. Y al principio, ellos mismos diciendo: La india va a poder, la india va avanzar... terreno es de Gobierno".[13]

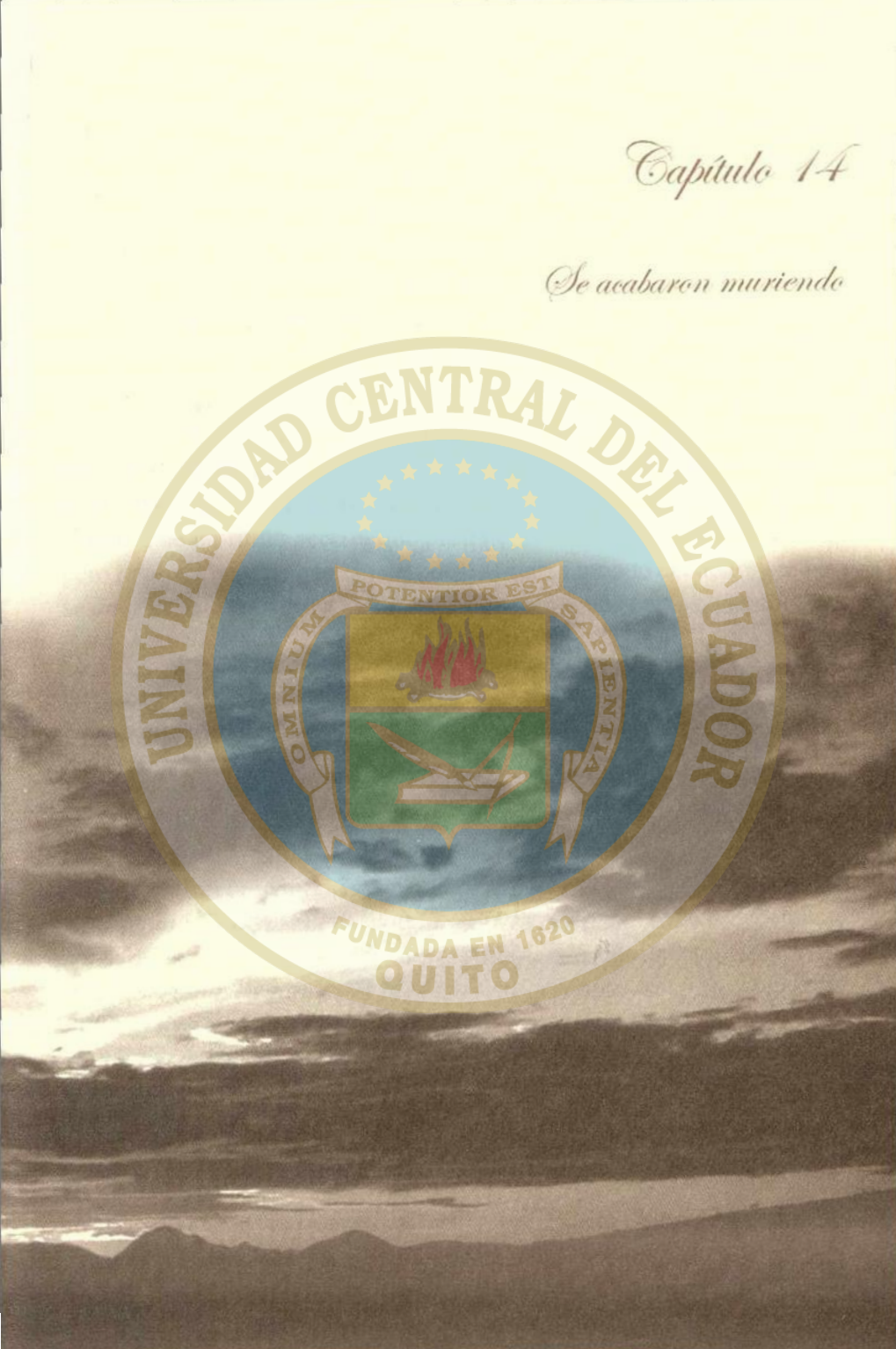
"Mi marido fue de la cooperativa tan... Pretexto que murió, cooperativa no me reconoció la tierrita. Nada de cooperativa me dieron. No reconocieron; que no salgo a trabajar diciendo. Días podía, días no. Mejor no salgo, dije, porque han de aborrecer. Ahí ca, quedó terreno".[14]

---

11. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, La Chimba, julio de 2005.
12. Ibid.
13. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Rosa Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.
14. Ibid.

Capítulo 14

Se acabaron muriendo




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

I

Se acabaron muriendo

Un sábado cualquiera, Alberto Tarabata ensilló el caballo y partió. "¿Bautizo habrá tenido, novios habrán invitado?"[1] Aún hoy, Guillermina Cerón se plantea la disyuntiva en la mente. Al atardecer, regresó completamente embriagado, relata, y, justo frente a la choza, cayó del alazán. Fue un ruido seco el que produjo el cuerpo al golpear la tierra, pero la peor imagen apareció después: se había torcido el cuello y la base de la cabeza mostraba una fractura que sangraba copiosamente.

"¡Cómo salía la sangre! Como haber estado cortado pescuezo de ganado. En ese tiempo, Centro de Salud no había. Pueblo recién estaba criando. Casas, ralo, ralo era, ahora ya están cargaditas. Sólo había tierras para agricultura, huasipungos y la hacienda de patrón".[2]

Ocho años duró la unión, dice Tránsito. *Duele ca, dijo él. En la cabeza duele. Pásame mi guitarra y si me muero no estarás llorando por mí, recomendó. Se puso peor... Llevé a la casa de la mamá. Ella tendió estera, cuero, cobija. Allí hizo echar. Un carajo fue a traer al curador y se ha amanecido bebiendo. Mi difunto falleciendo, el curador llegando. Si hubiera venido antes, taita Tarabata no hubiera muerto, dijo el curador. Por chumar murió, afirma Tránsito. Chumaba duro. Murió en mis manos…*[3]

1. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, La Chimba, julio de 2005.
2. Ibid.
3. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña. La Chimba, julio de 2005.



Y cuenta que, después, ella se había instalado al lado de la lumbre. Recordaba el fuego que teñía de color rosado sus mejillas. Recordaba la hermosa voz grave, los cálidos ojos oscuros y, al amanecer, se preguntó si alguien hubiera podido salvarlo. Tarde había llegado el aldeano curandero, largo era el camino para llegar a la morada y el emisario inconsciente, hizo lo que todos hacían: beber en cualquier tambo y olvidar a la muerte que acechaba a cada rato. Ella jamás había sentido tan encogido el corazón.

Afuera, las matas de hierba temblaban suavemente, las laderas le parecían blandas y las nubes se balanceaban alrededor de su cabeza embotada. Llegó la aurora pálida y verde. Por primera vez vio su nuera que se le doblaron las rodillas, como si fuera a caer, como si fuera a rezar…

"Taita Tarabata era buena persona, ni peliaringo, ni fastidioso, ni hablador. Chumado. De bueno era bueno con nosotros. No era egoísta, llanito era. A mi hijita la quería como papá abuelo. Pancito, tostadito, naranjita, donde quiera que encontraba, le traía. Ya estaba para morir y para que mi hijita no acuerde le decía: longa hambrienta, qué hacís aquí parada, eso era para que ella se desapegue…"[4]

Después nada…, dice Tránsito Amaguaña y mira a los ojos como suele cuando ha llegado a la íntima confidencia. Da la impresión que quisiera mirarse en el espejo de otra vida o encontrar en otros espejos el reflejo de una imagen. Se le llenan los ojos de lágrimas y luego caen en un vacío que duele. ¡*Soledad*! ¡*Qué dura es la vida para una mujer sola*!, afirma, pero lo que se siente, en verdad, es que ella no se hubiera reconocido a sí misma, si no lo hubiera amado. *Después, la vida pasó como un soplo*…,[5] añade con voz de incienso, porque el acento se esfuma en un aire leve. Afuera está el paisaje, y el ver-

4. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, La Chimba, julio de 2005.
5. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.

dor del valle es tan grande que la vida sigue; puro es el oxígeno y da la impresión de que, a lo mejor, volátil pero perceptible, flota un ángel andino, listo para conducir la sangre hasta que encuentre su quietud. Aquellos que aún están a la espera, no se perturban; silenciosos y con la mirada ausente, dejan notar que aguardan el turno invisible.

Solitas quedamos, dice Tránsito, *mi nuerita, mi hija Rosa y yo. Nos recogimos*, asegura la Viñachi, *ya nos encariñamos. Vos tan quedaste sola, sola tan quedé yo…*[6]

Cinco años después, más o menos, el ruido mate de los pies descalzos sobre el piso de tierra de la choza apenas se escuchaba al llegar el amanecer. Era Guillermina que empezaba la jornada y que despertaba a la familia en cuanto oía el llamado enérgico. ¡A la minga! ¡A la minga!, se escuchaba la voz del encargado de convocar a la gente para que acompañe en las cosechas. Cave de papas había en las tierras de los socios de la cooperativa y todos se incorporaban rápidamente. El gran cuerpo indígena se juntaba y caminaba hacia la sementera. Promisoria se veía la cosecha. A partir de las nueve de la mañana, de surco en surco, la chichera repartía la bebida de maíz fermentado que se ofrecía para fortificar los músculos de los trabajadores. A las doce, todos se acercaban a disfrutar la carne de cordero preparada para celebrar la dádiva de la naturaleza. Aguardiente era la bebida que acompañaba el almuerzo para que continuaran afanosamente los brazos de los hombres, ayudados por la pala, sacando las manzanas de la tierra. Las mujeres recogían las papas que habían quedado regadas en los huachos negros para celebrar luego, en familia, la bonanza: papas cocidas en la caldera y queso fresco. A veces tenían la oportunidad de conseguir algunas costillas de cordero y, entonces, a la hora del almuerzo, se disfrutaba de una fiesta.

6. Ibid.



A las cinco de la tarde, Mesías Alba emprendió el regreso a casa. El viento helado del cerro cruzaba su cara enrojecida por el licor. No se sentía bien. Un malestar en la cabeza, que empezaba a regarse en todo el cuerpo, le impedía avanzar a paso seguro y, poco a poco, el estómago daba señas de malestar. Al llegar a la vivienda, ya el dolor se había instalado intenso en el vientre y dirigiéndose a su madre le dijo: *Me duele, del todo me duele, mamita; hágame correr el cerro para que se vaya el dolor.*[7] Juntos, madre e hijo subieron aún más arriba, y solos, a la hora del crepúsculo, él adelante y atrás la madre, corrían y corrían; imploraban al cielo que desaparezca el mal aire en medio de un frío sobrecogedor. De pronto, Mesías se detuvo, estiró los brazos y respiró por última vez. Cayó exánime a los pies de la madre a cuyo llamado ya no respondería más. Solo quedó en la penumbra helada. Tránsito fue a buscar a la autoridad. *¿Ración ganando vendría?, ¿tomando chicha y trago vendría?*,[8] se preguntaba, al descender por los chaquiñanes conocidos. Dio parte al Teniente Político y éste al médico. Juntos subieron para practicar la autopsia de ley. *No me da ganas de ir para arriba,*[9] le había dicho ella a la autoridad. Luego fue a la choza y le comunicó a su nuera la tragedia. Guillermina y algunas mujeres vecinas subieron. Mesías Alba Amaguaña ha muerto, determinó el médico que acompañó al Teniente Político hasta el lugar de los hechos.

"Chicha tomando, había caído revolcando", dice su viuda. "Triste estaba. Mi Mesías murió de cuarenta y nueve años. Me quedé viuda de cuarenta años. Solita, con siete hijos entre varones y hembras quedé".[10]

Rígido el rostro y estáticos los ojos, Tránsito se quedó en su casa, a solas, frente a un destino que saqueaba inmisericorde su vientre

7. Ibid.
8. Ibid.
9. Ibid.
10. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, la Chimba, julio de 2005.

de mujer. La Luna aparecía como un animal blanco que caminaba y se escurría, y, como cualquier roedor de panza grande, buscaba madrigueras de nubes en el cielo. Ella, ebria de dolor y viento, esperó al abrigo de la lumbre que el Teniente Político haya dado la orden de levantar el cadáver. El llanto no acudió a sus ojos. Preparó el jergón mortuorio y esperó. Ausentes estuvieron de sus labios las oraciones, porque la memoria, muda de soledad, apenas repasaba lo ocurrido. ¡*Tomar hasta morir*! era el único pensamiento que, instalado en su mente, le provocaba rebeldía. Así fue, horas después, los que fueron arriba volvieron con el cuerpo frío y pesado del que fuera el segundo hijo de sus entrañas.

Larga fue la jornada previa al entierro. La viuda lavó con romero el cuerpo del esposo muerto para que no apeste, para que se vaya limpio, para que no lo capture el aya, peregrina malvada de la nada y vengativa que se apodera de las almas y las conduce al insondable limbo para que allí se conviertan en vagabundos plasmas raudos que jamás llegarán a Dios. Había que comprar el ataúd y colocar dentro al difunto con sus prendas y utensilios para que vaya equipado a la otra vida; había que perfumarlo para que, al encontrarse con parientes y amigos, no lo desprecien. Pero sobre todo había que llorarlo. De acuerdo a los recuerdos de su viuda, así es como se puede interpretar el lamento fúnebre con el que despidió al esposo fallecido:

"Nunca te fallé, taiticu... No vais a olvidar, ahora ca… Porque cuerpo va a la fosa, pero espíritu queda, por eso, las puertas de la casa, siempre quedarán abiertas para vos, por si querís dentrar, hasta cuando vayamos nosotros tan… Porque aquí quedamos solitos, sin vos: hijos, animales y el llano que tanto costó... No nos abandones, taita, danos los alimentos para no desfallecer. ¿Acaso no acuerdas lo que ofrecimos para nuestros hijos? Y ahora me dejás a mi solita. ¿Qué voy a darles yo solita? ¿Por qué te vas ahora que más te necesito? El llano queda solo y yo tengo que corretear la yunta y arar hasta el amanecer… Aquí estamos



todos juntos: hembritas y varones, toda la familia. Han venido tus compadres a despedirse tan... ¿Por qué no te levantas por un momento? ¿Qué les digo? Ahura ca, si ya te vais mismo, darís saludando a mamita, llevando aguja, hilo, para coser ropitas; es un chulla encarguito... Buena ropa te puse, sombrero y alpargatas, monedas al bolsillo y pan; plátanos y naranjas tan... para que coma la almita... Adiós mamiticu, adiós taiticu..."[11]

Sentada junto al féretro, dirigiéndose al difunto, se la veía como en trance, y parecía que en su alma se entrelazaban la vida y la muerte. Aún creía que él podía quedarse, al menos un instante, aunque fuera para recibir el saludo de los compadres que habían venido a visitarle... Y así, a lo largo de la noche, la esposa enlutada volvió a repetir su historia lastimera, hasta que cansada y desfallecida, al ver que ninguna señal venía de él, un "¡Nunca más!", tajante y neutro, se apoderó de ella. Al día siguiente, la madre, la viuda, los cuatro hijos, las tres hijas, los compadres, parientes y amigos enterraron a Mesías Alba Amaguaña.

Después habían dicho: "¿Por qué será que no lloró mamita Tránsito?",[12] recuerda ahora su madre. *Me dio cólera. Tomar hasta morir, pensando. Después me dio ganas de llorar, yo solita no más... ¡Cómo lloré!...*"[13]

Mueve la cabeza, de un lado al otro, al repasar el dolor y recordar aquellos días en los que pensó que ninguna savia alentaría más la vida en su cuerpo, demasiado agotado para constatar el hueco oscuro y lóbrego en el que se había convertido la matriz.

Pocos años después, vendió a uno de sus nietos el terreno de Cerro Blanco. El precio es muy bajo le había dicho la autoridad, al

11. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.
12. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Guillermina Cerón, La Chimba, julio de 2005.
13. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.

realizar la escritura; usted se queda sin casa y la mínima cantidad de dinero que va a recibir apenas le alcanzará para subsistir muy poco tiempo. No importa, había contestado ella, *es mi nieto, y con mucho gusto le cedo mi casa*,[14] recuerda, convencida de su decisión. Tal vez porque así se despojaba de toda atadura; ya nada le quedaba por hacer, había entregado a los indios la tierra, el hombre que amaba y sus hijos habían muerto. ¿Qué podía ofrecerle el porvenir?

II

El ocaso

Solita soy y asisita no más soy, dice. *Vivo apegada a mi nuera. Por eso ella es hija, ella es madre, es hermana, es amiga. Si ella muere, como matita de lechuga ahorcada en huasca he de morir yo tan…*[15] Tránsito repite a menudo esta frase, que parece ser la que contiene todo el significado de su soledad. Sobre todo porque aquella **huasca** es el último hilo que la ata a la tierra; si muere primero la nuera, la débil savia que aún habita su cuerpo, comparable a la de una mata de lechuga, en colapso absoluto, dejará de ser para siempre. Cuando repite estas palabras se muestra como un ovillo. Sin embargo, y a pesar del dolor acumulado, su ser interior aparece intacto. ¡**Jarilla**! Es la palabra que resume su credo. La dice siempre, se la repite a sí misma, porque su significado representa el espejo en el que se mira: valiente, valerosa, aguerrida. Sin embargo, vive sorprendida porque no puede entender la levedad de la memoria; porque ella está allí, es mujer y ahora es vanidosa. ¿Cómo pudo prescindir de la gargantilla dorada, de las manillas de mullos y de los zarcillos? No

14. Ibid.
15. Ibid.



solamente porque le gusta lucir, sino porque es una figura señorial en su compostura y exquisita en el lenguaje. Se expresa en los dos idiomas: kichwa y castellano, piensa en el espectro amplio de la gestión política y necesita estar enterada del acontecer del país. Han transcurrido ya muchos años desde aquel día en que se repartieron la tierra los indios, y da la impresión que se volteó una página en la que estaba escrita su historia. Pero existe, y a su pesar la ignoran. Dicen que no es de La Chimba, que ella es ajena porque nació en Pesillo, y por ello la comunidad no siente que tiene a su haber una deuda con ella. A veces faenan vacas o corderos, pero entre ellos se reparten y se niegan a enviarle una porción, porque ella no les pertenece. Ni siquiera es de la cooperativa, es apegada a la nuera y allá sabrán las dos como se las arreglan. Hace algunos años, alrededor de 1980, la preocupación de la comunidad se centró en el reclamo por agua y realizaron una marcha para solicitarla. Tránsito sintió que debía participar y se sumó al grupo. Nadie la reconoció como intérprete de la voz popular, menos aún como persona representativa. Eso le dolió, y mucho. Imposible que las lágrimas no hayan asomado a sus ojos. Se veía a sí misma como una mujer vieja, sola y aislada. Por eso recuerda momentos que le devolvieron la imagen de una realidad cruel hasta no más: la ingratitud de los propios.

¡Cómo yo he sufrido, cómo yo he chupado! Ahora no más fuimos por el agua. Elé. Ahí lidiaron esas carajas chimbeñas. A mí me dijo un guambra: 'Esta vieja politiquera entremetida vive aquí. Ni es de cooperativa, ni es de aquí'. Elé, así salió diciendo en medio de ese gentío. A mí no me considera nadie. A mí no me auxilia nadie…[16]

Murmura para sí misma estos pensamientos que muestran la orfandad de una ilustre hija de las movilizaciones y de las luchas campesinas que perfilaron el rostro del siglo XX en el Ecuador.

16. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 215.

Justamente a ella, que conoce como la palma de su mano la geografía de sus montes. Sabe que detrás de las lomas en las que choca el viento se encuentra un valle casi desconocido para todos los vecinos, pero que ella lo ha recorrido infinidad de veces en el quehacer político. Porque allí ha conspirado, se ha escondido, se ha fugado. ¿Por quién más, sino por ellos? Porque los jóvenes no conocen, no recuerdan, y aún es pronto para evocar. Nadie puede librarla del peso que marca la indiferencia, tal vez a causa de una incipiente memoria incapaz de la hondura que surge del encuentro del alma con el poder de vivir y con la oportunidad de repasar la vida. Y aunque parezca que el camino ha terminado, la marcha está en cada uno de los días que llegan trayéndole recuerdos, pero que, sobre todo, le traen la imagen de la lucha titánica que emprendió. Tránsito en reposo es altiva y risueña, su sonrisa conlleva la burla y mira desde la distancia de la heroicidad que presiente.

Conoce igualmente las quebradillas, todavía llenas de la vegetación, a la que acude en pos de las plantas para realizar la limpia y templarse las mañanas para ser más de ella misma. Las tórtolas se posan en el techo de la humilde vivienda que es como el ombligo alrededor del que gira el inmenso valle bajo la mirada del viejo cerro Cayambi, dios **Pachacutek**, heroico. El bastón es su fiel compañero, y desde su asiento impone orden: *Mapioso, quédate en tu puesto*,[17] le dice al gato; de su propio alimento nutre a los dos pollos que están a su cargo. Dos lebreles negros custodian su puerta. Y llama la atención, porque solamente el barro puede guardar calor al rescoldo de una vida cuyo ser se alimentó de fortaleza y consecuencia a través de la voz insustituible de su propia conciencia.

Pero tuvo que lidiar con dos expresiones que no conoció: el interés y, a la par, el olvido. Por supuesto que aprendió a leer en los

17. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.



ojos esas intenciones de los otros y ante ellas reclamó, porque ella sabe más que nadie, que con el abandono y el hambre no se juega. Algunas veces fueron a buscarla en su casa para que acompañara a los políticos, pero su respuesta fue tajante:

Por eso es que no tengo ya confianza, ni en ustedes compañeros; interesado en el puesto no más es. Sea blanco, sea runa; no porque acuerdan de la pobre compañera, de la pobre cabecilla. No vuelven acordarse con un plato de comida, con un plato de arveja, con un puñado de alguna cosita.[18]

Siempre está presente en su mente y en su corazón la imagen de la madre. *Porque mi mamá ha sido cabecilla, por eso yo tan he quedado. Mercedes Alba era mi mamá. Por ella soy así...*, dice, y así mismo confirman los nietos. "Ella dizque era fuerte, el marido había sido un hombrecito humilde"..., aseguran, cuando cuentan la historia de su abuela a sus propios hijos y a las hijas que hoy "sienten amor y veneración por ella". Sin embargo, los nietos, aún ahora, no se muestran interesados en la gestión social, no intervienen en la acción política. "Es amargo dejarse odiar por los ricos y los pobres...", aseguran, y de alguna manera es explicable su posición, porque ni ellos ni muchos entienden el vuelo de Tránsito Amaguaña. No pueden comprender cuál era el objetivo de su lucha y menos aún su perspectiva. Porque muchas veces su discurso era demasiado doméstico: *Falta plata para sal, falta plata para manteca*,[19] les decía, y ellos, años atrás, juzgaban su actitud como la de aquella persona que quería sonsacar mínimos beneficios a los patrones. O simplemente como si estuviese loca: tanto alboroto por tan poca cosa. Los nietos se avergonzaban.

18. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Tránsito Amaguaña, p. 214.
19. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.

Y es que el ocaso del liderazgo de Tránsito está inscrito en las diversas transformaciones que se operaron en los procesos sociales, así como en los partidos políticos. En 1963, se dividió el Partido Socialista y surgió el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, el cual eliminó posiciones reformistas y colaboracionistas. En 1964 se dividió el Partido Comunista Ecuatoriano en razón de la pugna ideológica entre los partidos comunistas de la URSS y la República Popular China. El sector campesino se reagrupó en función de sus intereses como ejecución de la Reforma Agraria y en la profundización de la misma. Este sector, intentó desarrollar un modelo de producción para el autoconsumo, ejecutó pequeñas acciones de comercialización en el ámbito del capital y generó otras fuentes de trabajo. Aparecieron nuevos actores sociales que expresaron nuevas identidades y que fundaron nuevas organizaciones. La creación de la FENOC y la ECUARUNARI, en la Sierra, dejaron ver que el campesinado no estaba cabalmente representado por los partidos políticos. De esta manera, empezó a modificarse la base social del movimiento campesino, frente a un Estado que fomentó proyectos y programas tendientes a propiciar el desarrollo entre comillas. Sin embargo, para los campesinos, esta etapa representó su articulación al mercado y a los servicios técnico–agropecuarios, así como su acceso a programas crediticios. Estas medidas económicas fueron presentadas por el Estado años después, pero solo como un complemento tardío, ya que su falta fue una de las razones por la cual se consideró que el resultado de la Reforma Agraria fue de escaso rendimiento para el campesinado que dejó el esquema económico feudal, a cambio del minifundio, pobre en recursos y perspectiva. Aún así, se valoró la producción campesina en el mercado de alimentos y creció su capacidad de demanda frente al Estado. Tránsito Amaguaña había concluido una batalla y una época.



III

Su proyección política

Verán y acordarán, después de mi tiempo otro tiempo vendrá y ustedes cogerán leña de otro tiempo,[20] dijo convencida, al dirigirse a los patrones y soldados, porque desde una conciencia espontánea, pero caracterizada por una fortaleza interior autónoma, su imagen política iba a representar un vértice al que habrían de llegar todas las aristas del quehacer social. A partir de su enérgica presencia, el pueblo indígena inició un proceso de reconstrucción de su identidad, sicológicamente resquebrajada y políticamente destruida. Aunque su liderazgo estuvo inscrito en la acción partidaria y tuvo presencia en la militancia comunista nacional e internacional, no cabe duda que su aprendizaje y experiencia se transmitió a los indios. Consolidó así la base que sustentó la política liberadora que la moderna organización indígena construyó en razón de sus propios atributos: nacionalidades, lengua, arte, valoraciones múltiples, estrategias valientes y ojos abiertos para mirar el mundo.

"Yo siento el alma de mi compañero Dr. Ricardo Paredes", dijo Miguel Lechón. "Él fue padre y madre para los indios, él nos dio clase..." [21] Es cierto. Tránsito Amaguaña fue una interlocutora disciplinada y constante. Se mantuvo en permanente diálogo con el líder comunista, en la perspectiva de fomentar el avance del Partido y en el empeño de conseguir reivindicaciones para los indios. Aún así, fue capaz de superar fronteras delimitadas por otros intereses. La alianza del Partido Comunista con el pueblo indígena fue adecuada para

20. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, julio de 2005.
21. Yánez del Pozo, sección entrevistas, testimonio Miguel Lechón, p. 260.

el partido, porque éste necesitaba construir la base proletaria para legitimar su acción, y viceversa, porque el sector deprimido y por demás vulnerable necesitaba ejes de lucha, soportes organizativos y alianzas importantes. La gestión de Tránsito enmarcó enfáticamente, en su quehacer, el logro del objetivo fundamental de los indígenas: la tierra, en un esquema de distribución que no proponía subvertir el orden del Estado. Pero unas son las aspiraciones de un partido y otras las de un sector social mísero. Fieles a su cosmovisión, mantener la armonía planetaria, los indios no hicieron la revolución.

Yo he gritado en castellano y luego en kichwa: Que la ley sea justica para blancos, para ricos, para pobres. Que no pongan a un lado al indio, que trabajemos cariñosamente para vivir así. Comunista es comunidad, no revolución. ¿Por qué vamos a pelear? Que tengamos amistad, entre blancos y runas hay que trabajar.[22]

Así habló Tránsito en el discurso que pronunciara en el Congreso, en 1944, para llevar a cabo la fundación de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI). Su conciencia nítida apareció como un eje liberador que le permitió vencer el prejuicio de inferioridad frente a los que siempre condujeron la decisión política. Confrontó las diferencias y no se pronunció a favor de la destrucción del sector oponente; más bien hizo énfasis en la necesidad de profundizar en los derechos humanos y civiles. Mostró una prestancia basada en el quehacer colectivo y a favor de una serena relación intercultural. Perfiló, entonces, un proyecto democrático para un país conformado por dos grupos étnicamente diferenciados, aunque, a través de las diversas acciones solventadas, fomentó un proyecto político autónomo que, en el discurrir del tiempo, llevó al sector indio a la consecución de metas propias. Afirmándose en la organización, desde la acción sindical y el coope-

22. Miño Grijalva, Cecilia, entrevista con Tránsito Amaguaña, La Chimba, octubre de 2004.



rativismo, en un proceso de alcance histórico y a base de la participación comunitaria, profundamente etnicista, por cierto, configuró el asidero sobre el que, actualmente, los pueblos indígenas reconstruyen su estructura social y económica. A través de su organización nacional representada en la CONAIE, la población india se instaló sólidamente en el espacio público, visualizó una mejor perspectiva de vida y se convirtió en actor social fundamental de la vida nacional.

Tránsito demostró que los espacios se ganan paso a paso, en la marcha, en la práctica; mediante acciones sistemáticas se alcanzó el objetivo único: la tierra. La identidad indígena se fortaleció y, años más tarde, se reforzó como resultado de las conquistas obtenidas en la Constitución del 98: reconocimiento de las nacionalidades indígenas. Esta postura llevó a asimilar a los diversos sectores sociales que el Ecuador es un país plurinacional. La gestión indígena, además, imprimió un carácter étnico al quehacer político. Las reformas jurídicas y administrativas —ligadas a los derechos culturales: reformas al registro civil, educación bilingüe, creación de organismos públicos pro–indígenas en la esfera del desarrollo, programas de educación y cultura y capacidad de descentralización de la gestión pública— van a facilitar, además, a los pueblos indios, el control de sus propios territorios, propuesta que se difunde desde las altas instancias de la gestión indígena.

La marcha que, inicialmente, estuvo integrada por agrupaciones comunitarias y que se conformó en el contexto de la acción reivindicativa, se fortaleció hasta alcanzar su máxima expresión a inicios de la última década del siglo XX, período en que apareció en el escenario nacional, a través del levantamiento indígena de 1990, y en el que demostró organización, fuerza y representatividad social, instituyéndose como el actor social y político de preponderancia inusitada en el país. El sindicalismo quedó atrás y el pueblo indio maduró hacia

nuevas demandas étnicas, sociales y nacionales en un marco que aglutinaba el sentimiento de la sociedad que no había tenido la oportunidad de expresarse nunca antes. La dinámica indígena se aglutinó, inclusive, con el partido político **Pachakutek**, en la búsqueda de espacios de representación nacional y en el afán de asumir presencia en la toma de decisiones y autoridad en ámbitos locales y de pertenencia territorial. Los resultados de este esfuerzo se canalizaron en la nueva Constitución, la cual enfatiza los derechos ciudadanos y colectivos de los pueblos indios y tribales.

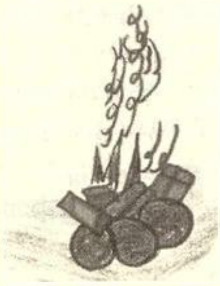
La defensa de los derechos indígenas multiplicó la actividad organizativa a nivel nacional. Primero se articuló en la defensa de sus territorios, luego devino en la construcción de un Estado plurinacional y multiétnico. El pueblo indio sustentó su demanda al reconocerse integrado por entidades históricas y a la vez contemporáneas que hacen parte de un Estado plurinacional. Profunda aparece la propuesta, porque plantea una nueva arquitectura del Estado a través de la reconstitución orgánica de nacionalidades y pueblos, el reconocimiento de sus territorios, sus formas de organización social, su representación política e ideológica, la administración de justicia y la gestión gubernamental de sus pueblos.

En el nuevo escenario rural, específicamente en aquel conformado por las comunidades indígenas que accedieron a las tierras de Asistencia Pública, el proceso, aún ahora, busca equilibrio. Si embargo, ciento setenta familias en la hacienda Pesillo y ciento cincuenta en La Chimba fueron beneficiadas mediante una lucha que llevó casi cincuenta años y visualizó una vida rural diametralmente opuesta a la de principios de siglo. El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, OIT —suscrito por el Ecuador— instituyó el nombre de pueblos indígenas para las poblaciones que habitaban esta geografía antes de la Conquista española, y las políticas agríco-



las internacionales llaman habitantes de los primeros pueblos a las poblaciones nativas que conservan su propia lengua y mantienen sus instituciones sociales, económicas, políticas y jurídicas. A quinientos años y más de la Conquista, allí están los primeros pueblos que habitaban el Cayambe y tienen a su haber el horizonte: son dueños de tierra, oxígeno, paisaje, símbolos y dioses.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO




UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Referencias

- *Aportes de las nacionalidades y pueblos*, Quito, Consejo de las Nacionalidades y Pueblos del Ecuador (CODENPE), [2002].
- Ayala, Enrique (editor), *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 5. Época colonial III, Corporación Editora Nacional, 1989.
- Ayala, Enrique (editor), *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 9. Época republicana III, Corporación Editora Nacional.
- Ayala, Enrique (editor), *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 10. Época republicana IV, Corporación Editora Nacional.
- Ayala, Enrique (editor), *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 11. Época republicana IV, Corporación Editora Nacional, 1990.
- Becker, Marc. "Movimientos campesinos en Cayambe", Ponencia, Quito, julio de 2002. www.marcbecker@yachana.org
- Benites Vinueza, Leopoldo, *Ecuador: drama y paradoja*, Colección Media Luna, Quito, Casa de la Cultura Ecuadtoriana, 2002.
- Bonilla, Heraclio, et. al., *Los Andes: el camino del retorno*, Quito, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, 1990.
- Borja, Luis Felipe, (hijo), "La Ley de Jornaleros y la Academia de Abogados", en: *Pensamiento Agrario Ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1986.
- Burga, Manuel, "La emergencia de lo Andino como utopía (siglo XVII)", en: Varios autores, *Los Andes: el camino del retorno*, Quito, FLACSO / Abya Yala, 1990.
- Cabay, Irene, et.al., *Año por año las fiestas de San Pedro en Ayora, Cayambe*, Quito, Ediciones Abya Yala, s.f.
- Cañizares Proaño, Francisco, *La verdadera historia del Ecuador. Genocidio en el Nombre de Dios*, Parte I, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2000.
- Comunidades religiosas de la Capital, "Representación dirigida por las Comunidades religiosas de la Capital a la H. Cámara de Senadores", en: *Pensamiento Agrario Ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1986.
- Costales S., Piedad y Alfredo, *Pesillo. Documentos para su Historia*, Quito, Ediciones Abya–Yala, 1987.
- Cueva, Agustín, "El Ecuador de 1925 a 1960", en: *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 10. Época republicana IV, Corporación Editora Nacional.

- Diario *El Comercio*, "Boletines de prensa", Quito, Ecuador, 1930–1931 y 1962.
- Diario *El Comercio*, "Suplemento Institucional", Quito, 15 de septiembre de 2005.
- Diario *El Comercio*, Sección Opinión, "El pensamiento de Galo Plaza", Quito, 11 de diciembre de 2005.
- Diario *El Comercio*, Sección Opinión, "Hace 44 años Estados Unidos bloquea a Cuba", Quito, 23 de enero de 2006.
- Gallegos Lara, Joaquín, *Las cruces sobre el agua*, España, EDYM, 1993.
- González Suárez, Federico, "Protesta que el Arzobispo y los obispos del Ecuador hacen contra la ley llamada de beneficencia expedida por el Congreso Ordinario de 1908", en: *Pensamiento Agrario Ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1986.
- Hurtado, Osvaldo, *El poder político en el Ecuador*, 14ª edición, Planeta.
- Icaza, Patricio, *Historia laboral: crónica y debate*, CDS, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995.
- Inuca Lechón, Benjamín, *La fiesta del sol de los pueblos kiwcha de Imbabura*, Otavalo, Convenio FICI – Dirección Provincial de Educación Bilingue de Imbabura, 2002.
- Landázuri, Cristóbal, Tesis de grado previa la obtención de la Licenciatura en Antropología, Quito, PUCE, [1976].
- Marchán Romero, Carlos, Estudio introductorio, *Pensamiento Agrario Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 23, Quito, Banco Central / Corporación Editora Nacional, 1986.
- Miño Grijalva, Cecilia, Entrevistas personales.
- Miño Grijalva, Cecilia, *Lo que pasó... sí pasó*, Quito, Fundación Ecuatoriana S.I.G.A., (Salud, Infancia, Género y Ambiente), imprefepp, 2000.
- Moncayo Andrade, Abelardo, "El Concertaje de Indios", en: *Pensamiento Agrario Ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1986.
- Moreano, Alejandro, *El Apocalipsis perpetuo*, Quito, Planeta, 2002.
- Moreno Yánez, Segundo, "La Sociedad Agrícola y su articulación a la formación socioeconómica colonial en la Audiencia de Quito", en: *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 5. Época colonial III, Corporación Editora Nacional, 1989.
- Núñez, Pedro Leopoldo, "Informe", Diario *El Comercio*, Quito, 1931.
- Ontaneda, Virgilio, "Importantes opiniones sobre legislación de Jornaleros", en: *Pensamiento Agrario Ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1986.

- Páez, Alexei, "El movimiento obrero ecuatoriano en el período 1925 – 1960", en: *Nueva Historia del Ecuador*. Volumen 10. Época republicana IV, Corporación Editora Nacional.
- Ponce Maldonado, Modesto, *El Palacio del Diablo*, Quito, Panóptica ed., 2005.
- Prieto, Mercedes, Tesis de grado previa a la obtención de la Licenciatura en Antropología, Quito, PUCE, 1978.
- Revista *Vistazo*, n. 914, septiembre 15, 2005.
- Rodas Morales, Raquel, *Dolores Cacuango*, Quito, 2002.
- Rodas Morales, Raquel, et. al., *Tránsito Amaguaña, su testimonio*, Quito, CEDIME, s.f.
- Skierca, Volker, *Fidel*, Madrid, Ed. Martínez Roca, S.A., 2004.
- Tobar, Carla, "Comentario al libro 'Política Conservadora de Jacinto Jijón y Caamaño', 1929", en: Cañizares Proaño, Francisco, *La verdadera historia del Ecuador. Genocidio en el Nombre de Dios*, Parte I, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2000.
- Yánez del Pozo, José, "Yo declaro con franqueza", Tesis de grado para optar por el título de Licenciatura en Antropología, Quito, PUCE, 1986.
- www.cayambe.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SCIENTIARUM PARENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Glosario de términos

A buenas: entablar buena relación.
¡Ah, púchica!: exclamación de sorpresa.
Albacura: apellido indígena.
Albito: nombre de varón usado entre los indígenas.
Alhajito: bonito.
Anochado: trasnochado.
Aruchicos: músicos de la fiesta de San Juan.
Asisita: sola, pobre, sin nada.
Atalpamba: nombre de una región de en la época de la Conquista.
Aya: señora.
Ayachica: pelotón del ejército.
Ayayay: expresión de dolor.
Ayllus: comunas cuzqueñas.
Bastayari: basta.
Bulus: comuna preincaica.
Bulus quitus: comunidades indígenas anteriores a la conquista incásica en Ecuador.
Bulla: ruido.
Ca: expresión campesina usada para acentuar una afirmación.
Cahuasquí: región de la provincia de Pichincha.
¿Caipas: ¿es esto?
Capisayo: camisa indígena larga, camisón.
Carajo: exclamación popular de énfasis.
Cargador: cosechador.
Cayambe: nombre de la cabecera cantonal de la provincia del mismo nombre.
Cucayo: fiambre
Cuentadero: cercado que se utiliza para conteo de animales.
Cuentayazgos: institución perteneciente a la hacienda relacionada con el cuidado de animales.
Cuentayo: responsable del cuidado de los animales.
Cuicitu: diminutivo de cuy, cobayo o conejillo de indias.
Chagracama: guardián de las sementeras.
Chagradores: cosechadores.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Chagrar: cosechar.
Changalá: nombre de una hacienda de la región de Cayambe.
Chapito: diminutivo de chapo, mezcla de harina de cebada tostada con agua o leche.
Chaquihuasca: peón auxiliar.
Chaquiñán: camino
Chasqui: correo
Chilín, chilín: expresión que indica un sonido pronunciado.
Chinuca: mujer india que baila en la fiesta de San Juan.
Chiquitica: muy pequeña.
Chozón: vivienda con techo de paja.
Chugchir: recoger restos de las cosechas.
Chumar: embriagar, emborrachar.
Chuquito: pezón.
Desarrojar: disparar.
Desnabar: retirar nabos y hierba de una sementera.
Dios le pay: Dios le pague.
Elé: exclamación de sorpresa.
En balde: gratis.
Gañán: mozo de labranza (palabra castiza).
Granitu: diminutivo de grano.
Guaguacama: cuidador de animales.
Guaguayashca: compadecido, que se compadece, débil.
Guaguito: diminutivo de guagua o niño.
Hanan: fuerza masculina.
Haya huma: cabeza de diablo.
Huaco: aire contaminado de cementerio.
Huagracama: persona que cuida del ganado.
Huacho: parte integrante de una cementera.
Huarmi: mujer.
Huashmo: vocablo kichwa que significa instrumento de labranza de madera.
Huasicama: empleado doméstico indígena sin horario.
Huasicamías: puestos o empleos de los domésticos indígenas.
Huasipunguero: peón de hacienda con derecho a un pedazo de tierra para cultivo.
Huayna: amante.

Huayco: quebrada.
Imata niju: que pasa
Inti Raymi: fiesta dedicada al sol.
Jaica runa: saludo protocolar equivalente a ¡salud, indio!
Janchi: muy pequeño.
Jarilla: valiente.
Jarita: diminutivo de jarilla.
Jatana: cobija, cobertor.
¡Juyayay!: expresión de alegría.
Kari, kari canta shun: cantemos.
Kari, kari, cantayari: Sí, sí, canta.
Kari, kari, baila shun: Sí, sí, baila.
Kichwa: nacionalidad e idioma indígena.
Lachas: nombre de una región en la época de la Conquista.
Llactayos: dueños de tierras.
Llucho: desnudo.
Longuito: diminutivo de longo, niño indígena de edad escolar.
Machca: harina cernida de cebada.
Mamiticu: expresión de alabanza.
Mapa: sucia
Mapioso: se dice de una dolencia de la piel del animal.
Maqui chaqui, elé: expresión que indica contento.
Marqui mama: madrina.
Machca: harina de cebada.
Madero miquillo: arma.
Matica: diminutivo de mata, planta.
Mishi niabe: ojos de gato.
Mishi niabe longa: niña de ojos claros.
Mishqui: dulce.
Mishu: mestizo.
Mushuk Nina: dios del fuego en la mitología indígena.
Negreado: de negro, ennegrecido.
Ñana ushanica: No puedo más.
Ñaño: hermano.
Ñuca: yo, pronombre en primera persona del singular.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR POTENTIOR EST SAPIENTIA FUNDADA EN 1620 QUITO

Omotico: diminutivo de omoto, muy bajo de estatura.
Ordeñadoras: personas que extraen la leche de las ubres de las vacas.
Pachamama: tierra.
Pai: gracias.
Pambamarca: sitio de la sierra norte del país.
Peliaringo: peleón, peleador.
Pendeja: persona estúpida.
Pishi: miembro genital masculino.
Priostes: quienes presiden una fiesta religiosa y costean los gastos.
Quilca: abogado.
Runa: indio.
Runita: diminutivo de runa, equivale a indiecito.
Sabrosochu: sabroso.
Sauco: planta medicinal.
Shamán: médico y autoridad moral de la comunidad, en la Amazonía.
Shamungui: vendrá.
Shunguito: corazoncito.
Tacín: nido.
Taita: padre.
Taita Inti: padre sol.
Taita runa: padre indio.
Taiticu: diminutivo de padre, padrecito.
Takir, takidor: coplero de la fiesta de San Juan.
Tan: también.
Trastecitu: diminutivo de traste, utensilio.
Tullpa: hornilla.
Unguillar: trueque de alimentos.
Upiai caimi mishqui: toma, esto es dulce.
Urín: fuerza femenina.
Viñachi: se dice de la sobrina amamantada por la tía.
Yachac: indígena que posee el arte de curar.
Yanacondas: indias.
Yanapas: usuarios de los recursos de hacienda.
Yanaperos: usuarios de los recursos de hacienda.
Yanawuaico: nombre de un pueblo, actualmente llamado Santa Rosa.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA OMNIUM
FUNDADA EN 1620
QUITO

Índice de nombres

Aguirre, Manuel Agustín, 176
Aguirre, Miguel Ángel, 176
Alba, Amadeo, 236
Alba, Ignacio, 68, 71
Alba, José Manuel, 133, 136
Alba, Lino, 155
Alba, María Rosario, 44, 74
Alba, Mercedes, 48, 59, 63, 65, 122, 131, 150, 151, 154, 155, 156, 168, 235, 282
Alba, Miguel, 133
Alba, Rosa, 90, 133
Alba Amaguaña, Daniel, 205, 232
Alba Amaguaña, José Luis, 128, 131, 133
Alba Amaguaña, Mesías237, 256, 258
Alba Colcha, María Rosario, 46, 73
Albacura, Albito, 46
Albacura, Juancho, 46
Albamocho, Juan, 48, 67, 70, 71, 155, 169
Albamocho, Miguel, 155
Albornoz, Miguel Ángel, 105, 106, 114
Alfaro, Eloy, 43, 44, 50, 51, 142
Almeida, Ofelia, 44
Alvear, Enrique, 98
Amaguaña, Angelita, 59, 60
Amaguaña, Cruz (Crucita), 59
Amaguaña, Eloísa, 133, 242
Amaguaña, José, 59, 116
Amaguaña, Rosa, 242, 250
Amaguaña, Venancio, 67, 68, 95
Amaguaña, Vicente, 59, 151, 234
Andrango, Angelita, 96, 98, 168, 231
Andrango, Pablo, 42, 43, 94
Arosemena Monroy, Carlos Julio, 221, 224, 225, 226, 228
Arroyo del Río, Carlos, 144, 163, 164, 165, 166, 167, 172
Ayala, Carlos, 81, 82
Ayora, Isidro, 97, 100, 115

Balimer, Conrado, 186
Batallas, Alberto, 98
Batista, Fulgencio, 213
Benalcázar, Sebastián de, 30, 31
Borja, Luis Felipe, 52
Briones, Tomás, 145
Briones, V., 176

Cachipuenda, Mercedes, 155
Cachipuenda, Rosa, 116
Cacuango, Dolores, 48, 68 71, 77, 78, 96, 97, 100, 155, 164, 168, 170, 171, 183, 186, 189
Calcán, Juana, 46, 47,
Calcán, Víctor, 68
Calderón, Alfonso, 171
Campusano, 74
Carreras, Enrique, 215
Castro, Fidel, 19, 213, 214, 215, 222, 228, 229
Castro, Raúl, 213
Castro Jijón, Ramón, 226
Catucuamba, Florencio, 67
Catucuamba, Luis, 76, 97, 198
Catucuamba, Manuel, 44
Cerón, Guillermina, 205, 231, 236, 244, 248, 250, 253, 254, 255, 256, 257, 258
Cervantes, Santos, Padre, 43, 51
Chávez, Luis Felipe, 66, 68, 117, 154
Chulca Amaguaña, César Julio, 152, 153
Chulca, Angélica, 151, 152
Chulca, Toribio, 152

Delgado, José, 82, 98, 117, 122

Egas, Augusto, 87, 116, 119
Enríquez Gallo, Alberto, 147
Estrada, Aurora, 176

Fierro, Enrique, 45

Garcés, Gabriel, 51
García Alcázar, Gabriel, 69
Gómez de la Torre, Luisa, 96, 186, 187
González Suárez, Federico, 50
Guaján Noboa, Paulita, 60
Gualavisí, Jesús, 48, 67, 69, 70, 155, 179, 189
Guatemal, Andón, 41, 42, 45, 47, 209
Guevara, Ernesto (Che), 228

Hitler, Adolfo, 201
Hunt, Howard, 214

Jaramillo, Ricardo, 121

Kennedy, John, 214, 215, 216
Kruschev, Nikita, 213, 216

Lasso, Juan Manuel, 145
Lechón, Ascencio, 67, 90
Lechón, Lucía, 47
Lechón, Miguel, 155, 223, 224, 247, 264
Lechón, Segundo, 68, 69, 90, 155
Lechón, Virgilio, 71, 72, 74, 75, 76, 100, 116
Lombardo Toledano, Vicente, 163, 164
Lorenz, Marita, 214
Lovato, Juan Isaac, 171

Martínez, Nela, 168, 176, 186
Moncayo, Abelardo, 34, 54
Nepas, Francisco, 67
Nepas, Raimundo, 96
Núñez, Pedro Leopoldo, 105, 106, 110, 115, 121

Ontaneda, J. Virgilio, 53
Otavalo, Casimiro, 169
Otavalo, Manuel, 98

Pacheco, Neptalí, 176
Páez, Julio Miguel, 98, 117
Paredes, Ricardo, 67, 68, 71, 101, 146, 148, 154, 264
Pareja, Alfredo, 201
Peña, Belisario, 54
Perugachi, Juan José, 42, 43, 94
Plaza Gutiérrez, Leonidas, 50, 198
Plaza Lasso, Galo, 198, 199, 200, 201, 236, 245, 246, 247, 248
Portillo, Pancho, 45, 46
Proaño, Leonidas, 217

Quilo, Dolores, 168

Rencoret, Padre, 51
Rodríguez Parrales, Juan, 29, 30
Rumiñahui, 31, 223

Saad Herrería, Pedro, 171, 172, 175, 176
Sola, Andrés, 51
Segovia, María, 41, 45

Tabango, Heriberto, 82
Tarabata, Alberto, 189, 241, 242, 243, 244, 253, 254
Torre, Carlos María de la, 77
Trujillo, Rafael Leonidas, 216
Tulcán, Manuel, 94
Túquerres, Manuel, 151, 152

Ulcuango, Neptalí, 48, 68, 69, 71, 76, 77, 82, 90, 94, 98, 155, 156, 247
Ulcuango, Tomás Antonio, 82, 238

Velasco Ibarra, José María, 144, 163, 164, 166, 167, 168, 169, 174, 176, 186, 189, 190

Yerovi Indaburu, Clemente, 227

Títulos de esta colección

1 Juana Miranda, fundadora de la Maternidad de Quito
2 Óscar Efrén Reyes, testigo de la historia
3 Dolores Cacuango, gran líder del pueblo indio

ISBN 9978-72-415-X



Biografías Ecuatorianas, 4

Mujer, india, analfabeta, maltratada y sumida en la pobreza, Tránsito Amaguaña (Pesillo, 1909) expone la verdad del pie descalzo en las veinte y seis marchas que hace a Quito en busca de un trato equitativo para el pueblo indio. Su pasión por la justicia, nace desde el llanto –vive el maltrato a su padre– y desde la espiritualidad de la madre que orienta a su hija hacia la búsqueda de la dignidad social, a través de un recio liderazgo.

Inscribe su actividad política en el sindicalismo indígena, que alcanza importante expresión al conformarse la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) en 1944. Poco después, logra que se ponga fin al sistema de explotación doméstica de las "huasicamías y servicias" y demanda el cumplimiento del Código de Trabajo. Promueve y conforma la cooperativa agraria como uno de los mecanismos de presión social y política para exigir al Estado la entrega de tierra para los indios. Militante comunista, participa en la acción política que el Partido mantiene a nivel nacional e internacional. Viaja al congreso de Moscú en 1962, como representante de los indígenas del Ecuador. Al año siguiente, cae prisionera, acusada de recibir dinero y armas de los bolcheviques para promover la revolución en el país.

En numerosas páginas del libro, Tránsito habla con la firmeza de su condición de protagonista y su voz da vida a una de las épocas más prolíferas en el acontecer social del Ecuador.

FUNDADA EN 1620 QUITO





BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

Oxfam America